FEUERWERKE VERLAG

ROSE HARD



LA MUJER EN LA VENTANA DE ENFRENTE

El libro

Sabes perfectamente lo que viste en la ventana de enfrente, ¿verdad? Entonces, ¿por qué nadie te cree?

Josefine West vive, desde que se divorció de su marido maltratador, sola en un piso del centro. Gracias a la terapia, el trabajo y buenos amigos, por fin ha vuelto a tener su vida bajo control —o eso cree…

Hasta que un día descubre en la ventana del edificio antiguo al otro lado de la calle el rostro de una mujer inmóvil que es su viva imagen. Unos días después, la mujer vuelve a aparecer en la ventana y, esta vez, parece incluso pedir ayuda. Josefine llama a la policía, que acto seguido registra la casa y se encuentra con un piso vacío. Nadie parece creerla, pero Josefine sabe lo que ha visto. Y quienquiera que estuviera allí, también lo sabe…

La autora

Pasé mi infancia y adolescencia en la costa este de los Estados Unidos. Tras entrar en contacto allí con un caso criminal que sigue sin resolverse hasta hoy, regresé a mi país natal, Alemania, y empecé a escribir thrillers. Lo que comenzó como un intento tímido pronto se convirtió en una pasión que finalmente me llevó al mundo del thriller psicológico. Mis protagonistas suelen debatirse entre la realidad y la locura, y es precisamente allí donde me siento más cómoda al escribir.
Hoy vivo en una pequeña ciudad apartada en el sur de Alemania.

Antes de empezar a leer

Cada historia esconde una sombra o dos.

Esta fue escrita originalmente en alemán y ahora habla español — con su tensión intacta y sus sombras preservadas.

He hecho todo lo posible por mantener su latido — el ritmo, el silencio, el miedo entre las líneas.

Si alguna frase te suena un poco rara, por favor escríbeme a feedback@rosehard.de — tus comentarios hacen que cada historia sea un poco más fuerte.

Respira hondo — y entra en la historia.

La mujer en la ventana de enfrente

Thriller psicológico

Rose Hard

Edición original: febrero de 2025

© FeuerWerke Verlag, todos los derechos reservados

Maracuja GmbH, Laerheider Weg 13, 47669 Wachtendonk, Germany

info@ feuerwerkeverlag .de

Diseño de cubierta: Anne Gebhardt, annegebhardt.design, con material de © Adobe Stock – Artinun | zef art | steschum © Shutterstock – khuncho24 © Envato Elements – PixelSquid360

Corrección de estilo: Ilona Jaeger, Berlin
Traducción: encargada por FeuerWerke Verlag
Revisión editorial: a cargo de Rose Hard

La trama y todos los personajes son ficticios. Cualquier coincidencia o similitud con personas reales es pura casualidad y no intencionada. Todos los textos e imágenes de este libro están protegidos por derechos de autor y no pueden ser utilizados por terceros sin el permiso explícito del autor, el titular de los derechos y el editor.

Índice de capítulos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Capítulo 1

La lluvia azota los cristales; el golpeteo monótono subraya el silencio opresivo de la casa. Estoy sentada en el salón, envuelta en una manta, e intento sumergirme en un libro. Pero las palabras se me emborronan ante los ojos, el corazón me late inquieto en el pecho. Un vago desasosiego pesa sobre mí como un abrigo demasiado pesado.

Entonces lo oigo: el inconfundible sonido de la llave en la cerradura. Michael ha vuelto.

De inmediato, mi cuerpo se tensa.

Oigo sus pisadas pesadas en el pasillo. Cada paso parece hacer el aire a mi alrededor más denso, más asfixiante. Dejo el libro a un lado y me esfuerzo por mantener la calma. Pero el pulso se me dispara y me tiemblan levemente las manos cuando me incorporo.

Entra en el salón, la ropa empapada por la lluvia. El agua gotea al suelo y deja manchas oscuras sobre el parqué.

Doy un salto, quiero coger los útiles de limpieza, pero no me deja pasar.

Su mano sale disparada cuando estoy a su altura. —Josephine —dice, y solo el sonido de mi nombre en su boca me hace estremecer —. ¿Adónde vas?

Percibo el penetrante olor a alcohol en su aliento y me quedo rígida. —Solo quería… el cubo y la fregona —balbuceo.

Se mira de arriba abajo, como si no se hubiera dado cuenta de que ha traído la humedad a la casa. Luego alza la vista, y sus ojos marrones se clavan en mí, buscando un rastro de traición. —¿Por qué estás tan nerviosa? —pregunta con una calma baja y amenazante.

—Perdón —murmuro, y desvío la mirada hacia el suelo, como si allí pudiera encontrar un puerto seguro.

—¿Qué has hecho hoy para que tengas que ponerte a limpiar por la noche? —pregunta; su voz suena tranquila, casi suave, pero sé que ese tono es engañoso.

—Yo… he limpiado la casa y he arreglado el jardín. —Vacilo; las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Sé que quiere saberlo todo de mi día, hasta el más mínimo detalle—. He leído…

—Mírame cuando me hables —ordena, con una voz que no admite réplica.

Aún estoy levantando la vista cuando agarra un mechón que se ha escapado de mi moño y lo enrolla lentamente en su dedo.

—¿Leyendo, eh? Entonces la cena está lista.

Con la mano libre me froto con nerviosismo el exterior del pantalón. —Está en el horno.

Tira con más fuerza del mechón. —¿Me vas a servir la comida reseca?

—Has llegado tarde —digo, con la voz quebrada.

No quiero provocarlo, pero tampoco parecer completamente sumisa. Un ejercicio de equilibrio que me cuesta cada vez más.

—¿Ahora tengo que darte explicaciones?

—No, claro que…

—Empecemos por ti. —Me tira del mechón y me acerca hasta que puedo sentir su aliento en la cara—. ¿Has hablado con alguien?

—Solo con mi madre por teléfono —respondo rápido, con la esperanza de que esa verdad inofensiva lo apacigüe.

Pero sus ojos se entrecierran y un frío esbozo de sonrisa le roza los labios. —¿Y de qué habéis hablado?

Trago con dificultad. —De nada importante. Solo cosas del día a día.

Su mano libre me agarra del brazo; sus dedos son como tornillos que se me hunden en la carne. —Sabes que no tolero mentiras, Josephine —sisea.

—No miento —susurro.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero no me atrevo a dejarlas caer. Cualquier debilidad visible no haría más que avivarlo.

Me atrae más. —Les has hablado de mí, ¿verdad? Los has puesto en mi contra. —Sus preguntas son acusaciones que no dejan margen a la inocencia.

—No, Michael, te lo juro. No he dicho nada —aseguro atropelladamente; las palabras se tropiezan entre sí.

Me suelta, pero la expresión de sus ojos sigue fría y dura. —¿Te acuerdas de nuestro acuerdo?

—Sí —contesto en voz baja.

El acuerdo: un pacto de silencio y de sumisión. Sé que cualquier incumplimiento traerá consecuencias graves.

Se inclina hacia mí, sus labios casi en mi oído. —Nunca olvides a quién perteneces, Josephine —me susurra.

Desesperada, intento resistirme. No está bien. ¡Nada de esto está bien! Pero me sujeta. Sin piedad.

Pasan los minutos. Me mira fijamente y yo no puedo moverme.

Muy despacio, su rostro se me empieza a desdibujar. Los colores se apagan, los contornos se confunden. La habitación a mi alrededor se disuelve, se convierte en una niebla informe que me envuelve. Intento moverme, escapar, pero el mundo a mi alrededor se diluye como tinta en el agua. Las rodillas me flaquean y me desplomo en la nada.

Con un jadeo abro los ojos de golpe. El corazón me martillea y estoy en mi cama, envuelta por el silencio de la noche. Las sombras en las paredes me resultan familiares, pero aún respiro entrecortado, como si algo pesado se me hubiese sentado en el pecho.

Pasan unos segundos hasta que comprendo que solo ha sido un sueño, pero la sensación de su helada cólera sigue adherida a mí como un velo oscuro.

Parpadeo, intento orientarme, pero el miedo me mantiene cautiva. La frontera entre sueño y realidad es fina, borrosa.

Durante un momento más estoy convencida de que Michael va a aparecer de nuevo y que no habrá escapatoria. Sus dedos en mi piel, la presión en mi brazo, la mirada fría: todavía se sienten tan reales. Pero poco a poco va calando la certeza de que de verdad estoy sola.

A medida que los contornos de mi cuarto se definen, mi respiración se calma, y aun así la realidad queda demasiado lejos. Me parece inalcanzable. No es la primera vez que estoy tan cerca de la superficie y no consigo romperla. Porque sigo sin poder moverme ni hablar.

Intento lo único que a veces ayuda contra la parálisis del sueño. Me tiembla el meñique.

Tac… Tac… Tac…

Ese sonido repetitivo es mi punto de anclaje en la penumbra del dormitorio.

Aunque no, no puedo controlarlo, no puedo pararlo ni variarlo. En el fondo ni siquiera lo oigo de verdad, solo lo siento.

Tac… Tac… Tac…

Con exasperante regularidad, mi meñique golpea la sábana, mientras el resto del cuerpo me pesa como si fuera de hierro fundido. Solo la mirada me vaga inquieta.

Casi espero ver a Michael. Cómo se inclina sobre mí, me sujeta la cara con ambas manos. Esa cercanía, tan próxima que ocupa todo mi campo de visión. Su mirada, tranquila y prometedora de seguridad. Su aliento en mi piel mientras ambos esperamos a que remita la parálisis del sueño.

Qué seres tan extraños somos los humanos, que nuestra propia mente tiene que atarnos para que no soltemos patadas en sueños. Por lo general, durante el sueño REM el cerebro se ocupa deliberadamente de que el cuerpo permanezca inmóvil, para que no vivamos físicamente nuestros sueños. Una parálisis del sueño surge cuando esa atonía muscular propia del REM persiste tras despertar. Entre los desencadenantes se encuentran, entre otros: ansiedad, depresión, trastorno por estrés postraumático, trastornos de pánico.

Todo eso, en mi caso, tenía un nombre: Michael.

En el primer año de nuestro matrimonio, él era mi roca; me comprendía y me daba la sensación de no estar nunca sola. Fuerte, fiable, alguien en quien podía confiar. Confié en él a ciegas.

Pero con el tiempo algo cambió. Empezó de forma insidiosa, casi imperceptible. La manera en que me miraba, cómo sus palabras dejaron de ser solo consuelo para transmitir también poder. Su presencia, que al principio me daba cobijo, se volvió poco a poco asfixiante. Empezó a controlar mi vida, primero con una guía suave, luego con expectativas silenciosas y, finalmente, con amenazas. Cuando ni eso le bastó, levantó la mano.

No me di cuenta enseguida de cómo ese control se me iba colando en los pensamientos, de cómo me atenazaba, incluso en sueños. Las primeras veces que desperté en mitad de la noche sin poder moverme, Michael estaba a mi lado. Me susurraba palabras tranquilizadoras mientras yo entraba en pánico. Su voz era lo único a lo que podía agarrarme mientras la parálisis me mantenía cautiva. Creí que era mi salvador, el que me guiaba por la oscuridad.

Pero con el tiempo entendí que era su presencia la que provocaba esa oscuridad. Su cercanía se convirtió en la fuente de mi miedo. Cuanto más control ganaba sobre mi vida, con más frecuencia me acosaba la parálisis del sueño. Su aliento en mi piel, que antes prometía seguridad, se convirtió en un recordatorio de mi indefensión, mientras, en pleno uso de la conciencia, estaba condenada a la inmovilidad.

Inútil. Eres tan inútil. Débil. Sin mí no eres nada.

Por Michael aprendí que el subconsciente se cree las cosas si las oye suficientes veces.

Aunque ya no forma parte de mi vida, en mi memoria sigue presente.

Un pulso desbocado que solo poco a poco se transforma en el latido más sereno de mi corazón, mientras distingo los contornos de los muebles.

El escritorio con sus papeles apilados con esmero, el sillón cómodo del rincón y el armario claro. Todo me parece ajeno bajo la luz mortecina de la farola, que se cuela entre las cortinas medio cerradas.

Intento mover otro dedo, solo un pequeño espasmo, una señal diminuta de que puedo recuperar el control. Al principio no pasa nada, pero no me rindo. Me concentro más, siento cada fibra de mis músculos, cómo se rebelan contra las cadenas invisibles.

Repaso en mi cabeza mis rituales diarios. Horarios regulares de sueño, evitar la cafeína y las pantallas antes de acostarme, los ejercicios de relajación nocturnos. Todo para evitar volver a esta situación. Pero ahora, en este momento, todo eso parece lejano.

Los minutos se estiran como horas y lucho contra el pánico. Las sombras de mi cuarto parecen cobrar vida; la mente me juega malas pasadas. Pero sé que no son más que los restos del sueño que se cuelan en la realidad. Por fin siento un ligero cosquilleo en los dedos. Un atisbo de movimiento, luego más, hasta que mi cuerpo por fin entiende que ha llegado el momento de devolverme el gobierno de mis miembros.

La parálisis se disipa y respiro hondo, noto el alivio cuando regresa el control.

Me incorporo, me limpio el sudor de la frente y creo ver cómo el rostro de Michael se desvanece en la tela clara de las cortinas.

Por si acaso miro a la derecha, pero el lado de la cama —donde él dormía— está vacío.

Cojo el vaso de agua de la mesilla y doy un trago largo.

Aún tengo la garganta tan seca como el día en que llamé a Michael desde la casa de mi mejor amiga para decirle que iba a solicitar el divorcio. Se pasó toda aquella noche en el coche, en la calle, para interceptarme, y no se fue hasta que Nici lanzó un cenicero contra el techo de su coche.

Para hacerme consciente de que ese capítulo de mi vida ha terminado, aparto la manta y me levanto.

El reloj de péndulo de la pared —una concesión a la parálisis del sueño, para la cual se supone que ayuda desterrar del dormitorio todos los aparatos electrónicos, incluido el móvil— marca las 4:58. Descalza, avanzo hasta el escritorio; el entarimado pulido cruje bajo mis pies. Me gusta ese sonido. La madera es mucho más acogedora que las frías baldosas de mármol de nuestra —de Michael— villa.

La carpeta negra que hay en mitad del escritorio me arranca una sonrisa. Enciendo la lámpara, abro la carpeta, y una oleada de alivio me recorre cuando veo la firma. Josephine West, no Hoffmann. He vuelto a ser yo. Dieciocho meses se me caen de encima. Dieciocho meses de visitas al abogado y de noches entre lágrimas y pesadillas.

Dios, cuánto he temido a Michael en las últimas semanas antes de la separación definitiva. El inminente divorcio había alimentado su afición por el whisky caro. Aquel hombre antes sereno y con una carrera brillante se convirtió en un tipo rabioso, obsesionado con el poder, que olía más a alcohol que a aftershave.

Aunque estoy cansada, despejo la mesa para hacer sitio a mis notas. Mi médica de cabecera me ha aconsejado que apunte mis sueños, así como los posibles desencadenantes. Como ayer recibí los papeles del divorcio, al menos sobre lo segundo no tengo que pensar mucho.

Cuando termino mi trabajo, son las 5:17. Hora de volver a la cama. Apago la lámpara y regreso a tientas hacia la cama con la luz de las farolas. Es un resplandor frío, pero me gustan los bordes afilados que dibuja en la habitación. Cuando cae sobre mi cara, lo siento como una caricia.

Por el rabillo del ojo percibo un movimiento ante la ventana. Me detengo. Los altos tilos que flanquean la estrecha calle de sentido único me saludan con sus ramas.

Como no voy a descansar hasta convencerme de que Michael no está delante de la casa, me acerco más al cristal y miro hacia fuera.

Justo enfrente están las ventanas del piso central de un edificio de finales del XIX. Piedra maciza, fachada gris, elementos de estuco blancos.

Casi parece que me mira desde unos ojos muertos. Aparto la cabeza, pero la sensación persiste, aunque no se vea nada al otro lado.

¡Maldita imaginación desbordada!

El piso lleva vacío un tiempo. Solo veo a obreros de vez en cuando. Pero no tan temprano. Tampoco veo a Michael, ni mucho menos su coche. Claro que no.

Me echo a reír, me tapo la boca con la mano porque no viene a cuento. Luego la aparto, al recordar que ahora puedo reír cuando me dé la gana.

De verdad, ya es hora de que encuentre el camino de vuelta a la normalidad.

Como si ese pensamiento la hubiera llamado, la veo de nuevo. Una minúscula vibración en el rabillo del ojo. Las cortinas de la ventana de enfrente. Se agitan levemente.

Son viejas y descoloridas. Al menos eso me he fijado a la luz del día. ¡Pero nunca se habían movido!

Entorno los ojos para poder mirar más allá de la luz de las farolas. Directo a la boca oscura de enfrente. El corazón me late más deprisa.

Juraría que…

Otro movimiento. La silueta de una persona, poco más que una sombra, se perfila tras el cristal.

El frío me recorre la espalda. De nuevo el movimiento, esta vez más claro. Una figura, inmóvil tras el vidrio.

Me sobresalto y doy un paso atrás. Se me corta la respiración. Las cortinas siguen temblando levemente, como si custodiara el secreto de un observador invisible.

El susto me deja hecha polvo. No me atrevo a mirar otra vez hacia fuera.

Mientras me hundo en la almohada, oigo en la calle una puerta de coche que se cierra de golpe y unos neumáticos que chirrían maltratando el asfalto antes de que el vehículo abandone a toda velocidad la zona de tráfico calmado bajo mi ventana.

Capítulo 2

El martes por la mañana, a las nueve en punto, meto mi Honda Civic gris rata en el aparcamiento de la perrera, justo al lado de la entrada. Con la primera luz del día, por tenue que sea, las sombras de la noche se disipan de mi mente. Sé que, después de una parálisis del sueño, mi cabeza necesita unos minutos para aterrizar de nuevo en la realidad. Puede que anoche haya tardado algo más de lo normal.

Normalmente cojo siempre la bahía del final de la calle para dejar este sitio libre para los visitantes, pero la donación de comida del comercio zoológico de la ciudad, más de cien latas, me ha hecho entrar en razón. Además, llovizna, como tan a menudo últimamente. Me inclino hacia la guantera para buscar el paraguas.

Un golpe sordo en el techo del coche me hace encogerme en el asiento. Miro a mi alrededor, nerviosa, pero no veo nada. Hasta que se abre el maletero.

—Ahí está nuestro transporte pesado.

¡Leon!

—¡Estás loco, me has dado un susto de muerte!

Una risa cálida. —Perdona, Josie, pero tenía que hacerlo. ¿Llevo ya las cosas dentro o quieres presentarlas por su nombre primero?

Sonrío. —¿Llevo las latas una por una a los cheniles?— Cojo una del asiento del copiloto y la levanto. —Hola, Polly, este es el señor Pollo en salsa. Estoy segura de que os vais a llevar de maravilla.

—Citas rápidas con sabor, vamos… Me apunto. Por cierto, parece que Luna conoce los días de la semana y sabe que hoy vienes—. En su sonrisa hay el mismo cariño por los animales que siento yo. —Al menos no hay manera de moverla de su puesto pegada a la reja del

chenil. Aunque quizá acecha con anhelo al señor Ternera y a la señorita Corazón de pavo.

A la mención de la perra de pelaje marrón chocolate y ojos con destellos dorados, el corazón me da un brinco. Llevo ya diez años ayudando como voluntaria en la perrera y nunca, nunca he tenido un animal favorito. Pero Luna me ha enroscado bien el alma con su pata.

Me sorprendo sonriendo y me alegra estar volviendo por fin a hacerlo más a menudo. Ha faltado poco para que mi exmarido me quitara para siempre ese gesto tan sencillo. Pero ¿cómo iba a sonreír si, en el fondo, temes la vuelta de tu marido, si al abrir el armario tienes miedo de elegir mal, si te preguntas con pánico si te has pasado con la sal en la comida…?

La violencia en el matrimonio empieza por las minucias. Eso no lo comprendí hasta mucho más tarde.

Aparto el pensamiento con determinación. Eso es pasado. El presente son varios palés de comida enlatada, animales hambrientos y una perra preciosa, de apenas cuatro años, desconfiada con los hombres.

Ah, y Leon, con cuya sola presencia me entran ganas de dar media vuelta y salir corriendo tan rápido y tan lejos como pueda. Porque me gusta. Muchísimo, además. Me saca media cabeza, está en forma sin una musculatura exagerada; más bien el resultado de un estilo de vida activo que de un entrenamiento extenuante.

Con sus treinta y nueve años, parece sorprendentemente joven, como si el tiempo hubiera pasado de puntillas a su alrededor. Su carisma es difícil de describir. Una mezcla de seguridad en sí mismo y empatía. Solo la cicatriz de quemadura en la mejilla derecha quiebra la perfección, pero lo hace, de algún modo, más cercano.

Su sonrisa me saca del bucle mental. —Nunca te había visto sin palabras. ¿Tengo algo de porquería en la cara o qué?

Ay, cielos, ¿le he estado mirando fijamente? Por supuesto. Y se ha dado cuenta. No es tonto. Aun así, no lo hace notar, sino que agarra tres palés de comida de perro de una vez y se coloca en el portón de la perrera para que no se cierre de golpe.

Intento hacer entrar en vereda el flujo antinaturalmente alto de sangre en mis mejillas y por fin salgo del coche hacia el maletero para cargarme también un palé al hombro.

—También podrías dejar que lo haga yo e ir entrando ya —dice Leon—. Los dos sabemos que te esperan con ansia.

—Luna no va a esperar menos porque yo no lleve nada—. Me escurro a su lado. —¿Por qué estás ya aquí, por cierto? ¿No ibas a venir más tarde?

—Puede que algo me haya impulsado a salir antes de casa.

—¿El tráfico de la mañana?

—La esperanza del de la noche.

¿Pueden derretirse las mejillas del calor? Menos mal que va detrás de mí y no puede verme la cara. Aun así, tengo que carraspear antes de poder contestar. —Entonces quizá deberías conducir ya por la tarde.

Me da alcance en el pasillo ancho. —Perdona. Ya sabes que paso demasiado tiempo delante del ordenador. Llega un momento en que una ya no sabe ni lo que dice—. Con el codo, presiona la manilla de la puerta del cuarto de la comida. —Milady, en lo sucesivo mi lenguaraz boca no volverá a ser en vuestro perjuicio, lo juro solemnemente.

—¿No juraste algo parecido la semana pasada?

—Aquello iba más bien de sacarte una cita concreta—. Se cuela detrás de mí en la sala y deja los palés en la estantería. De pronto, serio, añade: —Solo ladro, no muerdo. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento, aunque a veces me parezca una pena.

—¿Qué tal el trabajo? —salgo por la tangente.

Leon duda un segundo, y me recuerda que, como responsable de seguridad informática, no puede revelar detalles de su trabajo. Pero antes de que me eche atrás con la pregunta, ya está contestando.

—Han sido unos días bastante intensos —empieza Leon—. Había que superar un par de desafíos. Una empresa para la que trabajo tenía algunas brechas de seguridad que había que cerrar con urgencia.

Inclino un poco la cabeza. Aunque no entiendo de informática, me gusta escucharle. La manera en que explica las cosas es fascinante. —¿Cuál era exactamente el problema?

Leon sonríe como si supiera exactamente lo que me pasa por dentro. —Pues verás, había varias vulnerabilidades en su red que posibles atacantes podrían aprovechar —explica—. Formé un equipo e hicimos una evaluación de seguridad exhaustiva. Eso significó muchas horas largas y mucho café, pero ha merecido la pena.

Lo de las horas largas y el café lo comprendo. —¿Has conseguido solucionarlo todo?

Leon asiente y, esta vez, creo ver un punto de orgullo en su sonrisa. —Sí, identificamos todas las vulnerabilidades y tomamos medidas para corregirlas. Reforzamos los cortafuegos, implementamos cifrados adicionales y pusimos todo el sistema al día.

—Suena como si fuera muy gratificante resolver ese tipo de problemas.

—Lo es—. A Leon se le iluminan los ojos. —Es una gran responsabilidad. No hay nada mejor que la sensación de proteger los datos y los sistemas de personas y empresas. El reto me mantiene siempre en guardia.

Su entusiasmo palpable me hace sonreír. —Apuesto a que en tu trabajo te pasan montones de historias interesantes.

—Oh, hay unas cuantas. Te las cuento encantado con un café de por medio.

Ay, maldita sea. Me he cavado mi propia tumba.

—Yo…

—No me digas que no otra vez, Jo. Un encuentro en público, en algún café concurrido.

Eso sí suena a seguridad. Aun así, me escurro.

—Estoy a gusto en tu compañía —confieso, ya que más rubor en mis mejillas no va a notarse—. Cuando se le elevan las comisuras, añado rápido—: Puedes cargar un montón.

—Por ti hago de bestia de carga cuando quieras—. Suspira y me examina un segundo. —Hagamos un trato, Jo. Yo meto el resto aquí dentro y me dejas acompañarte luego con Luna, ¿sí?

El impulso de huir antes de decir algo de lo que no pueda retractarme se vuelve abrumador. Pero su brazo me bloquea el paso.

Trago saliva. Leon está demasiado cerca, su brazo me encierra demasiado. Involuntariamente, me echo un poco atrás, me detengo y alzo la barbilla.

¡Nunca más!

Me obligo a mirarle. —¿Y si digo que no?

—Entonces mi mañana será muy triste.

—Hmm—, frunzo el ceño y hago como si mirara a su alrededor—. Ten cuidado cuando cojas los palés que faltan. No vaya a ser que resbales con el rastro de babas que vas dejando.

Sonríe y aparta el brazo. —Vale, además tengo que subir a la web a los dos nuevos ingresos.

Con el movimiento, me llega su olor. Huele increíblemente bien. Inhalo por la nariz sin poder evitarlo.

—¿Nuevos ingresos? —pregunto, con un pelín de retraso.

Se encoge de hombros. —Esta mañana han encontrado a dos perros cerca de la perrera. Atados a un árbol. ¿Quién hace algo así? No hace un frío glacial, pero las temperaturas no son agradables. Al

menos una manta, para que no tuvieran que sentarse en el suelo helado, podía haber habido. Pero no: era simplemente deshacerse de ellos—. Alza un poco la voz, aunque lo capta enseguida. —Perdona, es que me enciende. Los dueños podían haber esperado hasta hoy para entregarlos de forma normal y segura. En cualquier caso, llamó Jenny y preguntó si podía crear un anuncio de búsqueda para las redes sociales. Y ya que estaba aquí, actualicé también las descripciones de los animales en la web. En parte, al menos.

—Entonces, ¿no estás tan temprano aquí por mí?— Las palabras se me escapan antes de poder frenarlas. El calor vuelve a inundarme las mejillas, aunque noto un pequeño pinchazo de decepción.

—Digamos que prefería actualizar esta mañana las páginas de los animales en adopción y no por la tarde.

Fue inquietante que, al oír eso, mi corazón diera un pequeño brinco.

—Pero en serio, me apetece mucho acompañarte luego con Luna —prosigue Leon—. Avísame cuando salgas.

—No creo que fuera a salir bien —replico con un leve pesar—. Sabes cómo reacciona Luna con los hombres.

Un atisbo de decepción le cruza la cara. —Ah, sí, cierto. Pobrecita —. Vuelve a buscar mi mirada. —Ojalá fuera la única. Pero no lo es, ¿verdad?

—Hay muchos animales aquí que no han tenido buenas experiencias…

—Josie… —Extiende la mano.

—No.

De inmediato baja la mano, y Leon me dedica esa sonrisa tan suya con la que demuestra que no puedo engañarle.

—Menos mal que siempre queda la esperanza —dice—. Ve con Luna tranquila, yo me encargo de la comida.

***

Poco después abro la puerta de la recepción y me recibe el olor a café recién hecho y a desinfectante. En las paredes cuelgan dibujos de niños junto a las fotos de los animales adoptados. Un sofá en la esquina invita a quedarse; en la mesita baja de al lado hay una selección de revistas de animales. La mesa grande del centro está rodeada de sillas cómodas. Detrás del mostrador, donde también está la cafetera, cuelga una pizarra blanca con las tareas diarias y los eventos especiales.

Después de servirme un café, compruebo lo que hay pendiente mientras doy un sorbo a mi termo. Luego atravieso la pesada puerta de cristal hacia los cheniles, donde me reciben con ladridos alegres.

Me arrodillo junto al chenil de Luna y la acaricio a través de los barrotes. —Hola, grandullona, ¿lista para dar un paseo? —pregunto sonriendo, y recibo por respuesta un alegre movimiento de cola.

Cojo la correa que cuelga de un gancho junto a la puerta y entro en el cubil. Allí descubro, sorprendida, que el collar que normalmente colgaba de la correa no es el de siempre. En lugar del collar textil negro con hebilla dorada, hay sujeto a la correa un collar de cuero rosa. Brillan piedrecitas de strass en los bordes, y entre ellas hay un bordado blanco con las palabras Good Girl.

—¡Por el amor de Dios, ¿quién te ha hecho eso?!—

Con el pelaje marrón el color queda fatal, pero oye, ¿quién se queja de material donado? Luna olisquea curiosa, aunque deja que le ponga el nuevo accesorio sin problemas. Aun así, parece un poco desgraciada.

—Lo siento, pequeña, pero ahora te toca aguantar—

Como si Luna pensara lo mismo, sigue moviendo la cola. Con tal entusiasmo que todo el cuartos trasero le va de un lado a otro, lo que me hace reír.

—Siéntate—, digo aun así, porque por experiencia sé que si no, la perra tiraría hacia la salida. Un comportamiento que a posibles nuevos dueños no les dejaría buena impresión.

Mejor todavía, habría dicho Paula. Cuanto más tarde en ser adoptada, más tiempo podremos pasar con ella.

Involuntariamente, pongo los ojos en blanco. No es muy amable desearle eso a Luna, le contesto a la proyección de mi hermana gemela con diez años. —Ya lleva aquí demasiado tiempo y se merece un buen hogar—

Solo cuando Luna ladea la cabeza me doy cuenta de que al menos la última frase la he dicho en voz alta. Me agacho deprisa para rascar a Luna detrás de la oreja. Miro alrededor con disimulo, pero por suerte nadie ha captado mi pequeño inciso de rareza.

—Es que es verdad, ¿a que sí, Luna?— digo, por si acaso.

Luna se relame jadeando. Conversar le interesa más bien poco. Pasear, en cambio, mucho más.

Mientras paso junto a los otros cubiles, me asalta un amago de mala conciencia. —Ya os tocará en nada—, les aseguro a los distintos inquilinos y salgo a toda prisa por la puerta.

La zona exterior linda con una pradera amplia que ofrece a los perros mucho espacio para corretear. Una valla alta garantiza la seguridad, mientras los árboles dan sombra. Luego dejaré que Luna juegue un rato allí. Pero ahora toca moverse; para una perra de caza de patas largas es importantísimo. Y no solo por eso, también porque confío en que el fresco viento primaveral me barra de la cabeza el último jirón de pesadilla.

Cuando ya me he internado un trecho hacia el bosque, oigo que la puerta de la perrera vuelve a abrirse a lo lejos. No me giro, ¿para qué? La extraña sensación de estar observada se me instala como un murmullo indefinido en la nuca. No me suelta y, al final, sí vuelvo la cabeza.

La calle a mi espalda está vacía; solo la puerta del refugio se cierra despacio, como si alguien la acabara de soltar.

A mi espalda suena un crujido leve. Me vuelvo hacia los árboles, pero tampoco hay nada allí.

Luna tira de la correa y ese tirón me saca de mi parálisis. Reanudo el paso con dudas, pero me queda un poso de inquietud cuando entro en el bosque.

Aunque la educación de Luna exige toda mi atención, me acompaña la sensación de que algo no va bien.

Para quitármelo de encima, desvío mis pensamientos hacia Leon. ¿Cuánto más puedo tenerlo colgado sin darle nada antes de que caiga en la cuenta de que podría tener con facilidad a un montón de mujeres mejores?

Después de Michael me juré no volver a pensar mal de mí misma, pero soy realista. Un tío con éxito y, encima, guapo es muy solicitado. Si hubiera entrado en mi vida solo unos meses más tarde. Unas cuantas sesiones más en el grupo de apoyo, un poco más de distancia de Michael y sus…

Salto de mis pensamientos cuando cruje el sotobosque y un corzo cruza la pista delante de mí. Un tirón brusco en la correa.

—¡Luna!— El cuero se me arranca de la mano y la perra marrón desaparece entre la maleza.

—¡Luna! ¡Aquí!—

Maldiciendo, me lanzo tras los dos cuadrúpedos. Gritarle a una perra de caza que hace cuatro meses ni siquiera sabía el comando —Siéntate— es, en un momento como este, inútil.

Las ramas me azotan la cara y unas zarzas del año pasado casi me hacen caer antes de entender que es por lo menos tan inútil perseguir a una perra de caza como llamarla para que vuelva.

Cuando, quitándome hojas de la chaqueta, quiero regresar al sendero, me doy cuenta de que los sonidos del entorno parecen

filtrados. El canto de los insectos, el susurro de las hojas, todo está de repente amortiguado. Y una tensión extraña, difícil de definir, me anida en el estómago.

Esa sensación me es demasiado familiar: el pánico que se agita en mí es un viejo enemigo que siempre vuelve cuando menos lo espero.

Mientras aún lucho por mantener el control, un ruido se cuela en mi conciencia: pasos pesados que se acercan por el camino de grava.

Un olor a aftershave me llega a la nariz: el mismo perfume que Michael llevaba siempre.

Pero no puede ser. Sé que él no está aquí. ¿O sí?

La incertidumbre me roe y la presión en el pecho se vuelve insoportable. Es como si el miedo me aplastara desde dentro.

Intento calmarme, repetirme que no es nada. Pero entonces lo oigo: una respiración pesada. Como si alguien o algo estuviera justo detrás de mí.

Quiero gritar, llamar, hacer algo, pero no me sale ni un sonido de los labios.

Lentísima, dolorosamente, giro la cabeza. No veo a nadie. Doy un paso atrás, hacia la espesura. Luego otro.

Respiro entrecortado; tengo los sentidos en tensión. La sensación de amenaza es tan intensa que casi me aplasta.

Los pasos se acercan, la respiración se vuelve más fuerte, más grave, como si la oscuridad misma se me echara encima.

Me perla el sudor en la frente y se me entumecen las piernas. Cada bocanada cuesta, como si respirara contra una pared invisible. El arbusto de laurel cerezo tras el que me agazapo apenas me ofrece protección.

Tengo todos los músculos en tensión, lista para huir. El chasquido de una rama bajo mi pie me retumba en los oídos. Los pasos se detienen en seco. El mundo a mi alrededor parece quedarse inmóvil.

Me abrazo a mí misma, cierro los ojos como si así pudiera escapar de la amenaza. El corazón me martillea las costillas, el pulso me late en las sienes.

Luego… silencio. Nada de respiración, ningún paso, nada. Abro los ojos con cuidado y bajo el brazo. Me tiemblan los dedos.

La claridad del día resulta ahora casi indebidamente normal, un contraste brutal con el miedo que hace un momento me tenía atrapada.

De pronto, algo me empuja en el costado y me vuelvo con un grito ahogado.

Luna, a la vez, se echa atrás ladrando.

Jadeando, intento coger aire. —¡Jolín, qué susto me has dado!—

Como la personificación de la mala conciencia, la perra estira el lomo con las patas delanteras inclinadas y gimotea en bajito.

—Vale, ya está, corta—, murmuro, estiro la mano y le rasco a Luna a conciencia detrás de la oreja. No escatimo elogios y le aseguro a la perra lo requetebuena que es por haber vuelto por su cuenta.

Me pregunto si de verdad había alguien allí o si solo ha sido el eco de mi propio miedo.

La duda me roe mientras, por si acaso, me enrollo dos veces la correa de Luna a la mano antes de que salgamos del matorral, lado a lado.

La opresión y los recuerdos de ataques de pánico pasados nos siguen como un acompañante invisible.

De vuelta en el sendero, distingo a lo lejos una figura con un chubasquero amarillo. ¡Leon! ¿Al final me ha seguido?

¿Por qué has tenido que montar otra vez un drama por nada?

La voz en mi cabeza suena sospechosamente a mi madre.

Tienes diez años, le contesto en silencio. *No deberías sonar como mamá.* Siempre un poco reprochona y distante.

Su antigua calidez fue enterrada junto con su hija mayor.

El resto del camino, Luna no se despega de mi lado. Aunque también lleva la lengua colgando por un lado del hocico y su trote elástico no va tan suelto como de costumbre. Ya se ha movido lo suyo y yo he tenido suficientes encuentros raros, así que pongo rumbo directo de vuelta a la perrera. Decidida a avisar a los demás voluntarios de que hay una figura extraña merodeando cerca del refugio.

Aun así, me cuesta meter a Luna de nuevo en el cubil. Para tener al menos la sensación de no estar dándole trato de favor ni dejándola sin más, limpio rápido los otros cinco cubiles de este pasillo. Compruebo entonces que Leon de verdad se ha ocupado de la comida. No solo de guardarla; también están llenos los cuencos.

¿Pero el cuenco de Luna no estaba vacío?

Vuelvo junto a la perra, que está echada en su manta y mueve la cola. En la estantería de los juguetes descubro una lata de comida con un post-it pegado.

Pensé que preferías hacerlo tú misma, leo.

Una calidez me sube por dentro y arrastra el resto de adrenalina igual que la vergüenza por haber recaído en viejos patrones de comportamiento, en los que me escondo sin que haya realmente motivo para ello.

Enderezo los hombros. Lo pasado, pasado está. Enfadarse no cambia nada. Toca mirar al futuro.

Suelto un resoplido. No, las perlas de sabiduría que tanto le gusta usar a mi terapeuta hoy me resbalan como la lluvia sobre el chubasquero amarillo chillón que cuelga de un gancho junto a la puerta del cubil. ¿Desde cuándo…?

No estás sola aquí, me pongo en mi sitio. *Seguramente sea de Leon.*

Ese pensamiento me devuelve a mi propósito de advertir a los demás por el encuentro inquietante de fuera.

¿Pero lo fue? ¿Inquietante?

¿Y si solo he exagerado?

Alex entra en el pasillo con Timmy atado. Al pobre le tocaba hoy vacunarse. Timmy, el yorkshire, no Alex.

—¿Sabe usted de quién es?— pregunto, señalando la prenda. La voz me suena más tensa de lo que debería.

Alex frunce el ceño. —Ni idea. Nunca la he visto aquí.—

—Vale…—

No te ralles. Es solo una chaqueta. Alguien salió con uno de los perros, la llevaba puesta y luego se la dejó aquí.

Me acuerdo de Luca. Uno de los voluntarios. Diecisiete años y siempre con los auriculares puestos. Seguramente ha salido con Paddy. Al viejo macho le gusta irse hacia el bosque. Si Luca ha salido detrás de él, también se explica la respiración pesada.

La figura del bosque ha sido seguro Luca, no Leon, y desde luego no Michael ni nadie a quien deba temer.

A pesar de esta explicación que me fabrico, me queda una ligera desazón.

La sacudo. Un ataque de pánico al día ya es más que suficiente. Además, es hora de volver a casa. Aún tengo que preparar tres clases para la escuela nocturna online de esta noche. Faltar es imposible. Al fin y al cabo, soy la ponente.

Capítulo 3

Yo cierro la puerta de casa a mi espalda y me quedo un momento apoyada en ella. El día me ha pasado más factura de lo que quiero admitir. Respiro hondo y sacudo la cabeza para espantar los pensamientos sombríos.

Como no funciona, voy al salón y me dejo caer en el sofá. Una mirada al reloj de pie antiguo me revela que son apenas las quince y poco. Aún quedan algo más de tres horas hasta que Nici tenga que salir hacia el turno de noche en el hospital. Sin pensarlo mucho, cojo el móvil y marco el número de mi mejor amiga.

Suenan los tonos y me muerdo nerviosa el labio inferior. No tarda en descolgar.

—¡Hey, Josie-Jo! ¿Qué tal tu día? Nici suena tan animada como siempre.

—Bastante bien —digo, aun sabiendo que es mentira—. ¿Y el tuyo?

—Bah, nada especial. Por fin he conseguido montar las estanterías para libros de las que te hablé. Están puestas, quedan bien y ni siquiera me he hecho daño.

Lo cual roza el milagro; no conozco a nadie tan torpe con las manos como mi mejor amiga. Y eso que como enfermera de noche tiene que clavar agujas en venitas diminutas sin parar. Una pensaría que sabría manejar herramientas. Pero no: todo lo que no tenga pinta de instrumento de enfermería conviene ponerlo a salvo de Nici.

Suelto una risita. —Sí, suena realmente a milagro.

Charlamos un rato de todo y de nada, y sienta bien tener una conversación normal. Pero me cuesta mantener un tono ligero. La escena en el bosque, el chubasquero amarillo, la sensación de ahogo… todo sigue pegado a mi nuca.

Nici también se da cuenta. —Bueno, venga, suéltalo ya. ¿Cómo estás de verdad? Como tantas veces, es como si notara que necesito desahogarme, y me deja el espacio para hacerlo.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y cierro los ojos. —Pues he estado con Luna en el bosque, como siempre —empiezo, titubeante, y luego se lo cuento todo.

Me escucha sin interrumpirme. —¿Y eso te ha descolocado tanto? —pregunta al final.

—Ya sé que suena ridículo. —Suelto una risa nerviosa—. Pero por un momento estaba segura de que iba a pasar algo malo. Me sentía observada, seguida.

—No es ridículo, Josie-Jo —dice Nici con dulzura—. Solo demuestra lo hondo que sigue todo eso en ti. Pero seguro que no era más que Luca.

—Lo sé. —Miro al techo—. Pero la sensación fue tan real. Como si todo volviera de golpe. Pensaba que ya lo había dejado atrás.

—Y lo has hecho. Piensa en lo intimidada que estabas cuando por fin te fuiste de casa de Michael. Y mírate ahora. Has recuperado la confianza, Josie.

Inspiro hondo y dejo salir el aire en un suspiro largo. —Eso me ha costado casi dos años de grupo de apoyo. Incluso hoy tengo que repetirme todo el rato que no voy a permitir que nadie me trate injustamente ni me achante nunca más.

—No te quites mérito, Josie-Jo. Solo fueron dieciocho meses. Y lo que has vivido hoy puede descolocar a cualquiera, de verdad.

—Ya, probablemente. —Respiro hondo y noto cómo la tensión empieza a aflojar—. Pero por un momento ha sido realmente aterrador. Era como si todo se me escapara otra vez de las manos.

Esta vez es ella quien duda un instante. —Josie, has pasado por mucho. Tu cabeza te juega malas pasadas, pero eso no significa que seas débil. Ya has salido de esta muchas veces. Y sabes que no

estás sola —me recuerda—. Puedes hablar conmigo siempre que quieras.

Asiento, aunque Nici no pueda verlo. —Gracias. De verdad lo valoro mucho.

—¿Y qué te parece si mañana me paso por tu casa? Podríamos dar un paseo o simplemente tomar un café juntas.

—Me parece bien —respondo—. Gracias, Nici.

—Siempre. No le des más vueltas, Josie. No hay nada que un buen trozo de tarta de nata bien contundente no pueda arreglar. Mañana te suministro azúcar hasta que tus endorfinas se vuelvan locas.

Tengo que reír, porque sé que lo dice en serio. —Por favor, no compres una tarta entera.

—Ya veremos. —Casi puedo oírle la sonrisita—. Bueno, entonces, mañana estoy en tu casa. Hoy no te preocupes más, ¿vale? Intenta relajarte.

—Lo intentaré. Pero antes me espera el curso online Procesamiento de datos II.

—Vale, a la tarta le llevo chocolate —promete Nici entre risas.

Al poco cuelgo y dejo el móvil a un lado. De verdad me siento un poco más ligera. Como siempre, hablar con Nici me ha venido bien.

Suelto un suspiro. Es hora de prepararme para el trabajo.

A las 20:30 en punto doy por terminado el curso online Procesamiento de datos II.

No es mi tema favorito, pero al menos es fácil de impartir en línea. La lluvia que repiquetea contra las ventanas me recuerda que debo estar agradecida por este trabajo. La carrera de Biblioteconomía fue interesante, sí, pero no precisamente el trampolín ideal para una carrera. Al menos no para mí, que me gusta estar en movimiento y vivir cosas.

Aguanté tres años en la biblioteca municipal, hasta que el silencio me resultó demasiado y Michael me consiguió un puesto como formadora en la escuela nocturna. Así que algo bueno tuvo el matrimonio, al menos. Me pagan decentemente, tengo un horario flexible salvo por los cursos de la tarde-noche y por fin puedo dedicarle al refugio de animales el tiempo que se merece.

Me levanto, bostezo a gusto y me encamino a la cocina. En algún lugar de la nevera me esperan unos macarrones con queso y una clara.

En el pasillo me sorprendo mirando hacia la ventana del piso de al lado. No se mueve nada al otro lado.

Paso frente al ventanal con un alivio absurdo y meto la pasta en el microondas. Durante el día puedo repetirme que llevo un estilo de vida saludable, pero después de seminarios largos como el de hoy me entra un hambre atroz y devoro una ración al menos el doble de lo necesario.

En consecuencia, al poco me entra el sopor, y aunque me apetecería ver mi serie policíaca favorita, protagonizada por el comisario jefe Carsten Wolf, me decido por la cama. Bendita sea la invención de las plataformas a la carta.

Pero pese al coma alimenticio y a las preguntas agotadoras de mis alumnos, tardo en dormirme. Una y otra vez mi mirada se va hacia la ventana, hasta que al final me giro decidida de lado y le doy la espalda a la fuente de mi desasosiego.

Por fin el sueño me alcanza. Solo que, en vez de traer descanso, trae sueños confusos y recuerdos indeseados.

Codo con codo con Paula llego al claro junto al lago. El agua se extiende quieta y negra ante nosotras.

Paula se detiene, se gira hacia mí, con una sonrisa amplia en los labios. —¡Lo hemos conseguido! —exclama, triunfante—. ¡Nadie se ha dado cuenta de que nos hemos escabullido!

Se quita el vestido por la cabeza y echa a correr hacia el agua.

Yo la sigo con cautela, lista para la aventura con la que la noche nos tienta.

El agua me envuelve ya el vientre y el pecho, y los músculos se me tensan mientras lucho contra el frío.

Paula ya nada un trecho por delante y ahora se vuelve hacia mí. —¡Mejora si te mueves! —me grita.

—Ya lo sé —replico y me sumerjo una vez para demostrarle a mi hermana lo valiente que soy.

Paula responde con una risita mientras sigue nadando. Pero de pronto la risa desaparece.

En lugar de Paula, veo olas agitadas donde un segundo antes estaba mi hermana.

Sin pensarlo, me lanzo al agua oscura. Palpo a ciegas, con el corazón desbocado, buscando a Paula.

Sin luz, sin orientación, sin aire. ¡Tengo que salir a la superficie! Pero ¿dónde está arriba y dónde abajo? ¿Dónde está Paula?

El peso del agua se me ciñe como una carga invisible. El corazón me martillea en el pecho, urgiéndome a tomar aire.

Todos los sonidos se vuelven apagados, extraños, inquietantes. Aunque solo haya oscuridad, esa negrura se cierra a mi alrededor, se convierte en una nada sin límites.

El impulso de respirar se vuelve insoportable. Me arde el pecho; tengo que respirar. ¡Tengo que hacerlo!

Abro la boca, inspiro hondo y grito.

Me incorporo de golpe. Miro en torno a mí, jadeando.

La oscuridad todavía me atenaza, pero ya no tiene poder sobre mí. El alivio de no estar paralizada por la parálisis del sueño se extiende

despacio por mi interior, aunque enseguida lo sobrepasa otra oleada: la tristeza conocida que me invade cada vez que pienso en Paula.

El corazón se me encoge con dolor cuando la imagen de entonces aparece en mi mente. Paula desapareciendo en el agua oscura, sus manos buscando las mías mientras la corriente se la llevaba. Siento como si hubiera sido ayer, y han pasado casi treinta años. Treinta años, y aun así la echo de menos tanto que a veces se me hace insoportable.

—Te echo de menos —susurro en la habitación en silencio.

Por un instante me parece oír una voz infantil que me susurra suave que ella también me echa de menos. Es un consuelo engañoso, un eco del pasado que nunca desaparece del todo.

Como sé que no voy a volver a dormirme, me levanto y voy a la ventana. Mirar hacia fuera suele ayudarme a calmarme. Fuera todo parece en paz, como si nunca hubiera pasado nada malo. Pero yo sé la verdad. El mundo puede ser engañoso, puede esconder demasiado bien sus peligros.

Mientras abro la ventana e inhalo el aire fresco de la mañana, una ráfaga me acaricia la cara, igual que aquella vez en que Paula y yo estábamos una tarde de primavera junto al lago. Aunque aún hacía fresco, caminábamos descalzas por la orilla, echábamos barquitos de papel al agua y apostábamos, entre risas, cuál flotaría más tiempo. Fue uno de esos momentos en los que el tiempo parecía detenerse y todo era perfecto.

Siento un escozor detrás de los párpados cuando me viene a la mente otra escena. Teníamos ocho años y, poco después de la llegada del invierno, encontramos un pájaro herido. Paula estaba empeñada en salvarlo. Recuerdo cómo le canturreaba en voz baja después de refugiarnos en la cabaña del lago. Nos acurrucamos bajo una de aquellas toallas enormes de baño, el pájaro entre nuestras manos, entre las dos. Esa sensación de protección que me envolvió en ese momento, cuando la abracé, sigue tan viva dentro de mí como entonces.

Y también está aquel día lluvioso en el desván, cuando nos probábamos ropa vieja y nos adentrábamos en otro mundo. Paula con el sombrero antiguo, diciendo que era una exploradora, y yo siguiéndola entre risas. Era un juego, pero se sentía real, como si de verdad estuviéramos en un gran viaje, lejos de todo. Solo ella y yo, juntas. Para siempre.

Por fin dejo salir las lágrimas que se han acumulado tras mis párpados. Corren en silencio, pero el dolor permanece, hondo en mí. Un recordatorio constante de lo que he perdido. Echo de menos a Paula, cada día, a cada hora, y a veces esa ausencia es tan intensa que me desborda.

Respiro hondo, me seco las lágrimas, mientras los pájaros fuera saludan el nuevo día.

Entonces noto un movimiento en el edificio antiguo de enfrente. Se agita una cortina, abajo, en la planta baja. señora D'Alessi, si no recuerdo mal. Una vez me ayudó a subir un sillón a casa que había comprado por Internet.

La sensación de estar siendo observada me eriza la piel, como si unos dedos fríos me recorrieran la nuca.

No viene de abajo, no de la planta baja, sino del piso justo de enfrente. Mi mirada va hacia allí y se queda clavada en las ventanas. Algo es distinto.

Parpadeo, ladeo un poco la cabeza e intento penetrar la oscuridad de la estancia. Una sombra se desprende de las tinieblas, apenas discernible… ¿o me lo estoy imaginando? Un contorno, casi demasiado fugaz para ser real, y, sin embargo…

Se me corta la respiración al distinguir algo que parece una silueta humana.

Entorno los ojos mientras el corazón me late con un ritmo alterado. Me parece que, si me concentro lo suficiente, podré atravesar la penumbra y perfilar los contornos. Pero cuanto más me

esfuerzo, más se emborronan. Las sombras parecen bailar, la luz retrocede.

Intento lograr una vista mejor, me inclino hacia delante, pero no saco nada en claro. Ni rostro, ni cuerpo: solo la vaga certeza de que hay alguien ahí enfrente. Alguien que sabe perfectamente que estoy aquí.

Cada músculo del cuerpo se me tensa, reacción instintiva a una amenaza invisible. El aire a mi alrededor parece volverse más denso, me oprime el pecho, como si la habitación misma estuviera viva y en mi contra. Apenas me atrevo a respirar por miedo a que el soplo de mi existencia atraiga la atención de ese algo hacia mí.

Un pensamiento me cruza la cabeza: ¿la vecina? ¿Se ha dado cuenta de que miraba y ahora juega conmigo?

El recuerdo de Paula, que hace un momento me tenía desbordada, deja paso a la vergüenza por haber hecho el ridículo ante la vecina. Y ni siquiera sabría decir qué es exactamente lo que me da vergüenza. Al fin y al cabo, no he hecho nada malo.

Aun así, cierro la ventana a toda prisa, pero la sensación de estar siendo observada no se va.

¡No hay nadie!

Me repito esa frase una y otra vez. Con el té, en el perchero, abajo en la calle y en el tranvía.

***

Desde la parada hasta el edificio de cuatro plantas de la Avenida del Oeste, donde se celebra la reunión semanal de nuestro grupo de apoyo, hay poco más de doscientos metros. Y aun así me calo. Bien calada. El viento me azota la lluvia en la cara, de modo que ni paraguas ni chaqueta de entretiempo sirven de mucho. Maldito viento. Por un segundo me arrepiento de no haber cogido el coche, pero buscar aparcamiento por aquí siempre es una aventura.

Además, evito conducir por ciudad siempre que puedo. La incomodidad que me invade cada vez es casi palpable. Es como si el volante guardara el eco de la voz de Michael. Cada vez que giro la llave, siento regresar la vieja opresión: la sensación de estar bajo constante vigilancia, de hacerlo todo mal. Los comentarios de Michael, sus miradas impacientes, la corrección sutil pero cortante de mi manera de conducir… todo eso se me quedó grabado a fuego en la memoria.

Casi veo sus manos sobre el salpicadero, noto la tensión en el aire cuando no meto la marcha siguiente al instante.

—Otra vez vas demasiado despacio, Josie.

Sus palabras aún resuenan a veces en mi cabeza, aunque hace mucho que ya no está.

Por eso cojo tantas veces el autobús. No es solo por comodidad, es la libertad que encuentro en ello. Nadie que me agarre el volante, nadie que convierta cualquier pequeño error en prueba de mi incompetencia. En el autobús puedo simplemente sentarme, mirar las calles pasar y respirar, sin el peso de aquellos juicios silenciosos de antaño.

Así que hoy también echo a correr bajo la lluvia hasta que por fin me pongo a salvo en el portal.

En un cartel al lado pone «Asociación de ayuda a las familias y a la juventud». La asociación que también acoge al grupo «Violencia en la pareja».

Lo realmente interesante de la placa de cristal, anclada al muro y adornada con cabezas de latón, es la superficie pulida como un espejo. Permite al visitante atento echar un vistazo a la retaguardia. Yo lo hago siempre, antes de entrar, incluso hoy con este tiempo de perros.

La calle, por la que solo discurren las dos vías del tranvía y que está cerrada a todo vehículo salvo autobuses, queda tranquila a mi

espalda. Aun así, miro por encima del hombro mientras sacudo el paraguas.

Michael solo me siguió una vez, cuando creyó que le estaba engañando. Y yo siempre le fui fiel. Que me hubiera escabullido para consultar a un abogado de divorcios no podía saberlo, y tuve que cancelar la cita por teléfono. Desde entonces tengo la manía de no entrar en ningún edificio sin echar antes una última mirada a la calle.

Solo en el vestíbulo del edificio antiguo, con el suelo de linóleo verde, empiezo a calmarme. Mis suelas mojadas chirrían mientras subo, hacia una puerta entreabierta que me señala el camino a la sala de terapia. Hannah ha traído, como siempre, caracolas de pizza. Lo huelo antes incluso de entrar.

—Hola, Josie —me saluda.

Es una mujer encantadora de unos cincuenta y tantos. Estuvo casada veintiocho años con un cabrón que la pegaba. Desde hace unos dos años está divorciada de él, y no hay un solo día que no le eche de menos, aunque sabe que hizo bien en dejarlo.

Ella es la razón por la que no me salto ni una sesión aquí. Me cae Hannah tremendamente bien, pero no quiero, nunca jamás, acabar como ella. Michael no volverá a formar parte de mi vida, ni siquiera en mis pensamientos.

—Hola, Hannah. ¿Qué, te vienes luego al refugio de animales?

Sonríe, cortada, y niega con la cabeza. Su liso pelo castaño tiembla con el movimiento. —Ya sabes, mi alergia al pelo de gato.

Suelto un suspiro. —Cierto.

Siempre espero poder entusiasmarla con algún plan conjunto, pero por muy sola que esté desde la separación, tanto se corta a la hora de entablar amistades.

Además de nosotras están también Alice y Cora. Alice es una mujer menuda de poco más de cuarenta, cuyo rostro amable está en constante contradicción con la expresión de desasosiego en sus ojos.

Es maestra de primaria; tiene un hermano cinco años mayor que fue el soberano indiscutible en su casa. Sus padres ignoraban a menudo sus arrebatos de violencia y dejaban a Alice sola con el miedo y el dolor que le causaban sus palabras y sus golpes. Incluso ahora, décadas después, aún no ha aprendido del todo a salir de su sombra. Aquí, en el grupo de autoayuda, busca cómo romper de una vez por todas el poder que su hermano ejerce sobre ella y encontrarse a sí misma.

Nora, treintañera, es casi más callada que Hannah y tiene una hija de siete años, Lisa, el centro de su vida. Nora estuvo diez años casada con un hombre que la manipulaba emocional y psicológicamente. Durante años le metió en la cabeza que no era capaz de vivir sola y que era una mala madre, incapaz de cuidar de su hija. Cuando por fin consiguió dejarlo, empezó una enconada batalla por la custodia.

No sabría decir por qué, pero con Nora es con quien menos consigo entrar en calor. Quizá porque nuestras vivencias se parecen tanto que me recuerda constantemente mis propios errores.

También Frank, el único hombre de nuestro grupo, que normalmente somos diez, ha venido hoy otra vez.

—Vaya, Hannah, otra vez huele de maravilla —entra en la sala Mia, la coordinadora del grupo. Es miembro voluntario de la asociación y terapeuta conversacional titulada. Joven, entregada y siempre llena de brío. Hasta el gesto con el que cuelga la chaqueta rebosa energía —. Josie, qué bien verte.

Me roza fugazmente el brazo y luego se acerca, ligera, a las ventanas para descorrer las cortinas.

Pese al cielo gris, la sala se vuelve agradablemente luminosa. A nuestra espalda empieza a bufar el hervidor eléctrico.

—¿Alguien más quiere té? —pregunta Hannah.

Mia, Alice y yo decimos que sí. Mientras nuestra coordinadora abre los radiadores, yo cojo unas cuantas sillas del borde y las coloco en

círculo. Si es grupo de autoayuda, que lo sea de verdad.

Diez minutos después estamos todos sentados, calentándonos las manos con el té.

—Bien, hoy en petit comité —constata Mia, mientras los viejos radiadores tardan en arrancar—. ¿Quién quiere empezar?

Ni Hannah ni Frank se ofrecen. El rubio de treinta años, con gafas y ropa pulcra, lleva apenas dos meses con nosotros y, tras Hannah y Nora, es quien más se reserva.

Le entiendo muy bien. Aún más difícil que hablar de que te pegue tu marido debe de ser reconocer que te maltrata tu mujer. Sé que sigue con ella, y ella cree que todos los miércoles por la mañana él va a fisioterapia.

Alice, que se ha sentado al lado de Hannah, parece tensa; casi se aferra a la taza. Lleva fatal los silencios, por eso suele ser la primera en hablar.

—Hace dos días me encontré con mi hermano —empieza en voz baja, y la voz le tiembla un poco—. Fue por casualidad, en la calle, y quiso invitarme a un café. Pero… —traga saliva y se queda mirando sus manos—. Me trató como antes, como si volviera a ser la niña a la que puede dar órdenes. Me sentí de inmediato pequeña e impotente. Todo lo que quería decirle se me quedó atascado en la garganta. —Se le llenan los ojos de lágrimas, pero se obliga a seguir —. Fue como si rebobinaran el tiempo y yo volviera a ser la chica indefensa que tiene que soportar sus golpes y sus palabras.

Mia le pone una mano en el brazo y asiente con comprensión. —Debe de haber sido muy duro —dice con suavidad.

Cora, que hasta ahora ha permanecido en silencio, parece decidirse. —Yo también he tenido esta semana una experiencia que no me suelta —empieza. Su voz es firme, pero baja—. Estuve en el juzgado con mi exmarido. Era por la custodia de nuestra hija. Mintió, dijo que yo era una mala madre. —Se le entornan los ojos al recordarlo—. En el juzgado —traga—, en el juzgado estaba sentada

y era como si él volviera a tener el control de mi vida en su mano. Cada frase que decía me hacía dudar de mí. Y cuando dictaron la sentencia, ni siquiera me sorprendió que fuese a su favor.

Un murmullo apagado de consternación recorre la sala. Cora mira al suelo, como si buscara consuelo allí, pero su mirada queda vacía.

El empuje de Mia cede por un momento ante el peso de las historias, y respira hondo. —Gracias por compartirlo —dice en tono suave—. Cada uno de vosotros ha pasado tantísimo, pero estáis aquí, y eso demuestra que sois fuertes.

Noto cómo se me forma un nudo en la garganta mientras las palabras de las otras mujeres resuenan en mí. Historias de control e indefensión, de la lucha constante por no perderse a una misma. En este momento me siento más unida a ellas que nunca y, además, agradecida de que mi matrimonio con Michael se haya quedado sin hijos.

Todos aquí tienen una parte esencial en que yo haya llegado hasta aquí.

—Yo también tengo algo que quiero compartir con vosotras —digo, y suelto el aire—. Han llegado los papeles. Es oficial: estoy divorciada. Definitivamente.

Hannah aplaude y hasta Frank esboza una sonrisa. Así me quita el remordimiento por contar algo positivo pese a la historia de Nora.

—¿Él lo ha aceptado sin más o ha dado problemas? —pregunta en voz baja.

Es la primera vez que toma la palabra por iniciativa propia, y por un momento me sorprende tanto que se me olvida contestar.

Al final consigo encogerme de hombros.

—Desde la orden de alejamiento provisional no ha vuelto a ponerse en contacto.

No menciono las llamadas con número oculto o desconocido que recibo de vez en cuando, aunque sé que este sería el lugar

adecuado. Pero no quiero desestabilizar aún más a Frank de lo que ya está. Y, lo que es más importante, no estoy dispuesta a concederle a Michael semejante poder sobre mí. Si admito públicamente, aunque sea en un círculo tan pequeño, que a veces las llamadas me inquietan, él habrá ganado. Y no lo voy a permitir. ¡Nunca más!

Frank asiente, y adivino lo importantes que son mis respuestas para él. Tiene los ojos aún más hundidos que de costumbre. En ellos descansa un dolor que me resulta familiar, aunque el suyo parece mucho más intenso. Siempre que lo miro un poco más, rezo en silencio para que un día encuentre el valor de dejar a su mujer.

De hecho, Frank vuelve a tomar la palabra. —¿Te da miedo? El hecho de que todo haya terminado y quizá, sin embargo, no del todo.

Niego con la cabeza; ni tengo que pensarlo. —No, es como una liberación. Miedo tenía antes. Y ni siquiera principalmente a Michael, por raro que suene. Pero su comportamiento conmigo, las intimidaciones, los malos tratos, eran, de una manera retorcida, familiares. En cierto modo me había acostumbrado. En cambio, la decisión de separarme sí que me dio miedo de verdad.

Frank vuelve a asentir. Veo en sus ojos que sabe exactamente de qué hablo. —¿Y ese miedo ya se te ha pasado?

Titubeo una fracción de segundo. —No del todo —reconozco, porque no quiero mentirle—. Todavía hay momentos en los que me alcanza. Un ruido inesperado y fuerte me hace dar un salto; un grupo de chavales que viene hacia mí me hace cruzar de acera. Una figura en el camino del bosque me hizo ayer apartarme unos pasos entre los matorrales solo para evitar un encuentro. —La expresión esperanzada en su rostro me hace no mencionar que tuve un ataque de pánico. En su lugar, lo edulcoro—. Y sí, a veces todavía tengo la sensación de que me observa.

Asiente muy despacio, luego mete la mano en el bolsillo de sus vaqueros y saca una cartera de cuero negra, hecha polvo de tanto

uso. Casi hipnotizados, todos los presentes le miran abrirla y quedarse clavado en una foto, apenas visible bajo la ventanilla transparente. Me la tiende.

—Diana —dice sencillamente—. He amado esta foto. Hoy ya no puedo mirarla. Pero me da miedo sacarla de la cartera. Ella se daría cuenta y entonces…

Miro, sorprendida, a la mujer morena en el brazo de Frank. Es guapísima, se le nota la seguridad en sí misma, pero su sonrisa parece amable.

—Tiene pinta de ser alguien con quien es muy fácil equivocarse —comento, un tanto torpe.

Resopla quedo. —Sí, lo clavas.

—Gracias por mostrármela.

Se limita a asentir y vuelve a caer en un silencio pensativo.

Mia retoma. —Creo que hablo por todos y también por los que hoy no han podido venir cuando digo que estamos muy orgullosos de ti, Josie.

Son sus palabras las que me llevan a callarles que nimiedades pueden descolocarme enseguida. Como la vecina en la ventana, que me pilló mirando. Solo con recordarlo, noto cómo me arden las mejillas.

Eso me despierta la necesidad de añadir algo positivo.

—Leon me ha invitado al cine y he dicho que sí —les cuento.

Mia alza la vista, entusiasmada. —Es genial, Josie.

—¿Cómo lo haces? —pregunta Hannah con un deje de melancolía en la voz—. Tienes al buen hombre en ascuas tanto tiempo y él sigue mostrando paciencia.

—No lo he tenido en ascuas. —Apenas lo digo, caigo en la cuenta de que mi impulso de defenderme sigue alto. Así que inspiro y espiro a conciencia dos veces—. Solo conozco a Leon desde hace dos meses —trato de explicar mi caos emocional—. Es majo, tranquilo,

equilibrado. Me siento a gusto cerca de él. Pero al principio también me pasaba con Michael. —Alzo un poco los brazos—. Y todos sabemos cómo acabó eso. Con Leon no quería… no quiero precipitarme.

—Eso aquí lo puede entender cualquiera —me apacigua Mia sin necesidad.

Hannah baja la mirada, cohibida. —No iba por ahí.

Le doy un codazo amistoso en el costado. —Lo sé. A mí también me sorprende que tenga tanta paciencia.

—Eso, en cualquier caso, es buena señal —dice Mia—. Si quieres y no te molesta, te acompaño a distancia hasta el café. Como contacto de emergencia, por así decirlo.

Ya iba a asentir, pero entonces escucho lo que siento por dentro. ¿Quiero eso? ¿Una red de seguridad para los contactos sociales? Por dentro pongo los ojos en blanco.

Con los contactos sociales tienes menos problemas, se burla una voz en mí. *Lo que te pasa es que te pone, admítelo.*

—Y eso es justo lo que me da miedo.

El parpadeo de los presentes delata que he dicho la última frase en voz alta. Mierda.

—¿Qué es lo que te da miedo? —quiere saber Mia.

De pronto ya no puedo sostenerle la mirada. —Me gusta. Quizá más de lo que debería —admito en voz baja.

Por fin Hannah deja de mirar al suelo. —Sé exactamente a qué te refieres —dice, cohibida. Luego esboza una mueca—. Pero Leon seguro que es un buen tío, por cómo hablas de él.

Se me escapa una sonrisa. —Lo es.

Mientras lo digo, me doy cuenta de que quiero quedar con Leon sin red. Tengo que hacerlo.

—Tu ofrecimiento es muy amable —le digo a Mia—. Pero voy sola. ¿Cómo si no voy a aprender a confiar otra vez en mí misma? Puede que Michael haya condicionado mi pasado, pero me niego a seguir dándole poder sobre mi futuro.

—Es demasiado pronto. —Las palabras quedas de Frank le dan un buen baño de realidad a mi arrebato de valentía. Levanta la cabeza y me mira casi con reproche—. Piénsalo. Te acabas de divorciar, apenas te sostienes por ti misma. ¿De verdad quieres cometer el mismo error dos veces?

Por un momento no sé cómo reaccionar. —¿Cómo voy a saber si es un error si ni siquiera lo intento? —acabo diciendo lo que me pasa por la cabeza.

—No digo que no lo hagas. Solo que no tan pronto. A lo mejor solo es tan paciente para llevarte a la cama, y después, adiós.

Pone en palabras mis miedos más íntimos. Por otro lado, ¿sería tan terrible?

—Entonces al menos sabría a qué atenerme —murmuro más para mí—. Y podría pasar página sin haber invertido demasiado.

—Es un paso valiente, y me parece genial que lo des —acude Mia en mi ayuda—. Y si sale mal, aquí estamos. ¿Verdad?

Hannah asiente, animosa.

Frank, en cambio, sacude la cabeza. —No te hacía así.

Se me sube literalmente la ceja a la frente. —¿Así cómo?

—Frank, no olvides nuestros principios. Aquí no juzgamos a nadie.

—¿Y nos quedamos mirando cómo alguien se mete en la boca del lobo con los ojos abiertos? Eso no es ayuda, es omisión de socorro.

—¿Quién dice que necesito ayuda?

—¿Si no, estarías aquí?

Mia se inclina hacia delante en su silla. —Frank, basta ya.

Veo cómo aprieta los labios. Al final me mira con un punto de tozudez, pero también con algo de culpabilidad. —Lo siento. Hoy no es un buen día, sin más.

Tomo aire hondo y me trago la rabia incipiente. Sé demasiado bien a qué se refiere. La violencia en la pareja es una sombra que nunca se disipa, aunque el otro esté a kilómetros. Y, sobre todo, esa presión constante tiene una fuerza capaz de convertir en un animal sobreexcitado hasta a la persona más templada.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto en lugar de Mia.

Ella asiente con firmeza, y Hannah le tiende a Frank una caracola de pizza de su plato.

Él rechaza. Tanto la ayuda como el bocado. —Hoy no.

—Cuando quieras —dice Hannah.

Masculla algo ininteligible y se pone en pie. —Quizá a la próxima. Tengo que irme. Cuidaos.

Se va sin esperar respuesta, y los cinco nos quedamos mirándole, un poco desconcertados.

—¿Qué le pasa? —se me escapa.

Hannah se ríe. —Igual está celoso.

—Anda ya.

Mia se encoge de hombros. —Creo que le cuesta ver los progresos que haces mientras él acaba de empezar este camino. Se le pasará. ¿Tenéis algo más en mente?

Igual que yo, Hannah también niega con la cabeza. Por un instante me pregunto si es consciente de que se cierra en banda tanto como lo hace Frank. Pero bueno, al igual que aquí nadie juzga, tampoco se empuja a nadie. Así que reconduzco mis pensamientos hacia Leon. Sin embargo, el calorcito ha desaparecido. Lo sustituye una ligera desazón. Pongo una mueca.

Gracias, Frank.

Capítulo 4

DEN Durante todo el camino de vuelta a casa intento no enfadarme con Frank. Una y otra vez me repito que son sus propios problemas los que le pesan, y aun así no consigo archivar sus palabras. ¿Qué le importa a él? ¡Leon está bien!

Durante ocho semanas he rechazado todos sus intentos de invitarme a salir, y precisamente por los motivos que ha mencionado Frank. El temor a precipitarme de nuevo en una relación que podría hacerme daño. El miedo a cometer errores. El pánico a que Leon me guste solo porque estar sola, pese a todas las dificultades con Michael, se me hace extraño. Pero ya no quiero eso. ¡Voy a mirar hacia adelante! ¡Con Frank o sin él!

Esa decisión también me empuja a cruzar del aparcamiento frente a mi edificio a la casa de al lado. A veces lo mejor es dejar las cosas claras. Mañana, Leon; hoy, la vecina a la que anoche miré con tanto descaro. ¡Voy a zanjar este malentendido!

Por suerte la lluvia ha aflojado. Como si quisiera animarme, el sol asoma entre los torreones de nubes que se deshacen. Las dos escaleras de piedra que suben hasta los buzones y los timbres siguen mojadas y llenas de huellas de alicatadores, pintores y electricistas.

Me quedo un poco a la expectativa ante los ocho timbres. Solo conozco un nombre: —D'Alessi—. Es la señora mayor, muy amable, del bajo. Está la primera. Si suponemos que las placas no están colocadas al azar, el tercer nombre empezando por abajo debería pertenecer al piso justo enfrente del mío.

Entrecierro los ojos para leer la plaquita de plástico. No pone nada. Igual que en la de arriba. Las otras seis están rotuladas.

Aun así llamo. Los pisos se han reformado. Seguro que la mujer acaba de mudarse y todavía no ha tenido tiempo de poner su

nombre en el timbre.

Suena un chasquido, como si alguien hubiera descolgado el telefonillo del portal.

—¿Hola? Hola, soy Josie West. Vivo enfrente. Yo… eh… verás, creo que me viste anoche. Solo quería presentarme rápido y pedir disculpas por haberme quedado mirando tu piso con tanta desfachatez. Es que al principio pensé que quizá eras un ladrón, porque las habitaciones han estado desocupadas mucho tiempo.

De las seis ranuras estrechas de la placa de acero cepillado no sale respuesta. Normal, con mi explicación tartamudeada.

—¿Hola? —pregunto aun así.

Nada.

—¿Hola?

Nada…

Creo oír otro clic. Más suave esta vez, como si hubieran colgado.

Bien hecho, Josie. Lo de arreglar para empeorar se te da de miedo.

Antes de darme cuenta, he llamado al timbre de la señora D'Alessi.

Descuelga al instante. —¿Sí?

—Hola, señora D'Alessi, soy Josephine West, la vecina…

—¡Josephine! Ay, qué bien. Espere un momento, ahora salgo.

—No hace falta que…

Demasiado tarde. Ha colgado y oigo abrirse una puerta en el edificio.

Enseguida viene hacia mí, balanceándose, la jubilada medio italiana. —¿Qué pasa? —sonríe radiante, como siempre que habla con alguien. A veces creo que la Parca podría plantarse delante de ella con gesto torvo y aun así le ofrecería café y tarta con esa sonrisa.

—Perdone la molestia. Solo quería preguntar rápido quién se ha mudado al tercero.

Parpadea. —¿Al tercero? Ese piso está vacío.

Niego la cabeza. —No, ayer vi a alguien. Tiene que haberse mudado alguien.

—No, no, querida. Seguro que eran los obreros. Se está reformando para alquilarlo luego como piso de vacaciones o algo así. El de al lado también. —Se interrumpe y ladea la cabeza—. Un momentito, no como piso de vacaciones. Como ARB… ¿cómo se llama eso ahora?

—¿Airbnb?

—Sí, justo eso. ¿Y eso qué es?

—Bah, una cosa de internet.

La señora D'Alessi tuerce el gesto. —Oh. Pero que arriba no me hagan guarrerías. Eso aquí no lo quiero.

—No, no. No es ese tipo de cosa. ¿Está ya terminado el piso?

Niega con la cabeza. —Los pintores siguen con ello. Muy majos los chicos. Les ofrezco a menudo un café y me hacen compañía un rato.

—¿Hay también alguna mujer?

—No, ¿por qué?

Avergonzada, me refugio en un encogimiento de hombros. El aire parece de pronto más denso. —Por nada —acierto a decir—. Gracias, señora D'Alessi.

Me doy la vuelta, pensativa.

Como en trance, bajo de nuevo las escaleras, cruzo la calle y voy a mi piso. En el portal me detengo y miro hacia la casa de al lado. Con el dedo estirado cuento las ventanas. A estas alturas ni siquiera estoy segura de en cuál de las incontables aberturas vi a la mujer. ¿Es que la vi de verdad? Era plena noche. Estaba cansada …

Entre los efectos secundarios de la parálisis del sueño están las alucinaciones vívidas visuales, auditivas o táctiles. ¿Quién iba a saberlo mejor que yo? Pero esas solían aparecer al dormirme, a veces también al despertar.

¿Pero minutos después? ¿Pueden ser tan intensos los efectos residuales?

¿Cuántas veces tienes la sensación de que hay alguien en la habitación cuando te despiertas presa de la parálisis del sueño? — me respondo a mí misma.

Eso es otra cosa, replica la parte racional de mi cerebro. *Después* de *lo que ha hecho Michael* …

No lo achaces a Michael.

Los pensamientos se atropellan mientras subo la última planta, me quito los zapatos húmedos a medio gas y alargo la mano hacia la manilla.

Algo frío roza mi muñeca, suena un tintineo leve. Sobresaltada, retiro la mano y me quedo mirando la manilla. Una cadenita de oro se balancea, repicando suavemente contra la madera.

Mi mano izquierda vuela a mi cuello, tantea donde la cadena delicada cae sobre mi clavícula. La derecha tiembla al despegar la pieza de filigrana de la manilla.

Son los mismos eslabones minúsculos y móviles, es la misma longitud. Cuelga un colgante. Casi igual que el del mío. En el mío pone "P". En el que tengo en la mano, "J". Las náuseas me suben por la garganta y me pitan los oídos en señal de alarma.

Paula llevaba esta cadena.

Fue un regalo de nuestro tío para el primer día de colegio. Una cadenita con el nombre para cada una de nosotras. Aún teníamos el papel de regalo en las manos cuando decidimos que las cambiaríamos. Yo llevaría la de Paula, y ella la mía.

Entro a trompicones en el piso y cierro la puerta de un portazo. Con el corazón desbocado me dejo caer contra ella hasta el suelo. Una broma. Seguro que no es más que una broma de mal gusto.

Oh, Paula…

Contra todo propósito, los ojos se me llenan de lágrimas. Mis manos se aferran al metal. Paula se ha ido. Está tan lejos. Y yo quiero contarle lo de Frank y sus comentarios estúpidos. Lo de Leon y nuestra cita. Todo este maldito lío, sin más.

Tardo mucho en dejar de llorar y en que mi respiración entrecortada se calme. Los dedos me siguen temblando.

—¿Qué demonios significa esto? —le pregunto a mi zapatero, que tengo enfrente, y cuyos tiradores de latón labrados me miran desde arriba como una boca riéndose.

Decido llamar a mi tío. Puede que mandara hacer una copia de la joya y pensara que me hacía un favor. No sería la primera vez que un regalo raro suyo deja a la familia descolocada.

Me pongo en pie a duras penas y voy hacia el teléfono. Un fijo verde, antiguo, que no consigo deshacerme de él por pura nostalgia.

Busco el número de mi tío Eric en la lista que cuelga al lado. Ya casi no tenemos trato, pero una vez al año nos vemos en alguna celebración familiar, y en los cumpleaños llama para soltar unas palabras de cortesía tan cumplidoras como acartonadas. El teléfono suena durante minutos, pero no contesta.

Aun así, decido responsabilizarle del regalo, aunque solo sea por la sencilla razón de que es la única explicación que no me da miedo.

Voy decidida a la cocina, echo un vistazo rápido al calendario y veo que, aparte de preparar la clase de esta tarde, no tengo nada más. Bueno, cocinar sería importante.

Para distraerme de todo este barullo, opto por algo laborioso. Lasaña. La verdura del frigorífico tiene que gastarse de todos modos y la lasaña me gusta casi tanto como los espaguetis a la carbonara. Mentalmente me doy una palmadita en el hombro. *Bien hecho,*

Josie, piensa en las cosas de cada día. Nada de dejarte arrastrar por el estrés. Pico cebolla, champiñones, al final pongo la radio y de verdad consigo desconectar lo suficiente como para acabar tarareando, bajito.

Justo hasta que suena el teléfono del pasillo. El movimiento del cuchillo se detiene, y me quedo unos segundos mirando hacia el pasillo, con la esperanza de que alguien más lo coja. —Es tío Eric. Seguro que es tío Eric —me digo a mí misma.

Los deseos que se dicen en voz alta se cumplen. Lo dijo alguna vez una persona lista. Quién, no lo recuerdo, y en este momento me da exactamente lo mismo.

Dejo lentamente el cuchillo a un lado, me seco las manos en el paño de cocina y voy al pasillo.

Es tío Eric, conjuro al auricular verde, antes de agarrarlo y descolgar.

—West.

—Josephine, no cuelgues.

No lo hago. No puedo. Porque cada músculo de mi cuerpo se contrae en tensión.

Me zumban los oídos tanto que apenas entiendo las palabras que consigo forzar a salir. —No puedes llamarme, Michael.

—Poder sí puedo, si revocas esa orden.

La serena objetividad de su voz hace que me tiemble la mano. Y no solo la mano, como voy notando poco a poco. El brazo sigue, luego las piernas. Era esa calma en su voz la que siempre aparecía antes de que pegara.

—Se lo diré a mi abogada —ronco.

—Dame cinco minutos.

Quiero colgar. Debería colgar. No puedo. Él ordena, yo obedezco.

—Bueno, escucha. Sé que no siempre fui el mejor marido, pero esta guerra de divorcio es innecesaria.

—¿No siempre el mejor marido? —escupo—. Tú …

—Ya sé lo que he hecho —me corta.

Piensa más rápido, Josephine, ¿o eres demasiado tonta, para hilar una frase en condiciones?

—Hablemos de ello.

—¡No!

—¡Siempre quisiste hablar! ¡Maldita sea, sé que cometí errores! ¡Pero puedo cambiar!

Te gusta, ¿verdad? Si no, mueve la cabeza, Josie. Vamos, muévete para mí, Sunshine. Solo un poco. ¿No? Entonces lo quieres …

—¡Habla con mi abogada!

Por mucho que lo intente, a mi voz le falta cualquier atisbo de firmeza. Tengo la garganta tan cerrada que me cuesta respirar. Siento sus caricias tan claras como si estuviera delante de mí.

—¡Esa superfeminista cree que soy el Anticristo! ¡No seas melodramática, Josie! Siempre hemos funcionado bien, tú y yo. Vale, estos dos últimos años me pasé, justo de eso quería …

Un pitido penetrante suena desde la cocina. Al mismo tiempo me llega el olor a quemado a la nariz.

—No me vuelvas a llamar —logro decir.

Presiono la horquilla, dejo caer el auricular sin más y echo a correr a la cocina.

Capítulo 5

INCLUSO una lasaña quemada puede saber bien. No lo hace, sin embargo, cuando el ex te ronda la cabeza. No es la primera vez que llama. Pero sí la primera que ha dicho algo. Las últimas veces la línea se había quedado en silencio.

¿Qué se cree este idiota de mí? ¿Que voy a cometer el mismo error dos veces?

Nunca he sido rencorosa, nunca he deseado mal a nadie. ¿Pero darle una oportunidad a Michael? Si ni siquiera una orden judicial logra impedir que me llame… ¡Ni hablar!

Paso la tarde enterrada en trabajo. El tema de la noche vuelve a ser la gestión de datos. Justo lo que necesito. Seco, extenso, y una se puede colgar a gusto de los detalles. Solo falta un grupo de estudio sobreactivado y me sentiría como en la uni. Solo que entonces aún quería a Michael y estaba convencida de que era el adecuado.

¡No te dejes distraer!

Respiro aliviada cuando por fin el reloj se acerca a las siete y puedo abrir la videoconferencia.

Por una vez, están todos los participantes. Aunque suelo ser una profesora paciente y comprensiva, hoy los martirizo sin tregua con detalles. Lo importante es no dejar huecos, ni distracciones, ni recuerdos.

Lástima que a las veintiuna tenga que dejarlos. La mayoría trabaja y está muerta de sueño.

Yo también, pero no quiero ni pensar en dormir. Sé lo que pasa cuando cierro los ojos, y no me apetece ni tener pesadillas ni sufrir la tortura de despertar si otra vez no encuentro el camino de vuelta a la realidad.

Así que apago el ordenador y enciendo la tele. Están echando una serie policiaca, lenta y gris, que no me engancha en absoluto. Pero dura más de dos horas, así que me tendrá entretenida un rato.

Apenas veinte minutos después del primer bloque de anuncios mi mirada se va a la ventana. Aún no me he dormido. Si la mujer vuelve a estar ahí ahora, es real.

Me levanto. Mejor pensar en la vecina que en Michael. Me acerco a la ventana del dormitorio.

En la calle ya no se mueve nada, aun así dejo reposar un poco la vista sobre el asfalto silencioso antes de reunir el valor y mirar hacia arriba. ¿Y si me he equi…?

¡Está ahí! Parpadeo, entornó los ojos, pero la imagen no cambia.

Frente a mí, justo en el piso en el que no debería haber nadie, está de pie en la ventana.

Su silueta parece inmóvil, casi fantasmal. Mira a la calle como si fuera parte de un decorado gris y triste.

Oigo mi propio corazón en los oídos. Estoy cansada, pero desde luego no tanto como para estar imaginando cosas.

La decencia me dice que debería apartar la vista, pero no puedo. Algo no encaja. La forma en que está ahí, tan quieta, tan inerte. Las ojeras se distinguen incluso desde esta distancia, surcos profundos en un rostro pálido. Parece como si la vida le hubiera chupado hasta el último color, un reflejo extraño de cómo me he sentido yo en mis peores momentos.

Se la ve perdida, infinitamente lejos del mundo de fuera, que sigue como si no existieran el dolor ni la indefensión.

Sin darme cuenta, levanto la mano y le hago un gesto.

Al principio no reacciona. Luego, como un eco deformado de mi movimiento, gira la cabeza de golpe y me mira fijamente. Su mirada se cruza con la mía y bajo la mano. Una extraña comezón se me extiende por dentro mientras ella sigue mirando. No a mí, sino a

través de mí, como si mi presencia solo quedara registrada como un pensamiento fugaz.

¿Por qué está ahí, sin moverse, sin responder a mis intentos de llamar su atención? ¿Y por qué se me parece tanto? El mismo pelo rubio, la misma estatura, la figura delgada… Me obligo a apartar la vista, y en ese instante me sacude el recuerdo de una noticia que he leído hace poco. Un robo en el barrio, en el que los ladrones habían estudiado primero los pisos. Se me corta la respiración.

¿Y si no está simplemente ahí plantada? ¿Y si está vigilando en qué pisos del edificio podría entrar? ¿Y mira a través de mí porque…?

No lo sé.

Pero dentro de mí hay un instinto que me grita que algo va rematadamente mal. El pulso se me dispara cuando me aparto bruscamente de la ventana y tropiezo por el pasillo. Sin planearlo, de pronto tengo el teléfono en la mano y marco el número de la policía. Puede parecer exagerado, pero no me suelta la idea de que está ocurriendo algo terrible.

—Emergencias policiales. No cuelgue—, suena una locución grabada.

Antes de que me asalten las dudas, descuelgan al otro lado.

—Emergencias policiales, ¿cuál es su emergencia?

—Eh… buenas noches, me llamo Josephine West. Llamo por mi vecina. Creo que necesita ayuda.

—¿Cuál es su dirección?

Algo descolocada por el aparente desinterés hacia mi aviso, dudo un instante antes de responder a la pregunta.

—¿De qué tipo de emergencia se trata exactamente?

—Es…

¿Difícil de explicar?, me pregunta mi voz interior con sorna.

La hago callar, molesta, y sigo con determinación: —El problema es el siguiente: hay una mujer en la ventana de la casa de enfrente. Es el número 33. Ese piso debería estar vacío, pero ya he visto a la mujer varias veces. No reacciona a mis intentos de ponerme en contacto con ella y parece estar… en una situación de crisis psicológica.

Me felicito por dentro por la elección de las palabras. Suena mucho mejor que decir: hay alguien ahí, ¡manden la artillería!

—¿La ventana está abierta?

Tardo un segundo en entender lo que quiere saber. —Eh, no. Está cerrada. Tampoco parece que… bueno, que vaya a saltar. Pero, como he dicho, el piso se supone que está deshabitado.

—¿Dónde se encuentra usted? ¿Puede establecer contacto con la persona afectada?

—No, estoy en mi piso y la he visto por la ventana.

—¿La persona está herida?

—Que yo haya visto, no.

—Ajá. —El agente parece debatirse entre pasar a los compañeros un posible robo o un intento de suicidio, porque duda, aunque solo un instante, y luego dice—: Por favor, manténgase en la línea, vamos a enviar a alguien. Avíseme de inmediato si sospecha que algo cambia.

—Sí, pero tengo un teléfono fijo viejo. Voy a tener que dejar el auricular a un lado.

—¿No tiene móvil?

—Sí.

—Entonces le agradecería que me diera el número. La llamaremos en un minuto.

No dudo ni un segundo y le doy mi número de móvil. Después, el anónimo me pide que cuelgue.

Apenas dejo el auricular en la base, ya está sonando mi móvil. ¿Pero dónde?

Corro a la cocina. Entre los cacharros aún sin fregar y los ingredientes de la lasaña aún sin guardar, por fin lo encuentro y contesto sin aliento.

—¿Sí?

—¿Señora West, está usted en la ventana?

—Aún no. Un momento… Ahora sí.

—¿Puede ver a la mujer?

—Eh… no, ya no.

—De acuerdo. Los compañeros van de camino.

Después, silencio.

Embobada, alterno la mirada entre las ventanas oscuras y la calle callada. Pasan minutos sin que se mueva nada. La mejilla se me calienta, los dedos me hormiguean, pero sigo escuchando en el auricular y clavando la vista en el escenario nocturno, que de repente se me antoja ajeno.

Por fin un coche patrulla baja la calle e inunda los cañones de casas alternativamente de luz y oscuridad. No suena nada; casi me parece que el coche flota sobre el asfalto, tan raro es ver los vehículos azules sin la sirena aullando.

El coche se detiene frente a mi edificio y bajan dos agentes. Una mujer con coleta castaña y un chico joven con el pelo muy corto. Miran alrededor, buscando.

Él acaba señalando el número del portal donde está mi piso, a lo que ella se gira en la dirección contraria y mira hacia el bloque donde, hace nada, estaba la mujer en la ventana.

Los agentes avanzan un trecho calle abajo y examinan la fachada, luego vuelven y se dirigen a la puerta de mi casa.

—¿Señora West?

La voz inesperada en mi oído me hace dar un brinco.

—¿Sí?

—Los compañeros están con usted. Puede colgar ahora.

—Sí, gracias por venir.

—Es nuestro trabajo. Que tenga buena noche.

Cuelga y me voy hacia la puerta, porque, como era de esperar, pocos segundos después suena el timbre. Paso de usar el portero automático y bajo a todo correr los dos tramos de escaleras hasta el portal.

—Buenas noches, ¿es usted la señora West? —me saluda la mujer.

No entiendo de galones policiales, pero lleva algunas estrellitas más en el hombro, y su forma de estar indica que manda ella.

—Sí, gracias por venir.

Asiente antes de preguntar: —¿De qué piso se trata exactamente?

Salgo con ellos a la calle y me ciño la rebeca a los hombros, porque hace frío en esta noche de febrero. Señalo la ventana del tercer piso. —La cuarta ventana empezando por la izquierda.

Caminamos juntos un trecho calle abajo. Me siento pequeña entre los agentes y me pregunto si será por mis pantuflas o por sus caras serias.

—Esa de ahí. No sé si desde abajo se la puede ver, aunque esté. Justo ahora ya no lo estaba.

—¿Y qué ha visto? —pregunta el policía.

—Una mujer. Más o menos de mi edad. Se la veía muy desmejorada. Como si estuviera enferma. La vi ayer, pero no le di importancia. Hasta que mi vecina dijo que ese piso estaba vacío.

—¿Sabe dónde tenemos que llamar al timbre?

—Sí, venid—digo, y luego me corrijo—. Vengan, por favor.

Me alegra que, aunque sean bastante escuetos, al menos estén dispuestos a ayudar. Involuntariamente me pregunto si reaccionarían distinto si supieran de mis antecedentes y, sobre todo, de mis problemas de sueño.

Llegamos al portal y señalo el timbre sin nombre.

—Es ese piso.

La mujer vuelve a asentir y llama. Una vez, luego, tras un minuto, varias seguidas, una detrás de otra.

El hombre se gira hacia mí. Fuera de lugar, me sorprendo pensando que está guapísimo con el corte de pelo casi militar, la figura atlética y el uniforme.

Casi por eso no escucho lo que dice: —¿Sabe de quién es el piso de abajo del todo?

—Sí, de la señora D'Alessi, ¿por qué?

Se dirige a su compañera: —Hay una tele puesta.

Ella vuelve a asentir, como si fuera su pasatiempo favorito, y llama al timbre de D'Alessi.

Un chasquido en el altavoz. —¿Sí? —suena, desconfiado.

—Buenas noches, ¿señora D'Alessi? Habla la comisaria Sauer, de la policía de guardia. ¿Podría abrirnos la puerta, por favor?

La señora D'Alessi, cordial pero con carácter, resopla: —¿De qué se trata, pues?

—Hemos recibido una llamada avisando de que en uno de los pisos podría haber alguien que necesita ayuda.

Intento preguntar en silencio a los policías si debo identificarme, y él asiente.

Así que doy un paso y digo: —Hola, señora D'Alessi, soy Josephine West. He avisado a la policía porque he visto a alguien en la ventana del piso vacío.

—Ah, Josephine… bueno, vale. —Suena el abrepuertas y los policías entran.

La comisaria Sauer vuelve a girarse hacia mí. —Por favor, espere aquí, señora West. Si es posible, le informaremos de lo que averigüemos.

Doy medio paso atrás, sorprendida. Que venga alguien ahora a decir que la policía no se esfuerza.

Tiritando, pero con curiosidad, cruzo la calle y me siento en los escalones de la entrada de mi portal. En el piso de arriba del vacío se enciende una luz. Seguramente los vecinos han oído ruidos en la escalera y quieren ver qué ocurre.

Luego no pasa nada durante un buen rato, salvo que el frío se cuela por la tela de mis pantalones, demasiado finos.

La adrenalina me pega un subidón cuando a lo lejos un camión de bomberos recorre la calle. Uno pequeño. Van dos hombres dentro. Paran detrás del coche patrulla, bajan y desaparecen también en el edificio.

Se me hiela el trasero, me tiemblan los brazos y sueño con té y un baño caliente. Pero en cuanto se enciende la luz en el piso vacío de arriba, se me borra todo pensamiento de la cabeza.

Pasan cinco minutos, luego diez, hasta que la luz vuelve a apagarse.

Al poco, los cuatro efectivos salen del edificio, y oigo voces bajas sin alcanzar las palabras. Me pongo en pie, doy unos pasos indecisos, me detengo otra vez. Sin saber qué hacer, espero.

Los bomberos suben de nuevo a su vehículo. Uno coge el walkie, pero no se marchan. Los policías vienen hacia mí. Tienen la misma expresión imperturbable de antes.

Doy otro paso hacia ellos. —¿Y bien?

—Señora West, en el piso no había nadie.

Me quedo mirando a la comisaria. —¿Cómo?

—El piso está vacío —dice. Por el tono, parece molesta, aunque consigue mantener el gesto neutro—. Está en obras.

—¡Lo sé! ¡Pero la mujer estaba ahí!

Interviene su compañero: —¿Está absolutamente segura de que hemos abierto la puerta correcta?

La palabra *abierto* no suena tan inocua como debería.

—Dios, no habrán tenido que derribarla, ¿verdad?

—No. Hemos tenido suerte y solo estaba entornada. Ergo, hemos podido entrar sin causar daños y volver a cerrarla. Pero habríamos tenido que forzarla si no hubiera sido así. —La severidad en la voz de la agente me obliga a justificarme.

—De verdad que no me lo explico. No es la primera vez que veo a la mujer ahí. ¿Seguro que no ha podido esconderse?

—Dentro no hay nada donde alguien pueda esconderse.

El joven parece tenerme compasión, porque vuelve a intervenir: —Señora West, ¿sería posible que la acompañáramos a su piso y nos señalara la ventana desde allí?

Asiento con entusiasmo. Prefiero eso a enfrentarme al miedo, cada vez más real, de haber provocado un despliegue policial innecesario.

Mientras subimos las escaleras hasta el tercer piso, me cae encima como agua hirviendo la idea de que la cocina está como si hubiera explotado una bomba, que hace dos semanas que no aspiro el pasillo y rezo para no haber vuelto a colgar la ropa interior sobre el radiador del dormitorio para que esté bien calentita tras la ducha.

Cuando llegamos arriba, yo estoy sin aliento. Ellos no.

Abro la puerta, me muerdo la lengua para no justificar el desorden y voy delante por el pequeño pasillo junto a la cristalera, que conecta mi cocina, mi baño y mi dormitorio-despacho. No hay ropa interior en el radiador. Exhalo, aliviada.

—Esa de ahí, ¿la ven? Estaba justo ahí. —Señalo la ventana del edificio antiguo en diagonal, enfrente.

Ambos miran hacia abajo. —Es el piso correcto —murmura el guapo.

—Hm —hace la comisaria Sauer.

—¿Cómo dijo que era la mujer, exactamente?

—Rubia, más o menos de mi edad.

Se cruzan una mirada. Larga.

—Mirad, ya sé que yo también soy rubia. Pero eso es una ventana, no un espejo, ¿vale? ¡Estaba ahí! —me oigo decir, molesta, y me corrijo—. Miren, estaba ahí.

—¿Puedo? —El policía señala el interruptor junto a la puerta de mi dormitorio.

—Adelante —digo, aunque no tengo claro qué pretende con eso.

La luz se apaga. Las farolas, no obstante, iluminan lo suficiente.

Él se coloca delante de la ventana y mira al otro lado, luego vuelve a intercambiar una mirada con su compañera. —¿Querría ponerse exactamente aquí, señora West?

Ocupo su sitio y me trago la rabia. Creo intuir lo que me va a enseñar ahora mismo.

Señala por encima de mi hombro el cristal, donde apenas se dibuja mi reflejo. —¿Fue a esta mujer a la que vio?

—¡No! —digo un poco demasiado alto—. Sé distinguir un reflejo de una persona real. ¡Estaba ahí! Y no se parecía a mí. Tenía ojeras, estaba cadavérica.

—¿Toma medicación? —pregunta la señora Sauer desde el fondo.

—¡Por Dios, no! —Me obligo a respirar hondo—. No sé por qué no han encontrado nada ahí enfrente, pero la mujer estaba ahí.

La señora Sauer tiene al menos la decencia de forzarse una sonrisa cansada. —Le creo que lo tiene claro. Solo tenemos que contemplar todas las posibilidades, señora West.

—¡Ha sido como digo!

—Aun así, aquí no podemos hacer nada más —dice el guapo, que ya no me cae tan bien desde que me ha presentado a mi propio reflejo—. Aun así ha hecho bien en llamar. Podría haber habido alguien en peligro. Si vuelve a ver a esa mujer ahí, intente hacerle una foto.

Parpadeo y, antes de recordar que no soy de contestar con insolencias, suelto: —¿Eso es conforme al RGPD?

Sonríe de medio lado. —No. Pero si de verdad se trata de alguien en peligro, la fiscalía haría la vista gorda, seguro.

No digo nada más y vuelvo a mirar la casa de enfrente. La ventana de enfrente calla.

—Buenas noches, señora West.

—Buenas noches —murmuro.

El sonido de la puerta del piso al cerrarse me dice que me he quedado sola.

Mientras veo en silencio cómo los bomberos y el coche patrulla se pierden a lo lejos, me repito una y otra vez que sé lo que he visto. Pero, por lo visto, necesito con urgencia a alguien que también lo confirme.

Capítulo 6

Mi noche transcurre tan intranquila como la tarde. Debería dormir, pero ¿cómo voy a conseguirlo? Una y otra vez se me van los pensamientos a la ventana. Sin embargo, me he prohibido mirar hacia allí. Tengo miedo. Miedo de volver a ver a la mujer. Sabiendo que la policía no ha encontrado nada ahí enfrente, la única explicación lógica sería que se me va la pinza. Y no un poco, de esos que apenas se notan, sino con un buen boquete por el que se escapa toda el agua.

Cuando hacia las cuatro la extenuación por fin me empuja a una especie de duermevela en trance, sueño con mi hermana.

Paula, devorando tortitas conmigo.

Paula, montando conmigo en el tiovivo, mientras una mujer rubia nos observa desde la multitud con expresión ausente.

Paula, sentada a mi lado en el pupitre, lanzándole bolitas de papel a Dominik entre risitas, mientras la profesora rubia nos mira con reproche.

Paula, que casi me rompe la nariz en el autobús intentando robarme el gorro de lana, mientras una conductora rubia nos vigila con gesto adusto por el retrovisor interior.

Paula, que…

El timbrazo del despertador me arranca de las variaciones sobre mi hermana gemela. Gimiendo, tanteo el despertador anticuado que compré de un legado y le echo el pestillo al pequeño martillo metálico que golpea las campanas hasta hacer caer a los lirones de los árboles.

Y a las 6:00. Gimiendo, me tiro la manta por la cabeza y me concedo unos minutos más. Está claro que no he nacido para madrugar. Cuando, sin embargo, estoy a punto de dormirme, me

arrastro fuera del colchón. Le he prometido a la directora del refugio que hoy me encargo de la comida de la mañana porque tiene que ir al asesor fiscal.

Con los párpados a medio abrir me meto bajo la ducha, me lavo los restos de pesadillas del cuerpo, igual que las ideas peregrinas sobre la mujer desconocida. Ahora, con las primeras luces del día y despejándome poco a poco, se me ocurren varias posibilidades de por qué la policía no la ha encontrado en el piso. Podría ser suyo y haber venido a inspeccionar la obra. O quizá es una sintecho y pasa las frías noches en pisos vacíos.

Algo más despierta y mucho más tranquila salgo de la ducha, me seco y me envuelvo en la toalla grande. De camino al dormitorio, mi mirada se va a la ventana del pasillo.

Me detengo en seco.

—¿Pero qué…?

El cristal —precisamente aquel por el que anoche vi a la desconocida— tiene una grieta.

Me acerco. El vidrio, de veinte por veinte centímetros, sigue entero, pero una fisura diagonal, provocada probablemente por un golpe circular y más profundo en el centro, va de una esquina a la otra. Abro con cuidado la ventana y miro hacia la acera. Hay algo. Algo que parece un pájaro muerto. Cuál, es imposible distinguirlo en la oscuridad.

Un poco más tranquila y a la vez afectada, cierro de nuevo la ventana y apunto llamar al señor Waller, el conserje del edificio, en la lista de tareas de hoy.

Desayuno café y pan de molde con mermelada. Sabe a cartón. El pájaro no se me va de la cabeza por más que quiera.

Cuando luego bajo ya vestida para ir al refugio, llevo una caja para recoger al desdichado animalito.

Fuera todavía está oscuro, pero hay algo que puedo afirmar sin lugar a dudas. La acera bajo mi ventana dañada está vacía. Miro

alrededor buscando, pero no se ve un pájaro por ninguna parte. Tampoco encuentro nada que se le parezca.

—No puede ser.

Abro de nuevo la puerta del portal, hecha una furia, y subo las escaleras a toda prisa. Con los zapatos de calle cruzo el piso de lado a lado. La ventana sigue dañada. Pero el pájaro que creí ver tampoco se distingue ya desde aquí.

Las campanadas del reloj de pared me dicen que me quedan exactamente dos minutos para coger el autobús. Maldiciendo, doy media vuelta. Cierro a toda prisa detrás de mí y echo a correr escaleras abajo y luego calle abajo. A lo lejos veo el autobús de línea doblando ya en nuestra calle. Va a estar justo.

La mochila me golpea incómoda en la espalda, pero llego. Al mismo tiempo que el vehículo grande alcanzo la parada. Las puertas se abren resoplando; resoplando, subo yo también.

El conductor, un tipo de mediana edad que, pese a ser primavera, lleva las gafas de sol del revés sobre la calva, sonríe.—A tiempo por los pelos, ¿eh?

No me queda aire para contestar; sonrío de medio lado y me dejo caer en un asiento junto a la puerta trasera.

Cuando por fin se me calma el pulso, me entra el sueño, y si no fuera porque miro mucho por mi seguridad, me habría quedado dormida en el trayecto de casi media hora hasta el refugio.

El aire fresco que me da de lleno al bajar apenas consigue espabilarme. Pero hasta el refugio hay más o menos un kilómetro a pie; eso debería despertarme.

Para no seguir pensando en Paula, en policías suspicaces y en mujeres rubias, saco el móvil del bolsillo de la chaqueta y marco el número de Nici.

Aunque mi mejor amiga trabaja de enfermera de noche —de noche el día es más bonito, como suele decir—, le encanta

desayunar a lo grande después. Así que estoy segura de que sigue despierta.

—Ey, ey, a ver quién se digna a dar señales de vida —me canta al descolgar.

Involuntariamente me pregunto qué le echan al café en el hospital para que, incluso tras una guardia, pueda estar de tan buen humor.

—Lo que sea que te hayas tomado, yo quiero de eso —replico, intentando no sonar tan cansada como me siento.

—Zumo de naranja y café. Pásate, estoy en la cafetería del hospital.

—Iba a hacerlo, pero voy de camino al refugio. —Suelto un suspiro hondo.— Aunque me muero de ganas de ver a Luna, un café suena bastante mejor que limpiar cheniles —admito—. Aunque puede que también tenga que ver con la intervención policial nocturna.

—Ya me tienes otra vez. ¿Por fin te han detenido por guapísima o has aparcado mal sin querer?

—¿Estás dejando a Michael fuera a propósito?

Se queda en silencio al otro lado. Tan en silencio que me arrepiento de haberlo soltado.

—¿Ese capullo ha estado en tu casa? —El hielo se cuela en su voz, normalmente tan alegre. Y me recuerda, una vez más, por qué es mi mejor amiga.

—De haber sido así, te habría llamado al momento —la tranquilizo —. Solo ha telefoneado.

Exhala con fuerza.—¡Le habría arrancado los huevos si se hubiera acercado siquiera a tiro de vista! ¿Cómo estás? ¿Qué quería?

Suelto un bufido que suena bastante segura de sí, me doy cuenta con satisfacción.—Lo de siempre, solo que esta vez se ha atrevido a decir algo en vez de colgar de inmediato. *Tengo que hablar contigo, dame cinco minutos* y bla, bla, bla. Pero de eso ya se encargará mi abogada. A la policía la he llamado por otro motivo. —Mientras

avanzo por el estrecho camino de grava hacia el refugio, resumo rápido lo ocurrido en los últimos días.— No era la primera vez que la veía, pero tengo la impresión de que la policía no me ha creído —concluyo.

—¿Y por qué no te van a creer? ¡No es que seas una anciana con quinientas mil dioptrías! ¿Seguro que han mirado de verdad?

—Segurísima. Pero creo que la mujer se escondió al ver el coche patrulla. Quiero decir, oficialmente no debería haberse encontrado en el piso. Igual es okupa o algo así.

—En cualquier caso, bastante inquietante. Tampoco sería la primera okupa.

—A mí no me pareció inquietante —sostengo—. Más bien me dio pena. ¿Y si necesita ayuda?

Puedo escuchar perfectamente cómo Nici pone los ojos en blanco. —¿Estaba herida? ¿Pidió ayuda? No. Eso me has dicho tú. No te comas la cabeza, Jo. A saber qué hay detrás. Bastantes problemas tienes ya sin una vecina fantasma que se esfuma.

—Si hubieras tenido esa filosofía de «ocúpate de lo tuyo» antes, probablemente seguiría casada con Michael.

Se ríe. Suena bastante amortiguado; seguramente aún tiene medio bocadillo de salmón en la boca.—Mmm, ya. Entonces, mejor que no haya sido así. Pero basta de Michael, hablemos de hombres interesantes. ¿Noticias de Leon?

Aunque se me calientan las mejillas, no puedo evitar sonreír.—Interesante lo es, desde luego. Adivina quién ha quedado con él esta tarde en el Café del Casco Antiguo.

—¡No me digas!

Suelto una carcajada.—Eso no es adivinar.

—¿En serio? Por fin le has dado el sí. ¡Hurra! Ya temía que acabaras en un convento.

—Mujer, vino y canción. Solo uno de esos va conmigo. Así que lo del convento, descartado.

Otra risa.—¡Como no me cuentes hasta el último detalle subido de tono...! ¿Han sido tus amigos del grupo los que te han convencido para decir por fin que sí? En ese caso me ofendería, porque les habrías hecho más caso a ellos que a mí.

—No estaban tan encantados —admito.

—¿Y eso? Yo pensaba que eran súper serviciales y entusiastas para todo.

—Bueno, en realidad lo fueron. Pero entonces Frank dijo que era demasiado imprudente por mi parte. Que no podía estar segura de que Leon no fuese como Michael. —Solo de pronunciarlo, la opresión vuelve a subirme al estómago.

—¿Frank? Ah, sí, Frank. Madre mía, qué envidia destila ese tío. En serio, suena total a que está colado por ti, ¿no?

—¡Está casado!

—Sí, con una bruja; si no, no estaría en vuestro grupo.

—Hum… y no es que yo no sepa de primera mano que un matrimonio no impide buscar diversión en otra parte. —Sueno amarga, y no me gusta. ¡Ese tema está zanjado!— Pero aunque Frank sintiera algo en ese sentido, jamás me disuadiría de una cita. —¿Acabo de llamar «cita» a este encuentro? Mi corazón da un pequeño brinco.— Creo que solo se preocupa por mí.

—Sí, claro, y Michael solo quería llevar a su asistenta a casa, ¿verdad? Tía, Josie, eres un partidazo. Normal que esté celoso. —Vuelve a reír.— Pero oye, mejor. Si Leon resulta ser *demasiado bueno para ser verdad*, ya tienes recambio. Dios, sueno como una soltera a dos velas. Ahora que caigo, soy soltera. —Se le escapa una risita.— Debería hablar más bajo, el de la mesa de al lado se está poniendo curioso.

No puedo evitar la sonrisa.—¿Está lo bastante bueno como para acabar con tu sequía?

En esto Nici es distinta a mí. Le gusta flirtear y no le hace ascos a alguna relación esporádica. A mí, en cambio, con solo imaginar una aventura de una noche se me revuelve el estómago. La idea de dejar que un desconocido se me acerque tanto…

—Es mono. Pero parece de dieciséis y que se ha escapado de mates. Así que no. Aun así, mejor me callo ya. ¿Me llamas esta noche otra vez? ¡Quiero todos los detalles subidos de tono!

—Los tendrás, aunque lo único subido de tono será probablemente la mancha de café que deje en el mantel de los nervios que llevaré encima.

—¡Veremos, Josie-Jo, veremos!

Ya veo el refugio, así que me despido antes de que su fantasía me haga plantearme opciones que no sé si estoy preparada para aceptar.

***

Aunque me he cambiado cinco veces antes de poner rumbo al Café del Casco Antiguo, sigo comprobando mi reflejo discretamente en cada escaparate. Cielo santo, no recuerdo la última vez que estuve tan nerviosa. Los vaqueros de tiro alto me quedan bien. El abrigo y los botines de polipiel con un pequeño tacón me hacen parecer mucho más segura de lo que me siento. Me ha quedado una mezcla sólida entre informal y sexy. Al fin y al cabo quiero impresionarle, pero sin darle falsas esperanzas. ¿O sí? Dios, ¿qué narices estoy haciendo? Estoy a punto de llamar otra vez a Nici, pero su estilo suelto y dicharachero quizá me pondría aún más nerviosa. Además, solo me quedan siete minutos para llegar puntual al café. Una conversación con Nici dura el doble como mínimo. Y eso solo si se contiene. Y a estas horas probablemente estará durmiendo como un tronco.

Antes de salir a la plaza del mercado, me paro frente a una zapatería y compruebo por última vez el maquillaje. Discreto, pero

elegante. Colores cálidos para el frío de la estación y un aire amable. Mi reflejo me infunde un poco de valor. Leon no me ha visto nunca arreglada para salir. Siempre con vaqueros rotos, coleta y guantes sin dedos por si Luna pega un tirón de la correa. Sí, si hasta ahora no le he parecido del todo repelente, mis posibilidades son buenas.

—Tú puedes con esto, Josie-Jo —me digo, usando el apodo que a Nici le encanta para mí—. De algún modo suena más audaz que Josie.

Con la imagen en mente de una exploradora de la selva al estilo Lara Croft, cruzo la plaza del mercado. Entre una heladería y una panadería de toda la vida está el Café del Casco Antiguo, con los toldos rojos recogidos, sobre los que luce en letras doradas y rebuscadas el nombre del local. Las ventanas arqueadas llegan hasta el suelo y permiten una vista magnífica del interior elegante y de las mesas junto al ventanal.

Leon ya está allí. Está sentado a una mesa y habla con una mujer. Es rubia, alta, lleva vaqueros negros. Él parece tenso. Da la impresión de que intenta dejarle claro que aún espera a alguien. Antes de que pueda descubrirme, avanzo decidida hacia la entrada. Espiar no va conmigo y, además, hablar con el otro sexo no es delito. En el zaguán aliso mi blusa negra y beige y me cuelgo el bolso al hombro.

Un empujón leve me hace tropezar hacia delante.

—¡Eh! —me giro, pero la mujer, de mi estatura aproximada, morena, vaqueros negros ajustados, ya ha salido por la puerta.

Me sacudo el enfado y obligo a mis pensamientos a volver a Leon.

Está bien, Josie-Jo. A por una vida nueva.

Entro en el salón. La mesa en la que Leon estaba sentado hace un momento está vacía. Confundida, vuelvo la cabeza y me doy cuenta de que ha cambiado de sitio, así que por un instante me quedo otra vez insegura.

Justo cuando me quedo helada, Leon se pone en pie y me lanza su sonrisa arrolladora. ¿Sabrá el poder que tiene? Al fin y al cabo consigue que se me suba el corazón a la garganta y, aun así, sin pensarlo, vuelva a moverme.

En cuanto llego a su altura, abre los brazos, y no dudo ni un segundo. Su olor me envuelve y me llena de calor.

A regañadientes me separo de él, esperando que no note cuánto disfruto de su abrazo, sin saber por qué quiero ocultárselo.

—¡Estás guapísima! —dice al soltarse de mí. Sus manos siguen sobre mis hombros. Son cálidas y pesadas, pero no agobian.

Me trago la pregunta ardiente de por qué se ha cambiado de sitio y quién era la rubia. Disfruto demasiado de su contacto, que a la vez me asusta y me reconforta.

Me ayuda con el abrigo, lo que por un lado me parece un detalle encantador, pero por otro me recuerda a Michael. Con determinación aparto cualquier pensamiento sobre mi ex y me siento frente a Leon.

—¿Llevas mucho esperando?

—Acabo de llegar.

No sé si dice la verdad y, por el momento, me da igual, mientras lleve esa sonrisa cálida en los labios.

Le hace una seña al camarero y toma asiento frente a mí. —¿Has venido bien?

Asiento. —La conexión de autobús al centro es muy buena.

Nada más decirlo, me pregunto por qué lo he dicho. Suena rígido, casi acartonado, y de golpe vuelvo a ser consciente de que nunca he estado a solas con Leon fuera de la protectora de animales.

—Bien. Eso es… bien. Pero ¿por qué no coges el coche?

Intento salvar la situación encogiéndome de hombros. —Me gusta ir en autobús —aseguro—. No hay que pelearse con el tráfico y puedes mirar por la ventana y observar a la gente o leer.

De pronto se echa a reír y se cubre la cara con las manos. —Madre mía, perdona el arranque de conversación tan horrible. Hacía mucho que no tenía una cita.

—¿No la tenías? —sueno tan sorprendida que me habría tapado la boca con la mano—. Yo… tampoco. En rigor, mi última cita fue hace unos buenos diez años —confieso.

—No han sido años precisamente fáciles, ¿verdad?

Noto cómo se me tensan los hombros.

Leon, al parecer, también se da cuenta, porque alza las manos en son de paz. —Perdona, no quería meterme donde no me llaman.

Niego rápido con la cabeza. —No lo eres. Solo que no era consciente de que fuera tan evidente. Lo *todavía* queda sin decir entre nosotros.

—Probablemente tampoco lo sea. Simplemente se me da bien atar cabos, y has recalcado varias veces que necesitas tiempo. Era lógico sospechar que no lo has pasado precisamente bien. —Otra vez esa sonrisa. Me toma las manos—. Con más motivo te agradezco que me des esta oportunidad.

Aunque el calor me inunda las mejillas, no retiro las manos; incluso disfruto del calor de su piel. —Bueno, qué te voy a decir, has sido realmente paciente. Y no quiero salir corriendo de todo continuamente —se me escapa.

Aparentemente a regañadientes me suelta cuando llega el camarero. Me da prioridad y pido un capuchino y un trozo de tarta de queso.

Él, un café y un bocadillo. —Me he vuelto a olvidar de comer —confiesa cuando el camarero nos deja solos—. Así que has salido corriendo de algo. Tampoco quiero meter la pata, así que perdona si pregunto. ¿Quieres contarme qué pasó?

Dudo. En realidad no quiero que Michael se interponga entre nosotros. Por otro lado, soy consciente de que Leon debería saber al

menos por encima de qué va la cosa si quiero que lo nuestro pueda ir a más.

—Digamos que tuve cuatro buenos años con mi exmarido y dos bastante lamentables —esquivo.

—¿Qué te hizo?

Solo tienes que negar con la cabeza si no quieres, Josie. La boca de Michael en mi oído, su peso sobre mí, mientras mi cuerpo se queda rígido.

—¿Josie? —la voz de Leon me devuelve al presente.

—Empezó de forma bastante inocente —admito en voz baja, incapaz de mirarlo—. Un poco de crítica, algún que otro reproche. De alguna manera ni me di cuenta de verdad. —Suelto el aire, una mezcla entre risa amarga y suspiro—. Mi subconsciente, por lo visto, sí. Poco a poco me creí sus palabras. De la incomodidad pasé a la inseguridad, de la inseguridad a cometer errores, y los errores eran algo que Michael no toleraba. —Vuelvo a encogerme de hombros, sin saber qué más hacer—. Se puso… feo.

—¿Te pegó?

Asiento apenas. —Entre otras cosas —musito casi inaudible, y me atrevo a echarle una mirada fugaz.

Su gesto se ensombrece un instante. De repente tiene un aspecto peligrosamente serio. Creo que nunca lo había visto enfadado. Al menos no tanto.

Aprieta una mano en un puño y respira hondo.

Dentro de mí crece la necesidad de huir. —De verdad no quiero hablar de ello.

Tiene un aire decepcionado. —Lo entiendo. Perdona que haya sido tan curioso, pero tengo que conocer un sistema antes de trabajar con él. —Alza la cabeza y sonríe, pillado—. ¿Ha sonado psicótico, verdad?

Me atrevo a esbozar una sonrisa diminuta. —Nunca me habían llamado sistema. He oído cosas peores. Mucho peores. —Así que no estoy muy segura de cómo encajarlo.

—Que soy un adicto al trabajo, me llevo mejor con los ordenadores que con las personas y que me pones menos nervioso si puedo mirarte un poco desde una óptica técnica.

—¿Estás nervioso? *Genial, Josie, elocuente como siempre.* Si esta cita no entra en el top ten de las peores citas de la historia, me paso una semana a ensalada. —Quiero decir, no tienes por qué. Eres atractivo, listo y… —Me callo y niego con la cabeza—. Dios, se me da fatal esto.

Sonríe de lado. —Sigue, no salía mal parado.

—Entonces no se me da tan mal repartir cumplidos torpes.

—No tan bien como a mí se me da hacer preguntas incómodas. —Se pone un poco más serio—. He sido durante años un soltero convencido. Al menos hasta que te conocí.

—Pero sigues siendo soltero —se me escapa. En cuanto soy consciente de cómo ha sonado, querría que me tragara la tierra.

—Ay, señora West. Vaya cómo reparte.

—Perdón, no era esa la intención. Me gustaría ser el motivo para poner fin a ese estado. —Pongo una mueca—. O intentarlo… si es que aún quieres.

—¡No espero tres meses por una cita para decir que no a una oferta así! La cuestión es más bien si tú vas a darle otra oportunidad a los hombres después de una experiencia tan miserable.

—Estoy aquí, ¿no? —Maldita sea, ¡así no podemos seguir! Enderezo la espalda y me siento más erguida—. Por favor, olvidemos los últimos diez minutos y empecemos de cero. —No espero su respuesta, por miedo a perder el valor—. Así que, hola, Leon, me hacía mucha ilusión vernos y me alegra verte. ¿Cómo ha ido tu día? —recito de carrerilla.

Parece más que dispuesto a llevar a cabo este reinicio conmigo, porque inclina la cabeza con una sonrisa. —Hola, Josie, gracias por preguntar. Mi día ha sido excelente porque, desde que me he despertado, tenía ganas de verte.

Su sonrisa, al darse cuenta de lo roja que me pongo, me consuela un poco de esta debilidad.

—Yo también me alegro. Sobre todo de que, por fin, no estemos debatiendo sobre enfermedades infecciosas de animales recién llegados y cómo bautizar caniches. —Me acomodo a propósito de forma más relajada—. ¿Y tú? Cuéntame algo de ti. ¿Cómo creciste? ¿Has vivido siempre aquí en la ciudad?

—Desde hace solo dos años.

Vuelve el silencio y no puedo evitar sonreír. —¿Y…?

Parpadea. —¿Y qué?

—Pues, ¿qué había antes? ¿Qué hacías de joven, cómo llegaste a ser informático?

—Consultor de seguridad informática —corrige.

—¿Hay diferencia? —me aventuro.

—Sí y no. En realidad estudié Informática.

—¿Siempre fue tu sueño?

—Mmm.

No suena muy convincente y me pregunto, inevitablemente, por qué, por un lado, parece tan entusiasmado y, por otro, no le hace mucha gracia que le pregunte. Solo cuando desvío a propósito mis preguntas de su pasado y volvemos a hablar de la protectora, de nuestros otros hobbies y del trabajo, se va soltando.

Mientras me cuenta entusiasmado su travesía de los Alpes en bici, se interrumpe de pronto y su expresión vuelve a ensombrecerse. —Dime: tu ex… no será casualmente delgado, rubio y con ojos azules, ¿verdad?

—No, Michael es moreno. ¿Por qué?

Se me eriza la nuca, pero me niego a mirar por encima del hombro; estoy harta de esos vistazos. Además, sé que Michael no es rubio, ergo no está en el café.

—Vale, perdona, no quería intranquilizarte. Pero hay un tipo con una camisa a rayas, sentado en diagonal frente a nosotros, que no para de mirarnos.

Eso me hace darme la vuelta al fin. Por un instante mi mirada vaga sin rumbo y entonces veo a quién se refiere Leon.

—¡Frank! —se me escapa, más alto de lo que pretendía.

No me mira. Hace como que no me ha oído, aunque el café no es tan grande como para que mi airado exabrupto no le llegara. Sin embargo, manosea algo debajo de la mesa.

Cuando me pongo en pie, deja apresuradamente un billete junto a su plato con una tarta de streusel a medio comer y se mueve hacia la salida.

—Perdona, Leon —digo, esforzándome por ocultar mi enfado—. Tengo que aclarar una cosa rápida.

A toda prisa cruzo el café, con el corazón martilleándome en el pecho.

—¡Frank! —grito, pero echa a correr.

Me doy prisa tras él, pero cuando llego a la salida ya está cruzando la plaza a paso ligero.

No me queda otra que quedarme atónita junto al perchero y verlo alejarse.

—¿Tu ex se ha teñido el pelo o además tienes un acosador? —la voz de Leon me saca de mi estupor.

—Espero que no —respondo, mientras una sensación de vacío me anuda el estómago.

Capítulo 7

—Y BIEN, ¿cómo ha sido?

Nici ni se molesta en algo parecido a un saludo cuando la llamo por la noche, lo que me hace reír.

—Cuando al principio pensé que no podía ir a peor ... fue a peor —replico.

—¿Qué has hecho? ¿Te has manchado? ¿Has escupido el café sobre la mesa? ¿Le has dado de lleno?

—Nada de eso.

Se pone seria de golpe. —¿Te ha acosado, Josie-Jo? Si es eso, le arranco personalmente las ...

—Dios, no me metas esas imágenes en la cabeza. Por lo demás, Leon ha sido muy encantador. He sido yo la que casi lo ha estropeado.

—Porque te interesaban sus huev...

—¡Que nooo! —vuelvo a reír.

Antes de que siga con sus conjeturas, le cuento el inicio accidentado y Frank y su aparición.

—Eso es una transgresión clarísima por parte de Frank. La exclamación de Nici aparta los pensamientos sombríos. Como era de esperar, está tan indignada como yo. —Eso no puedes tolerarlo.

—No lo haré —le aseguro—. Pero Frank no es como Michael. Probablemente solo fue demasiado precavido.

—Josie ...

—Sí, lo sé, voy a sacarle el tema. Lo prometo. Pero si prefieres seguir hablando de Frank ...

—Oh, sabes perfectamente cómo camelarme. Venga, cuenta ya. ¿Cómo siguió la cosa cuando Frank se largó? ¿Leon se amilanó?

—No, en absoluto. Aún me sorprende. —Después quedó una tensión rara entre Leon y yo, pero estaba más preocupado por mí que enfadado.

—Bien por él.

—Hmm. El recuerdo me arranca un pequeño suspiro satisfecho y me dejo caer hacia atrás contra el respaldo del sofá. —Se interesó por lo que me pasaba, sí, pero no quise profundizar, aunque me encantó que estuviera dispuesto a escuchar. En su lugar le pregunté a Leon por su trabajo.

Nici gime.

—¿Qué? —pregunto entre risitas—. A él le gusta hablar del tema y es fascinante escucharle.

—Le escucharías hasta si te leyera la guía telefónica. Ahora ve a lo interesante.

Bien apuntado. No va tan desencaminada. Pero en cuanto a los detalles picantes, tengo que decepcionarla.

—Charlamos a gusto, dimos un paseo y hablamos. Y no, no fue tan soso como suena.

Lo que no le digo a Nici es que Leon me ha contado casi todo sobre su vida actual. Dónde vive, cómo vive, lo majos que son sus vecinos. Solo cuando le he preguntado por su pasado lo ha evitado, esquivando mi curiosidad. Casi siempre con mucha discreción; una vez, con toda claridad. Una gota de amargura en la copa de este día por lo demás perfecto. Y eso que yo le había confiado un poco de mis propias experiencias, con la esperanza de que, a cambio, me contara también algo de su vida antes de mudarse aquí.

Sin resultado. Sin embargo, su comprensión y su empatía con mi situación lo han compensado todo.

—Ha sido bonito hablar con alguien que de verdad escucha y me entiende —se me escapa, soñadora.

—¡Eh! —Oigo la sonrisa en la voz de Nici y sé que se alegra por mí.

—Alguien que no seas tú —añado, divertida.

—¿Entonces vais a veros otra vez?

—Sí, nos veremos. Cine el fin de semana. Y me apetece.

—Me alegro muchísimo por ti, Josie-Jo. —Toda la picardía ha desaparecido de la voz de Nici y por dentro se me calienta algo.

—Lo sé. Te debo tanto, Nici.

—Paparruchas. —Como siempre, rechaza cualquier agradecimiento —. Tú sigue pasándome detalles de tu friki buenorro de los ordenadores y en paz.

Hablamos un rato más; luego tengo que colgar y preparar mi presentación para la noche siguiente. Por suerte hoy he tenido libre y puedo recrearme a gusto pensando en Leon.

Pero cuanto más avanza la noche sobre mi piso, más a menudo miro hacia la ventana. Sigo en el salón; desde aquí ni siquiera puedo ver la casa de enfrente.

La mujer rubia, ¿de verdad necesita ayuda o solo me está gastando una broma de mal gusto? ¿Vive quizá en la casa de enfrente y se cuela por las noches en el piso vacío? Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Por aburrimiento? ¿Por ansias de aventura? ¿Porque puede?

Me levanto del asiento del despacho con vacilación; las tablas crujen bajo mis pies mientras voy a la cocina a por un vaso de agua. Me tiemblan un poco las manos cuando llevo el vaso a la boca. ¡Es grotesco!

Decidida, voy a la ventana. Con un suspiro, mis dedos rozan la tela de las cortinas antes de apartarlas. Y, efectivamente, desde el ángulo adecuado la ventana es como un espejo oscuro que devuelve

débilmente mi imagen gracias a la luz de la farola. Miro fijamente hacia fuera, buscando alguna señal, una sombra, una mirada fugaz. El corazón me late más deprisa mientras mis ojos peinan la calle, desierta y en calma.

Cuando vuelvo a mirar hacia la ventana, lo veo. Un leve movimiento, distorsionado por el cristal. ¿Mi propia silueta o la de la desconocida? Se me corta la respiración y noto cómo me retumba el pulso en los oídos. Me obligo a mirar mejor, intento enfocar, y entonces respiro aliviada. Solo es mi propio reflejo mirándome.

Aun así, me aparto del ventanal a toda prisa, con la mente a mil. La idea de que la mujer que he visto las últimas veces pudiera ser en realidad solo mi propio reflejo me trastorna. La duda me roe y me pregunto si mi cabeza no me estará de verdad jugando malas pasadas. Tengo las manos frías y se me ha hecho un nudo en la garganta que no puedo tragar.

Con un presentimiento incómodo me preparo para dormir, subo la manta hasta la barbilla y cierro los ojos. Pero el sueño no llega tan fácil. Imágenes parpadean en mi mente. La mujer en la ventana, mi propia cara reflejada en los cristales, Paula, Frank.

Es la imagen de Leon, mirándome con esa sonrisa tan suya, lo que consigue calmarme hasta que por fin caigo en un sueño intranquilo.

***

Me despierto con la sensación odiada y familiar de la parálisis del sueño. Tengo los ojos bien abiertos y veo las formas de mi habitación a mi alrededor, pero no puedo moverme. Sé que la parálisis cederá si me relajo, así que me mantengo en calma y me concentro en la respiración.

Despacio, muy despacio empiezan a moverse mis dedos, luego mis brazos. Al final me incorporo; el corazón me galopa todavía en el pecho.

Con las manos temblorosas me froto los últimos restos de sueño de los ojos. Me alivia poder moverme otra vez, pero la confusión no se va.

¿Qué ha sido real y qué solo un espejismo?

En el sueño Michael había vuelto, y esta vez ella también estaba allí: la mujer rubia.

En el sueño estaba en nuestro piso antiguo. Michael estaba en el pasillo; su silueta se recortaba contra la tenue luz del corredor del fondo. No dijo nada, pero su mera presencia lo decía todo. Siempre se le dio bien controlarme solo con su cercanía.

Sentí de nuevo el miedo de siempre subir por dentro, y entonces apareció la mujer del rostro pálido y los ojos vacíos.

Salió de las sombras detrás de Michael, el rostro inerte, los ojos vacíos y fríos. Estaba tan cerca de él que casi parecía parte de él, como si pertenecieran el uno al otro. Su pelo rubio le caía sobre la cara y, aunque me miraba, noté que su mirada me atravesaba, como si ni siquiera estuviera allí.

Quise salir corriendo, esconderme, pero mis pies parecían pegados al suelo.

Michael estaba peligrosamente cerca; sus palabras eran venenosas, burlonas, mientras la mujer solo observaba, como si estuviera esperando a que pasara algo. Su rostro siguió impasible, pero sus ojos —daban la impresión de saberlo y verlo todo.

Entonces Michael sonrió con esa sonrisa helada que siempre me cerraba la garganta.

La mujer a su lado le imitó, pero su sonrisa estaba vacía, sin emoción alguna.

Juntos dieron un paso hacia mí, y justo en ese instante me desperté.

Ahora que estoy despierta, apenas puedo creer lo real que se ha sentido. La pregunta persiste: ¿por qué sueño con ellos? ¿Por qué

juntos?

Mientras la imagen del sueño sigue viva en mi mente me pregunto quién es esa mujer. Y ¿por qué estaba con Michael? ¿Qué quiere de mí?

La pregunta no me suelta mientras empiezo el día. Pero sé que tengo que encontrar respuestas. Ya sea hablando o enfrentándome a mis propios miedos.

Con este propósito a cuestas entro a primera hora de la tarde en el edificio de la Avenida del Oeste. Como siempre, antes echo un vistazo al cristal encastrado en la mampostería para asegurarme de que nadie me sigue.

El puesto de comida de la otra acera ha sacado ya las primeras mesas, me doy cuenta. Y lo entiendo. Tras el tiempo gris de los últimos días, hoy se atreve a salir el sol, y aunque aún hace bastante fresco, basta con ver el cielo azul en lugar de gris para despertar las ganas de primavera.

Yo, sin embargo, me siento un poco inquieta ante la conversación con Frank que quiero tener aquí y hoy. No se me da especialmente bien esto. Prefiero esquivar las confrontaciones, pero tengo que demostrarme a mí misma que puedo defenderme.

En la sala familiar de nuestro grupo de ayuda, las sillas ya están dispuestas en círculo. La luz amortiguada de las viejas lámparas empotradas en el techo arroja sombras suaves en las paredes, y el aroma de café recién hecho se mezcla esta vez con el ligero olor a abrillantador de muebles. Al parecer Hannah no ha encontrado tiempo para hornear. Una pena.

Cuando miro alrededor, sin embargo, me doy cuenta de que Hannah aún no ha llegado. Frank tampoco.

Dejo que la mirada recorra la sala. La mayoría de las otras caras me son familiares.

Está Rebecca, una mujer menuda de unos treinta y tantos, con el pelo largo y oscuro que suele llevar recogido en una coleta pulcra.

Sus ojos marrones a menudo parecen cansados, pero cuando sonríe se iluminan de una forma especial. Pasó muchos años en una relación de maltrato emocional. Su pareja controlaba casi cada aspecto de su vida, desde su círculo de amistades hasta su ropa. Tras una larga etapa de inseguridad y dudas, por fin encontró el valor para separarse y acudir al grupo de ayuda. Trabaja como administrativa e intenta volver a encarrilar su vida.

También Sarah, una mujer más fuerte de casi sesenta años, sufrió violencia doméstica por parte de su pareja. Igual que Emma, Fiona, Linda y todas las demás. A veces todavía me asombra lo distintas y, en el fondo, lo parecidas que son nuestras experiencias.

Para todas nosotras, esta sala es un puerto seguro, un lugar donde podemos abrirnos sin miedo a ser juzgadas. Con Frank esa sensación de seguridad se ha tambaleado, pero estoy dispuesta a recuperarla. Por eso espero que él aparezca hoy.

Al menos Hannah aparece en el último momento, con una gran lata de Chocolate-Chip-Cookies a cuestas. Mientras Hannah reparte sus regalos, también entra Mia en la sala.

Rápidamente me pongo en pie y voy hacia ella.

—¿Puedo hablar con usted un momento? —le pregunto, con la voz más serena de lo que me siento.

—Por supuesto, Josie. ¿Qué ocurre?

—¿Sabe usted dónde está Frank? Hoy no ha venido. —Intento disimular mi preocupación, pero a Mia no se le escapa nada.

—No, no he sabido nada de él —responde, frunciendo el ceño—. ¿Por qué lo preguntas?

Dudo un momento, pero el enfado por que me vigilara vuelve a hervirme por dentro—. Cuando me reuní con Leon, hubo … Un incidente en la cafetería.

La sonrisa de Mia se desvanece—. ¿Un incidente? ¿A qué te refieres?

—Frank también estaba allí. Se sentó al otro extremo de la sala y me estuvo observando.

Mia frunce el ceño—. ¿Qué hizo exactamente?

—En realidad, nada. —Me mordisqueo el labio inferior—. Se quedó sentado mirándome fijamente. Hasta que me di cuenta de que estaba allí.

—¿Y estás segura de que era Frank? —Mia suena preocupada, aunque su voz se mantiene tranquila.

Recuerdo cuánto necesita Frank este grupo, y no quiero perjudicarle aún más. Aun así, asiento—. Sí, estoy segura. Era él.

—Tal vez solo quería saber cómo estabas. No tiene por qué significar algo amenazante.

—Es posible. Pero dejé claro que quería ver a Leon a solas.

Mia suspira—. Puede que no fuera consciente de lo importante que era para ti, dar ese paso por tu cuenta. Deberías decírselo.

Asiento, consciente de la importancia de hablar estas cosas. Todas cargamos con nuestros demonios. Frank, más que nadie.

Probablemente le dio vergüenza que le pillara espiándome, y por eso salió huyendo.

Mia me observa con atención, pero no insiste—. Te dejo que decidas cómo quieres proceder. Si te preocupa algo o quieres comentar cualquier cosa, dímelo, ¿de acuerdo?

—Gracias, Mia —respondo y vuelvo a mi sitio.

La sesión comienza y, mientras las demás empiezan a hablar, intento poner en orden mis ideas. ¿Por qué estaba Frank en la cafetería? ¿Y por qué no está aquí ahora?

Las voces de las demás me llegan amortiguadas, y tengo que obligarme a escuchar. Sus historias son importantes, merecen ser escuchadas, igual que la mía.

Después de que Lea y Nora hayan compartido sus experiencias con nosotras, decido contar también lo que me ha ocurrido. Sé que, al menos, Hannah tiene curiosidad por cómo ha ido el encuentro con Leon.

Para no decepcionarla, lo menciono brevemente—. Sin embargo, hay algo que no me deja en paz —prosigo antes de que ella o Mia puedan reaccionar.

—Cuéntanoslo, Josie, —me anima Mia con voz suave.

Miro nerviosa a mi alrededor—. Hace un par de noches vi a una mujer en la ventana del piso frente a mi edificio. Ya he visto a esa mujer varias veces. Pero el piso está vacío. Siempre que pienso que sería solo una imaginación, vuelve a aparecer.

Un murmullo queda recorre el grupo.

Mia se inclina hacia delante—. Eso suena muy inquietante, Josie. ¿Has avisado a la policía?

Asiento—. Sí, han ido a mirar, pero no han encontrado nada. Ningún rastro, nada. Aunque el agente dijo que podría ser un reflejo.

Mia frunce el ceño—. Eso es raro. ¿Se te parece tanto esa mujer?

Vacilo—. Es rubia y de más o menos mi estatura. Pero me temo más bien que quizá sea una persona sin hogar. Quiero decir, podría ser que tenga algún refugio cerca y por las noches se cuele en el calor de un piso vacío. Tal vez necesite ayuda.

—Es una buena reflexión, Josie. Puede que de verdad necesite ayuda. —Mia me escruta detenidamente antes de preguntar con suavidad—: Que se te parezca tanto llama la atención. ¿No tenías una hermana gemela?

No entiendo qué tiene que ver Paula y por qué Mia lleva la conversación por ahí. Aun así, mis pensamientos vuelven al pasado. El corazón se me encoge con dolor. La mención de Paula hace que una oleada de recuerdos y sentimientos me invada.

—Sí, Paula era mi hermana gemela —murmuro al fin—. Pero se ahogó ante mis ojos cuando teníamos diez años.

Un silencio incómodo se extiende por la sala.

Solo Mia me observa con atención—. ¿Cómo lleva usted eso, Josie? Esa experiencia debió de ser muy dura para usted.

—Éramos inseparables —digo con voz quebrada—. La pérdida de Paula dejó un vacío en mi vida que no se deja cerrar. La veo en mis sueños, escucho su voz. Claro que sé que no está realmente. Solo que … a veces se siente tan real.

Mia asiente con comprensión—. Quizá tu subconsciente te esté jugando una mala pasada, Josie. ¿Podría ser que veas a Paula en esa mujer porque la echas tanto de menos?

Niego con fuerza. Solo ahora caigo en que Mia sabe de Paula. Al principio le he contado en una sesión individual lo de mi hermana. Pero como mi gemela no tiene nada que ver con Michael – salvo que el detonante de mi culpa, que le facilitó a Michael minar mi autoestima –, Paula nunca fue tema en las sesiones grupales. ¿Por qué la saca Mia hoy?

—No, Mia. —Escupo las palabras—. Mi subconsciente no me está gastando bromas. Esa mujer es real. La he visto, más de una vez.

Mia alza la mano en gesto conciliador—. Estamos aquí para ayudarla, Josie. No está sola. Quizá podamos averiguar juntas qué significan esas apariciones.

Trago con dificultad, las lágrimas me arden tras los párpados, pero me niego a que asomen—. Paula no pinta nada aquí.

—Es importante que hables de lo que te preocupa, Josie. Aquí, en el grupo, estás a salvo y todas estamos para apoyarte.

Las explicaciones de Mia me son conocidas, pero hoy suenan a excusas. La mención de Paula ha removido algo en mí. Empiezo a temblar cuando la culpa que creía haber superado vuelve a imponerse.

—No puedo … necesito aire —tartamudeo y me levanto de golpe —. Disculpadme, tengo que salir.

Sin atender a las reacciones de las demás, salgo disparada de la sala.

Bajo las escaleras a trompicones. A través de la puerta batiente. Al bordillo. Lo importante es salir.

Inspiro hondo el aire frío de primavera. Me recuerda al agua helada del lago, y solo un pensamiento firme y deliberado impide que entre en pánico.

¡Mierda! Mierda, maldita.

La maldición me sabe extrañamente áspera. Normalmente, incluso en mis pensamientos, me expreso con cierta corrección, pero hoy no. Las manos me siguen temblando y desearía —no por primera vez este mes—, que mi vida hubiera sido un poco más anodina. Que Paula siguiera aquí.

Pero no lo está, sisea la razón.

Las palabras duelen más que el aire frío, pero frenan el efecto del lago. Aun así, mi único pensamiento es huir a terreno seguro.

A casa, sofá, manta por encima. Es lo único que hoy importa. Incluso llamaré al refugio y cancelaré mi paseo con Luna.

Con las piernas temblorosas, tropiezo en dirección al coche. Por suerte hoy he optado por no coger el autobús, casi, como si hubiera presentido que iba a necesitar una vía de escape. Con manos torpes rebusco la llave en el bolso y me dejo caer en el asiento del conductor. Solo ahora me atrevo a respirar hondo.

Cuando levanto un momento la vista para comprobar en el retrovisor si el camino está libre, un golpe sordo en el techo del coche me hace dar un respingo.

Una cabeza se asoma por el lado del acompañante y entra en mi campo de visión. ¡Frank!

A duras penas logro disimular el temblor de mis dedos mientras bajo la ventanilla un centímetro.

—Perdona, no quería asustarte. —Su voz suena baja. A la defensiva. Como siempre. Aun así, me siento incómoda. Alrededor veo a algunos transeúntes; solo por eso vuelvo a parar el motor. Frank es delgado, pero alto. No me gusta cómo se yergue sobre mí, así que salgo del coche y le miro por encima del techo.

—¿Qué quiere usted? —pregunto, dejando claro que tengo muy presente lo que hizo en la cafetería.

—Sé que estás enfadada conmigo. Y lo entiendo, pero … ¿podemos hablar un momento? ¿Arriba?

—¿Quiere que suba otra vez ahí arriba a solas con usted?

¿Me toma por tonta o está aún más trastornado de lo que pensaba?

—No quería molestarte. No voy a hacerte nada, de verdad. Soy uno de vosotras. Quizá Mia aún esté ahí.

Dudo. Otra vez aparece esa expresión en su mirada. Culpa, miedo, pero también un atisbo de algo más que no sé cómo encajar.

Señalo la panadería de enfrente, que tiene algunas sillas en la zona de venta. Un matrimonio de jubilados y una dependienta están trajinando dentro.

—Tiene quince minutos.

Vacila mirando hacia los ventanales. —¿No podemos ir simplemente a nuestra sala de reuniones? Si mi mujer …

—¿Quiere hablar conmigo ahora o no?

Deja caer los hombros y asiente, resignado. Luego cruza la calle a toda prisa, como un perseguido político, y mi compasión por él vuelve a aflorar.

Algo más tranquila le sigo a él. Eso sí, me aseguro de que cojamos una mesa a la vista de la parejita de jubilados.

Pido un café con leche. Él, nada.

—¿Qué quiere decirme?

—Que lo siento. No estaba del todo en mí cuando le desaconsejé quedar con Leon —me mira como si tuviera que captar un significado más profundo detrás de sus palabras—.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que actué mal.

—¡Nos siguió!

—Casualmente tomé un café en el mismo restaurante, yo …

—¿Por qué??

—Porque me da miedo lo que pase si usted se involucra con él.

—¡Eso no es asunto suyo!

Baja la mirada. Oigo crujir sus nudillos de tanto que se amasa las manos en el regazo. —Lo sé —alza la vista, ve mis cejas fruncidas de enfado y añade—: Es peligroso para usted salir con él, Josie.

—¡Si ni siquiera le conoce!

—¿Y si le conozco?

Se me escapa un bufido. —Eso es ridículo. ¿Le conoce? Míreme, Frank. ¿Le conoce?

—¡No! —exclama, provocando que la señora de al lado alce la cabeza, indignada—. No personalmente, ¿de acuerdo? Pero sé que es peligroso para usted.

—¡Es una locura! —Hago ademán de levantarme, pero él alza la mano en un gesto conciliador. Su manga se desliza hacia arriba, solo un instante, y deja al descubierto una hilera de moratones en su antebrazo. Parecen, como si alguien le hubiera golpeado con un objeto pequeño y contundente, y solo sus antebrazos hubieran podido protegerle.

Vuelvo a dejarme caer en la silla. —Dios mío, Frank. Tiene que ocuparse por fin de sus propios problemas.

Esboza una sonrisa forzada, y por primera vez me doy cuenta de que podría ser un hombre guapo, si tan solo fuera feliz. —No es tan fácil.

—Nunca es fácil. ¿Con qué frecuencia le pega?

Él resopla y se recuesta en la silla.

—¿Qué? ¿Es una pregunta descarada? No es ni la mitad de descarada que su visita al …

—¡Vale ya! —alza de nuevo las manos, esta vez procurando que no se vean sus heridas.

Respiro hondo. —Hay maneras de salir de una situación así, Frank. También ha logrado llegar hasta nosotros. Mia nos dio ese folleto con …

—Mi mujer, ella es … muy especial.

—Michael también lo era. Y te juro que el camino hacia la puerta, para dejarle, fue el trayecto más difícil, que he recorrido jamás. Pero ha merecido la pena.

Él sonríe con dificultad. —Ojalá tuviera su valor.

—Yo también empecé poco a poco. Yo tampoco quise compartir mi historia con los demás al principio. Empiece a hablar, Frank. Es un primer paso. Y sobre todo: no se entrometa en la curación de otros.

Un brillo duro sustituye al dolor. —¡Ese tal Leon no es ninguna curación!

Esta vez me levanto del todo. —Adiós, Frank.

—¡Josie!

Pago el café, que ni siquiera han llegado a servir, y me marcho.

Cuando voy a salir del aparcamiento, creo ver, en la esquina, a Frank, que me mira en silencio.

Me giro en el asiento. Es Frank, en efecto, aunque ahora va acompañado de una mujer alta y morena. Tiene que ser Diana. Al menos lo supongo por la forma en que él parece empequeñecerse cada vez más mientras ella le habla.

Como un perro apaleado, acaba subiéndose a un familiar que está en mitad de la calzada con las luces de emergencia encendidas. Ella rodea el vehículo, sube también y da un portazo.

Por su culpa, pienso, y enseguida me avergüenzo de ello. Nadie merece tener miedo de su propia pareja.

Cuando voy a volver a poner la mano en el volante, se me enganchan los dedos en la palanca del intermitente. Se pone en marcha el limpiaparabrisas, y un chirrido repugnante me eriza la nuca. En el último momento veo el sobre amarillo que se desliza por el parabrisas y luego cae al suelo, del lado del conductor.

—¿Qué demonios …?

Pongo punto muerto, vuelvo a echar el freno de mano y salgo. Un DIN-A5-sobre yace junto al neumático delantero, en el suelo, mirándome inocente. Lo cojo, me digo que será una multa, y aun así sé que no lo es.

Incapaz, de dar ni un paso hasta saber qué es, abro el sobre. El tamaño y el tacto me revelan, incluso antes de verlo, que tengo una foto entre las manos.

Una que nos muestra a Leon y a mí. Paseando por la ciudad. Sonreímos los dos. La imagen parece casi profesional. La calidad es excelente. La luz, abiertamente romántica. Solo que aquel día, en el bosque, estábamos solos. O eso creía yo.

***

Cuando giro hacia mi calle, la conmoción se me ha convertido en rabia. ¿Qué le pasa al mundo? ¿Qué le pasa a mi mundo? ¿Pone en mi frente: —Aquí estoy, ¿quién quiere tomarme el pelo?—

El freno de mano se queja cuando lo tiro con mucha más brusquedad de lo normal. El ruido retumba en el garaje subterráneo. Aun mientras salgo del coche, meto la mano en el bolso para coger el teléfono. Después de la llamada de Michael de ayer, dudo poco de quién me ha hecho este regalo de tan mal gusto.

Ah, claro, garaje subterráneo, sin cobertura, caigo en la cuenta cuando veo en la pantalla el aviso «Solo llamadas de emergencia».

En cuanto el agujero sin señal se convierte en una sola barra, marco su número. Me entra un miedo atroz. Pero lo sacudo. Mis fobias pueden esperar. *Defiéndete,* me recuerdo del mantra de Mia,

mientras subo a toda prisa las escaleras hacia el piso.

No descuelgan hasta que ya estoy en mi pequeño recibidor, como si Michael hubiera sabido exactamente cuándo deja de poder escuchar el vecindario curioso.

—¿Josie?

—¿De verdad cree que puede intimidarme con un truco tan barato? —Mi voz suena demasiado baja como para dar a mis palabras la fuerza que quiero. Aun así, estoy orgullosa de haberlas pronunciado sin trabarme.

—¿Intimidarla? ¿Puedo devolverle la llamada luego? Yo …

—¡No, no puede! —Es una de las pocas veces que me atrevo a interrumpirle. Enseguida la náusea me estalla en el estómago, y aun así no puedo parar—. ¡No me llame, no se me acerque y deje de acosarme! Si vuelve a ocurrir, avisaré a mi abogada, ¡y se quedará sin trabajo!

—¿¡Qué!? Respire, mujer. Yo he …

Por un momento me quedo sin palabras; ya he agotado la munición. —Simplemente deje de hacerlo, Michael —digo, sin fuerzas.

—¿De qué, exactamente? —ruge de pronto. Doy un respingo—. ¡Te lo llevaste todo! La mitad de mi pasta, mi buen nombre, mi sofá.

¿De verdad vas a montar un pollo por mi llamada? Te quiero de vuelta. ¿Es eso un puto delito?

—No, pero lo que hiciste en nuestro matrimonio sí lo es. Que no cedas, que no admitas que se ha acabado, y que me acoses, también lo es. Aunque por lo visto no quieras entenderlo.

—Te acosaré todo lo que quiera si eso ayuda. Siempre fuiste cortita, pero tarde o temprano ya te darás cuenta de todo lo que has tirado por la borda.

Niego con la cabeza, mezcla de rabia, melancolía y un leve miedo. —Quien no entiende lo que ha dejado, lo que ha destruido, eres tú. Tu conducta no hace más que confirmarme que he hecho lo correcto. Ya hablará con mi abogada.

Sin darle ocasión a otro intento de intimidación, cuelgo.

Podría haberte dicho que no era el adecuado, resuena en mi cabeza.

—Lo sé, Paula —suspiro—. Lo sé.

Capítulo 8

La foto no me deja en paz, y menos aún la llamada a Michael. Ese descarado … ¡capullo!

Estoy malacostumbrándome a soltar tacos, pero me sienta increíblemente bien, como compruebo. A ratos incluso me ayuda a espantar el miedo, que viene en oleadas, cede a la rabia y vuelve a dejar paso al miedo. Tras orgullosos veinte minutos dando vueltas sin parar por el pasillo, irrumpo en el baño y rebusco la ropa del refugio. Fregar jaulas, apilar cajas de pienso o por fin desmontar los postes rascadores del gran cercado exterior y sustituirlos por los nuevos. Quiero hacer cualquiera de esas cosas para asegurarme de que mi caos emocional no se convierta de nuevo en pánico. Por eso cojo el coche. Es muchísimo más fácil respirar en una bolsa allí que en un autobús lleno de gente.

No pienses en ello, Josie.

Voy un poco nerviosa por la conducción. Pero centrarme en el tráfico de la ciudad me ayuda de verdad a distraerme de Michael y su arrogancia.

Solo en las calles tranquilas de los alrededores del refugio vuelve a hervirme la rabia por dentro. En mi cabeza una predicadora, resoplando de furia, arenga sobre los derechos de la mujer mientras yo, excediendo el límite por apenas cinco kilómetros, vuelo hacia el refugio. Sigue soltando discursos mientras yo doy un portazo, me lanzo a la entrada y acelero hacia el cuarto de limpieza. Sin embargo, se calla en seco cuando paso por delante de la oficina y veo a Leon. Parece no darse cuenta de mi presencia.

En lugar de mirar a la pantalla como siempre, está clavando la vista en una pieza de metacrilato que tiene delante sobre la mesa. De ella sale un sonido raspante. En la mano sostiene un llavero.

Tiene los nudillos blancos, de lo fuerte que lo aprieta, mientras araña la placa dejando chirriantes rayas.

—¿Leon?

Suelta las llaves como si quemaran, y levanta la vista, pillado in fraganti. Al reconocerme, sonríe.—Oh, hola, Josie.

Me acerco e intento echar un vistazo disimulado a la placa. Como por casualidad coloca la mano encima, pero aun así alcanzo a ver que no hay más que hendiduras profundas, como si hubiese intentado abrir un agujero a base de arañazos.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta.

Estoy tan atrapada en lo raro de la situación que por un momento me quedo sin palabras.

—Limpiar jaulas y fantasear con vaciar la porquería sobre tipos cabezotas y arrogantes altos— digo entonces lo primero que se me pasa por la cabeza. Y me quedo helada. Obviamente, la jueza en mi mente no había terminado su discurso.—Yo … eh, no me refería a ti.

—Aun así suena a que los seres vivos a base de testosterona estarían mejor aparcados en vía muerta ahora mismo —replica con una media sonrisa.

—Preferiría no volver a encontrar una foto nuestra bajo el limpiaparabrisas —se me escapa. Tengo que hablar de ello. Con alguien. Con él. Con … yo qué sé.

Frunce el ceño.—Soy bastante bueno hilando, pero ese salto mental ha ido demasiado rápido.

Habría preferido morderme la lengua.

Enhorabuena, Josie, por una vez que la cosa va bien, le sirves en bandeja de plata los síntomas de tu vida de mierda.

Aun así, su mirada inquisitiva me obliga a matizar lo que he dicho. No consigo mirarle a los ojos mientras lo hago.

—Alguien nos ha hecho una foto. Paseando después de nuestra cita.

—¿Alguien te ha dejado una foto de los dos bajo el limpiaparabrisas? ¿Para qué?

—No lo sé —susurro.

—Enséñamela.

Suena tan decidido, tan sombrío, que me corta de raíz cualquier objeción. La rabia ha dejado paso a la lucidez y ojalá no fuera así, porque sé que bajo esa lucidez sigue agazapado el miedo.

Juntos volvemos al aparcamiento, donde saco el sobre del hueco a los pies del asiento del copiloto y se lo tiendo a Leon con dudas, pero él me lo quita de la mano con decisión.

Oigo el crujido del sobre, pero mi mirada barre la zona cercana por si ronda otro paparazzi de pacotilla. También para no tener que ver cómo Leon empieza a poner en duda toda esta historia conmigo.

—¿Esa es la letra de tu ex? —ruge.

—No lo sé —susurro.

—Quiero una respuesta en condiciones, Josie, porque una de las dos personas de esa foto soy yo. Así que ¿qué clase de tarado es ese tío?

—La jueza ha dictado una orden de alejamiento —se me escapa.

Se me tambalea la compostura. De pronto está ahí, el miedo. No al propio Michael, sino a perder a Leon antes de haberlo conquistado, solo porque mi pasado quiere ponerse a bailar lambada.

No me doy cuenta de que me tiembla el labio inferior hasta que dos brazos fuertes me rodean y un olor áspero me envuelve.

—Ya está, ya está —murmura Leon.

—Lo siento.

—¿El qué? No es culpa tuya que tengas debilidad por los hombres peligrosos.

El poco sueño de los últimos días hace mella en mis nervios deshilachados y le paso los brazos por la cintura y entierro la cara en su hombro. No me salen lágrimas. Todo me parece demasiado irreal. Demasiado lejano y nimio frente a ese abrazo seguro.

—¿Josie?

—¿Mmm?

—¿Cuál es la dirección de ese cabrón?

Bueno, eso sí que espanta la intimidad del momento.

A regañadientes me separo de Leon y me encuentro con un gesto adusto.—Es … Es …

Me agarra con suavidad, pero firme, por los hombros.—¿Vas a dejar que se salga con la suya sin más? No tengo intención de descuartizarlo, pero tiene que saber que no le van a funcionar estos jueguecitos.

—Ya se lo he dicho. Lo he llamado.

—¿Y qué te ha dicho él?

—Sinceramente estaba tan nerviosa y encendida que ya no puedo repetirlo palabra por palabra, pero se hizo el tonto y me dijo que entrara en razón y volviera con él.

Se le marca con nitidez la línea de la mandíbula.—¿Para seguir poniéndote la mano encima?

—He colgado —respondo un poco borde. ¿De verdad cree Leon que volvería con Michael? ¡Ni de coña!

—¿Podemos dejarlo? Entiendo que estés cabreado, pero es sobre todo mi problema y, por supuesto, se lo voy a trasladar a mi abogada.

—Eh, mírame, Josie.

A regañadientes alzo la vista. ¿Cómo consigue estar visiblemente molesto y aun así sonar tan suave?

—No estoy enfadado contigo, Sunshine. Solo que no estás en esto sola. Yo también salgo en la foto. Así que ese capullo también me ha echado el ojo a mí.

—Ya me ocupo yo —digo. Quizá un poco más tajante de lo necesario, pero, pese a todo lo que me entusiasma Leon, soy un ejemplar adulto de mi especie y ya sé resolver mis problemas por mí misma … eso espero.

Por una fracción de segundo algo le brilla en los ojos, que no sé interpretar, pero que me resulta inquietantemente familiar. Luego vuelve su sonrisa, aunque algo ladeada.

—Claro que lo harás. Pero concédeme, aun así, preocuparme por ti. Me importas, Josie. Y no me hace ninguna gracia pensar que ese cabrón tuvo que estar cerca de ti cuando sacó la foto. A saber en qué otras ocasiones se te ha acercado tanto.

—¡Para! Por favor.

Entonces también retira las manos de mis hombros y da un paso atrás. De inmediato echo en falta el contacto y me cruzo de brazos sobre el pecho.

—Perdona, no quería agobiarte ni pasarme —dice en voz baja.

—No lo has hecho —le aseguro, y me enorgullece sonar más serena de lo que me siento.—Siento haberte metido en esto de alguna forma.

—¿De alguna forma?

Alza una ceja y me hormiguean los dedos con las ganas de alisarla hasta que vuelva a su sitio.

—Que te he metido en esto —me corrijo.

—No lo has hecho —replica.—Si acaso, fui yo quien se subió a bordo al encapricharme de ti.

Me pongo roja. Lo noto y no puedo evitarlo, así que me refugio en una sonrisa torcida. Pero antes de que pueda responder, se abre la puerta del refugio a nuestra espalda.

—¿Alguno de vosotros ha visto la correa de … uy, ¿interrumpo?

Me giro de golpe. Ella, la directora del refugio, está en los escalones y nos mira con un punto de apuro, pero también divertida.

Leon, en cambio, parece incapaz de incomodarse por nada. Muy despacio da otro paso atrás, sin apartar la mirada de mí, antes de decir:—No, no interrumpes. Justo hablábamos de los derechos de uso de imágenes.

Ella, que es una directora magnífica del refugio pero no tiene mucha simpatía por los derechos de uso ni por los ordenadores, pone una mueca.

—Ah, ya. Aun así, debería saber dónde está la correa de Rocky.

—Creo que cuelga con la de Minna. Ayer volvió a mordérsela y la partió —le grito.—Me alegra poder poner un poco de espacio entre Leon y yo. Ahora mismo ya estoy lo bastante alterada sin su empeño en ayudarme.

Cuando Ella vuelve a entrar, me paso la mano por el pelo ya revuelto.—Creo que será mejor que vuelva a casa, llame a la señora Schickinger y luego intente volver a dormir un poco.

—¿Tu abogada? —pregunta Leon, haciéndome notar así que mis explicaciones no están siendo muy coherentes.

Asiento, cansada.

—¿Y cómo piensas dormir con estas cosas pasando? ¿Qué te parece si te acompaño …? —Cuando voy a protestar, levanta las manos pidiendo atención.—Espera, no quiero ir de héroe, pero tengo en casa unas cuantas cámaras de seguridad inalámbricas por ahí. Si quieres, te instalo una en el coche; así también podrás darle a tu abogada pruebas en condiciones. Y quizá pones otra en tu vivienda o, como mínimo, en la puerta.

—¿No es pasarse un poco?

—¿Que quieras averiguar quién te está acosando? ¿Qué tiene eso de pasarse?

Me encojo de hombros.—La seguridad no es lo mío. ¿Es que siquiera puedo hacerlo?

—En tu propia casa puedes hacer lo que quieras. Con el coche podría ser algo delicado ajustar el ángulo para que solo se grabe lo que pase junto a tu vehículo, pero creo que aquí el fin justifica los medios.

—¿Y la cámara grabará todo lo que haga dentro de mi casa? Si te soy sincera, la idea me da un poco de yuyu.

—Depende de lo que quieras. Puedes grabarlo todo o solo cuando haya movimiento, o solo a ciertas horas, o solo cuando lo actives tú. Por ejemplo, podría configurarlo para que puedas ver en todo momento desde el móvil lo que pasa en tu casa o junto a tu coche y, si algo se mueve, tú eliges desde el móvil que quieres que se guarde, y se graba. ¿Así suena mejor?

Esa sonrisa arrolladora. Mierda. Y eso que no soy amiga de esa tecnología. Aunque tampoco soy amiga de los acosadores ni de las fotos amenazantes.

—¿Sería muy complicado?

Irradia satisfacción.—No. Ya sabes que me encanta ayudar y no necesitamos un Fort Knox, solo dos o tres puntos clave y una app más en tu móvil o en tu ordenador.

—¿Y cuánto me va a costar?

Se encoge de hombros con una inocencia sospechosa.—Solo otra cita.

Capítulo 9

Nici, ¡tienes que salvarme! —susurro nerviosa al teléfono.

—¿Qué, cómo? ¿Qué pasa? —exclama Nici, sobresaltada, que en su cabeza seguramente ya está marcando emergencias.

—He invitado a Leon a venir a casa. A mi casa, al piso. Llegará en nada.

—¿Yyyy? —suena alargado desde el auricular.

—Tengo un cague... —

—No suenas precisamente asustada —me dice en tono burlón, y para colmo tiene razón.

El corazón me late como el de un colibrí. A pesar de todo el enfado y del miedo, me embriaga la velocidad con la que Leon y yo nos estamos acercando. Y desde que me sujetó tan fuerte entre sus brazos, ya no sé ni dónde meterme.

Dios, ¡va a estar aquí en nada! En mi reino. He puesto orden a toda prisa, lo cual no es difícil porque soy bastante estructurada. Al menos mientras no vuelva del refugio de animales sin dormir y loquita perdida, conduciendo a toda pastilla para recibir en casa al tío que me gusta.

—¿Y si le parezco antigua? Media de mis cosas es de anticuario.

—¿Pero qué miedo es ese? ¿Tú crees que a un tío que tiene a una mujer guapa delante le importan sus muebles? —

—¡Parezco un panda! Y no me ha dado tiempo a ducharme y … —

—¡Jo, respira! —

—Estoy respirando. Es bastante importante para sobrevivir —replico al instante.

—Pues respira más despacio. ¿Y ese cambio de idea a qué viene? ¿No querías ir más despacio? —

—Historia larga. Me está ayudando con algo. —Contarle a Nici lo de la foto es importante, sí, pero ahora mismo no tengo tiempo porque …

Suenan al timbre.

—¡Nici! —Me sale una mezcla entre susurro y grito—. ¡Dios mío, está aquí! No puedo abrir esa puerta ni de coña.

—Sí, que puedes —

—¿Y si … o sea … —

—¿Si acabáis teniendo sexo? —

—Sí —gimoteo casi sin voz.

—¿Y lo quieres?

—Sí, la verdad —

—¿Entonces cuál es el problema? —

—No lo sé —croo—.

—Pues ya está. La centralita de emergencias de Nici se queda sentadita junto al teléfono por si algo sale mal. Átalo en corto, tigresa. Hasta luego —

Cuelga. ¡Es que cuelga sin más!

Vuelve a sonar el timbre.

¡Mierda!

Salto, tropiezo con el borde de la alfombra y corro a la puerta del piso. La del portal está abierta de día, así que, por la mirilla, puedo ver el guapo rostro de Leon horriblemente distorsionado. Trae una caja entera con supuesto material de cámaras.

Respiro hondo por última vez y abro.

—Hola —suelto, un poco sin aliento—. Perdona, estaba aún en el dormitorio. —Me arden las mejillas. *Menuda pardilla, ¿qué puñetas*

ha sido ese comentario? —O sea, no para dormir, estaba pensando dónde poner las cámaras y eso… Entra, por favor, y di algo para que deje de hablar —

Leon se detiene y luego sonríe. No de forma condescendiente, sino más bien en plan —es un poco rarito, pero mono—. Puede que solo esté interpretando lo que quiero ver en su expresión.

—En realidad iba a contarte un chiste de viajes en el tiempo. Pero no te gustó —dice al fin.

Le miro unos segundos sin entender, y luego el chiste se filtra en mi cerebro saturado y me entra tal ataque de risa que temo acabar llorando después.

—Esto es… Tú… En fin, pasa primero —jadeo y me aparto a un lado.

Cuando pasa junto a mí, se detiene y echa un vistazo alrededor, como buscando algo.

—Me temo que no puedo aportar gran cosa a tu plan de vigilancia —le advierto.

—Yo propongo instalar una en el recibidor, por si ese tarado intenta algo realmente estúpido —responde Leon—. Y otra en el garaje subterráneo para vigilar tu coche.

Asiento, porque en eso tengo que fiarme de su experiencia sí o sí. —¿Y por qué tienes tantas cosas de estas en casa en general? —pregunto, impresionada, cuando deja la caja en el suelo y por fin puedo echar un vistazo a los muchos paquetitos y a los cables enrollados con primor.

—Es casi un ingreso extra. Las del refugio también son cosa mía. Y para conocidos ya he montado más de una instalación. Son realmente prácticas —

Debo de estar mirándolo con tal escepticismo que mi cara habla sola, porque se ríe por lo bajo—. Ya lo verás. ¿Se te ocurre algún otro sitio? —

Estoy a punto de negar con la cabeza cuando me viene a la mente la cara escéptica de la policía—. Quizá haya algo, de hecho —

—¿Sí? —

—Es un poco raro… —

Cuando alza una ceja, noto cómo se me suben los colores a las mejillas—. Dios, no tan raro. Es que… llevo varias noches viendo a una mujer en un piso vacío. La policía no me cree y… —Suelto el aire, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos un segundo—. Probablemente sea una locura y además ilegal. Pero me ayudaría muchísimo poder demostrar que existe —

—¿Quieres demostrar que has visto a una mujer en un piso vecino? —

—A una mujer posiblemente necesitada de ayuda y en un estado psicológico extremo. —Mi mente me vuelve a felicitar por la formulación—.

—Ajá —

—Suena a locura, pero para mí es realmente importante —

Por favor, no te des la vuelta ni te vayas si vas a decirme que estoy demasiado ida para ti, ruego en silencio.

No lo hace, aunque sí que pone un gesto un pelín escéptico.

—Vale, de acuerdo, podemos echar un vistazo. Pero tienes que entender que no puedo apuntar una cámara a pisos ajenos sin más —

—¡No hace falta! —digo rápido—. Creo que si la ponemos en mi pasillo o en mi dormitorio y la orientamos a lo largo de las ventanas, la mujer podría salir en el borde del encuadre. De verdad que no quiero vulnerar la intimidad de nadie, pero necesito saber si… —

¿Cómo lo digo sin que Leon piense que me faltan varios hervores?

—¿Si…? —

—Si es real —confieso, y me despido mentalmente de mi relación soñada—.

—Duermes fatal, ¿verdad? —

Asiento y sonrío torcido—. Parálisis del sueño. ¿Te suena? —

—Nunca la he tenido, pero sé lo que es. Debe de ser bastante desagradable —

Odio que me compadezcan, pero la compasión en su mirada sienta casi como nueve horas de sueño reparador.

—Empiezo con el garaje y el recibidor, y luego vemos lo de tu vecina, ¿vale? —prosigue.

No me puedo creer que haya tomado en serio mi petición, y asiento, aliviada.

—¿Puedo ayudarte en algo? —

Hace un gesto de desdén con la mano y vuelve a sonreír—. No mucho. El garaje subterráneo creo que lo encuentro yo solito. Suele estar en el sótano de las casas —

Yo también me río por lo bajo.

—Hasta ahora —

—¿Josie? —

—¿Hm? —

—Necesitaría las llaves —

—Ah, sí, claro —

Se las tiendo—. Esta es de casa. Esta, del portal, y esta, de la cerradura de la salida del garaje —

—Gracias —

Respiro aliviada cuando consigo refugiarme en la cocina y escucho cómo Leon se va hacia el garaje con mi llavero, y aprovecho para prepararnos algo de comer. No le dejo irse de aquí sin compensarle un poco el esfuerzo. Y cocinar sé. Jodidamente bien, además,

aunque para mí sola rara vez me curro tanto las cosas. Tengo verdura fresca en casa y me da de sobra para mi insuperable arroz a la mediterránea.

Entre tanto le escribo un mensaje a Nici. —Estoy cocinando para él …—

Ella responde con un emoji riéndose y dos dedos cruzados.

Probablemente ya se está preparando para el siguiente turno de noche.

Mientras el arroz va absorbiendo el agua de la olla, oigo cómo Leon regresa y empieza a trastear en el recibidor.

Al poco resuena su voz: —Ya estoy listo. ¿Me enseñas dónde aparece tu fantasma?—

Bajo el fuego y respondo en voz alta: —Sí.—

Ya está en el pasillo, donde el cristal dañado sigue esperándome. El conserje tiene mil cosas y, como pronto, hasta mañana no puede.

—¿Y esto qué es?—

—Fue un pájaro.—

—¿Un águila o qué?—

—No, un arrendajo o así.—

Leon da unos golpecitos en el cristal de una de las hojas intactas y luego me mira preocupado. —Con todos los respetos, Josie, pero si el arrendajo no tenía un pico de acero y iba puesto de coca, no debería ser capaz de romper un cristal así.—

—¿Qué se supone que significa? Pero yo he visto al pájaro tirado en la calle.—

Crees que lo has visto, me corrijo por dentro, *muy brevemente.*

Pero eso prefiero no decírselo a Leon.

—A mí esto me parece más bien una pedrada—, dice.

Niego con la cabeza. —¿Quién iba a poder lanzar una piedra tan lejos?—

No contesta directamente, sino que pregunta: —¿Cuál es la ventana con la mujer en estado de crisis?—

Noto un escalofrío treparme por la nuca.

Aun así señalo la ventana a apenas ocho metros, justo enfrente.

—Eres aún más interesante de lo que pensaba, Josie.—

Frunzo la nariz. —Gracias.—

Su sonrisa conciliadora es como un bálsamo y mi inquietud se desvanece.

Hasta que señala la puerta del dormitorio. —¿Qué hay ahí dentro? —

—El dormitorio—, farfullo, y el rubor regresa.

—Ajá, ¿también dan a la calle las ventanas de allí?—

Asiento.

—Sería mejor no montar la cámara en el pasillo. Allí apuntaría directamente a la ventana, y podrían verla desde enfrente. Si te parece bien …— Señala de nuevo la puerta.

Aunque el corazón me late más deprisa, mi mano hace un gesto invitándolo. —Por favor.—

Entra, abarca la habitación de un vistazo —por suerte la cama está hecha y no hay ropa usada por ahí— y señala un punto arriba a la derecha, en la esquina. —Si la fijamos ahí arriba, podemos inclinarla de forma que coja también la fachada acristalada del edificio de al lado.

Miro con escepticismo hacia mi cama. —Y todo esto no saldría.—

—Eso lo puedes ajustar tú misma. Luego te enseño, cómo. Puedes mover la cámara libremente con la app; si la orientas hacia las ventanas, no se verá nada más aparte de la puerta del pasillo.—

Dudo. Por culpa de mi parálisis del sueño he desterrado cualquier dispositivo electrónico de mi dormitorio.

—Vale—, cedo aun así. No quiero volver a hacer el ridículo delante de la policía.

—Podemos quitarla en cualquier momento—, dice Leon, a quien mi vacilación obviamente no se le ha pasado por alto. —Es rápido.—

—¿Nosotros?—

—Yo.—

—Ese *Nosotros* suena bien—, se me escapa. —Eh, tengo que mirar la comida.—

Huyo literalmente a la cocina antes de que pueda ser aún más embarazoso. Solo saber que Leon, con camiseta negra de pico, vaqueros y ese cuerpo, está trasteando en mi dormitorio, me hace sudar.

—Te quedas a cenar, ¿no?—, le grito desde una distancia segura.

—¡Por supuesto!—

—¿Cuánto te queda?—, pregunto al poco. —La cena está lista en quince minutos.—

—Estoy casi listo. La cámara ya está colocada. Si me das tu móvil, instalo rápido la app y lo dejo todo preparado. Cómo funciona exactamente, te lo explico luego.—

Mi móvil. ¿Dónde demonios está?

—Eh, sí, claro. Un segundo.—

Venga ya, Josie, si normalmente no eres tan desorganizada. Para mi alivio lo encuentro justo debajo de un montón de cartas que he sacado antes del buzón.

Voy corriendo al dormitorio con él y me detengo al ver el armatoste blanco en la esquina sobre las ventanas. En la camiseta de Leon se ha posado algo de yeso. Probablemente de fijar la cámara al techo. —Ay.—

Él me mira. —¿Qué pasa?—

—Bastante rollo Big Brother .—

—Qué va, en Big Brother se están tirando pullas todo el rato personas irrelevantes. Tú ni eres irrelevante ni eres una borde.—

—Mmm.— Mi mirada sigue pegada a la lente.

Cuando consigo despegarla, Leon me mira inquisitivo. —Puedo quitarla otra vez, si quieres.—

—No, no, está bien, supongo que solo tengo que acostumbrarme. —

Se baja del taburete de madera que suelo usar como perchero. —Si no, dilo sin más. No es precisamente una travesía venir hasta aquí.—

Asiento y me distraigo mirándole recoger las herramientas. Como solo se trata de un atornillador a batería con broca y tornillos, no le lleva ni treinta segundos.

—¿Listo para cenar?—, pregunto entonces y estoy un poco orgullosa de que la mayor agitación se me haya pasado.

—Listo. Pero déjame limpiar aquí rápido…—

—Ni hablar, ya lo haré luego, bastante tienes con estar trabajando en tu día libre.—

Vacila un momento, luego asiente. —Vale.—

Me acompaña a la cocina. Por las interrupciones el arroz se me ha pasado un poco, la verdura no está del todo en su punto, pero me da bastante igual. Algunas recetas, entre ellas esta, me las sé de memoria y están buenas aunque no queden al cien por cien perfectas.

Leon, en cualquier caso, alaba la comida como si la hubiera preparado un chef con estrella, y repite, mientras yo tengo que contenerme para no quedarme mirándole masticar con una sonrisa bobalicona. Cielo, me ha dado de lleno.

Mientras mi cafetera nos prepara un espresso de postre, Leon me enseña la nueva app en mi móvil. Es a prueba de torpes, como constato aliviada. Gracias a la interfaz clara puedo elegir si la cámara guarda la grabación de la última hora o no, puedo orientarla libremente en todas direcciones e incluso ver directamente las grabaciones. Ahora mismo apunta a la puerta del dormitorio.

—Es bastante fascinante—, admito.

Leon, esbozando una sonrisa. —Sí, ¿verdad? Ideal para mapaches observar.

—¿Mapaches?—

—Historia larga. ¿Quieres oírla?—

Y tanto que quiero. En mi estado actual podría recitarme el abecedario, y me entusiasmaría. Así que escucho embelesada mientras me habla de los mapaches en el comedero para pájaros de la casa de sus padres. Voy dando sorbitos a mi espresso una y otra vez y deseo que esta noche se alargue bastante.

Hacia las veinte horas recurro a métodos poco limpios y saco la sesenta euros botella de vino que me regaló Michael hace unos meses. Probablemente intentando disculpar uno de sus ataques de furia.

Debería habérsela estampado en toda la cara, pero bebérmela ahora con Leon, me parece aún mejor.

Él no lo rechaza, pero solo cuando le sirvo la copa por segunda vez caigo en lo que implica. —Tienes que conducir. ¿Prefieres mejor agua?—

Cuando me mira esta vez, tengo que tragar saliva.

—¿Es que tengo que conducir?—

¡Respira, Josie, respira!

Su mano roza mi muslo, y, antes de que pueda pensar en la cuestión de quién duerme dónde, me inclino sobre él y lo beso.

Él responde al beso y, cielo, se le da de maravilla.

Cuando su mano sube más y se detiene en el borde de mi camiseta, rompe el beso y me mira interrogante.

Me quedo quieta y desconcertada por su vacilación. —¿Ha sido la respuesta equivocada a tu pregunta?—

—En absoluto —suena un poco ronco.

Las yemas de sus dedos rozan mi piel desnuda bajo el dobladillo, y doy una bocanada de aire.

Los ojos de Leon se oscurecen. —Solo quiero no precipitarme —murmura.

—Eso tenías que haberlo pensado antes de que empezáramos con el vino.

Me dejo caer sobre su regazo, disfruto de la contención, pero también del hambre evidente con que me espera.

Solo cuando la vieja silla de madera empieza a gemir de forma amenazante, nuestro juego previo se vuelve un poco más suave.

—¿Me dejas volver a tu dormitorio? —me susurra al oído.

—Por supuesto.

El camino hasta allí se hace cuesta arriba, porque ni de pie en la cocina ni caminando por el pasillo conseguimos soltarnos el uno del otro.

Mi aliento se disuelve en el aire frío del paso sin calefacción. Podría hacer un frío antártico ahí fuera y no lo notaría mientras sus manos estén sobre mis caderas.

Besándome, choca contra el marco de la puerta del dormitorio. Tantea el pomo con la izquierda mientras con la derecha trastea con el cierre de mi sujetador. Cuando la puerta se abre con un crujido, me gira con elegancia hacia la habitación. Me aferro a él, riendo.

En el momento en que el mundo vuelve a encajar, un destello fugaz de luz me roza los ojos. Parpadeo, confundida, por encima del hombro de Leon.

Al principio no veo nada, luego mi mirada, como guiada por control remoto, se va a la ventana de enfrente. Los labios de Leon, deslizándose por el hueco de mi cuello, me dificultan pensar.

Pero el par de ojos ajenos, inmóvil y descarado, que nos mira fijamente, relega el gesto ardiente a un segundo plano.

—Espera —susurro.

Parece no haberme oído, porque seguimos camino de la cama, y la mujer desaparece de mi campo visual. Por un instante no tengo claras mis prioridades, pero consigo ponerle las manos en el pecho y apartarlo de mí.

Tiene la confusión escrita en la cara cuando me mira. —¿Demasiado deprisa? —pregunta, sin aliento—. Pensaba …

Apenas le hago caso, tropezando al pasar a su lado, con la esperanza, de poder despejar mi sospecha lo más rápido posible para seguir adelante.

Pero está ahí. La mujer rubia está en la ventana en la que siempre está. Esta vez, sin embargo, me mira directamente a los ojos. Fija, acusadora y sin pizca de vergüenza.

Devuelvo la mirada, incapaz de mover ni un músculo.

Percibo que Leon se acerca. Siento el calor de su cuerpo cuando se detiene detrás de mí, pero soy incapaz, de moverme o de romper el contacto visual.

—¿Qué pasa? No puedo responder, no puedo reaccionar. Me tiene atrapada. La desesperación y el odio ardiente en la mirada de la desconocida me clavan al sitio con puño de hierro. Excitación y miedo se trenzan en una atadura que me encadena sin remedio.

—¿Josie?

Tardo un momento en recuperar la voz. A diferencia de mis piernas, no me falla. —¿La ves? —susurro.

En ese mismo instante ha desaparecido.

En mi oído se extiende un agudo pitido . Por fin puedo moverme otra vez. Tropiezo hacia atrás, siento una mano fuerte sujetándome del brazo, apretando cuando mis piernas se me vuelven de trapo.

—Despacio, ¡Josie! ¿Qué …?

Estás loca…, grita en mi cabeza. *Estás loca y no puedes hacer nada al respecto.*

No sé cómo llego al colchón, pero de pronto noto algo blando bajo mí y el campo de visión se me aclara un poco.

—Eso no puedes decirlo —se me escapa.

—¿No decirlo? ¿Qué te pasa, Josie?

—¿Por qué no puedes verla?

Le agarro el brazo, cálido y real bajo mis dedos. Es real. Está aquí. ¿Por qué NO está ELLA aquí?

—Vuelve a la ventana, por favor. Te lo suplico. —Por favor, tienes que mirar. ¡Estaba ahí!

¿Es buena señal que Leon no pregunte otra vez? Se limita a mirarme de arriba abajo un segundo, se da la vuelta y regresa a la ventana.

—¿Vienes, por favor? —me pide entonces.

Como movida por hilos invisibles, me pongo en pie y avanzo hacia él, acartonada. Me siento como después de una gastroenteritis: agotada y temblorosa. Me coloco a su lado con cuidado.

—¿Qué ventana es esta vez? ¿Sigue siendo la misma? —pregunta.

Me arriesgo a mirar por encima de él. Es como si una mano helada me agarrara de la garganta, de lo mucho que temo lo que pueda ver. Y, en efecto, allí enfrente no hay nadie.

—¡Estaba ahí!

—Te creo que has visto algo, de verdad.

¿Entonces por qué no suena así?

Con cuidado, vuelve a sujetarme por los hombros y me gira hacia él. —¿Cruzamos y echamos un vistazo?

Dudo. —No lo sé.

—¿Cómo, que no lo sabes?—

Titubeo, no me atrevo a mirarle. El pulso me retumba en los oídos. —Me da miedo que no encontremos nada.

—¿Quieres que vaya yo?

Estoy a punto de decir que no, pero al mismo tiempo noto que asiento. —¿Lo harías? Yo me quedo aquí y miro a ver si la veo. ¿Podemos apuntar la cámara a la ventana?

—Claro. ¿Quieres que te enseñe otra vez cómo se hace? —Su voz suena terriblemente serena, casi cuidadosa, como si temiera que en cualquier momento me diera un ataque de histeria.

Curiosamente, justo eso me ayuda a recomponerme.

—Tengo que coger mi móvil —respondo, sonando mucho más tranquila de lo que me siento.

Se limita a asentir, espera con paciencia mientras recojo el teléfono de la mesa de la cocina y por fin vuelvo con él. —¿Me llamas cuando estés abajo?

En lugar de contestar, saca su propio móvil del bolsillo del pantalón y teclea en la pantalla.

Un segundo después, mi teléfono vibra.

Leon me dedica su sonrisa infalible. —Vuelvo enseguida.

Apenas ha salido del piso, la soledad inesperada me cae encima como una ola. Abro de par en par la ventana. El aire que entra me parece frío y hostil mientras miro, absorta, hacia la calle.

Pocos minutos después, Leon la cruza con paso elástico. Cuando desaparece bajo el voladizo de la entrada de la casa de enfrente, me entra un mal presentimiento. Distingo sus zapatos mientras está ante la puerta, esperando, supongo, a que alguien abra. —¿Y bien?

Silencio.

—¿Leon?

Oigo un trasiego.

—¿Leon?

Mueve los pies y sale de debajo del tejadillo, con el teléfono en la oreja. —No abre nadie.

—Ya me lo imaginaba. Aun así, gracias.

Alza la vista hacia mí y me saluda con la mano. No parece ni un ápice molesto por la interrupción de nuestro casi sexo. —¿La sigues viendo?

Miro hacia la ventana. —No, todo tranquilo y a oscuras.

—Hm, qué raro. Subo otra vez. —Cuelga y, muy poco después, oigo cómo da unos toquecitos en la puerta del piso. Debe de haber subido las escaleras volando.

El porqué me lo imagino, pero la idea de retomar donde lo dejamos de repente me da miedo.

Debo de llevar la duda pintada en la cara, porque en cuanto entra en el recibidor ladea la cabeza. —¿Quieres que me vaya a casa?

No puedo mirarle. ¿Qué pensará ahora de mí? Primero me le tiro al cuello, como quien se lanza al último trago de agua —y luego corto en seco por un delirio.

—Sí, por favor. Lo siento, pero…

—No pasa nada.

Su respuesta suena sincera, así que me atrevo a mirarle. ¡Sonríe! Un poco forzado, pero al menos eso.

¿Qué otra cosa va a decir?

—Aun así, me ha gustado que vinieras —digo, algo desorientada, mientras recoge sus cosas.

Él asiente con un gruñido aprobatorio.

Aunque también suena bastante amable, estoy segura de que me lo he cargado bien con él cuando, diez minutos después, sale del piso.

En el pasillo, sin embargo, se vuelve. —Llama si pasa cualquier cosa, ¿vale?

—Gracias.

Con las piernas entumecidas —en parte por el vino tinto, supongo — echo dos vueltas a la llave y recojo la cocina de manera mecánica. No me atrevo a ir a la cama hasta bastante después y, aunque la lente de la cámara no apunta al colchón, me tumbo totalmente en el borde y le doy la espalda al aparato.

Su mera presencia cuelga como una campana ominosa sobre mis cuatro paredes.

Solo muy tarde, ya de noche, mis pensamientos en bucle tiran la toalla y caigo en un sueño intranquilo.

Capítulo 10

Dos días he tenido tranquilidad, me entierro en el trabajo y evito salir. Con Leon hablo por WhatsApp. Chorradas sin importancia, después de despachar su pregunta de cómo estoy con una frase hecha. Pero al menos hablamos y él todavía no se ha rendido conmigo.

Quizá por eso, la tercera noche consigo dormirme mucho más rápido.

Un grito lastimero, casi inhumano, atraviesa la red de mis sueños y por fin me arranca de golpe del sueño. Respiro con dificultad y miro a mi alrededor. Estoy sola. Ni Michael, ni Leon, ni parálisis del sueño. Hurra.

La alegría me dura poco. Ahí vuelve. Un sonido agónico, alargado. Como el lamento de alguien que lo ha perdido todo y a quien no le queda otra que compartir el dolor con el silencio de la noche.

Salgo tropezando de la cama hacia la ventana. En la casa de al lado todo está a oscuras. No se ve nada en la ventana.

En la calle también reina el silencio, pero viene de fuera, de eso estoy segura.

Abro la ventana. Entra aire frío y me aviva la piel de gallina.

—¿Hola?—

Mi voz se pierde. Saco la cabeza un poco más. Por encima, en diagonal, cruje la madera del marco de la ventana, como si fuera a venírseme encima. Mis manos se aferran al alféizar mientras miro a derecha e izquierda.

Silencio vacío.

Hasta que vuelve a sonar algo. No un grito, un raspar fuerte.

Doy un brinco, echo el cuerpo atrás, me golpeo la cabeza con la ventana. El ruido no venía de la calle. Viene del piso.

El corazón me golpea las costillas, duro y pesado. Me quedo inmóvil. El viento me roza la nuca y esta vez soy yo quien tiene ganas de gritar.

Miro alrededor a toda prisa. La cámara del rincón parpadea en rojo. Su presencia no me consuela lo más mínimo.

Del pasillo llega otro crujido.

Se me escapa el aliento por los labios. Con las piernas entumecidas doy un paso hacia la habitación. Miro alrededor, pero no hay nada en mi dormitorio que pueda usar como arma… ¡El martillo!

Leon debió de dejarlo sobre la cómoda.

Con la herramienta pesada en la mano avanzo a tientas por el pasillo, paso a paso.

Mis dedos encuentran el interruptor junto a la puerta del dormitorio y lo accionan.

La claridad me quema la retina. Parpadeo a toda prisa, no distingo nada y entonces suena un crujido. ¡A mi lado!

Grito, me lanzo hacia atrás, tropiezo y caigo de espaldas con fuerza.

Abro mucho los ojos solo para ver que el pasillo está desierto delante de mí.

¡El raspar venía de la puerta de entrada del piso!

Todo en mí quiere volver al dormitorio. Dar un portazo, echar la llave, huir a la cama y meterme la manta por la cabeza. Como hacía de niña.

Si yo no te veo, tú tampoco me ves.

La cabeza, en cambio, me grita que coja el móvil.

¿Dónde lo he dejado? ¿Salón? ¿Cocina? ¡Pasillo!

Está en la consola, donde lo dejé después de que Leon se marchara.

Solo seis, siete pasos y, aun así, una eternidad. Porque la puerta del piso está peligrosamente cerca.

Quiero preguntar en voz alta. La pregunta de si hay alguien al otro lado me quema en los labios.

¿Qué respuesta prefieres? Sí, soy yo, el amable ladrón del barrio. ¿O te va más el asesino en serie?

Mi mente hiperventila, mientras el cuerpo quiere hacer huelga.

Miro fijamente la puerta como hipnotizada. Me incorporo lo más silenciosamente posible.

Corro hasta la consola, cojo el móvil, me lanzo al baño, cierro la puerta de un golpe y giro la llave.

Jadeando me dejo caer al suelo, resbalando por la hoja de la puerta. Me abrazo con fuerza a las rodillas mientras marco emergencias.

Salta de nuevo la locución electrónica de que he llamado a la policía y luego una voz masculina metálica. —Emergencias policiales, ¿cuál es su emergencia?—

—Hay alguien en mi puerta—, susurro.

—De acuerdo. Manténgase tranquila. Necesito su nombre y su dirección.—

Automáticamente doy los datos de carrerilla.

—Bien, ¿dónde se encuentra ahora mismo?—

—En el baño.—

—¿Puede abandonar el piso por una ventana sin ponerse en peligro?—

—No.— La voz, en realidad, me calma un poco.

—¿Puede describirme qué está pasando? ¿Hay alguien dentro de su piso?—

—No. Solo un raspar al otro lado de la puerta.— Me quedo a medias. La palabra *solo* quiere hacerme creer que no tiene importancia. A mi miedo le da igual. Sigue siendo demasiado real.

—Entiendo, me quedo en la línea con usted. Los compañeros llegarán enseguida. Abra solo cuando yo se lo indique e infórmeme de inmediato si pasa algo.—

—De acuerdo.—

Permanezco inmóvil, en silencio al teléfono. Quiero llenar el vacío con palabras y no encuentro ninguna.

Cuando la voz vuelve a sonar, doy un respingo. —Señora West, los compañeros ya están en el portal. Cuando suene ahora el timbre, puede abrir.—

—¿Puedo? Tienen que subir las escaleras. Si hay alguien justo detrás de la puerta…—

—¿Tiene portero automático?—

—Sí.—

—¿Se ve capaz de accionarlo?—

Los pensamientos me van a mil. Quienquiera que esté al otro lado de la puerta, solo me separaría de él una fina capa de aglomerado. Pero dos agentes estarían ya en la escalera del edificio.

—¿Se queda en la línea?—, pregunto ya levantándome.

—Así lo haré.—

Aunque sé que ni eso podría ayudarme si me atacaran, sus palabras me dan valor para salir del baño.

Me apresuro hasta la puerta, preparada en todo momento para oír de nuevo el crujido o el raspar. Aprieto el botón del portero como si la mano se me hubiera quedado pegada a él.

Oigo en el portal el chasquido de la puerta de la calle. Me quedo clavada junto a la pared, al lado de mi puerta. Unas botas pesadas suben las escaleras. Mi fantasía, maleada por el cine, espera en cualquier momento un tiroteo encarnizado, pero en su lugar suena el timbre de la puerta del piso.

—¿Señora West? Policía—, resuena una voz grave tras la puerta.

Abro aliviada. Me doy cuenta ahora de que sigo aferrando el martillo. Me duelen los dedos de lo fuerte que lo sujeto, pero no puedo soltarlos. Es que no puedo.

—¿Está sola?—

Asiento mecánicamente mientras examino a los dos policías. Un hombre quizá de cincuenta, con barba y hombros anchos, y un compañero de unos treinta con la cabeza rapada.

Ambos se mantienen a distancia, bien visibles; el más joven mira más mi arma improvisada que a mí.

—¿Ha oído algo en su puerta?—

Vuelvo a asentir, hasta que caigo en que así no podemos seguir. —Sí, sí, un rascar y un deslizarse.—

—Por favor, deje el martillo a un lado un momento y echamos un vistazo a la puerta. No hemos encontrado nada en la escalera, pero muchos intentos de robo se abandonan cuando no dan resultado lo bastante rápido.—

Solo a base de pura fuerza de voluntad logro abrir los dedos. El martillo cae al suelo con estrépito. Luego frunzo el ceño. —¿La puerta de abajo estaba cerrada?—

—Lo estaba. ¿Tiene algún conflicto con algún vecino?—

—No, en absoluto. La verdad es que apenas los conozco de vista. —

Nunca me he molestado en cambiar eso. —Es una casa tranquila, ya sabe.—

Mientras el compañero joven inspecciona mi puerta con una linterna, el mayor da un paso a un lado para que podamos seguir hablando. —¿Ha notado algo más? Ruidos, susurros, llamadas raras o comerciales que quisieran entrar en la vivienda?—

Asiento con nerviosismo. —Hubo gritos. Me han despertado.—

—¿Gritos? ¿Aquí, en el rellano?—

—No, en la calle, fuera.— Me viene a la cabeza la cámara del dormitorio, y me invade la excitación. —¡Espere! Lo tengo grabado. —

Sin esperar respuesta, echo a correr con el móvil hacia el dormitorio.

Ya de camino abro la app y pulso el botón «Guardar la grabación de los últimos 30 minutos».

Así me explicó Leon el modo dash cam. En teoría el aparato graba de forma constante, pero solo tiene memoria para 30 minutos y la va sobreescribiendo. A menos que le indiques a la cámara que ese fragmento importa; entonces lo guarda en el archivo.

Cuando llego al dormitorio, veo cómo el diodo de la cámara parpadea en verde fugazmente, señal de que ha guardado la toma. Solo entonces caigo en que ni siquiera hacía falta venir hasta aquí. Cuando vuelvo con los policías, todavía están en la entrada del piso y hablan en voz baja.

—Aquí.— Les enseño el móvil.

—Cam1 grabación 0001, FECHA 03:37 h—, indica la pantalla.

El mayor coge mi móvil con dudas y pone la grabación. Pasamos minutos en silencio en el pasillo, y entonces suena el ruido espantoso por el altavoz. Suelto el aire, fuerte. ¡No era un sueño! ¡No me lo había imaginado! Ha estado ahí de verdad.

—Podrían ser gatos—, murmura el joven.

Creo, que no he oído bien. —¡Así no suena un gato!—

Los dos siguen escuchando como si no hubiera dicho nada.

Durante los treinta minutos completos se quedan ahí mirando la imagen. El mayor parece un poco resignado cuando me devuelve el teléfono.

—¿Puedo preguntarle por qué tiene una cámara en su vivienda, señora West?—

—Puede. Hace poco alguien me lanzó una piedra a la ventana y me dejó en el parabrisas una foto hecha a escondidas de mí y de mi … novio. Sospecho que a mi exmarido violento no le ha sentado muy bien el reciente divorcio.—

Puf, vaya zasca, pienso, y me alegro un poco de la respuesta tan rápida.

—¿Tiene tu exmarido una llave de este edificio?—

—No. Tiene una orden de alejamiento.—

De hecho, las miradas de ambos se vuelven un poco más cercanas. —Bien. Aun así debo advertirle de que la cámara, tal y como está colocada, apunta a la vía pública y así no puede usarse. Por lo que veo en la interfaz, puede girarla. Hágame el favor, y oriéntela luego un poco más hacia el interior.—

—¿Y entonces cómo sabré quién lanzó la piedra?—

—¿Nos permite ver la ventana?—

—Por supuesto.—

Me aparto para que el mayor pueda entrar. El joven policía inspecciona mientras tanto la cerradura de mi puerta.

—Podría ser efectivamente un pedrada—, dictamina el agente al cabo de un buen rato examinando el cristal—. Lo raro es que alguien haya acertado tan arriba. Al fin y al cabo, estamos en un segundo piso.—

—Estoy muy segura de que el cristal no se ha roto solo.—

No sabía que podía cargar tanto las palabras de ironía, pero las dudas visibles del policía sacan a relucir facetas sorprendentes de mí misma.

No mueve un músculo. Su respuesta, sin embargo, es lo bastante elocuente.

—Deje que seamos nosotros quienes averigüemos qué ha pasado aquí. No puede simplemente apuntar cámaras de vigilancia a la calle. Y, desde el ángulo que usted alcanza a ver, nadie podría dar a esta ventana.—

Me doy por vencida. Al fin y al cabo, la calle me importa un comino mientras pueda ver la ventana de enfrente.

El joven interviene desde la puerta de la casa. —No puedo encontrar rastro alguno. Pero durante los próximos días haremos patrullas nocturnas por esta calle. ¿Tiene seguro un abogado al que pueda comunicarle el comportamiento de su exmarido?—

Asiento en silencio.

—¿Ya lo ha hecho?—

—No, pensaba hacerlo mañana.—

—Hágalo de inmediato. Si admitiera haber estado aquí, se le hará responder por ello.—

Suelto una carcajada incrédula. —¿Y cree que lo confesaría?—

—Aquí no tenemos señales de allanamiento, señora West. Por supuesto puede presentar una denuncia contra desconocidos, pero ya le adelanto que eso quedará en nada.—

—¿Y los gritos?—

—Tengo que darle la razón a mi compañero —interviene ahora el agente mayor—. Bien podría haber sido un animal. Garduñas o gatos peleándose pueden ponerse sorprendentemente ruidosos a veces.—

—¿Y si no era una garduña?—

—Entonces seguimos sin motivo para suponer que haya base para emprender acciones penales. También los borrachos pueden …—

—¡No era un borracho ni tampoco un gato! Maldita sea, tienen que poder hacer algo.—

El mayor asiente. —Haremos, como hemos anunciado, que la patrulla pase con más frecuencia por esta calle, y del operativo de hoy habrá un informe. En cuanto haya incidentes dignos de ser tomados en serio, su abogado podrá recurrir a esa documentación.—

—¿Incidentes dignos de ser tomados en serio? —repito, aturdida —. Ha habido alguien en la puerta de mi piso, he oído gritos, alguien me hace fotos a escondidas a mí y a mi nuevo novio y las coloca bajo mi limpiaparabrisas. ¿Cuánto más serio tiene que ponerse?—

—¿Podría enseñarnos la foto que ha mencionado?—

—Sí, claro —digo a toda prisa, me giro de lado y voy hacia el pasillo—. Debe de estar en el bolsillo de mi pantalón. El pantalón está en el baño.—

El agente me sigue hasta la puerta del cuarto de baño.

Hurgoneo en el bolsillo del pantalón y por fin encuentro la foto hecha una bola. Con una rápida mirada al agente la saco y la despliego. Noto un tirón incómodo en el estómago. En la foto se nos ve a Leon y a mí en un parque público, sonriendo mientras paseamos por la ciudad.

—Nos muestra paseando —explico, como si la descripción pudiera cambiar algo, y se la tiendo.—

El policía contempla la foto con mirada crítica, pero no la coge. —Es una instantánea cotidiana. No hay nada en ella que apunte a una amenaza.—

Mis esperanzas se disuelven como algodón de azúcar bajo la lluvia. —¿No pueden examinarla en busca de huellas dactilares?—

Echa un vistazo al papel arrugado. —Ya está dañada y usted la ha tocado. Es muy probable que las huellas resulten inútiles —explica el policía—. Podemos llevárnosla, pero las posibilidades de éxito son escasas.—

Una sensación de impotencia se extiende por mí. —¿Qué se supone que haga? —pregunto—. ¿Esperar a que alguien entre de verdad en mi casa y me haga algo?—

—Cálmese, señora West. Nos tomamos sus preocupaciones muy en serio. Lo que ocurre es que solo podemos ofrecerle presentar una denuncia contra desconocidos. Eso no le servirá de mucho sin pruebas. Le sería mucho más útil volver a tratar el asunto con su abogado para que pueda remitir los incidentes al juez competente. De lo contrario, irá por dos vías en vano.—

—En otras palabras, ¿no pueden hacer nada más? ¿Tengo que aceptar … este acoso?—

—Hable con su abogado —repite el policía—. Y si vuelve a oír algo, llame al 112. Ha hecho todo bien.—

—Oh, me aseguraré de que en mi lápida ponga: «Siempre lo hizo todo bien».—

—Se lee mejor que «Pidió ayuda una vez demasiado tarde» —replica secamente el barbudo.—

—Vuelva a acostarse, señora West. Nos quedaremos durante la próxima hora aquí en los alrededores, por si hubiera algo más —añade el más joven.—

Asiento con resignación. Parece que no puedo hacer gran cosa. Al menos no mientras mis amigos y ayudantes siguen aún plantados ante la puerta.

***

Por la mañana me mareo nada más levantarme. He pasado toda la noche al acecho con la cámara. Ni un segundo me ha remordido la conciencia. Nuestra calle está tranquila. Por la noche casi no hay viandantes. Pocos quieren caminar por nuestra calle oscura. Así que no he grabado a nadie. Ni a un fiestero desorientado ni a una sospechosa mujer rubia ni a Michael ni a Frank ni a nadie. Tampoco a ninguna patrulla policial, por cierto.

Con un café de la categoría «No de este mundo» estoy sentada ahora en la cocina esperando a que la aguja del reloj de pared sobre

el viejo aparador marque las siete y diez. En cuanto sucede, pesco el móvil de la mesa y marco el número de Nici.

Descuelga casi antes de que suenen dos tonos.

—Bueeeenas, rompecorazones, ¿hay por ahí un hombre guapo en tu cama?—

—No exactamente.—

—Vaya, ¿qué ha pasado?—

—Nada. Todo. Bah, yo qué sé. Me estoy volviendo loca, Nici.— Las palabras me saben más amargas que el café de mi taza.

—Vale, ahora respira hondo y luego le cuentas a la tita Nici qué te trae por la calle de la amargura —dice mi mejor amiga, y oigo cómo se mueve al otro lado de la línea, seguramente buscando un cigarro.

—Está todo hecho un caos —respondo, y me froto la frente con la mano libre, como si pudiera borrar la tensión de un plumazo. Luego le cuento lo de anoche—. Ahora estoy sentada en mi cocina con un café que probablemente me mande al otro barrio, y me pregunto qué demonios estoy haciendo aquí —termino al fin.

—¿Y la policía no hace nada? —murmura Nici—. No entiendo cómo se puede ser tan pasota. ¿Has vuelto a colocar la cámara?—

—Sí —confirmo—, pero ya no apareció nada. De verdad que me estoy sintiendo una loca. Y Leon… No sé si siquiera me toma en serio ya.—

—No estás loca, Josie. Estás pasando por mucho, así de simple. Nadie se quedaría tan pancho, ¿me sigues? Y en cuanto a Leon, si de verdad le gustas, lo llevará bien. ¿Por qué no le dejaste quedarse a dormir igualmente?—

—¡Porque tengo que poder con esto sola! —se me escapa, aferrando más fuerte la taza—. No quiero que todos piensen que no doy la talla —murmuro luego.

Mientras lo digo, ya sé que suena a tontería.

—Nadie piensa eso, Josie-Jo. En serio. Has pasado por tantísimo… que sigas en pie y luchando demuestra lo fuerte que eres. No hay ninguna regla que diga que tengas que cargar con todo esto sin ayuda.—

—Puede que tengas razón —concedo, y por primera vez en el día me siento un poco más ligera.

—Quita el "puede" —responde Nici, y puedo oír la sonrisa en su voz—. Y si la próxima vez no puedes dormir porque andas cazando fantasmas, mándame un WhatsApp. Te hago compañía hasta que termine mi turno y después voy a tu casa, ¿vale? Llevo una botella de vino y frutos rojos congelados y bebemos hasta que se esfumen las preocupaciones. Eso sí que estaría bien.—

—Suena tentador —respondo, aunque la sola idea de perder el control con alcohol me incomoda. Aun así, se me escapa una pequeña sonrisa. Nici siempre consigue hacer que vuelva a tierra—. Te escribo.—

—Más te vale. Y ahora haz algo con el día, ¿sí? No te vengas abajo, Josie-Jo. Eres más fuerte de lo que crees.—

Cuando cuelgo, me quedo un momento sentada en la cocina, aún con la taza en la mano. El sol ya ha salido y su luz entra suave por la ventana. Puede que Nici tenga razón. Puede que no deba ser tan dura conmigo misma. Pero aceptarlo es más fácil decirlo que hacerlo.

Respiro hondo y le doy un sorbo a mi café.

Vuelvo a mirar el reloj. Las ocho menos cuarto.

En realidad hoy toca sesión de grupo. Pero no me apetece ver a los demás, y menos a Frank. Ni siquiera los muffins de Hannah lograrían sacarme de casa. Por suerte es sábado, así que no tengo por qué ir. Un día de cama, eso haré. Un buen libro y picoteo poco sano. Como en los viejos tiempos, cuando mis padres no estaban en casa por una vez y no había nadie que te mirara con reproche por tanta holgazanería.

De camino al dormitorio suena mi móvil.

Descuelgo sin mirar la pantalla.

—¿Quieres traer el vino ya hoy, Nici? ¿O se te ha olvidado otra cosa? —pregunto.—

Al principio no oigo nada y se me eriza la piel. Hasta ahora esas llamadas de broma se habían limitado al fijo. ¿Ha conseguido Michael mi número de móvil? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Estoy a punto de colgar cuando un gemido apenas audible llega por el auricular. Es tan tenue que dudo incluso de haberlo oído.

—¿Hola?—

Una respiración pesada sustituye al sonido agudo.

—¿Michael? ¡No tiene gracia!—

Por supuesto nadie contesta, solo ese jadeo difuso y casi imperceptible se acelera un poco. Más esforzado. Como un hombre que…

Cuelgo y arrojo el móvil lejos. Aterriza en la alfombra del dormitorio.

La oscura superposición de llamada desaparece y deja paso a mi pantalla de inicio, una foto en blanco y negro de un arco de rosas oxidado ante un jardín francés. Es como si hubiera recibido una llamada directamente del infierno. Debían de estar de captación y, por lo visto, yo encabezaba la lista de potenciales nuevos clientes.

Capítulo 11

—Madre mía, Josie, ¿pero qué pinta traes?

A pesar de todas mis ganas de esconderme, al final he decidido salir un rato y ver gente.

Por lo visto, mis intentos de disimular la noche en blanco no han servido de nada, porque Mia, que justo está cerrando las ventanas de la sala del grupo, se acerca preocupada a mí. —Me estaba preguntando dónde te habías metido hoy—, dice.

—Lo siento, es que no he logrado llegar a tiempo—.

—No pasa nada. ¿Quieres hablar?—

—¿Se podría? No quiero robarte el tiempo así como así—.

Mia hace un gesto de desdén. —Tú estás aquí, yo estoy aquí. Y, por lo que parece, te vendría bien un poco de apoyo. ¿No habrá pasado nada, verdad?—

Niego con la cabeza y esbozo una sonrisa cansada. No sé de dónde la saco, porque, en realidad, no me siento nada sonriente.

Me siento en la silla de siempre y miro sin ver los asientos vacíos a mi alrededor. Entonces aparece un muffin en mi campo de visión.

—El último —dice Mia con dulzura y se sienta a mi lado—.

—Gracias—. Giro el muffin de chocolate y cereza entre las manos. No me apetece comer. La media rebanada de pan del desayuno aún me pesa en el estómago.

Mia simplemente espera. No me presiona. Nunca lo hace, y con eso ha logrado sacar a más de uno de su caparazón.

—Vuelvo a tener miedo de dormir —susurro—.

—¿Por la parálisis del sueño?—

—Está empezando a ir a peor otra vez. Esta mañana ha durado casi treinta minutos—.

—¿A qué crees que se debe?—

—Ahora mismo es que todo me supera—.

—¿Por Leon?—

—Por todo. Están esas llamadas y las fotos… Y anoche llamé a la policía porque oí gritos y pensé que había alguien en la puerta de mi piso. Esta mañana he hablado con mi vecina y me ha dicho que ella no oyó nada—. Me tiembla la mano con el muffin—. Tengo miedo de estar volviéndome loca—.

Mia me mira compungida. Como siempre, se toma su tiempo antes de responder. —¿Estás durmiendo lo suficiente?—

—Lo intento. O sea, que no. No, probablemente no me he cuidado lo bastante últimamente. Pero eso no cambia todo lo demás—.

—Pero todo lo demás se lleva mejor si el cuerpo está descansado —.

No me queda otra que asentir. Claro que sé que dormir me vendría bien. Pero ¿cómo se supone que duerma si…?

—¿Puede ser que estés siendo un poco dura contigo misma? ¿Que quieras ir demasiado deprisa?—

—¿Qué quieres decir?—

—Verás, en el grupo dices muy a menudo que ya es hora de no dejar que el pasado te domine. Que tienes que mirar hacia delante. ¿Puede ser que tu cabeza te lo diga, pero que tu corazón aún no esté listo? No es ningún crimen necesitar tiempo para sanar. La normalidad no se puede forzar y, a veces, no está de más que las cosas se vayan encarrilando despacio—.

—Pero si aquí no se trata de mí. Están esas llamadas. Y por las noches ese…—

—Michael también necesitará tiempo para acostumbrarse a que te hayas ido. Por supuesto, eso no justifica lo que hace. Pero si de

verdad te llama sin parar, quizá sea porque es la única manera que tiene de oír tu voz—. Se detiene, lo piensa un segundo—. Mira, cuando yo me separé de Jonathan, estuvo tres meses esperándome delante del trabajo, mirando si me iba directa a casa o si tenía un novio nuevo. Fue un infierno. Pero con el tiempo los dos aprendimos —.

—¿Jonathan?—

Mia sonríe de medio lado. —Hay un motivo por el que precisamente yo llevo este grupo—.

Antes de que pueda contestar, suenan pasos en el pasillo y entra Hannah. —¡Josie! Ah, aquí estás—. Como siempre que sube las escaleras, lleva las mejillas encendidas y le falta el aire—. Perdonad. Me he dejado el tupper. ¿Os interrumpo?—

Me habría encantado saber más sobre Mia y ese tal Jonathan. El paralelismo con Michael salta a la vista. Pero Hannah sigue ahí, con la cabeza ladeada, en vez de coger sin más su tupper. Suspiro por dentro. Parece que no soy la única con necesidad de hablar hoy.

—No, no interrumpes —digo—.

—¿Estás bien? Nos hemos preocupado. Si es que tú no sueles faltar—.

Me fuerzo a sonreír. —Hoy he estado un poco perezosa y no quería levantarme—.

—Igual ha sido suerte. Porque hoy ha venido Frank y nos ha preguntado a todos por qué no estabas. Creo que está coladito por ti—.

Me quedo parada. ¿Puede ser? —¿Por qué lo crees?—

—A ver, ¿si no por qué iba a ir preguntando uno por uno si sabíamos algo de ti?—

Mia interviene. —Hannah, eso son conjeturas muy personales. Si a Frank le gusta Josie, ya se lo dirá él. No somos un chismorreo ambulante—.

Hannah se queda un segundo cortada y luego asiente con tal apuro que me da pena.

—¿Tienes tiempo para un café? —le pregunto, para hacerle ver que entre nosotras todo está bien—.

Hannah se ilumina. —Encantada, pero no quiero interrumpir vuestra conversación—.

—Qué va, si ya estábamos casi—. Me pongo en pie, y caigo en que sigo con el muffin en la mano.

—Te lo puedes llevar. Toma—. Hannah me tiende el tupper, que por lo visto ya ha encontrado. Me mira con duda—. ¿O es que no te gusta mi repostería?—

—Sí, claro que me gusta, demasiado. Es que hoy no tengo hambre —. Me levanto. Porque ahora que está Hannah, no quiero profundizar en lo que estaba hablando con Mia. Ha sido agradable hablar con ella a solas. Parece entenderlo, porque también se levanta.

—Puedes llamarme cuando quieras, Josie—.

—Gracias—.

—¡A mí también! —añade Hannah, como si esto fuera una competición de ayuda—.

—Hasta la semana que viene—.

Le hago un gesto de despedida a Mia y me voy con Hannah, codo con codo, hacia la salida.

—Entonces, ¿qué te apetece? —le pregunto—.

—¿Damos simplemente un paseo? Mi médico dice que me viene bien. Y a mí me cuesta mucho salir sola a la calle—.

—Claro. A mí también me vendrá bien moverme un poco. Y además hoy nos acompaña el tiempo. Hace bastante suave—. Mierda, ¿de verdad, fuera del grupo, ya estamos en el punto de hablar del tiempo?

—Sí, menos mal. ¿A ti también te pareció fuerte lo que dije de Frank?—

—No, para nada —me apresuro a asegurar—. ¿Le conoces más allá del grupo?—

—No. Pero, sinceramente, me parece raro. Ya sé que esto suena sexista y que no debería decirlo, pero, vamos a ver, ¿qué hombre va a un grupo de ayuda que le dice una y otra vez que se separe y luego no lo hace? Para una mujer eso es mucho más difícil que para un hombre—.

—¿Te lo parece? —pregunto, sorprendida—. A mí me parece muy valiente que venga al grupo, sin más. A los hombres les taladran constantemente con que tienen que ser fuertes, no rendirse y aguantarlo todo—.

Hannah calla. Sé que quiere llevarme la contraria, porque ha hecho un pequeño gesto con la cara, pero es demasiado educada y tímida para decírmelo. Ya me he dado cuenta otras veces de que Hannah prefiere juzgar a discutir.

—¿Sabes algo de la mujer de Frank? —le pregunto—.

Hannah asiente. —Trabaja en una empresa grande. Mundo de hombres. Algo técnico, creo. Por lo visto gana bastante dinero. Si sus compañeros supieran cómo trata a su marido, seguro que la echaban. Y adiós a su riqueza—. Guarda silencio un segundo y añade—: Muchas veces he pensado en contárselo. Un correo a sus jefes o algo así, anónimo—.

Me vuelvo hacia ella, horrorizada. —¡Eso no lo puedes hacer, Hannah! ¡Sería difamación! A lo mejor hay otra persona responsable de cómo está él—.

Frunce el gesto. —Lo haría anónimo. Me crearía otra dirección de correo. Y no es difamación si es verdad. ¿O crees que Frank nos miente?— Se queda pensativa—. ¿Dices que viene solo para escuchar nuestras historias? Ahora que lo pienso, nunca le he visto con una lesión—.

No sé qué me descoloca más. Que se plantee traicionar la confianza de Frank —al fin y al cabo, todo lo que se dice en el grupo es confidencial—, o la sospecha de que quizá él ni siquiera sea una víctima de verdad.

¿Y si disfruta con esto? Con este grupo de mujeres que le animan aunque no tenga nada que soportar. Los moratones podrían venir de cualquier parte o estar pintados.

—¿Tú crees que alguien haría algo así?—

Vuelve a encogerse de hombros. Lo hace constantemente. Seguramente es una costumbre de la época de su matrimonio, cuando ese gesto era la única forma de desacuerdo permitida. A veces, incluso eso era demasiado, como sé por experiencia propia.

—Hay tantos pervertidos ahí fuera —dice en voz baja—. ¿Habrías pensado que Michael sería capaz de hacerte lo que acabó haciéndote?— Niega con la cabeza antes de que yo responda—. ¿O alguno de los maridos tan estupendos de las demás? ¿O el mío propio?—

Suelto un suspiro. Largo y hondo. —No, creo que nadie cuenta con las cosas que nos han pasado a todas. Curioso que incluso nosotras dudemos de que sea posible—.

—Yo no dudo—.

—Suena un poco a que siempre esperas lo peor —la reprendo con suavidad—.

Me mira con los ojos muy abiertos. —¿Y tú no?—

—A veces sí. Pero otras no. Es una manera de pensar peligrosa—.

Hannah frunce el ceño y me mira casi escandalizada. —Es una manera de pensar segura —sostiene—. Te llevas menos decepciones. Y si te equivocas, pues te alegras. Creo que Frank también lo ve así. Por eso estaba tan preocupado por ti—.

—Hm. Puede—. Por un instante se me pasa por la cabeza contarle a Hannah lo de las fotos. Pero desecho la idea enseguida. Después

de lo que me ha dejado ver hoy acerca de cómo entiende la confidencialidad, me parece arriesgado. Y no quiero meter a Frank en un lío pese a todo. Por otra parte… —Después de la última sesión encontré una foto debajo del limpiaparabrisas de mi coche. Leon y yo, tomada a escondidas, desde bastante lejos. ¿Crees que…?—

—¡Oh, Dios mío! ¿De verdad? ¿Una foto de acosador en toda regla?—

Un escalofrío me recorre la espalda. Oírlo dicho en voz alta lo hace más amenazador. —La calidad de la imagen era muy buena y eso que tuvo que tomarse desde muy lejos. Si no, me habría dado cuenta—.

—¿Frank no es fotógrafo o cámara o algo así? De eso sabrá de técnica un rato—.

Empieza otra vez el pitido en mis oídos. —No tenía ni idea—.

—Sí, claro, si lo dijo al principio… Ah, no, tú todavía no venías. Dijo que como trabajo extra había hecho documentales de animales—.

***

Tras lo de Frank, no tardo en despedirme de Hannah. Me ha entrado de golpe una necesidad de volver a la, aunque ya dudosa, seguridad de mi piso. Tendría que haber sido fiel a mi propósito de esta mañana y haber pasado el día en la cama sin más.

He venido en autobús para no encontrarme otra sorpresa desagradable en el coche. Pero incluso en el trayecto desde la parada hasta mi portal me siento observada. No paro de mirar a mi alrededor y me sobresalto con cualquier ruido. Incluso al abrir la puerta, casi doy por hecho que me voy a encontrar otra cosa, vaya usted a saber qué.

Aunque ninguno de mis temores se materializa, me queda dentro una sensación difusa de amenaza que no consigo sacudirme. Me asaltan una y otra vez imágenes: la foto de Leon y de mí bajo el

limpiaparabrisas, el jadeo del que llama convertido en una figura borrosa y la mujer en la ventana de enfrente. Es como si una soga me rodeara el cuello y se fuera apretando hasta no dejarme pensar con claridad.

¿Podría Frank haber sido quien hizo la foto? Si es un fotógrafo experimentado, le habría resultado facilísimo. Precisamente como cámara de naturaleza o fotógrafo tendrá teleobjetivos para aburrir. ¿Estará también detrás del resto de incidentes? ¿Pero por qué?

¿Y cómo encaja Michael? Me hizo la vida imposible antes de que por fin reuniera el valor para separarme. ¿Y si utiliza a Frank para asustarme sin dar la cara él mismo?

Me dejo caer en el sofá y me quedo mirando el móvil, dudando si llamar a Leon. Quiero contarle mis sospechas, pero a la vez me da miedo meterle todavía más en todo esto. ¿Y si me equivoco? ¿Y si solo me estoy dejando arrastrar por la paranoia?

Suspiro y al final dejo el móvil a un lado. Insegura ya de qué creer, me echo hacia atrás y cierro los ojos.

Poco a poco va subiéndome la rabia. ¡Basta ya! Estoy harta de que me zarandeen y me manipulen. Da igual quién esté detrás de estas cosas tan raras —sea Frank, Michael o un completo desconocido—, no pienso seguir siendo la marioneta de nadie.

Cantarle las cuarenta a Frank sería lo más directo, pero no tengo ni idea de dónde vive. En el grupo de autoayuda está terminantemente prohibido intercambiar información personal. Ni siquiera Mia me daría su dirección. Podría preguntarle a Hannah; ella nunca ha respetado esa norma, pero me echa para atrás. Tiene una idea peculiar de la justicia y no quiero despertar al perro que duerme. Al menos no más de lo que ya lo he hecho. Y aunque consiguiera la dirección, ¿qué le iba a decir a Frank?

¿Y Michael? Volvería a negarlo todo y probablemente se reiría por lo bajo de que aún pueda acorralarme, aunque nuestro matrimonio haya terminado. Puedo verlo, con esa sonrisita autosatisfecha,

jurando otra vez con cara de santo que no tiene nada que ver con lo que está pasando.

Me sujeto la cabeza entre las manos. La incertidumbre me corroe, así que decido, por lo menos, investigar lo que sí podría llegar a averiguar. Quiero saber de quién es el edificio de enfrente y quién entra y sale de allí.

Lo segundo queda registrado por la cámara, cuya imagen voy a llevar a partir de ahora siempre en el móvil en segundo plano. Lo primero se lo preguntará a Google.

Mis pesquisas me llevan por fin a un nombre: Thomas Herzog. No solo es propietario del edificio de al lado, sino, por lo visto, de un buen puñado más en la ciudad.

Aun así, mis esperanzas de respuestas rápidas se vienen abajo. El edificio de enfrente tiene, en parte, pisos en propiedad, y no consigo averiguar si las viviendas que me interesan siguen siendo de Herzog. Sin embargo, doy con algo interesante: los dos pisos enfrentados al mío están ahora en alquiler en Airbnb.

¿Será el fin de las apariciones de la mujer en la ventana? Si el piso ya no está vacío, no podrá entrar. Por otro lado, si quiere seguir observándome, solo tiene que alquilarlo. Y aunque la vigilancia siguiera, ¿qué puedo hacer? Airbnb no me dará ninguna información de las reservas, seguro.

Thomas Herzog quizá sepa más, pero ¿me respondería siquiera? Lo dudo. Aun así, podría merecer la pena investigar cuántas de sus propiedades alquila por Airbnb y si han ocurrido incidentes similares en ellas.

Mientras le doy vueltas, me asalta otra idea igual de inquietante: ¿y si la mujer rubia a la que veo una y otra vez no pretende amenazarme, sino que es ella la que está en peligro? ¿Y si está desaparecida, sufre un trastorno y nadie la busca? ¿Y si intenta llamar mi atención mirándome fijamente porque no tiene otra forma de hacerlo?

Pero entonces, ¿por qué desaparece una y otra vez del piso?

No consigo apartar estos pensamientos oscuros, así que empiezo a buscar fotos de mujeres desaparecidas que puedan parecerse a la mujer de la ventana. La idea de que quizá sea una de ellas me oprime el pecho como un aro de hierro.

Página tras página, reviso avisos de personas desaparecidas. Me miran fotos de mujeres cuyo destino se desconoce. Me detengo una y otra vez, comparo rostros, les sostengo la mirada y me pregunto si podría ser ella.

Pero, pese a mi búsqueda, no encuentro a ninguna que realmente se le parezca. Es frustrante y, al mismo tiempo, me da miedo. Si no está desaparecida, entonces ¿quién es?

Paso a las noticias, rebusco en la prensa local buscando alguna pista, casos sin resolver, sucesos extraños que puedan tener relación con mi calle o el edificio de enfrente. Es lo bastante antiguo como para haber visto de todo. Pero tampoco aquí obtengo resultados.

Eso solo me enfurece más. Es como estar atrapada en un laberinto sin salida. Pero no pienso rendirme. Si esa mujer es real, averiguaré quién es y qué quiere. He pasado por demasiado como para dejar que un fantasma me descoloque ahora.

Capítulo 12

A PESAR de unos sueños confusos, he conseguido la friolera de nueve horas de sueño tras mi noche de investigación. Por consiguiente ya es casi mediodía cuando al día siguiente me levanto de la cama y, mientras el revuelto chisporrotea en la sartén, reviso las grabaciones de la cámara de la noche anterior.

La memoria de mi móvil ya se queja, porque he puesto las cámaras en grabación continua, pero no estoy dispuesta a perderme ni un segundo de lo que sucede ahí enfrente.

Miro fijamente la pantalla del móvil, cada vez con más expectación, mientras el chisporroteo en la sartén sube de volumen. No pasa nada, así que pongo la reproducción a velocidad por seis, o me van a dar las tantas aquí plantada. Es un olor acre el que por fin me despega del móvil.

—¡Mierda, mierda, mierda!—. Mientras apago la placa, el móvil empieza a vibrar en mi mano. Por poco lo tiro dentro del revuelto—. Mierda… ¿Sí?

—Hola, Josie.

—¿Leon?

—El mismo. La verdad, me he preocupado un poco, porque esta mañana he intentado llamarte dos veces. ¿Está todo bien?

—Sí, en principio sí, es solo que…—. La espátula se despide por el borde del revuelto y cae al suelo—. Mierda.

—¿De verdad está todo bien?

—Mi revuelto se ha confabulado en mi contra—. Como tantas otras cosas últimamente. Suelto un suspiro hondo.

—Eso es bastante menos preocupante que lo que se me ha pasado por la cabeza.

—¿Y qué era?

—La lista es larga. Lo peor que temía era haber metido la pata y que ya no quisieras saber nada de mí. Bueno, y la idea de que tu ex psicótico pudiera haberte secuestrado tampoco era precisamente agradable.

Pese a esa imagen, que admito que da miedo, una calidez me inunda el pecho. ¡Leon se ha preocupado por mí!

—La noche, la verdad, me ha dejado bastante alterada —confieso —. ¡Pero no por tu culpa! Perdona, tenía que haber dado señales de vida.

—¿Pasó algo más por la noche? O sea, ¿volviste a ver a la mujer?

Dudo. Por un lado quiero contárselo todo, pero ¿y si al final no es nada? ¿Y si la mujer es una sintecho colocada y por eso se queda mirando? Y las fotos… ¿De verdad quiero arrastrar a Leon al barro con Michael? ¿Qué podría hacer él? Aparte de decidir que mejor se aleja de mí.

—No. Ahí enfrente no se mueve nada —aseguro, pues.

—Quizá fue algo puntual—. Sus palabras suenan huecas, aunque estoy segura de que le salen del alma. Quiere creerme, pero no puede.

—Sí, quizá.

—¿Josie?

—¿Hm?

—¿Me das otra oportunidad?

—¿No debería preguntarte yo eso? Soy la que ve fantasmas.

—Te querría incluso si tú misma fueras un fantasma.

—Me fio de tu palabra.

—¿Entonces nos vemos luego en el refugio?

—Estaré allí sobre las cuatro.

Casi puedo oírle sonreír—. Allí estaré.

Cuelga y, de repente, ni el revuelto quemado ni la cámara inútil me molestan ya. En su lugar, me calzo las zapatillas y me voy decidida a la casa de al lado, que está a dos pasos.

La incertidumbre sobre si el piso de enfrente ya está alquilado y, en caso afirmativo, quiénes son los inquilinos actuales me empuja a cruzar la calle. El sol proyecta sombras alargadas sobre el asfalto mientras fijo la entrada del edificio vecino.

Cuando llego, veo a una mujer que está sacando la basura. No me ve enseguida, porque salgo de la sombra. Cuando por fin me advierte, se echa hacia atrás, asustada; sus ojos primero se abren de par en par y luego se entornan con desconfianza. Aunque quizá solo lo parezca por las patas de gallo junto a sus ojos pálidos, que le dan al rostro un aire de dureza y recelo.

—¿Qué quiere aquí? —su voz es cortante y penetrante, con lo que lo de las patas de gallo queda descartado—. La veo constantemente rondando la casa. ¿Busca algo?

Alzo las manos en son de paz—. No quería asustarla. Es solo que… —. Inspiro hondo—. He intentado averiguar si el piso del segundo está ya alquilado.

Antes de que pueda seguir, la mujer alza una ceja y niega con la cabeza—. ¿Cree que soy tonta? Ya la he visto merodeando por aquí más de una vez—. Da un paso hacia mí, aferrando con fuerza la bolsa como si se agarrara a ella—. Sé que vive al lado. Entonces, ¿por qué le interesa un piso de nuestra casa?

Me muerdo el labio y decido ser sincera—. Porque he visto a una mujer ahí dentro una y otra vez.

—Quizá tiene demasiada imaginación —replica—. El piso está vacío. No hay nadie. Los pintores acaban de terminar. Si cree ver a alguien allí, debería consultar a alguien que entienda del tema—. Se toca la sien de manera significativa.

—Oiga, por favor —salto—. Sé lo que he visto…

Pero me corta, con los ojos chispeando de rabia—. Sea lo que sea que dice haber visto, ¡se lo guarda para usted! Yo soy la administradora de la finca y no tolero que nadie ande husmeando por aquí.

—Lo entiendo, pero de verdad hay un motivo por el que estoy aquí —intento reconducir la situación, pero su gesto sigue igual de severo —. Solo quería visitar a la señora D'Alessi —improviso entonces.

La administradora resopla, desdeñosa—. No ha puesto un pie en esta casa en la vida y ahora de repente quiere visitar a alguien.

—Está usted asombrosamente bien informada —se me escapa.

—Escuche, jovencita —sisea, inclinándose un poco hacia mí, como para asegurarse de que cada palabra me quede clara—. Si la vuelvo a ver aquí, llamaré a la policía. ¿Me ha entendido? ¡Aquí no toleramos que nos molesten!

—De verdad no quiero causar problemas —digo, muy tranquila, y doy un paso atrás.

—Entonces, márchese y déjenos en paz—. Arroja la bolsa al contenedor, que se cierra con un golpe metálico, y se gira en redondo, entra en la casa y da un portazo.

Me quedo inmóvil un momento, con la rabia subiéndome por dentro. Es como si me hubiera estampado contra un muro, y siento las miradas de ojos invisibles que me observan desde las ventanas.

Cuando por fin emprendo el camino de vuelta y cruzo la calle, se me cuela un pensamiento: quizá esa mujer sabe más de lo que admite.

***

Por ahora abandono mis pesquisas y, tras un döner del puesto de unas calles más allá, pongo rumbo al refugio. Hoy vuelvo a ir en autobús y me dejo mecer por su balanceo reconfortante. Mis pensamientos se van con Leon. ¿Pensará que estoy paranoica? Me

cuesta creer que siga interesado en mí, pero mi autoestima nunca ha sido lo fuerte que debería.

Gracias a las obras en la circunvalación suroeste, el trayecto dura casi el doble de lo habitual. Dos veces me sorprendo mirando en diagonal por la ventanilla al girar, para comprobar si alguien nos sigue. Un Honda Civic gris va detrás del autobús bastante rato, pero dobla tres calles antes del refugio y desaparece de mi campo de visión.

En su lugar aparece Leon, que espera en la parada y empieza a sonreír en cuanto me ve tras las puertas del bus.

Viene hacia mí enseguida, pero se detiene, vacilante.

—Qué bien verte —murmura.

—Eh, eso quería decirlo yo.

—¿Y también vas a decir que tenías muchas ganas de verme hoy? Porque eso es justo lo que quiero decirte yo a ti.

—¿Aunque hemos sido dos veces seguidas número uno en la categoría de peor cita?

Su mirada se ensombrece—. ¿Lo has vivido así?

—La primera vez nos interrumpe un acosador, la segunda veo fantasmas. Así que sí, lo veo así.

—Yo he disfrutado el tiempo que he pasado contigo. Pensé que eso significaría algo.

—¡Para mí significa el mundo! —exclamo, sobresaltada—. Pero me habría gustado tener una velada tranquila y romántica en algún sitio, no que… ya sabes, nos vuelvan a interrumpir.

La decepción se le borra de la cara y deja paso a una esperanza contenida—. ¿Entonces estás lista para la tercera oportunidad?

Aparto todas las dudas sobre si vamos demasiado deprisa y le cojo la mano—. El mundo —repito, convencida—. ¡La tercera oportunidad puede empezar ya mismo!

Leon me aprieta la mano—. Oh, siempre he deseado una cita entre areneros rebosantes y cheniles que hay que manguerear. Y con una competencia que no me tolera cerca. Eso lo hace todo aún más emocionante.

—Si quieres, podemos intentar que Luna se acostumbre a ti. Tiene que superar su miedo a los hombres antes de poder ser adoptada. Y yo también.

Alza una ceja y sus ojos empiezan a brillar—. ¿Tú también quieres que te adopten?

No puedo evitar reír—. Dejémoslo ahí.

—Estarías bien conmigo. Comida tres veces al día, sesiones de mimos…

—¡Leon!

—Ya me callo.

Mientras nos acercamos al refugio, me pasa un brazo por los hombros. Al instante se me calienta el cuerpo.

Antes de perder el juicio del todo, se me impone la imagen de la foto en la ciudad y todo el calor se evapora. Doy un paso a un lado y pongo distancia entre los dos.

—Aquí no, por favor.

Una sombra le cruza el rostro mientras su mirada recorre los alrededores—. ¿Quieres que eche un vistazo por si acaso?

Aunque sus palabras demuestran que me entiende sin necesidad de explicaciones, niego con la cabeza—. Preferiría que simplemente fuésemos a algún sitio donde estemos más tranquilos.

Dios, ¿cómo suena eso? —O sea, no me refiero a que… nosotros…

—Entramos sin más —dice, y me pregunto, sin poder evitarlo, si un hombre que parece tan perfecto puede existir de verdad.

***

Nuestro plan de acostumbrar a Luna a Leon se va al traste por culpa de Ella, que con gesto sombrío nos informa de que la policía ha parado una furgoneta con veinticinco cachorros de criaderos ilegales y que los van a traer aquí en menos de una hora.

Leon se ofrece de inmediato a reunir al resto de voluntarios, mientras yo ayudo a Ella a hacer sitio como buenamente podemos para los próximos recién llegados. La tarea inesperada pronto consigue borrar cualquier otro pensamiento. Solo cuenta qué hace falta, qué es posible y qué es lo correcto.

Mientras Ella, al poco, recibe a la policía con los perros y la prensa, yo me encargo del resto de nuestros huéspedes. Es la hora de la cena y, aunque me gustaría ver más de cerca a los pequeñajos, ya he tenido suficiente de alboroto y de cámaras por hoy.

—¿Es que hoy no piensas irte a casa? —pregunta Leon cuando, sobre las 18:30, vuelvo a pasar por el pasillo delante de la oficina, donde ya está ordenando los pocos papeles que hay sobre los cachorros.

—Me queda un poco todavía.

—Tienes mala cara, ¿quieres que te ayude?

—No, puedo sola. Gracias. Aunque… —miro el reloj—. Si luego pudieras llevarme a casa… Te doy de cenar otra vez.

—Si cocinas tú, te llevo adonde quieras.

No puedo evitar sonreír—. Pelota.

—Qué va —replica, haciéndose el indignado—. Pero es que sabe el doble de rico cuando te cocinan a ti.

—¿Ah, sí?

Asiente, encantado.

—¿Y de qué te apetece entonces?

La forma en que me mira me hace arder. Un escalofrío agradable me recorre la espalda.

—Eso tiene muy poco que ver con la comida.

Como la primera vez, su insinuación me llena de una excitación gozosa y, al mismo tiempo, de una opresión que sé que me provoca Michael.

—Como te digo, me queda un poco. ¿Treinta minutos?

—Treinta minutos —confirma.

Estoy a punto de salir de la sala cuando mi mirada cae en la gran pizarra blanca que cuelga en la pared detrás de Leon. En la esquina superior izquierda y con letras inusualmente grandes pone: *Jueves: bañar a Paula.*

De pronto mis zapatillas pesan como si fueran de cemento. Jueves. Fue un jueves en las vacaciones de verano…

—¿Josie? ¿Qué pasa?

Parpadeo y regreso a la realidad. Leon está sentado, me mira con el ceño fruncido.

—¿Quién es Paula? —gruño, con la voz rota.

—¿Paula? —solo entonces parece comprender lo que estoy mirando fijamente otra vez, y vuelve la cabeza—. Ni idea. Quizá una de las dos pinscher miniatura abandonadas; Ella aún no me ha dicho los nombres.

—Pinscher miniatura —repito, agarrándome a ese pensamiento con todas mis fuerzas. Por un momento pienso en preguntarle a Ella, pero Leon ya está delante de mí.

—¿Estás bien? —pregunta, escrutándome la cara.

—¿Quién ha escrito eso? —me oigo preguntar.

—No lo sé, pero ¿importa?

Ya me está mirando así otra vez. Igual que cuando le dije que había una mujer en la ventana.

¡No estoy loca! Respiro. Lento y hondo. Una estúpida casualidad. Una casualidad realmente estúpida.

—¿Quieres sentarte? —pregunta Leon y me coge suavemente del brazo.

Niego con la cabeza, aunque tengo las yemas de los dedos dormidas—. No. No, me voy con Luna.

Prácticamente salgo tambaleándome de la sala.

Leon me llama, pero no me sigue. Probablemente se me veía que prefería estar sola ahora. Mi Paula. Fue un jueves.

¡Si solo quería ir a bañarse!

Cuando vuelvo a ser consciente de lo que me rodea, estoy sentada en el chenil con Luna.

Su nariz húmeda roza el dorso de mi mano. Luego, de pronto, se sienta a mi lado, pone la cabeza en mi regazo y me mira con esos ojos color ámbar, llena de ternura.

—¿Tú también perdiste a alguien que significaba el mundo para ti? —le susurro.

No parpadea. Apenas parece respirar. Casi como si intentara quitarme todo el dolor solo con mirarme.

Poco a poco su cercanía me tranquiliza. Siento su rabo, que golpea el suelo a intervalos irregulares y me indica que mi comportamiento empieza a ponerla nerviosa.

Gime bajito, mueve el rabo con más fuerza e intenta saltarme encima—. Luna, no.

Tan rápido como ha recaído en viejos hábitos, desaparecen y se sienta obediente. Pero la mirada insistente no cambia.

Le acaricio, agradecida, el pelaje liso de la cabeza—. Hasta mañana, ratoncita.

Leon me espera ante la entrada de los cheniles. No aparta la mirada de mí cuando me acerco.

—No he querido entrar para no asustar a Luna —dice cuando llego a su lado—. ¿Cómo estás de verdad, Josie? —añade en voz baja.

—No … no es nada —respondo, pero sé que mi voz no suena convincente.

Leon me toma suavemente del brazo—. Tienes pinta de necesitar un respiro. Déjame llevarte a casa, te cocino algo y me aseguro de que te relajes un poco.

Es absurdo pensar que, después de todo lo ocurrido, podría relajarme. Pero el miedo al silencio de mi piso y el agotamiento mental me hacen receptiva a sus cuidados. Sin pensarlo mucho, asiento y le sigo hasta su coche.

—¿Me explicas qué ha sido eso de antes? —pregunta cuando salimos por la entrada principal del refugio.

—Algún día, quizá.

—De acuerdo. Pero quiero que sepas que… ¿Qué es eso?

—¿Qué?

Leon echa a correr y se para junto a su coche—. ¡No puede ser!

—¿Qué pasa?

—¡Las ruedas están pinchadas!

—¿Todas? —se me escapa, en seco.

—¡Sí, todas!

Suena tranquilo, como si le acabaran de avisar de que su paquete se ha dejado en el punto de entrega equivocado. Quizá está en shock. Si el coche de Michael tenía un problema, le afectaba más que verme a mí en la cama con fiebre.

Rodeo el coche y se me borran de golpe todos los manuales sobre cómo tratar a hombres emocionales. A lo ancho del vehículo, en arañazos enormes y feos, pone: «Es mía».

Capítulo 13

Yo retrocedo tambaleándome hasta chocar contra el Opel Astra azul de Ella.

Paula tiene que bañarse…

La frase se planta fuera de lugar ante mis ojos.

¡No es casualidad! ¡No es casualidad!

Las palabras me martillean detrás de la frente y noto cómo me entra náusea. Un pitido me zumba en los oídos.

Para no caerme, me escurro por la carrocería del coche de Ella hasta el suelo y aterrizo de mala manera en la grava fría del aparcamiento.

—¡Josie!—

Oigo a Leon llamarme, pero soy incapaz de reaccionar.

Cuando rodea el coche, veo a cámara lenta cómo le cambia el gesto. De preocupación, al verme, a sorpresa, al fijarse en los arañazos. Luego a ira. Le estalla casi por fuera.

Los ojos oscuros, casi incandescentes, me miran fijamente.

—Lo siento—, se me escapa, pese a todas las enseñanzas de Mia.

Leon aprieta los puños, se acerca. Reprimo un sollozo, intento apartarme. El coche de Ella me corta la retirada. Cierro los ojos, todo el cuerpo se me pone rígido como un palo.

Entonces siento un contacto en el brazo, muy suave al principio, hasta que me encuentro en un abrazo.

—Está bien, Sunshine. Yo me ocupo. Dime dónde vive.—

Niego con la cabeza. Intento recordar mentalmente el número de mi abogada, pero no hay manera de que me salga.

—Mírame, Sunshine.—La voz de Leon suena extrañamente apremiante.

Obedezco, me duelen los ojos de intentar contener las lágrimas. Aun así lo distingo borroso.—Ya no puedo más.—

Por un instante, la frase queda suspendida entre los dos. Luego noto cómo Leon me estrecha con más fuerza contra él.—No tienes por qué. Ya estoy aquí.—

Con suavidad, pero con decisión, me desprendo de él y me incorporo torpemente. Por mucho que esté enamorada, no necesito un héroe, ni un caballero salvándome en el último momento. Necesito certezas y un huevo podrido para estampárselo a Michael en toda la frente.

—Tengo que llamar a mi abogada—, digo, y saco el móvil.

Él asiente.—Y yo a la policía.—

Agradecida de que no siga empeñado en un cara a cara con Michael, saco el móvil. Tristemente, tengo el número de la señora Schickinger en marcación rápida.

Contesta al segundo tono.—Señora West, espero que me llame para decirme que he escrito mal su nombre en la factura.—

—Ojalá. Yo … Michael no respeta la orden de alejamiento. Me llamó hace unos días y ahora ha rayado el coche de un amigo.—

Aunque la señora Schickinger pareció bastante fría al principio, sé que mi llamada le llega. Tras la vista, me abrazó del todo inesperadamente y me deseó lo mejor. Además, me pidió no volver a saber de mí profesionalmente nunca más.

—Se lo comunicaré mañana mismo al juez, señora West. Por favor, escríbame los incidentes con detalle. Con fecha y hora. Y haga que la policía levante atestado de los daños del vehículo, sin falta.—

—Lo haré, gracias.—

—Y la próxima vez, señora West …—

—Llamo al momento—, digo dócilmente.

Ya cuando vivía con Michael, me había señalado varias veces que a veces le notificaba sus traspasos de límites días después de que ocurrieran.

—Eso la ayuda a usted, señora West—, reafirma.—Envíeme todo por correo, así va más rápido.—

—Gracias, señora Schickinger, se lo haré llegar esta misma noche. —

Cuelgo y me alegra estar tan serena tras la breve llamada. En algún lugar bajo el peinado a lo paje y las gafas de media luna de la señora Schickinger duerme un pitbull que, cuando muerde, no suelta hasta conseguir su objetivo.

Bajo el teléfono.—Tengo que ir a casa y mandarle todo esto a mi abogada por mail. ¿Te sabría mal si me voy ya …—

—Claro que no. Pero, Josie, necesito la dirección de tu ex.—

—¿Por qué?—

Por primera vez se muestra impaciente, aunque el gesto le permanece inmóvil. ¿Así pone la cara cuando está enfadado?— Porque tengo que poner denuncia contra desconocido, pero hay una alta probabilidad de que el autor sea Michael. Y me gustaría ahorrarle de verdad a los agentes tener que buscar su dirección ellos mismos, aunque para ellos probablemente sean un par de clics.—

—¿Me prometes que no vas a ir?—

—¿Por qué demonios quieres protegerlo?—

—¡Me protejo a mí!—, digo con una vehemencia que me sorprende.

—¿Y te hago daño denunciándolo?— Niega con la cabeza.

—Querías ir a su casa—, le corrijo.—La denuncia me parece absolutamente bien.—

—¿Ir a su casa? ¿Cuándo he dicho eso?—

—Has preguntado dónde vive, y luego has dicho que te ocuparías. —

—Sí, llamando a la policía.—Con los brazos cruzados sobre el pecho, da un paso atrás.—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que embisto como un toro desatado para ir a por el cuello de los demás? ¿Has olvidado lo que te conté de mi infancia?—

—No, no lo he olvidado. Perdona.—

Toma aire de forma audible.—Estás tocada, Josie. Aunque no me guste la imagen que tienes de mí, lo entiendo. Déjame llevarte a la parada.—

—Puedo sola. Mejor quédate aquí, no sea que te pierdas a la policía. ¿Me llamas luego y me cuentas cómo ha ido?—

—Por supuesto.—

Por un momento dudo si abrazarlo o darle un beso de despedida, pero no me sale. No después de que su evidente interés por mí haya tenido como consecuencia que le destrocen el coche.

Así que solo le hago un gesto de despedida, bastante desvalida, y echo a correr hacia la parada del autobús.

Tengo que esperar un rato; incluso alcanzo a ver a lo lejos cómo llega un coche patrulla. Luego subo a la línea 304 en dirección al centro y espero que la señora Schickinger, esta vez, le corte las alas a Michael de una vez por todas.

A mitad de camino vuelve a ponerse a llover. Las gotas resbalan por los ventanales como cuentas de un collar. ¿Cuándo va a llegar por fin la primavera? Necesito sol, necesito flores, necesito un pequeño rayo de esperanza.

La vibración de mi móvil interrumpe mis pensamientos melancólicos. Es el tío Eric. Me invade una mala corazonada. Normalmente no llama fuera de las fiestas.

—Hola, tío Eric, ¿está todo bien?—

—¿Dónde estás, hija?—

—¿Cómo que dónde?—

—Pues que dónde estás. Estoy aquí, delante de tu puerta, pensaba que los lunes no trabajabas hasta las veinte horas.—

Ese hombre tiene memoria de elefante, como casi todos en mi familia.—Sí, ya, pero ¿qué haces delante de mi puerta?—

—Visitarte, claro. Estaba por la zona por trabajo y he pensado pasar a la vuelta.—

—Ajá, pues yo sigo en el bus y no llego a casa hasta dentro de media hora.—

—En bus, ajá, ya, ya. ¿Y para qué tienes coche? ¿Tienes problemas de dinero?—

—¿Y por qué no llamas antes? Ya casi estoy.—

—Puedo ir a recogerte. He venido en coche.—

—¿Podemos dejarlo para luego, por favor? Espera en la panadería de enfrente del centro comercial. No está muy lejos.—

—¿Dejarlo? Entonces sí necesitas dinero. ¿Voy un momento al banco?—

—No. Nos vemos ahora. Cuelgo.—

El tío Eric es la única persona sobre la faz de la tierra a la que le cuelgo sin más. Es la parte que más quiero de mi familia, pero también agotador hasta la exasperación cuando se le mete algo en la cabeza. Y a veces, como ahora, ni se da cuenta de que vuelve a pasarse de la raya.

***

Casi media hora después entro en la cafetería donde el tío Eric ya me está esperando. En cuanto me ve, se levanta y hace señas.

—Josephine, aquí estoy.—

No solo por eso llama la atención. También es el único aquí que lleva traje con chaleco. A veces me pregunto si posee algo tan prosaico como un chándal, porque no lo he visto jamás con otra ropa.

Voy hacia él intentando ignorar las miradas que — y por extensión yo también — atrae.

—He pasado por el cajero y te he sacado dinero—, me suelta con seriedad cuando aún estoy a cinco pasos de la mesa.

—Tío, no tengo problemas de dinero.—

Se pone en pie, y nos damos un abrazo corto, pero apretado.

—Claro que no—, dice, y en cuanto nos sentamos me mete algo en la mano, a la misma manera llamativamente discreta con que lo hacía mi abuela cuando yo era niña.

Lo doy por hecho. Esa batalla la dejé por imposible hace años. Podría ir a trabajar en un Ferrari rosa, y aun así pensaría que tengo problemas de dinero. De algún modo es su forma de quererme. O eso creo. No tiene hijos propios, quizá por eso es tan sobreprotector.

—Qué bien que estés aquí. Pero tengo que entrar ya a clase. ¿Te quedas hasta mañana?—

—Me quedo hasta pasado mañana. Y para un café sí que tendrás tiempo, ¿no? Con lo lejos que he venido, y encima ni siquiera me dejas entrar en tu piso—. Me guiña un ojo—. ¿Que no has recogido, eh?—

Tengo que coger aire antes de contestar—. Está recogido, pero mi curso empieza en veinte minutos y no puedo llegar tarde sin más.—

Me levanto del asiento con toda la intención del mundo.

Él me imita—. Voy contigo.—

Espero con paciencia a que pague y luego lo acompaño fuera. Me sostiene la puerta. Un caballero de la vieja escuela. Algo excéntrico, pero un caballero.

—¿Cómo están mamá y papá?—, pregunto de camino al piso.

Hace un gesto despectivo—. Bah, como siempre. Amargados y aburridos. Desde que se jubilaron, lo único que les interesa es el jardín y el cotilleo del vecindario. Ahora tienen un estanque.—

Una punzada de rabia me sube desde dentro. A mí no me perdonan, ¿pero un estanque en el jardín sí es posible? Cuando mi madre se echaba a llorar durante años cada vez que pasaba por un charco. —Bien. Qué bien.—

—Anda, déjalo ya. Es tan absurdo como la cabezonería de mi querida hermana.—, exclama, y me alegro de que ya hayamos salido de la cafetería.

—¿Por qué hace eso?—, pregunto frustrada, como si el dichoso estanque fuera algún tipo de señal—. ¿Es que no hemos sufrido suficiente?—

El tío Eric pone una mueca—. Oh, por favor, niña, suenas igual que tu madre. Ese empeño constante en vivir anclados en el ayer no lleva a nadie a nada.—

—¿Entonces por qué me trajiste el collar de Paula?—

—¿Y por qué iba a hacerlo? Si tú tienes el tuyo.—

Me detengo—. Sí, pero tú tenías el de Paula, ¿o no?— Le agarro del hombro y lo giro hacia mí—. Lo tenías, ¿verdad?—

—Josephine…—, suspira hondo—, … recuerdas que tu madre insistió en que Paula fuera enterrada con el collar, ¿no?—

Me quedo mirándolo unos segundos, boqueando como un pez fuera del agua. Luego echo a correr. Tras los tres primeros pasos ya estoy buscando la llave del piso en el bolso. Tengo que verla, la cadena; tengo que ver si es de verdad la misma y si algún cerdo ha desenterrado a mi hermana muerta.

—¡Josephine!—

Oigo a mi tío gritar, pero no puedo parar.

Su resuello a mi espalda se va apagando mientras subo a toda prisa la escalera del edificio y abro la puerta.

—¿Dónde se ha metido? ¿Dónde está?—, musito frenética, mientras mis manos ya están revolviendo el cajón de arriba del aparador.

Nada de nada.

Tampoco en el baño, en el arbolito metálico donde cuelgo mis joyas, aparece. Solo en el dormitorio, en el cajón de mi mesilla, doy con ella al fin.

Me quito la mía del cuello a tientas y cojo la de Paula con la mano.

Con un clic suave se enciende la lámpara de la mesilla y sostengo las dos cadenitas de oro bajo la bombilla.

Una oleada de alivio. Son casi idénticas, pero no del todo. La mía pesa un poco más. Las letras P y J tienen un trazo parecido, pero la J del collar de Paula es mínimamente más grande. Una réplica.

Nadie ha exhumado a mi hermana.

Mi alivio se lleva un buen golpe cuando caigo en lo que eso significa.

Algún perturbado ha mandado hacer una copia. Alguien que sabía lo que significaba ese collar.

El timbre suena como si fuera a arrancar la pared de cuajo. Evidentemente el tío Eric me ha dado alcance y no está precisamente contento con mi carrerita.

Aún con las cadenas en la mano, voy aturdida al recibidor y le abro. Pasos pesados en la escalera y resoplidos fuertes le siguen.

—¿Es que no te he enseñado modales? No me eches ese morro y no salgas corriendo así—, jadea y se apoya, sin aliento, en el marco de la puerta. Entonces ve las cadenas—. ¿Qué…?— Su mirada salta de ellas a mí y vuelve otra vez—. ¿Has mandado copiar las joyas de Paula?—

—¡No! Alguien me colgó en la puerta el collar de Paula. ¡O sea, una réplica!—

De pronto parece que ya no necesita apoyarse en el marco y se yergue. Con su uno noventa largos me saca una cabeza.

—¡Michael!—, suelta—. Una vez le pasé por alto cómo te trató. No lo tolero otra vez. ¡Está acabado en los negocios!—

—Pero ¿por qué iba a enviarme él ese collar? Sí, quiere que vuelva. Incluso ha llamado. Pero no va a conseguirlo haciéndome una copia del collar de Paula. Además, no tenía ni idea de lo que le decía cuando lo llamé por eso.—

—¿Lo has llamado?— Los ojos de mi tío se agrandan—. Josephine Angelika West, ¿se te ha ido la cabeza?—

Mi tío, de repente, parece a punto de ponerse verde, crecer dos metros y saltar rugiendo por la ventana.

—Tenía que saber qué pasaba—, digo, y sueno como si tuviera otra vez doce años.

—¿Ah, sí? ¿Y tu maravilloso cabrón de ex marido te dijo entonces que te había mandado la cadena para que volvieras con él? ¿Que quiere manipularte y tenerte bajo el zapato? ¿Porque es un petimetre tan condenadamente sin espina dorsal que solo se siente fuerte cuando puede hundir a una mujer?— Niega con la cabeza, encendido como un tomate, y temo que le vaya a dar un ictus en cualquier momento—. ¿Qué esperabas que dijera?—

No me atrevo a llevarle la contraria; su cara encendida me recuerda demasiado a la de Michael, hinchada cuando otra vez se ha pasado con la bebida. Aun así, tengo dudas. La foto de Leon y de mí, sí. El coche arañado, seguro. ¿Pero la cadena?

Intentando distraerme de la imponente presencia de Eric, miro el reloj. ¡Las ocho y cuatro!

—Dios, el curso. Tío Eric, lo siento. Ponte cómodo, ¿vale? Tengo que trabajar, ¡luego hablamos!—

Masculla algo que interpreto como un sí, y farfulla algo sobre sobrinas sin modales antes de desaparecer hacia la cocina.

Mientras tanto me lanzo hacia el portátil, me aliso el pelo, inicio sesión y abro la videollamada.

Mierda, ya no tengo ni idea de lo que pensaba hacer esta noche. La clase está planificada, sí, pero no he preparado nada. En consecuencia, mi introducción sale más acartonada que un tablón. Por suerte, mis alumnos, todos entre treinta y cuarenta, tienen que presentar los resultados de un trabajo en grupo, y así la cosa no acaba siendo un desastre absoluto.

Cuando cierro la reunión, estoy empapada en sudor. Es ese sudor frío del miedo que huele como si hubieras pasado por el infierno.

Maldita ansiedad, maldito coche, maldito Michael.

Arrastro los pies, agotada, hacia la cocina, me pregunto sin querer qué habrá conseguido Leon en la policía, y pego un brinco del susto al ver a Eric sentado allí. Un chillido agudo se me escape antes de recordar lo que pasa.

—Dios, había olvidado por completo que estabas aquí.—

Chasquea la lengua con desaprobación—. Estás demasiado dispersa, Josephine, a ver si lo dominas de una vez. ¿Cómo va a salir algo de ti …—

Agarro la segunda taza de té, que habrá hecho para mí—. Gracias. — Huele agradablemente especiado y la temperatura es soportable. A las diatribas del tío Eric me gusta responder con educada indiferencia. Contradecirlo no sirve de nada, como bien sé por experiencia.

Me escruta con fijeza mientras doy otro sorbo. Luego nos quedamos sentados en silencio a la mesa. Eso siempre se nos ha dado bien a los dos. Es algo que me gusta de él. Por muy agotador que sea, a veces puede estar muy callado. Casi siempre cuando de verdad importa. Tras la muerte de Paula fue el apoyo que me libró de perder la cabeza.

—¿Tío?—

—¿Hm?—

—¿Vendrías mañana conmigo a ver a Paula?—

Da un sorbo de té y lo hace girar despacio en la boca—. Hace tiempo que no vas a verla, ¿eh?—

—Cinco años—, confieso en voz baja.

—Es muy pobre, Josephine—, dice—. ¡Es tu hermana!—

—¡Ya lo sé!—

Suspira—. También deberías saber que puedes llamarme siempre que quieras ir a verla.—

—No puedes venir cada vez doscientos kilómetros solo porque yo quiera ir a Paula. Puedo ir sola. Solo que, después de tanto tiempo, preferiría ir contigo…—

Pone su mano sobre la mía—. Por mi sobrina favorita puedo conducir el doble.—

—Si solo te queda una.— Recordárselo hace que el dolor por la pérdida de Paula vuelva con una dureza inesperada y, de pronto, me iría ahora mismo para estar con ella. Por supuesto que está muerta. Y, por supuesto, su tumba no es un lugar donde pueda verla de verdad. Aun así tengo que ir y decirle que la echo de menos. Porque eso, esa sola cosa, tiene que saberla.

Capítulo 14

El cementerio viejo queda un poco a las afueras de mi ciudad natal, rodeado de árboles altos cuyas hojas susurran con las ráfagas suaves de viento. Las nubes cuelgan bajas y aplastan aún más el ánimo.

En el camino hasta aquí, mi tío y yo nos hemos perdido en recuerdos. Buenos recuerdos. Pero desde que hemos pasado el cartel de entrada, guardamos silencio.

Aún sin decir una palabra, salgo del coche y miro alrededor. La grava cruje bajo mis pies mientras avanzo despacio hacia la tumba de Paula.

El tío Eric permanece a mi lado, casi como en el entierro de Paula, cuando gracias a él no me sentí del todo invisible y hecha pedazos.

A mitad de semana el cementerio está casi vacío; solo se ve a unos pocos visitantes dispersos. El aire es fresco y trae el olor terroso del suelo húmedo. A lo lejos escucho un pájaro, pero su trino parece fuera de lugar, casi impropio en este silencio opresivo.

Cuando llegamos a la tumba de Paula, el tío Eric se queda a unos pasos. Me deja el espacio que necesito para enfrentarme a este lugar y a todo lo que significa.

Me detengo y miro la lápida en la que está grabado su nombre. —Paula—— solo una palabra sencilla, pero trae una oleada de recuerdos y emociones que apenas logro contener.

—Cinco años … —susurro. Mi voz es poco más que un soplo, casi ahogado por el viento.

Me arrodillo y paso los dedos por la fría losa, como si así pudiera establecer una conexión con ella. Destellos de recuerdos asoman ante mis ojos— nuestras risas, nuestras peleas, cómo robábamos a

escondidas chucherías, y la última noche, cuando todo se desmoronó.

—Lo siento, Paula —susurro, conteniendo las lágrimas—. Lo siento muchísimo.

Se oye un susurro y noto cómo se me eriza el vello de los brazos. Es como si alguien hubiera dicho mi nombre, bajito, casi en un murmullo. Me doy la vuelta, pero no hay nadie.

—¿Has oído eso? —pregunto a mi tío con voz insegura.

—¿El qué?

—Había … —empiezo, pero las palabras se apagan. Niego con la cabeza, intento deshacerme de la sensación opresiva que me envuelve, pero se me pega como un manto sombrío.

Solo después de hablar un buen rato en silencio con Paula, se me alivia un poco el corazón.

Al cabo, el tío Eric también se acerca y coloca en el jarrón de la tumba las flores que hemos comprado por el camino. Permanecemos un rato en silencio cómplice; luego me pone una mano en el hombro y nos damos la vuelta para emprender el regreso.

Damos un buen rodeo para evitar la casa de mis padres, aunque está a solo seis calles. Se me cruza fugazmente la idea de que me gustaría ver el estanque. Niego con la cabeza y vuelvo a centrarme en la carretera. Un estanque. Qué tontería.

Siempre había esperado que mamá hiciera las paces conmigo antes de enfrentarse a su pavor al agua. Pero parece que el agua era el mal menor.

—Vamos a comer. Estás demasiado delgada —interrumpe el tío Eric mis pensamientos.

—Hm.

—Venga, Josephine. ¡Bella Italia! ¡Pizza! ¡Bruschetta! ¡Aglio e…!

Me echo a reír, como siempre que pone su acento italiano. —Vale, vale. Vamos a comer italiano.

—¡Va bene!

Mientras se detiene un momento en el arcén para buscar en el navegador el restaurante italiano más cercano, intento llamar a Leon. En vano. Al tercer tono ya salta el buzón de voz. No me atrevo a dejarle un mensaje. Supongo que él también tiene que digerir primero el ataque a su coche.

Involuntariamente me pregunto cuánto más aguantará sin protestar antes de darse cuenta de que mi vida es un desastre.

***

Aunque la comida con el tío Eric y mi curso online este mismo noche han transcurrido sin incidentes, no me está permitido un sueño tranquilo.

Mi abogada ha llamado por la tarde y me ha comunicado que Michael debe presentarse ante el juez a la mañana siguiente. Según lo que decida el juez, le esperan una multa o hasta un año de cárcel. Lo del año de cárcel es improbable, puesto que no se me ha acercado en persona. Pero la multa es muy probable.

Hurra. Mi ex, que pese al divorcio aún tiene por lo menos doscientos mil euros de ahorros, si es que no los ha disuelto entretanto en alcohol, tiene que pagar una multa. ¿Y a mí qué? La paz no puedo comprármela con eso tampoco.

Mis pensamientos vuelven al collar. ¿Por qué iba a hacerme llegar Michael la réplica? Hay maneras mucho más sencillas de acosarme. Solo su voz me pone la piel de gallina.

Como no llego a ninguna conclusión, me concentro en el collar en sí. Decidida a no dejarme hundir, resuelvo verlo como un regalo. Como un recuerdo del tiempo más duro de mi vida, del que he salido herida, pero no quebrada.

Mi respiración se calma un poco. Los fríos eslabones de la cadena en mi mano incluso me arrancan una sonrisa. —No nos van a

doblegar, ¿verdad, Paula? Entonces no. Y ahora tampoco.

Nunca te has dejado vencer de verdad.

Me imagino que la voz en mi cabeza es la de mi hermana, y mi sonrisa se ensancha. Sienta bien. Menos sola.

Siguiendo un impulso, empiezo a contarle mi día. Todos los días de últimamente. A Leon, la foto, el collar, Frank, las llamadas. Mis miedos. Me sale a borbotones como una cascada y, por fin, por fin me entra sueño.

Me vuelvo de lado, esponjo la almohada hasta que está lo bastante cómoda y cierro los ojos. Apenas he respirado tres veces cuando oigo un golpe sordo. Primero pienso en la puerta de un coche, pero ha sido demasiado fuerte, demasiado intenso.

Se me acelera el corazón, aunque intento convencerme de que ha sido en la calle y no tiene nada que ver conmigo. Trato de seguir durmiendo, pero no lo consigo. El miedo a que otra vez alguien haya lanzado algo contra mi cristal, arañe mi puerta o me deje regalos en el pomo es demasiado grande.

Así que me atrevo a salir de la cama. La cámara parpadea indicando que está grabando. De continuo. Un pequeño consuelo.

Un traqueteo fuerte me arranca un grito, pero solo es mi móvil, que retumba sobre la mesilla de noche de madera. La vibración pone a temblar la madera de debajo de tal forma que temo que pueda despertar a la vecina del piso de abajo.

Lo cojo a toda prisa. El número está oculto.

No contestes.

Descuelgo. —¿Hola?

Silencio.

Me muerdo el interior de la mejilla hasta que duele. —Michael, si eres tú, cuelga. Por favor. ¡Tienes que dejarme ir! —me sale del alma.

Al otro lado sigue todo en silencio.

A los pocos segundos, sin embargo, vuelve a empezar el asqueroso jadeo. Se me revuelve el estómago, la mano se me agarrota alrededor del teléfono, pero no puedo dejar de escuchar.

Al jadeo se le suma un gemido. Suena más agudo, primero bajo, luego cada vez más alto. Hasta que un grito desesperado irrumpe por el auricular. Luego la llamada se corta. Me quedo inmóvil, mirando los contornos fríos de los barrotes de la ventana que las farolas proyectan en la pared.

Cuando mi móvil vibra por un SMS entrante, doy un respingo.

—Ven. A. La. Ventana.—

No. Oh, Dios, no.

Me lanzo hacia allí. Apoyada en el frío alféizar de piedra, miro hacia la ventana situada en diagonal, donde hace días vi por última vez a la desconocida. No distingo nada; recorro el cristal con la mirada, frenética.

Entonces, de pronto, distingo una mano en el cristal. Una segunda, que golpea de repente el vidrio, y un rostro del que me miran unos ojos agrandados por el terror y el dolor.

Un grito mudo de labios muy abiertos me atraviesa hasta los huesos. No puedo oírlo y, sin embargo, siento el impulso de taparme los oídos.

Vuelve a aplanar la mano contra el cristal. Grita y grita y me entra náusea.

¡Paula! ¡Se parece a Paula!

Se me cae el móvil de la mano cuando intento desbloquearlo para llamar a la policía.

Me cuesta horrores apartar la vista para cogerlo. Cuando la alzo de nuevo, ella sigue ahí.

A pesar de la cámara en la esquina, le hago dos fotos. Por seguridad. Luego llamo al número de emergencias.

Esta vez hay una mujer al otro lado.

A estas alturas le digo mi nombre y mi dirección casi automáticamente. —En el piso de enfrente hay alguien en la ventana pidiendo ayuda—, añado.

El procedimiento que sigue ya me lo conozco. No, ahora mismo no estoy en peligro; no, no hay una amenaza inmediata. Sí, esperaré a que llegue el coche que manda la central.

Mi voz me suena extraña. Mi pulso amortigua las palabras.

—Ahora mismo va alguien.

Durante toda la conversación no le quito ojo a Paula — a la mujer de enfrente—. Ya no grita, pero sostiene mi mirada. Su rostro sigue deformado por el miedo. ¿O es dolor?

Ayúdame.

Me parece oír las palabras que forma con los labios.

Ven. Ayúdame.

Estoy mareada y con unas, unas náuseas terribles. Aun así no puedo apartar la vista, no puedo moverme, no puedo respirar.

No sé cuánto tiempo me quedo así plantada. Las lágrimas me empañan la vista.

Luces azules. Por fin. Esta vez también ha venido el cuerpo de bomberos, igual que una ambulancia.

Bajo corriendo a la puerta, descalza, en pijama, y abro.

—Ahí —señalo la ventana en diagonal sobre nosotros—, está arriba.

Me piden que espere.

A duras penas lo soporto. Con el frío, con la incertidumbre de lo que pueda estar pasando ahí arriba. Quienquiera que esté con ella. ¡Esa persona me ha llamado a mí!

Solo ahora caigo en la cuenta de lo grave que es y, si por mí fuera, saldría corriendo detrás de los policías para avisarles. ¿Y si esa persona va armada?

Voy de un lado a otro por la acera. Miro una y otra vez hacia el piso, pero desde este ángulo no se distingue nada.

Durante doce largos minutos no oigo nada. Luego vuelven la policía, los servicios de emergencia y los bomberos. Solos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Señora West, ahí arriba no hay nada. Ya nos avisó hace una semana, ¿es correcto?

—¿Cómo que no hay nada ahí arriba? ¡No puede ser!

—Señora West, debo informarle de que el uso indebido del número de emergencias constituye un delito y …

—Yo no he hecho absolutamente nada indebido …

El hombre levanta una mano en gesto de advertencia. —Quédese donde está, por favor, y cálmese, señora West.

Para mi propia sorpresa, me doy cuenta de que había dado un paso hacia él. Dios mío, ¿qué está pasando aquí?

—¡Por favor, escúcheme! —cojo el móvil del bolsillo del pijama—. Alguien me ha llamado hace media hora desde un número oculto, ¿lo ve? —Le enseño mi lista de llamadas al comisario, de unos cuarenta años, moreno—. Al otro lado no había nadie. Luego oí gritos. Después llegó este SMS. —También se lo enseño—. Luego me asomé a la ventana y vi a la mujer. Espere, tengo una foto.

Abro la galería. En cuanto veo la foto que he hecho, ya sé lo que van a decir los agentes. Está demasiado oscuro, demasiado lejos, demasiado borroso. Pero en la ventana hay una mancha blanca: se distingue el camisón de la mujer.

—Es ella. Ese era su pijama. Está desenfocado, de verdad estaba asustada. ¡Ha pedido ayuda!

El comisario se toma de verdad su tiempo para examinar la imagen con detalle, pero luego niega con la cabeza. —Podría ser un reflejo de la luz …

—¡No era un reflejo! —por poco doy un zapatazo, consigo a duras penas reprimir esa reacción infantil.

Aun así, su mirada baja a mis pies. —No lleva zapatos.

—¿Ah, sí?

—Debe de estar pasando frío, señora West. ¿Por qué no subimos a su piso y tomo la denuncia allí? ¿Quiere presentar denuncia, verdad?

—¿Contra quién? Yo no quiero denunciar a nadie. ¡Quiero que ayuden a esa mujer!

—Vamos, hablemos al calorcito.

Exhalo con esfuerzo, pero subo deprisa las escaleras. —Está en peligro. Ha pedido ayuda —digo por encima del hombro—. Podemos revisar mis cámaras.

—¿Tiene cámaras que graban la casa de al lado?

—No. Sí. No es lo que parece —aseguro, aunque es exactamente eso.

Llegamos a mi piso y dejo a los dos policías pasar, al de unos cuarenta y a otro algo más joven, delgado, de pelo corto y rubio.

—¿Cómo era esa mujer? —pregunta el moreno.

—Rubia, más o menos de mi estatura. Quizá algo mayor que yo.

La mirada significativa que se cruzan los policías ya casi no me sorprende.

—Puedo demostrarlo. —Vuelvo a sacar el móvil del bolsillo y abro Watch-IT, la app que guarda las grabaciones de las cámaras—. ¡Ahí!

Pongo el vídeo de la última hora y avanzo hasta la hora a la que he recibido la llamada. 1:24. La ventana solo se ve desde un ángulo muy oblicuo, pero la mujer, sobre todo su mano en el cristal,, se verá. Espero y espero.

Los dos policías están detrás de mí y me miran por encima del hombro con curiosidad. Igual que yo, no ven … nada.

—No puede ser —balbuceo y rebobino. La marca de tiempo marca la 1:22. Pongo la grabación al doble de velocidad. Pasa dos, tres, cuatro minutos y no se ve nada.

Bajo el teléfono. —Es que no puede ser —murmuro aún más bajo.

Como a cámara lenta– al menos así me lo parece – me vuelvo hacia los policías. El más joven tiene unos ojos amables.

—Sé cómo suena —susurro. Un sollozo me pega las palabras a la boca—. Pero estaba ahí.

Noto una mano en el hombro. Oigo el rascar de una silla y siento el asiento bajo mí. —Señora West, ¿toma usted alguna medicación?

Niego con la cabeza.

—¿Tampoco somníferos? ¿Tranquilizantes? ¿Analgé…?

—¡No!

Un suspiro, cargado de compasión y resignación. —¿Puede que fuera una reflex…?

—¡No! ¡Por favor, tiene que creerme!

¿Cómo iban a hacerlo? ¿Cómo iban a creerme si todo se me escurre entre los dedos?

—¿Está bajo mucho estrés últimamente? —pregunta el mayor.

—¿Es usted psiquiatra? —le espeto y en seguida me quedo callada, asustada de mí misma.

—No, pero intento ayudarla, señora West.

—¡Entonces encuentre a esa mujer!

El joven interviene de nuevo. —Apuntaremos el número desde el que se ha enviado el SMS. Es una pista, señora West. Pero, en el futuro, llame al 112 solo si de verdad está segura de que ha visto algo.

Asiento, resignada. Que crean lo que quieran. No estoy loca. No lo estoy.

¿Verdad, Paula?

Con un retraso considerable, caigo en que el auxilio imaginario de mi hermana fallecida no es precisamente un síntoma de salud mental, y me propongo no consultarla más mientras los hombres de azul estén delante de mí.

Antes de despedirse, me dejan los números de varios servicios de asistencia espiritual y de ayuda.

El papel está en la mesa y me sonríe con sorna mientras yo me quedo sentada sin más, intentando hacerme a la idea de que quizá divorciarme de Michael no ha sido tan buena idea después de todo.

Puede que la última bofetada que me dio, empujándome contra el armario de la cocina, haya sido una de más. Quizá debería ir a verle. Quién sabe, a lo mejor otro golpe me enderezaba el cerebro.

Una risa sin humor me sacude. Se apaga cuando vibra el móvil. Un SMS. Es el mismo número.

—Ven. A. La. Ventana.—

Un quejido se me escapa de los labios. Me dejo resbalar de la silla y retrocedo hasta el rincón más alejado de la cocina. Me quedo inmóvil entre la bolsa amarilla y el lavavajillas.

De pronto caigo en la cuenta de que no he echado la llave de la puerta del piso, pero no puedo levantarme para hacerlo. Simplemente no puedo, estoy como petrificada.

Se pasará. De algún modo, todo se pasará.

La mirada se me va al taco de cuchillos. Asustada, aparto la vista.

¡No! No, no van a poder conmigo. Nadie va a poder con nosotras. Voy a vivir, a ser normal. Por mí, por Paula, por Hannah y por todas las demás.

Empiezo a tener frío, me duelen las extremidades, pero no me levanto. Sigo ahí sentada cuando empieza a amanecer. Hasta que una luz cálida se cuela por las cortinas color miel. Y aun así sigo esperando.

Espero hasta que son las ocho y diez y Nici se ha fumado su cigarrillo de la mañana. Solo entonces la llamo.

En cuanto descuelga, me corren lágrimas de alivio por las mejillas.

—¿Qué pasa, Josie-Jo, te apetece desayunar? —dice.

—Tienes que venir —sollozo—. Por favor, ven y ven a recogerme.

—Dios, Josie, ¿estás bien? ¿Está Michael contigo?

—No. Solo ven, por favor.

No duda ni un segundo. —¡Estoy en quince minutos en tu casa!

Capítulo 15

Suena el timbre. No puedo abrir.

Pero oigo pasos en la escalera. ¿Quizá alguno de los vecinos ha vuelto a dejar la puerta del portal sin echar la llave?

Llaman a la puerta del piso. No puedo abrir. Pero sigue sin estar echada la llave.

Los pasos se acercan. ¡Están en el pasillo! Me encojo más en el rincón.

Se abre la puerta de la cocina. Gimoteo.

—¿Josie? ¡Josie!—

Nici se me echa encima como una tormenta de verano. Como una tormenta de verano que promete alivio. Siento sus manos calientes en mis mejillas y su mirada preocupada que me cala muy hondo.

—Estás helada.—

Asiento. Entrecortado como un robot.—Creo que estoy en shock—, digo, y casi me entra la risa por mi competente autodiagnóstico.

—Yo también lo creo—, murmura Nici y se aparta de mí. Al poco vuelve con una manta.—Dame el brazo.—

—¿Por qué?—

—He hecho que algo cambiara de manos. Venga, dámelo.—

Hago lo que me pide, y miro fascinada el pliegue del codo y la aguja que, al momento, desaparece en él.

Pasan minutos. O quizá solo segundos. Mi sentido del tiempo ya no es lo que era.

Mis latidos se calman y, de pronto, noto que tengo hambre y un sueño atroz.

—¿Mejor?—

Asiento.—¿Qué es?—

—Un tranquilizante. Tal y como sonabas, he pensado que te vendría bien algo.—

—¿Y te lo has podido llevar así sin más?—

Ella esboza una media sonrisa torcida.—Zanjamos eso cuando vuelvas a tener un poco de color en la cara, ratoncito. Vamos.—

Me ayuda a incorporarme. Con una de esas maniobras especiales con las que normalmente se ayuda a los mayores a levantarse de la cama.

En pijama y con mi manta del sofá sobre los hombros, tropiezo al lado de Nici hasta el dormitorio. Sin implicarme, la observo sacar la vieja bolsa de viaje de debajo de la cama y meter dentro unas prendas.

Tengo tanto sueño que los párpados me pesan.

—No te duermas, ratoncito—. La voz de Nici me hace dar un respingo.—Quédate un poco más despierta. Pronto podrás dormir.—

Comprueba otra vez que no me he dejado ninguna placa de la cocina encendida, me conduce a la puerta de casa y, después, cierra con llave tras nosotras.

—¿Llevas el teléfono?—pregunta mientras bajamos las escaleras.

Lo alzo. Sigue como si estuviera cementado en mi mano. A cada momento temo que vuelva a sonar. Por suerte, el tranquilizante hace tan buen efecto que no lo tiro lejos de mí.

El coche de Nici está en zona de carga y descarga. Mientras me empuja hacia la puerta del copiloto, en el edificio de al lado se abre una ventana.

Me sobresalto incluso antes de que suene la voz chillona:—Lleve de una vez a esa mujer al loquero.—

Es la tía de los cubos de basura. Esa que hace de dragona de la comunidad en la administración de fincas.

Nici se queda clavada.—¿Cómo dice?—

—¡Es la segunda vez que llama a la policía y tienen que abrir un piso! Yo no pago impuestos para eso.—

—¿Para qué entonces? Cierre la ventana y esconda su jeta envidiosa antes de que suba. ¡Y sin tributar!—

—¡Nici!—mi exclamación sin aliento se pierde con el golpe de la ventana al cerrarse.

Nici resopla.—Ya me lo imaginaba, bruja—, le suelta por lo bajo y me acomoda en el asiento del copiloto.

—Eres imposible—, refunfuño, aunque no puedo ocultar una buena dosis de admiración. Ojalá tuviera el valor de Nici.

El trayecto pasa ante mí como una sucesión de colores desdibujados. En la radio suena rock. No es mi estilo, pero me tranquiliza, porque suena a Nici, y Nici significa seguridad.

Delante del bloque, me ayuda a bajar del coche y me lleva al semisótano donde vive. Huele a vapor de cigarrillo electrónico y a limpiador. Huele completamente distinto que en mi casa y, por primera vez, me alegro infinito de ello.

Con decisión, me empuja hacia su cama sin hacer.—Ahora, a dormir primero, ¿vale?—

—Vale—, obedezco, y no puedo quitarme de encima la sensación de que sin lo que me ha inyectado, estaría mucho más rebelde.

—Buena chica. Duerme bien. Cuando despiertes, olerá a pizza y a borrón y cuenta nueva. Prometido.—

***

Nici no ha mentido. Huele a pizza cuando abro los ojos. Su gran reloj de pared marca las 17:15. Me siento como si me hubiera arrollado un camión. Dos veces.

—Eh, hay alguien que ya está despierta!—, se oye desde la pequeña cocina abierta, donde veo a Nici trajinando de un lado a otro.

—¿Por qué es tan tarde?—mascullo.

—El tema del tiempo tiene una explicación física bastante complicada. ¿Segura de que ya la quieres oír?—

—Probablemente no—, digo en voz baja y me peleo con la manta revuelta para salir de ella.

Apenas me pongo en pie, viene Nici y me pone en la mano un té templado.—Toma. P'adentro, que espabila.—Sonríe, animosa.—¿Cómo te sientes?—

—Hecha polvo.—

Su vitalidad, que normalmente lleva por delante como un escudo, se desinfla. Se sienta frente a mí, en la mesa de la cocina, la mirada preocupada clavada en mí, el ceño levemente fruncido. Quiere una respuesta detallada, pero ¿cómo voy a explicarle algo que ni yo misma entiendo?

Aún me tiemblan un poco las manos y tengo el sabor del miedo en la lengua.

—¿Qué ha pasado, Josie?—, pregunta en voz baja. Mi mirada se va a la ventana. Incluso aquí, en casa de Nici, tengo la sensación de que alguien me observa. Trago con esfuerzo y consigo al fin articular las palabras, que apenas son un susurro.

—Yo … no sé qué he visto—, empiezo, titubeante. Mi voz me suena extraña, como si viniera de muy lejos.—Había una mujer, aporreaba la ventana. Y gritaba, Nici.—

Primero a trompicones, luego cada vez más deprisa, le cuento lo que he vivido, y no me dejo nada. Las cejas de Nici se van juntando. Traga saliva, pero no dice nada, solo me deja seguir hablando.

Aun así, la inseguridad crece en mí, las palabras se me escapan de las manos. Me siento tan perdida y, aunque fuera el sol hace rato

que ha salido, la oscuridad dentro de mí no cede. Cuando termino, aguardo, inquieta, su veredicto.

Tarda mucho en llegar.

—¿Y si de verdad me estoy volviendo loca?—pregunto entonces.

Nici niega con la cabeza.—¿Tú? ¿La sensatez y la racionalidad en persona? Fuera lo que fuera, has actuado bien. Has hecho fotos, has llamado a la policía y no te has acercado a la ventana. Te has protegido. Ha sido listo y valiente.—

Dejo que sus palabras resuenen dentro de mí. El miedo sigue ahí, sí, pero parece menos todopoderoso, menos invencible.—Pero …—

—Pero tengo que confesarte algo—, termina ella mi frase y me coge la mano.—No sé cómo decírtelo con tacto ahora mismo, así que te lo diré sin rodeos. Hace unas semanas entraron a robar en mi casa.—

Parpadeo, sin saber qué hacer con esa información.

Deberías estar intranquila.

Lo sé, Paula. Pero lo noto tan lejano.

Nici ha conseguido un material de la hostia …

Nici me aprieta la mano y con eso me devuelve al aquí y ahora.—Entre otras cosas, se llevaron también un álbum de fotos en el que había imágenes de nosotras dos.—

Niego con la cabeza.—¿Cómo? ¿Cuándo?—acierto a decir al fin.—¿Por qué no me has dicho nada?—

—No quería desestabilizarte más. Ya tenías bastante encima con el divorcio y todo lo demás. Pensé que sería mejor no cargarte aún más.—

¿No cargarme más? ¿De verdad piensa que soy así de frágil?

Estás sentada en su cocina porque hoy por la noche has tenido un ataque de nervios.

No hace falta que me lo recuerdes, Paula.

Por lo visto, sí.

—No me pareció tan importante—, continúa Nici.—Pero ahora …—

—¿Qué ha cambiado?—pregunto, mientras intento asimilar el alcance de esta información nueva.

Nici respira hondo.—Pensé que no sería más que una casualidad, nada más que un robo cualquiera. Pero cuando me has contado hoy lo que has vivido … No sé, Josie. Tengo la sensación de que está relacionado—, dice en voz baja.

Un escalofrío me recorre la espalda. El álbum de fotos que guarda tantos recuerdos —nuestros viajes, fiestas, fotos improvisadas—, está ahora en manos de alguien que no tiene buenas intenciones. De pronto todo se vuelve aún más inquietante. El álbum, los incidentes extraños en mi piso, las llamadas constantes …

—Tenemos que averiguar quién está detrás—, digo mientras los pensamientos se me arremolinan.—Esto no puede ser casualidad, Nici. Alguien está jugando conmigo un juego enfermizo.—

Nici asiente.—A estas alturas yo también lo creo.—

El miedo, tan bien amortiguado por la medicación de Nici, vuelve a llamar tímidamente a la puerta, pero lo aparto. Porque, al mismo tiempo, noto cómo en mí empieza a brotar una determinación nueva.

—Tengo que saber qué está pasando —por qué alguien me ha puesto en su punto de mira.—

—Y lo sabremos. Siempre has sido de trabajar con lo que ves, y sacar conclusiones lógicas. Viendo el «Tatort» sabes quién es el culpable a los cinco minutos. No porque seas buena combinando, sino porque sabes cómo trabajan los guionistas. ¡Ves más allá de las cosas!—

Mis hombros tensos descienden con un cosquilleo tirante, y, por primera vez desde esa noche horrible, noto que se me despeja un poco la cabeza.—Eso es—, digo, cada vez más animada.—Veo más

allá de las cosas. ¡Puedo catalogarlas, ordenarlas, reconocer patrones!

—¡A eso voy! Tienes olfato para lo que está pasando.—

Respiro hondo.—Si no me creen, buscaré pruebas por mi cuenta. No me estoy volviendo loca. ¡Alguien quiere que me vuelva loca!—

Vuelve la sonrisa de Nici.—Y cuando averigües quién, voy y le amargo la vida. Nadie se mete impunemente con mi mejor amiga.—

Suelto una risa baja. Se me hace extraño, pero también liberador. —Por una vez, no te detendría.

Nici sonríe de oreja a oreja. —Esa es mi Josie. ¿Te apetece pizza?

Asiento. —¡Y tanto!

Luego repaso mentalmente los posibles siguientes pasos. De pronto se me ocurre algo. —¡Las cámaras! Nici, ¿crees que se pueden hackear?— Me respondo sola al instante—. ¡Seguro que se puede! Leon las instaló. Si alguien sabe si pueden manipularse, es él.

Miro alrededor buscando hasta que Nici me empuja el móvil. La miro, desconcertada.

Se encoge de hombros. —Se te cayó mientras dormías. Además, te ha llamado tu tío. Le dije que no estabas bien, que estabas conmigo; entonces vino y cogió la llave de tu piso. Dijo que vigilaba el chiringuito hasta que vuelvas a estar en forma.

—Ajá.— Cojo el teléfono.

—Tu tío es bastante mandón, ¿te lo ha dicho ya alguien?

—Sí, unos cuantos.— Me tiemblan un poco los dedos mientras marco el número de Leon, pero me obligo a mantener la calma.

El tono de llamada se hace eterno y el corazón me va más deprisa. Por fin, tras lo que parece una eternidad, descuelga. —Eh, Josie, tú, es …

—Tengo que preguntarte algo. Es urgente —le corto, procurando que la voz me salga firme y serena—. Es sobre las cámaras que instalaste en mi casa. ¿Es posible que hayan fallado o que alguien las haya manipulado?

Se queda callado un momento. —¿Qué clase de fallo?

Le cuento los sucesos raros de anoche y también lo del SMS y la llamada. Mientras hablo, le oigo aspirar aire con brusquedad más de una vez.

—Esos cacharros a veces tienen problemas de almacenamiento, pero entonces simplemente faltan grabaciones. Que algo se registre mal, imposible. Salvo que la hora esté mal ajustada y los archivos se guarden con una marca temporal incorrecta. Podría ser que la mujer de miedo se vea media hora antes o después. O incluso veinticuatro horas después. Depende de lo mal que esté puesta la hora. ¿Has …?

—Lo he revisado todo. ¡Todo! No aparece por ninguna parte. Las luces azules de la policía se ven en la grabación, y a la hora exacta en que estuvieron allí. Así que no es eso.

Silencio prolongado. —¿Estás segura de que …?

—¡He visto a esa mujer, Leon! ¡Estaba. Allí!

—Vale, vale. Te creo. Pero …— Se lo piensa largo rato.

Se me encoge el estómago. —¿Qué?

—Si la mujer estuvo allí pero no sale en las cámaras, o es un fantasma —lo cual es poco probable— o alguien ha trasteado de verdad con las grabaciones. No sería tan complicado. La cuestión es: ¿por qué iba alguien a hacerlo?

—¿Y por qué iba alguien a enviarme una réplica del collar de mi hermana gemela muerta? —le replico—. Pero eso ahora mismo da igual. ¿Podrías averiguar si alguien ha trasteado con las grabaciones y, si es así, quién?

—¿Hermana gemela muerta? ¿Cómo?

—No importa. ¿Podrías?

—Me llevaría tiempo. Y otro equipo. Pero claro que se puede determinar. Al menos, si alguien lo ha hecho. Decirte además quién ha sido dependerá de lo bueno que sea ese alguien.

—¿Lo comprobarías por mí? Entiendo que es mucho trabajo. Te pago el tiempo, por supuesto.

—¡No me pagas nada! A mí también me interesa saber qué hay detrás de todo esto.

—¿Cuándo podrías hacerlo?

—¿Mañana? Después del trabajo. Sobre las cuatro y media de la tarde podría estar en tu casa.

—Probablemente ya estaré allí.

Al otro lado se queda callado un segundo. —¿Cómo que ya estarás allí?

—Pues eso, que ya estaré allí para entonces.

—No pretenderás, tan pronto volver a dormir allí, ¿no?

Aunque la idea me pone la piel de gallina, asiento. —La verdad es que sí. Es mi piso, y me gusta.

—No es eso de lo que se trata.

—No voy a dejar que me echen así como así. Seguramente es justo lo que la persona detrás de todo esto quiere conseguir.

El suspiro de Leon suena un poco como el de un padre que intenta hacer entrar en razón a su hija díscola . —El valor y la estupidez están más cerca de lo que parece, Josie. Sé que eres una mujer fuerte, y lo admiro, pero quédate si puedes con esa Nici. O llévatela a tu casa. En su defecto, podría quedarme yo. Si hace falta, duermo en el pasillo sobre una esterilla.

La oferta es tentadora. Bueno, lo de la esterilla no tanto, pero Leon … Aun así, no me salen las palabras para decir que sí. Por mucho que crea que le gusto, no quiero arrastrarle a este lío sin necesidad.

Interpreta mi silencio a la perfección, porque vuelve a suspirar. —No quiero imponerme, pero, por favor, Josie, no duermas allí sola. Vete si quieres con Ella al refugio de animales y duerme en la sala común. Pero no en tu piso.

¡El refugio! No puedo evitar sonreír. —¿Te tranquilizaría si tuviera refuerzos, eh?

—Eso acabo de decir, ¿no?

—Bien, pues me los voy a buscar.

—Aja … ¿Vas a llamar a los X-Men?— El tonillo en mi voz lo vuelve claramente suspicaz.

—Algo así. Gracias, Leon. Hasta mañana.

—¿Me dices quiénes?

—Te mando una foto luego.

—Okaay.

—Gracias por ayudarme. No lo voy a olvidar.

—No hay de qué. Hasta luego.

Después de colgar , me doy cuenta de que Nici me observa entornando los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque en realidad no quiero saber la respuesta.

Vacila un instante, como buscando las palabras adecuadas. Luego me mira directamente a los ojos. —Sé que confías en Leon. Pero, ¿estás segura de que es el indicado para aclarar esto?

Su pregunta me pilla a contrapié. —Leon instaló las cámaras —respondo de forma automática—. Si alguien sabe si pueden manipularse, es él.

Nici alza una ceja y se reclina un poco mientras me sigue examinando. —Justo. Él las instaló. ¿Y si él … bueno, y si tiene más que ver con todo esto de lo que crees?

Un hormigueo desagradable me recorre la espalda al contemplar la posibilidad. —Él no haría eso —me oigo decir.

—No digo que sea él —responde Nici con voz suave—. Pero piénsalo, Josie. Confías en él porque es quien conoce la tecnología. ¿Y si precisamente eso es un problema?

Niego con la cabeza, tratando de ahuyentar la idea, pero la duda se me instala dentro. —¿Pero por qué iba a hacerlo? No creo que él …

Me callo, porque sé que no hay respuesta clara. La verdad es que no veo a Leon en ese papel, y justo eso hace que todo sea más inquietante.

—Quizá me equivoque —dice Nici, posando una mano tranquilizadora en mi brazo—. Pero ahora mismo estás muy vulnerable, Josie. Deberías estar preparada para cualquier cosa hasta que vuelvas a saber en quién puedes confiar de verdad. Tal vez sea buena idea pedir una segunda opinión. Alguien que no esté tan metido en el asunto.

La posibilidad de que Leon no sea tan de fiar como pensaba me perturba profundamente. Pero la propuesta de Nici tiene sentido. —Tendré cuidado —prometo, mientras empiezo a asumir que en esta situación nadie está por encima de toda sospecha.

Nici se inclina hacia delante y me mira con seriedad a los ojos. —Y no lo olvides: estoy aquí, y no te voy a dejar sola.

Vuelvo a asentir. —Terminemos de comer. Y luego tengo que conseguir un par de cosas.

***

Comemos y después Nici, que debe de estar muerta de cansancio, se viene conmigo a hacer unas compras. Nos hacemos con la pizarra blanca más grande que ofrece los grandes almacenes del barrio. No es ni de lejos suficiente, así que cogemos cuatro. Después de haber

cancelado hoy por primera vez, desde que la imparto, mi formación por motivos personales, me pongo manos a la obra. Cuando Nici acaba cayendo rendida en la cama, yo empiezo, armada con chinchetas, distintos rotuladores y cordel rojo, a anotar todo lo que en los últimos días ha pasado.

Los primeros avistamientos de la mujer, la ventana dañada, el collar falsificado de Paula, la llamada de Michael, la foto de Leon y de mí, el extraño comportamiento de Frank, las llamadas anónimas y el coche arañado.

Nici se despierta a última hora de la tarde y se me une, intrigada.

—¿Alguien te rompió un cristal?

—No. Solo lo dañaron.

—Ya, bueno. Joder, ¿y por qué no me cuentas esas cosas?

—Si te llamara por cada incidente, no dormirías nunca más.

Murmura algo ininteligible. —¿Qué te parece si a tu fantasma le seguimos la pista juntas? Aún me quedan unos días de vacaciones. Si yo también puedo verla, los maderos lo tendrán crudo para tacharte de loca.

—Que a ti te faltan un par de tornillos lo pillan al vuelo.

Me suelta un cariñoso manotazo en el hombro. —Idiota. ¿Eso ha sido un sí?

—No, te quedan pocas vacaciones y en verano quieres ir a Suecia.

—¿De verdad crees que te voy a dejar tirada solo porque tengo un viaje a Suecia reservado?

—Ya tengo otra idea.

—Aja, no me digas que se llama Leon.

—No. No se llama así.

—Bien. Pero de verdad no sería ningún problema, Josie-Jo.

Me tomo mi tiempo para responder. —¿Y si tú no la ves?

—Entonces me aseguraré de que te ingresen en la clínica psiquiátrica más guay y más cara de Europa.

Si esperaba que me riera, lo lleva claro. —¡No tiene gracia!

—¡No estás loca, Josie!

—Ya veremos.

Capítulo 16

Nici se ha quedado dormida en algún momento en el sofá, mientras yo he pasado la noche, a base de café y té negro bien cargado, delante de mis pizarras blancas. La verdad es que no he avanzado gran cosa, salvo que no voy a dejar que me sigan tomando por tonta. Ni Michael ni un psicópata que aterroriza a mi vecina y me da órdenes por SMS.

Le escribo un mensaje a Nici y salgo de casa poco después del amanecer.

Aunque su urbanización está bastante a las afueras, me siento segura. El sol anuncia la inminente llegada de la primavera, los chalets de la zona están bien cuidados y por las calles hay poco movimiento. Casi podría creer que hoy va a ser un buen día. Pero aún no me atrevo a confiarme demasiado. La soberbia siempre precede a la caída.

Cojo el primer autobús hacia el centro y desde allí la línea a casa. Al llegar a mi calle, me entra un mal presentimiento, pero la casa de al lado está en calma, igual que aquella en la que está mi piso. Aun así, no subo, sino que voy directa a sacar el coche del garaje subterráneo. No hay nada en el limpiaparabrisas, la cámara apunta intacta hacia la plaza de aparcamiento. Quizá la táctica de vigilancia sí que ha surtido efecto.

De camino a la protectora espero que aún queden los bombones que el otro día estaban en la cocina. El desayuno ya va con retraso.

Al llegar a la protectora, aparco justo delante de la entrada, por miedo, a ver un coche arañado en el que ponga —Josie está loca—.

Por supuesto, no hay nada. Sin embargo, aparte del Ford Focus de Ella no hay ningún otro coche aparcado. En el pasillo, delante de la oficina, me cruzo con Ella.

—Qué bien que estés aquí —la saludo.

—Josie… —me sonríe— … no sabía que ibas a venir hoy.

—Tampoco pensaba hacerlo. La verdad es que he tenido una idea un poco loca.

—¿Tú y ideas locas?

—Soy mucho más rebelde de lo que suelo parecer —digo con una sonrisa cansada—. En realidad es por Luna. Creo que ya va siendo hora de buscarle familia, pero no avanzo con ella como me gustaría. Así que pensaba llevármela a casa unos días, si a ti te parece bien. Podría hacer con ella varios entrenamientos cortos. No la saturaría tanto.

—Si quieres hacerlo, encantada. Además me vendría bien el box. Zotti no es feliz ahí fuera con los demás en el cercado.

—Pero no te puedo prometer por cuánto tiempo.

Ella hace un gesto de desdén.—Ya lo sé. Pero también sabes lo agradecidas que estamos por cada casa de acogida. Y si así Luna por fin encuentra una familia, salimos ganando todos.

—De acuerdo. He venido en coche y me la puedo llevar ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—¿Sería un problema?

—No… solo … no. Pero mira, por favor, otra vez el calendario. A mediodía viene Susanna porque viene alguien a conocer a uno de los perros. No creo que sea por Luna, pero revísalo, por favor.

—Lo hago. Gracias.

—¡Llévate pienso de aquí! Eso no lo compras tú —me grita Ella al pasar.

—No hace falta.

—Sí que hace, ni una palabra más.

Niego con la cabeza. Para lo mucho que Ella ayuda a los demás, rechaza con sorprendente eficacia cualquier apoyo.

Del cuarto del pienso, donde enrojezco nada más ver el palé de arena para gatos, me llevo un carro con un saco de veinte kilos de pienso seco y dos cuencos nuevos.

Lo que pensaba como sustituto de Leon y Nici me llena de entusiasmo de forma inesperada. Michael nunca quiso mascotas, aunque seguro que le habrían dado mucha vida a esa mansión estéril. Llevarme ahora a Luna a casa es casi como una venganza tardía.

La perra color chocolate ya está en la puerta del box moviendo el rabo con alegría.

—¿Qué tal, peque? ¿Lista para una aventura?

Y tanto que lo está. Como si leyera mis pensamientos, se encarama a la puerta del box con las patas delanteras y gime, entusiasmada.

Le pongo el horrible collar de cuero rosa y espero que nadie en la ciudad piense que he sido yo quien ha obligado a la pobre perra a llevar ese accesorio.

Good Girl …

Me quedo un rato mirando el bordado, luego niego con la cabeza y engancho la correa.

—Bueno, vamos. ¡Despacio, Luna! ¡Despacio!

A pasitos, se coloca a mi lado mientras cierro la puerta del box. Sus uñas repiquetean en el suelo de baldosa mientras corre emocionada hacia la salida.

Delante de la oficina tengo que frenarla otra vez.—Despacio, bonita, tenemos que anotar tu salida, si no nadie sabrá que tu box está libre.

Parece que lo entendiera, y se sienta, visiblemente impaciente, a mi lado cuando me siento en la silla de Ella y apunto la acogida temporal de Luna en el plan de ocupación. Es un buen montón de

papeleo, aunque a Luna no la vayamos a dar en adopción, sino que solo se vaya a venir conmigo un tiempo.

Me entra un remordimiento, y espero que la perra no se haga demasiadas ilusiones con su vacaciones conmigo. Por mucho que me guste y por mucho que ahora la necesite, no puedo quedármela para siempre. Para eso aún no estoy lo bastante asentada.

Cuando por fin puedo volver a poner el ordenador en modo de ahorro de energía, mi mirada se va a la pizarra blanca. Respiro aliviada al ver que la nota —ir a bañarse con Paula— ha desaparecido.

El alivio dura poco, porque al otro lado de la pizarra ahora pone, con la misma letra: —Paula no quiere bañarse. El agua trae la muerte—.

Se me revuelve el estómago al instante. Parpadeo y me quedo mirándolo unos segundos, pero eso es exactamente lo que pone ahí.

—¡Ella!

Mi llamada debe de sonar tan apremiante que Ella, que normalmente no deja que nadie la mande, entra al poco en la sala a toda prisa.—¿Qué pasa? ¿Todo bien?

Señalo la pizarra.—¿Qué pone ahí? ¿Ahí arriba, en la esquina?

Ella frunce el ceño, apenas se le mueven los labios. Su voz en un susurro resuena como un trueno en la sala.—Paula no quiere bañarse. El agua trae la muerte. —Y se gira hacia mí—. ¿Lo has escrito tú?

—¡No! ¿De dónde ha salido eso? —Sueno un poco… vale, muy— histérica.

—No lo sé. Pero, sobre todo, ¿qué se supone que significa?

—¿Tenemos aquí una perra que se llame Paula?

—No.

—¿Un gato? ¿Una cobaya?

—No, Josie, no tenemos aquí a nadie que se llame Paula.

—¿Pero entonces quién lo ha escrito? ¿De quién es esa letra?

Ella saca del bolsillo, desconcertada, su móvil con la pantalla hecha trizas y le hace una foto al texto.

Mi único consuelo real es que ella también puede verlo.

—La mía no es. Ni la de Leon. Voy a preguntar por ahí. No me hacen falta estas tonterías. Esta casa ya es bastante caótica. —¿Sabes qué se supone que significa?

Niego con la cabeza. La verdad es veneno. Se me instala en las venas y me dificulta respirar. Decírselo, es imposible, aunque al mismo tiempo me entren ganas de echar a correr, dar puñetazos y gritar.

—Josie, estás blanca como el papel.

—Sí, sí, he dormido fatal. Tenemos que irnos. Quiero enseñarle todo a Luna. ¡Ven, Luna!

Salgo casi huyendo de la sala y luego de la protectora. Por poco se me olvida el equipo.

Con nerviosismo, escaneo los alrededores del aparcamiento, pero no hay nadie.

Luna, aunque visiblemente desconcertada por mi estado de ánimo, salta obediente al maletero. Cuelgo la red de seguridad entre el techo y el respaldo del asiento trasero a medias, para que Luna no salte por encima. Luego cierro el maletero, cojo el pienso y los cuencos y me subo. Salgo del aparcamiento hacia la ciudad a toda prisa, demasiado deprisa.

¿Y si es Leon?, oigo decir a Paula.

—¡Si es que ni siquiera sabe quién eres! ¡Nadie de la protectora sabe quién eres! —replico en voz alta. Más bajo y para mí misma, añado—. Pero cualquiera que quiera, con la excusa de acariciar gatos, puede entrar a la protectora en el horario correspondiente.

Tampoco la oficina es un búnker: quien pille un momento de calma puede colarse sin dificultad.

Durante media hora entera conduzco en zigzag por la ciudad, siempre buscando en el retrovisor alguna señal de un perseguidor. No hay ninguna.

Solo cuando por fin se me ha calmado el pulso y Luna empieza a retorcerse en el maletero, pongo rumbo a mi piso. En el garaje subterráneo tardo en atreverme a salir del coche, pero también allí todo está en calma.

Los quejidos de Luna vuelven a ser lo único que me hace entrar en razón.

Cuando llego al maletero y lo abro, no hace ademán de saltar fuera, sino que olisquea con curiosidad. Primero hacia la zona del garaje y luego hacia mí.

Le acaricio agradecida el pelo corto. —Eres un perro que da ánimos —digo, y no puedo evitar sonreír con un ataque de humor negro—. Paula siempre lo decía, ¿sabes? Ella recibió de Tío Eric un oso para dar ánimos . Él pensaba que la miedica de las dos era ella. Pero siempre he sido yo. Aun así, Paula se quedó con el oso porque sabía que me daba vergüenza haberla mandado siempre por delante.

Luna intenta lamerme la cara, lo que me hace apartarme y dejarle espacio. Salta del maletero y se sacude, satisfecha; luego me mira con inseguridad.

—Bueno, ¿lista para ver mi piso? No tiene nada especial, pero seguro que te gusta igual.— Con la bolsa grande llena de material y armada con la correa, subimos.

De Tío Eric, a quien le he pedido que cuide del piso durante mi ausencia, no se oye nada.

—¿Tío Eric? He traído a alguien. Hazte notar un momento, por favor. He traído a una perra a la que le cuestan los hombres y no debería asustarse.—

Nadie responde.

—¿Tío Eric?—

La calefacción hace gluglú. El reloj de la cocina avanza, pero nadie se manifiesta.

—¡Tío Eric!—

Nada.

Ato a Luna de forma provisional al pie del zapatero y, con las piernas temblorosas, entro en el pasillo. La puerta del baño está abierta. La luz, apagada. En la cocina me habría oído, así que bajo por el pasillo hasta la puerta cerrada del dormitorio y llamo. No sería la primera vez que se le va la mano con la siesta.

Silencio.

Abro la puerta con cuidado. El dormitorio está vacío. De vuelta, me fijo en que el cristal del pasillo por fin ha sido reemplazado. Tío Eric debe de haberle metido caña al conserje. Eso se le da bien.

La cocina también está vacía. En la mesa del comedor, sin embargo, encuentro una nota que dice: —He ido a hacer la compra. —

Suelto el aire y me pregunto, sin poder evitarlo, si se ha ido a comprar una ayuda de cocina, porque el caos junto al fregadero no tiene rival. No entiendo cómo en tan poco tiempo ha conseguido amontonar semejante torre de platos. ¡Hombres!

Vuelvo al pasillo. Luna parece insegura.

—Lo siento, peque, ya estoy aquí y vamos a ver todo, ¿sí?—

La perra, normalmente tan valiente, no se me despega ni un paso, aunque le he soltado la correa. Recorremos juntas todas las habitaciones y le pongo su cuenco.

Y, claro, eso le encanta.

Mientras le echo una primera ración en el cuenco, me doy cuenta de que ya se me han calmado lo suficiente los nervios como para

apuntar con casi profesional tranquilidad en un post-it de la mesa del comedor el hallazgo tan raro de la pizarra del refugio de animales .

Como siga así, en nada valgo para el servicio secreto. Parece que los nervios, como los músculos, crecen con los retos.

—Ya te pillaré, maldito acosador —murmuro al vacío mientras Luna cruje su comida encantada.

Acaba de vaciar el cuenco cuando oigo que abren la puerta del piso.

—¿Tío Eric?—

—Sí, soy yo. No te esperaba todavía.—

—Espera un momento en el pasillo, ¿vale? Voy contigo.—

Cojo la bolsa de chuches de la bolsa grande y salgo de la cocina, procurando cerrar la puerta tras de mí para que Luna no venga de momento.

Eric está delante de mí con dos grandes bolsas de la compra.

—Madre mía, ¿a quién piensas mantener?—

—Pues a ti. Algo apañado podrás cocinar con esto, ¿no? —rezonga.

—Ajá. Vale.—

—¿Estás mejor? —pregunta, y deja las bolsas en el suelo para quitarse los zapatos.

—Sí, de alguna manera.—

—Espero que fuera algo serio. ¡Ya sabes lo poco que me gusta que me dejen plantado!—

Recurro de nuevo a la táctica de ignorar sus manías. —Me he traído refuerzos.—

—¿Contra Michael? Pensaba que para eso estaba yo.—

Sonrío para mis adentros y recojo las bolsas. —Alguien con mejor olfato y más mordiente.—

—Espero que no hayas comprado un perro.—

Siempre me sorprende lo rápido que ata cabos Tío Eric.

—Prestado. Es Luna, del refugio. ¿Te he hablado de ella?—

—No.— No suena precisamente entusiasmado. De hecho, no suena nada entusiasmado.

—Tenemos que ver cómo reacciona contigo. Tiene un pasado algo turbio y, por lo visto, un problema con los hombres.—

—¿Cómo que un problema con los hombres? Si yo soy un hombre. —

Su mirada indignada me hace alzar las manos. —Ya lo sé, por favor, habla más bajo. Lo intentamos sin más, ¿vale?—

Le tiendo la bolsa con las chuches. No hace el menor gesto de cogerla.

—Yo voy delante. Lo importante es que marque ella el ritmo. Mejor quédate en la puerta y vemos si …—

Aparentemente, mi táctica ya no le convence.

—Un momentito , —ruge Tío Eric—. Estoy aquí para visitarte, no para hacer de adiestrador de perros. Y menos si la bestia puede morder por miedo.—

—No es ninguna bestia.—

Tío Eric resopla. —Sí, por el amor de Dios, entonces animal. Es como se decía antes.—

Intento ocultar el enfado por su rechazo. Tío Eric tiene un temperamento tranquilo. Pero tan firme es en sus emociones como terco. Y, en efecto, nunca fue gran fan de los perros.

—Podemos, al menos, inten…—

—No. ¿Está en la cocina?—

—Sí, ¿por qué?—

Se me escabulle en dirección al pasillo. —Eh, espera, ¿qué pretendes …—

Me tranquiliza ver que va hacia el dormitorio. Eso sí, hace bastante ruido, y en la cocina se oye a Luna ladrar.

—¿Has preguntado a tu casero antes de decidir eso?—

—No —digo, mientras corro tras él—, pero en el contrato pone que los perros que no están catalogados como potencialmente peligrosos están permitidos .—

—Enhorabuena.—

Empieza a hacer su maleta. —Tío Eric, esto es ridículo.—

—Tu piso ya es pequeño para dos. No lo voy a compartir también con un chucho —murmura, y suena un poco más conciliador.

—Pero puedes quedarte hasta esta noche y …—

—Me vuelvo al hotel. Allí estoy tranquilo.—

De hecho, desde que hemos pasado por la puerta de la cocina, Luna no ha dejado de ladrar.

—Vale.—

—Si pasa algo, me llamas. Y piénsatelo con el chucho. A los vecinos no les va a hacer gracia.—

Con eso, sale del piso.

Me cuesta no gritarle que Luna estaría mucho más tranquila si se le hubiera presentado.

La puerta del piso se cierra con estrépito y yo me sobresalto sin querer. Mi fama de vecina tranquila y educada se me está yendo por el desagüe, literalmente.

Abro la puerta de la cocina con cuidado. —Ya está, Luna. Solo soy yo.—

Ladra dos veces más por encima de mí y luego calla.

—Así me gusta.— La dejo salir de la cocina y Luna marcha directa al pasillo y olisquea con desconfianza las bolsas y el felpudo. Gruñe por lo bajo.

—¿Qué te pasa? Si ya se ha ido.—

Solo poco a poco se le baja el pelo erizado del cuello, y yo me pongo a desmontar el Everest junto al fregadero.

Capítulo 17

Me lleva casi todo el día volver a dejar el piso en un estado que me convenza. Soy de ese tipo de personas que, cuando empiezan una tarea, no dejan de encontrar cosas nuevas que hacer. Además, descubro, para mi alivio, que las tareas de casa me distraen y me devuelven un poco la confianza en mis propias cuatro paredes.

Luna también parece satisfecha, sobre todo después de que por la tarde nos hemos ido a dar un buen paseo hasta el parque canino de al lado nos hemos dado un buen paseo. Después duerme como un ángel sobre su manta favorita, que le he colocado junto a la mesa del comedor.

Su presencia tiene un efecto agradablemente tranquilizador, aunque cada dos por tres me llevo un sobresalto cuando se mueve, porque por momentos me olvido de que está ahí.

Con ella a mi lado me siento un poco más como una heroína en una película posapocalíptica que sobrevive con su perro, y menos como … bueno … como Josie.

Me preparo la cena y solo me interrumpe el timbre del móvil. La calma recién encontrada se tambalea. Es un número oculto.

Cógelo, a lo mejor te enteras de algo nuevo, dice Paula.

No quiero …

Ay, Dios, no quiero, pero he decidido ser valiente, y Paula tiene razón. Necesito pruebas. Necesito un grabador …

Salgo disparada hacia la cámara del pasillo. Leon me ha dicho dónde está el micrófono pequeño. Me coloco justo al lado, descuelgo y activo el altavoz.

—¿Sí?—

—Soy yo. ¿Pero tú qué te crees …—

¡Michael! Así que ha recibido la carta de mi abogada y, una vez más, no ha entendido que no puede desahogarse conmigo.

—¡Ahora me escuchas bien, tarado!—Yo misma me sorprendo de lo alto que hablo—. Mi abogada se va a asegurar de que acabes en la cárcel si no cumples de una vez con la orden de alejamiento. Por cierto, esta conversación la estoy grabando. Y también voy a demostrarte tus otras insolencias. ¡No me vuelvas a llamar jamás, jamás!—

Al otro lado reina un silencio sorprendido. Por primera vez lo pillo sin palabras. Luego, un chasquido en la línea y el tono de corte.

Me quedo mirando el móvil, atónita; después suelto un pequeño grito de alegría y doy una vuelta sobre mí misma. ¡Mujeres al poder!

Mi pequeño viaje al bando de las feministas acaba en seco cuando llaman a la puerta del piso.

Dios mío, ¿no estará aquí él?

Me acerco a la mirilla con cautela.

Es Leon. Me había olvidado por completo de que iba a venir.

Cuando abro, me dedica esa sonrisa terriblemente encantadora.—Te abrazaría, pero …—

Lleva una caja en las manos. Un portátil, cables y más cámaras son lo Lo único que identifico a primera vista.

—¿Piensas montar aquí un segundo Fort Knox?—

—Si hace falta.—

Me hago a un lado, y él deja la caja con cuidado en el pasillo. Al hacerlo, repara en las chuches que hay sobre la cómoda, donde Eric las dejó.

Alza una ceja.—Ya veo. Ya tienes tu propio Fort Knox.—

—Más o menos. ¿Quieres saludarla?—

Coge la bolsa.—Claro. Es Luna, ¿no?—

—Sí, pero aún está un poco insegura en este entorno nuevo, así que …—

—Ya entiendo. Iré despacio. ¿Vas tú delante?—

¡Tengo que casarme con él! Seguro. Quizá no ahora mismo, pero algún día, si para entonces no está ya harto de mí, no se me escapa sin anillo, desde luego.

—Luna, ratoncita. Mira quién ha venido. ¿Te acuerdas de Leon?—

Leon empieza, en voz baja detrás de mí, para que Luna no se asuste, aunque seguro que ya lo ha olido. Su empatía hace que las mariposas de mi estómago se pongan a bailar lambada.

—Bueno, Luna. ¿Te acuerdas de mí? Soy el tipo raro que siempre se cuela por los pasillos, escribe vuestras fichas en el ordenador y os hace fotos. ¿Te acuerdas de nuestra sesión de fotos?—

Entramos en la cocina. Luna está tumbada en su manta y nos mira con desconfianza. Leon se detiene en la puerta y se agacha despacio, con la mirada fija en el suelo.

Aun así, Luna alza la cabeza y suelta un gruñido bajo.

—Tranquila, no tienes por qué tener miedo.—

Su gruñido se hace más fuerte.

Leon saca una de las chuches de la bolsa y se la rueda por el suelo. Aunque queda justo entre sus patas, ni siquiera la olisquea. Sus ojos dorados siguen clavados en él. El ronroneo grave en su pecho va en aumento.

Leon sigue hablándole en tono calmado, pero se retira un poco de nuevo.

—Quizá deberíamos dejarla en paz por ahora —propone—. Puedo trabajar desde el pasillo o desde el dormitorio; así me oye y quizá se vaya acostumbrando.—

—Buena idea —digo—, aunque tengo que admitir que me decepciona un poco.

En el parque y por la ciudad Luna ya se comporta con tanta seguridad que estaba convencida de que su desconfianza hacia los hombres empezaría a remitir poco a poco.

Acompaño a Leon al pasillo y cierro por seguridad la puerta de la cocina tras nosotros.—¿Necesitas algo?—

—Solo tu contraseña del wifi otra vez. Y tu móvil, para comparar lo que marca la app.—

—Está pegada detrás del router. Puedes trabajar en mi mesa de trabajo del dormitorio. ¿Quieres un café?—

—Sí, encantado.—

Es bonito lo natural que, de repente, se siente la presencia de Leon. De la tensión que siempre he sentido en cuanto Michael estaba en casa, no queda ni rastro. En su lugar, casi me hace ilusión prepararle un café a Leon.

Las palabras de advertencia de Nici, aquello de que Leon podría ser el problema, se han quedado en una vocecita en mi cabeza. Nici siempre ha sido severa con los hombres. Muy severa. Si fuera por ella, necesitarían un permiso, para respirar.

Aun así, más vale prevenir que curar, y eso me empuja a deslizarme en silencio hacia el dormitorio cuando el café está listo.

La puerta está solo entornada. Veo a Leon sentado en mi pequeño escritorio, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, mirando fijamente la pantalla de su portátil. Durante unos segundos se queda ahí, sin más.

No tiene buena pinta, se me pasa por la cabeza.

Me deslizo tres pasos hacia atrás, luego vuelvo a acercarme, esta vez haciendo ruido, a la puerta del dormitorio y la empujo para abrirla.

—¿Y has encontrado ya algo?

Él se gira despacio, con gesto preocupado. —Por desgracia, sí.

La taza de café que estaba a punto de alcanzarle desciende unos cuantos pisos. —¿Quieres decir que me han hackeado?

Asiente. —Tu móvil.

Por suerte me coge la taza justo en ese momento; de lo contrario, el brebaje caliente habría acabado en el suelo. —¿Por quién?

—Eso no se averigua tan fácilmente. Al menos no tan rápido. Pero seguiré con ello.

—¿Pero se puede hacer así como así?

—Es engorroso, pero no es brujería. Me pone mi móvil delante de las narices. —¿Ves ese icono?

—Sí, es mi app de meditación.

—Parece tu app de meditación.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que alguien te mandó un enlace que abriste sin querer. Ese enlace hizo que tu app se convirtiera en una herramienta de espionaje con la que alguien obtuvo acceso a tu teléfono. La persona en cuestión tiene, en teoría, también acceso a la app que controla las cámaras.

Se levanta y se planta frente a mí. Sus manos cálidas reposan en mis hombros. —Siento haber dudado de ti, pero todo sonaba muy improbable y, con tus problemas de sueño y todo eso … Bueno, pensé simplemente que era más probable que estuvieras viendo cosas que quizá no están ahí que que alguien le colara semejantes troyanos a una mujer corriente.

—¿Mujer corriente?

Frunce el ceño. —¿Eso es lo que te llega de todo este discurso?

Me encojo de hombros, impotente. —Es más fácil aferrarse a pequeñeces cuando los problemas reales parecen apabullantes, —me defiendo con poca convicción—. Aun así, esa mentalidad de llevar anteojeras tampoco es una solución, así que añado: —¿Y esa

persona también ha hecho que la mujer desaparezca de las grabaciones??

Leon inspira hondo. —Eso no puedo comprobarlo en tan poco tiempo. En cualquier caso tenía la app abierta, como casi todas las demás. Pero para manipular material de vídeo de esa envergadura, hace falta un calibre de especialistas muy distinto.

—Pero en realidad solo tendría que borrar los fragmentos correspondientes y sustituirlos por una toma del día anterior sin la mujer y ya está, ¿no?

—En teoría sí, pero cantaría mucho y un ojo entrenado en la policía lo notaría. Estas grabaciones encajan con enorme precisión con el tiempo de ese día, las condiciones de luz y demás.

Mi fugaz alivio de que tal vez mi paranoia no sea tal, se desvanece. —¿Eso quiere decir …

—Las grabaciones podrían estar perfectamente —dice. Cuando intento darme la vuelta para ocultar mis preocupaciones, me sujeta con suavidad—. Te creo, Josie. De verdad. Si quieres — tengo un buen conocido que podría echarle un vistazo.

—No quiero meter a más gente en esto.

—No sería gran cosa: le copio media hora del material en el que debería verse a la mujer, pero no se la ve, y se lo doy. No puedo garantizar nada, pero quizá sirva.

—Vale. De acuerdo.

Me aprieta los hombros en un gesto de consuelo.

—Necesitas sí o sí un móvil nuevo. No transfieras datos del viejo al nuevo ni tampoco a tu ordenador. Estas cosas pueden ser contagiosas.

—¿Puede que eso haya pasado ya? —pregunto preocupada y miro mi ordenador.

—No. Lo he comprobado. Tienes que proteger tus dispositivos urgentemente con una contraseña .

—¿Has estado con mi ordenador?

—Sí.

—Hm.

—Está todo sin cambios.

Quiero creerle, y, en gran parte, lo hago. Aun así … —¿Qué pasa con las cámaras?

—Esas no se pueden hackear; son demasiado simples. Solo envían sus datos por wifi a tu móvil. El problema era el móvil. Gran trago a su café. —Si aún tienes un procedimiento abierto contra tu ex, entonces haría que un perito forense en informática le echara un vistazo. Por eso no he formateado tu móvil ni he eliminado el malware. Así se pueden asegurar pruebas.

Suelto un bufido desdeñoso. —La policía no me toma en serio. No van a hacer nada.

—Si les enseñas un troyano de ese calibre, te tomarán en serio.

—¿Ah, sí? ¿Sabes qué preguntarán? ¿No es usted la tía con las cámaras en el piso, la que cree que su vecina inexistente está en peligro de muerte? Estupendo, gracias, póngase a la cola, ¡ya nos ocuparemos dentro de cuatrocientos años!

Él alza las manos en son de paz. —Tú verás. Solo quería dejarte esa opción.

Suelto el aire. —Gracias. Quizá lo haga. Mañana o así. Ha sido un día largo.

—Uno de tantos, ¿verdad? Deja la taza y me toma la cara entre las manos. —¿Quieres que me quede contigo?

Se me queda la boca como esparto mientras las palmas empiezan a sudarme. —A decir verdad: sí. Pero no puedo encerrar a Luna toda la noche en la cocina, y ella estaba primero. Además, seguro que muerde mejor.

Aunque parece decepcionado, una sonrisa le cruza el rostro. —¿De eso estás del todo seguro?

—Bastante.

De pronto su expresión se vuelve seria. —¿Moriría por ti?

La profunda convicción de sus palabras me eriza la nuca. Doy un paso atrás. —¡No digas esas cosas!

Esta vez su sonrisa es triste. —Perdona. A veces soy un poco extremo con lo que siento.

—Desde luego —digo. Aunque sus palabras me tocan en algún estrato más bajo, a la vez me dan miedo. Apenas le conozco.

—Será mejor que me vaya. Gracias por el café.

—Gracias por tu trabajo aquí —murmuro, incapaz, de moverme mientras recoge su equipo y, por fin, abandona la habitación.

Luna ladra.

Luego oigo cómo se cierra la puerta del piso y Luna cae en silencio.

Capítulo 18

En las dos noches siguientes todo permanece en calma. A menudo me quedo mucho rato de pie junto a la ventana y clavo la mirada en el edificio de enfrente, pero no se mueve nada. No aparece ninguna figura, no hay llamadas, ni SMS que vuelvan a ponerme los nervios de punta. Solo Luna, que se aprieta contra mi pierna y me lame la mano, como si percibiera mi nerviosismo y quisiera decirme: *—Eh, estoy aquí; no es para tanto.—*

Y no le falta razón. Es como si todo hubiera sido un espanto que de pronto se ha desvanecido. En cambio, hay otras cosas que no me dejan dormir. El silencio de mi dormitorio, solo interrumpido a veces por la respiración suave de Luna, me aplasta.

Mis pensamientos dan vueltas como en un carrusel. No consigo desconectar. Una y otra vez veo la ventana vacía, como si quisiera burlarse de mis miedos. Intento, calmarme, repetirme que el espanto ha pasado. Pero, en el fondo, queda la pregunta: ¿De verdad se ha acabado?

Cuando ya no puedo más, me voy al despacho, donde he colgado las pizarras blancas llenas de garabatos. Siempre que paso por la ventana del pasillo, no solo pienso en la mujer desconocida, sino también en Leon. Como Luna está conmigo, no puedo invitarlo a casa. Aunque la encerrara en la cocina, notaría la presencia de Leon y no pararía de ladrar. Igual que hizo con Tío Eric. Además, no sería capaz de dejarla sola para ir a ver a Leon.

En nuestra última llamada, él ha propuesto que nos viéramos en el parque. Él, yo y Luna. Al fin y al cabo, tiene que acostumbrarse a tolerar hombres cerca. Al principio me negué, pero insistió y, al final, he aceptado quedar mañana con él. Aunque tampoco sé si hago lo correcto.

A la mañana siguiente de la segunda noche, una nueva sensación se cuela en mi conciencia: inquietud. No por mí, sino por la mujer que he visto. Cuanto más lo pienso, más crece el temor de que quizá no haya desaparecido sin más, sino que le haya ocurrido algo horrible. Pidió ayuda. ¿Y si le ha pasado algo? ¿Si quien llamó le ha hecho daño? ¿Y si de verdad la ha asesinado? La idea ya no me suelta.

Pienso un instante en llamar a la policía, pero ya lo he hecho demasiadas veces.

Las fotos borrosas, la ventana vacía — como si todo existiera solo en mi cabeza. Ya no tengo fuerzas para que me ignoren otra vez, para que me vuelvan a tachar de histérica. ¿Y si esta vez de verdad creen que estoy loca?

También me resuenan en la cabeza las palabras de uno de los policías. —Llame de nuevo solo cuando esté segura de haber visto algo …—

¿Qué se supone que haga, Paula?

Lo que siempre has hecho. Entre dos se *es más fuerte.*

¿Crees que necesito testigos?

No hacen daño, ¿no?

A Luna no parece gustarle mi diálogo mudo. Se acurruca contra mí, gime en voz baja, como si quisiera mostrarme que está ahí, lista para aguantarlo todo conmigo. Su presencia me da valor. No estoy sola — tengo a Luna y a Nici.

Y a Paula.

Atrévete.

¿A qué te refieres?

Recupera el control de tu vida. Toma las riendas. En lugar de volver a decepcionarte con la policía, actúa.

Asiento. ¿No es esa la solución más evidente? Algo que debería haber hecho hace tiempo?

Luna me sigue al trote cuando voy hacia el teléfono, sus patas repiquetean quedo sobre la tarima. Percibe mi inquietud, lo noto en cómo me observa, con las orejas en alerta.

—¿Nici?— Mi voz tiembla cuando por fin la localizo.

Luna me empuja suavemente con el hocico, sus ojos cálidos se posan en mí y me siento un poco más valiente.

—¿Josie? ¿Qué pasa?— Nici suena enseguida preocupada.

Apoyo una mano en la cabeza de Luna, siento su pelo suave bajo mis dedos. —No ha pasado nada. Es que no puedo dormir y dijiste que podía llamar …—

—Claro, si total soy el sueño de tus noches en vela, ¿o no?— Suelta una risita, y yo no puedo evitar sonreír también.

—¿Te decepcionaría si fuese otra mujer la que me mantiene despierta?—

—¿La has vuelto a ver?—

—No, justo eso.— Mientras lo digo, me doy cuenta de lo irracional que suena. Cuánto he deseado que el espanto se acabara. Y ahora que, al parecer, ha terminado, me inquieta casi tanto como si siguiera viendo a la mujer.

Luna me da un toque, como si quisiera decirme que dudar no me lleva a ninguna parte. Así que le cuento a Nici mis temores, y cómo no puedo dejar de pensar que quizá ha pasado algo horrible enfrente.

Nici guarda silencio un momento, pero la oigo moverse y algo cruje. —Vale, Josie-Jo. Voy. Lo miramos juntas.—

Una oleada de alivio me recorre, seguida de un nuevo impulso de valor.

—Gracias, Nici, de verdad.—

—Venga, corta el rollo. Te va a salir caro. Pero caro de verdad. Me invitas al Four Seasons.—

—Tú misma dices que es carísimo y que las raciones son ridículas para lo que cuestan—, le recuerdo entre risas.

Siempre me sorprende lo rápido que consigue hacerme sentir mejor.

—Pues cine, entonces. Con palomitas. Y cócteles después. Al fin y al cabo, tú eres la rica divorciada de las dos.—

—Trato hecho.—

***

Mientras espero a Nici, Luna se sienta a mi lado. Cuando al poco rato suena el timbre, ella salta, se le mueven las orejas y se pone a gruñir en voz baja mientras corre hacia la puerta.

—Tranquila, chica—, le susurro.

Cuando Nici se planta delante de mí y nos saludamos, como siempre, con un abrazo, parte de la tensión que se ha acumulado en los últimos días se me cae de encima.

Nici me examina cuando la suelto. —Tenemos que ir de compras de verdad. Las ojeras te piden a gritos un corrector.— Inclina la cabeza. —O te pillamos una de esas sudaderas gigantes con forro de peluche por dentro. Las hay con orejas de panda.—

No puedo evitar sonreír. —¿Quiero saber de dónde lo sabes?—

—Probablemente no. Pero, para que luego no digan que no lo advertí: Y o con eso estoy monísima.—

Primero deja que Luna le huela la mano, luego se agacha para rascarle detrás de las orejas a la perra.

—Es llamativo lo tranquila que está mientras no haya un hombre cerca—, comento por enésima vez.

Nici alza la vista. —Hablando de hombres, ¿has sabido algo de Leon?—

—Hemos hablado por teléfono—, admito en voz baja, me vuelvo y hago como si colocara bien la cama de Luna—. Y hemos quedado en el parque.—

—¿Te has visto con él? ¿Sola?—Niego rápidamente con la cabeza. —Era un sitio público y Luna estaba conmigo.—

—Pensaba que no toleraba hombres cerca—, pregunta Nici, y me parece que entrecierra los ojos. Aunque seguramente sea cosa de la luz.

—Tendrá que acostumbrarse tarde o temprano si la queremos dar en adopción.— Ojalá no sonara tan a la defensiva. —Y Leon ya la conoce. Además, ha ido bastante bien. Estaba nerviosa, ha gruñido, pero no ha tirado de la correa ni ha intentado saltarle encima. Seguramente porque él se ha mantenido a dos metros de distancia, pero es un comienzo.—

—Bueno, algo es algo.—

—Por cierto, en el grupo de autoayuda Luna también se ha portado. Frank volvió a no aparecer, así que no hubo problema con Luna. Y tengo galletas para ti. Hannah ha horneado y cada uno de nosotros ha traído una bolsita pequeña. Tienes que probarlas. Y …—

—Respira, Josie-Jo.— Nici me sujeta por los hombros.— Estás parloteando.—

Bajo la cabeza. —Estoy nerviosa—, admito al fin.

—¿Por qué? Si solo soy yo.—

—Ni yo misma lo sé.—

—Bien, pues ahora mismo nos vamos juntas al edificio de enfrente a comprobar que todo esté en orden—, dice con esa serenidad decidida tan suya.

La confianza de Nici se contagia, así que asiento. —Ojalá Luna pudiera venir—, murmuro aun así, mientras vuelvo a acariciar a la perra.

Nici me aprieta el hombro con suavidad y me dedica una sonrisa alentadora. —Luna aquí está segura, Josie. Además, vigilará tu piso mientras estamos al otro lado. ¿Lista?—

Respiro hondo antes de asentir. —Lista cuando tú digas.—

Un minuto después estamos frente a mi edificio. El de la acera de enfrente resulta aún más opresivo con el anochecer. Las ventanas desnudas y la fachada muda parecen observarnos mientras cruzamos la calle.

El corazón me late más deprisa cuando llego a la puerta. Casi espero que el dragón del administrador de la finca la abra de golpe, pero no ocurre nada. Por un momento me pregunto si es una señal. ¿De qué? ¿«Ni se te ocurra seguir» o «Mira, te allano el camino»?

Con las manos temblorosas, agarro el picaporte y lo bajo despacio.

Para mi sorpresa, la puerta no está cerrada con llave. Al leve raspar que suelta cuando la abro se me eriza la piel. Inspiro hondo, entro en el portal y cierro la puerta tras de mí. A mi lado escucho las suaves respiraciones de Nici, que me van calmando.

La oscuridad y el silencio de la escalera nos envuelven. Solo el leve crujido de los viejos peldaños de madera bajo nuestros pies nos acompaña mientras tanteamos con cuidado hacia arriba.

—Si ves algo, avísame enseguida, ¿vale? —susurra Nici.

—Lo prometo. —Intento calmar mis manos temblorosas mientras alcanzamos el segundo piso, desde el que tantas veces he visto a la mujer.

Apoyo la oreja en la puerta para escuchar y entonces se abre hacia dentro sin hacer ruido.

Por poco pierdo el equilibrio; solo el agarre rápido de Nici evita que me caiga.

Intercambiamos una mirada y ella se encoge de hombros y me indica que vaya por delante.

Dudo. ¿Por qué no está cerrada la puerta? ¿Hay alguien en el piso?

Escucho con atención. Pero nada, solo silencio.

Un golpecito en el hombro casi me hace pegar un bote. Me doy la vuelta de golpe, pero solo es Nici, que me tiende con una sonrisa de disculpa un botecito.

—¿Spray de pimienta? —susurro.

Se encoge de hombros y alza una ceja.

Al menos tengo que admitir que, con el spray en la mano, de verdad me siento más segura, mientras nos deslizamos una detrás de la otra dentro del piso.

El interior del piso está sumido en una penumbra inquietante; solo los primeros rayos del amanecer se cuelan por las ventanas polvorientas. El aire está viciado y huele a madera húmeda. La linterna de mi móvil arroja un débil halo sobre las paredes y los muebles, que se difuminan en las sombras. No estoy segura de qué debo esperar; avanzo despacio por el pasillo y hacia el salón, con Nici pegada a mí. Todo parece intacto. Comprado de nuevo para poder alquilar el piso a huéspedes de corta estancia.

Pero no hay ninguna mujer rubia, ni rastro, ni pistas, solo un piso ordenado y recogido.

—Da yuyu —murmura Nici, con los ojos recorriendo la estancia con atención—. Aquí no hay nada. Pero aun así se siente como si algo no encajara.

Asiento; yo también lo noto. Como un edificio que está vacío y no debería. Como si algo de los antiguos inquilinos se hubiera quedado atrás.

Cada sombra, cada crujido del viejo suelo de madera acelera mi corazón. Al fin llego a la ventana por la que he visto tantas veces a la misteriosa mujer. Pero cuando miro fuera, no veo más que las calles vacías.

De pronto oigo un leve chasquido, como si alguien se arrastrara por el suelo. Se me eriza la nuca y me giro en seco. Se me corta la

respiración, el corazón se me desboca. El frío me envuelve y me eriza la piel. Alguien está aquí y no quiere que le descubran.

—¿Tú también has oído eso? —le susurro en tensión.

Ella niega con la cabeza. —¿El qué? —articula sin voz con los labios.

Alzo la mano y escucho. No me atrevo a moverme. Aun así, la luz de la linterna de mi móvil baila por las paredes y proyecta sombras vacilantes que saltan de un lado a otro. Pero ya no oigo nada.

Sigo con cautela. Nici está ya a mi lado, con los labios apretados en una fina línea. Registramos cada habitación, pero el piso no nos muestra nada. Sin pistas, sin señales; simplemente nada.

—Aquí no hay nada, Josie-Jo —constata también Nici al cabo de un rato con voz cansada—. Estamos perdiendo el tiempo.

—Tiene que haber algo, Nici. Aunque la mujer se haya ido, ¡la he visto! Algo tiene que haber quedado.

Nici suspira. —Ya lo hemos mirado todo. Da igual cuánto más husmeemos aquí: donde no hay nada, no vamos a encontrar nada. Vámonos. Yo necesito dormir, y tú también.

Sus palabras atraviesan el silencio del piso, más frías que el aire que nos rodea.

—¡No! —Noto cómo la decepción me cierra la garganta—. Podemos mirar los muebles más a fondo.

Nici se detiene. —Esto no nos va a llevar a ninguna parte. Es evidente que son todos nuevos. No me lo tomes a mal, pero te estás agarrando a un clavo ardiendo donde no lo hay.

—¿Y si de verdad hay algo que no cuadra y simplemente no lo vemos? —replico.

Ella niega con la cabeza. —Te estás metiendo en la cabeza algo …

La frustración me hace un nudo en el estómago. —No puedo irme sin averiguar algo.

Nici suspira, y los hombros se le hunden. —¿Y si no hay nada que averiguar? Ya no ha pasado nada más. Déjalo estar. En serio, no te vendrá bien más estrés. Ya te estás imaginando ruidos que no existen.

—¡Sé lo que he oído! —suelto, con el corazón latiéndome en el pecho como un martillo pilón. Sus dudas me golpean hondo—. ¡Vete si quieres! Pero yo me quedo hasta saber qué pasa.

—Josie, eso no tiene sentido. —Nici da un paso hacia mí y me apoya una mano en el brazo—. Si te quedas aquí solo te vas a volver más loca. ¿Qué esperas? ¿Que esa mujer aparezca de repente delante de ti y te cuente su vida?

—¡No lo sé! ¡Pero no puedo actuar como si no hubiera pasado nada!

Retira la mano. —Hemos estado, hemos mirado y no hemos encontrado nada. Tiene que bastar, Josie-Jo. Si nos pilla alguien aquí, nos cae un allanamiento de morada. Yo no me lo puedo permitir.

—Pues vete —susurro. Entiendo los argumentos de Nici, pero aun así me niego a rendirme ahora. Algo me dice que aquí hay más de lo que podemos ver, y no me iré hasta descubrirlo—. Pero yo me quedo.

Nici se queda un momento más, como si se estuviera planteando llevarme a rastras. Pero al final solo niega con la cabeza; la decepción en su mirada duele más de lo que esperaba.

—Cuídate, Josie-Jo. Y llama si necesitas otra cosa distinta de alguien que se meta contigo a robar pisos. —Espera un instante, pero como solo la miro, se da la vuelta y se escabulle fuera del piso.

La puerta encaja con un leve clic. El silencio que queda es más ensordecedor que cualquier ruido que haya oído en mi vida. Mi respiración se vuelve superficial; la oscuridad se me echa encima, como si quisiera tragarme. Por un instante dudo y mi mirada se va hacia la puerta que Nici acaba de cerrar tras de sí.

—Paula, ¿qué hago? —susurro—. ¿Voy detrás de ella? ¿Me rindo?

Mi hermana, ya fallecida, siempre tan fuerte, tan valiente, no se habría dejado vencer por el miedo, no habría dudado. —Ojalá estuvieras aquí.

En el silencio la oigo reír. Suave y cariñosa, como en nuestra infancia, cuando yo volvía a ser demasiado prudente.

—No me necesitas, Josie —me diría con ese brillo pícaro en los ojos—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Lo sé? La verdad es que estoy hecha un lío, Paula. Ya no sé qué es real y qué no. Pero no puedo dejar de buscar respuestas.

Espero una reacción, una señal, algo que me marque el camino. Pero solo hay silencio—. Lo conseguiré, ¿verdad? —susurro.

Pensar en Paula me da fuerzas por un momento para seguir. Ella siempre fue la valiente de las dos, la que lo arriesgaba todo por averiguar qué había detrás de la fachada. Si estuviera aquí, me empujaría a continuar, me recordaría que soy más fuerte de lo que creo.

Así que respiro hondo y vuelvo al salón. En algún lugar de este piso tiene que haber pistas. Algo que explique qué está pasando aquí.

Sujeto el spray de pimienta con firmeza delante de mí y empiezo de nuevo a registrar las habitaciones. Recorro cada esquina, cada recoveco, buscando … ¿qué? No lo sé. Pero lo noto, como un zumbido sordo en la nuca. Algo está aquí. Algo que se me escapa. Algo que se esconde cuando lo busco.

Entonces, un crujido suave a mi espalda. Me quedo quieta, escucho; el corazón me late a toda prisa mientras me giro lentamente. Nada. Solo oscuridad. Pero lo vuelvo a oír, esta vez más fuerte, como si alguien se deslizara por la habitación contigua.

La respiración se me acelera; de repente el aire se vuelve demasiado pesado para respirarlo. Intento contener el pánico, pero late en mis sienes y me enreda los pensamientos. Estoy sola. Debo

de estar sola. ¡Y aun así hay algo aquí! Puedo sentirlo, justo bajo la piel. Reúno todo mi valor y me atrevo a entrar en la habitación contigua, a oscuras.

Allí me detengo y escucho. Nada.

Un clic. ¡La puerta del piso! ¡Alguien ha estado aquí!

Corro hacia el sonido con la esperanza de alcanzar a esa persona en la escalera.

De pronto tropiezo con algo en el suelo; el móvil se me cae de la mano. Aterriza con la pantalla hacia arriba, de modo que solo queda un fino halo de luz alrededor.

Me quedo inmóvil, clavada en el sitio. El miedo me oprime el corazón como un puño de hierro. Por fin me obligo a moverme otra vez. Cada gesto se siente como si estuviera metida en un pantano. Pesado y pegajoso.

Me agacho lentísima. Sostengo la mano con el spray de pimienta delante de mí mientras con la otra tanteo el suelo.

Rozo algo blando, húmedo, cálido. Un grito se me forma en la garganta. Me lo trago a duras penas. No puedo dejar que me descubran. Ni la bruja del edificio, ni … lo que sea que está aquí conmigo en el piso.

Entonces lo veo. Me quedo en seco. El corazón me da un vuelco y, por un instante, los pensamientos se me quedan en blanco. Apenas puedo respirar.

En medio del suelo, a solo un paso de mí, está — una rata muerta.

Tiene el pelaje áspero, los ojos vidriosos fijos en la nada. Su pelo está empapado de sangre.

Se me revuelve el estómago. Los pensamientos se me disparan. El sudor me recorre la espalda.

¿Quién ha hecho esto? ¿Por qué está aquí?

Porque hay algo que sé con total seguridad: cuando he pasado por aquí hace un momento con Nici, la rata no estaba.

Capítulo 19

De vuelta a mi piso, cierro la puerta de un portazo y me quedo apoyada en ella. El corazón aún me late desbocado en el pecho mientras la imagen de la rata muerta parpadea ante mis ojos. ¿Quién ha hecho eso? ¿Quién demonios ha estado en el piso?

¿Una broma de Nici? Ni de coña. Le tiene pánico a los roedores.

Se me encoge el estómago de asco, como si una mano helada me estrujara el corazón.

¿Por qué iba alguien a hacer algo así?

Me dejo caer al suelo; los pensamientos me arremolinan en la cabeza como hojas secas en viento otoñal. Maldito instinto de huida, ¡tendría que haber fotografiado al animal! Pero no me atrevo a volver allí sola. Quienquiera que fuese, él o ella ha estado peligrosamente cerca de mí. La idea de que haya alguien al acecho capaz de hacer esas cosas me eriza la piel, como si me hubiesen sumergido en agua helada. ¿Y si esa persona no solo quiere asustarme? ¿Y si va más allá? No es una broma—es una advertencia. Una advertencia asquerosa, repugnante.

De pronto ya no me siento segura ni en mi propia casa. ¿Podría esa persona estar también aquí dentro, a solo unos pasos? No. Luna no habría permitido que un extraño entrase en mi piso en mi ausencia.

Aprieto los párpados, combato el pánico que asoma y respiro hondo varias veces.

A trompicones me quito los zapatos y dejo la chaqueta tirada en el perchero. Solo entonces noto que algo no va bien. ¿Dónde está Luna? No está en su sitio ni ha venido a la puerta a saludarme.

—¿Luna?

Corro al salón y respiro por un segundo al verla tumbada en el sofá, aunque no debería subirse a los muebles. Entonces caigo en que solo levanta la cabeza con desgana al oírme.

Se me escapa un sonido de preocupación y voy corriendo hacia ella.

—¿Luna? —me tiembla la voz mientras me arrodillo a su lado y le acaricio el hocico—. Jadea mucho, tiene la mirada cansada y turbia —. ¿Qué te pasa, chica? ¿Qué tienes?

Dirijo la mirada a la mesa del salón, o mejor dicho, a lo que ya no está allí. La bolsa con las galletas de Hannah—ha desaparecido.

No, no. Está al lado de Luna.

—Oh, no … Luna, ¿qué has hecho? —le acaricio las orejas suaves mientras una fría angustia me recorre por dentro—. ¿La he puesto en peligro por estar tan atrapada en mi propio caos?

—Todo va a salir bien —le susurro, sujetándole la cabeza entre las manos, pero mi voz suena hueca—. Tiene que salir bien.

Mi primer impulso es llamar a Nici. Ya tengo el móvil en la mano cuando me detengo.

Se ha ido bastante cabreada. ¿No te parece?

Aun así, no me dejaría tirada ahora, Paula.

¿Quieres arriesgarte? ¿De verdad quieres jugarte vuestra amistad solo porque tú sola no eres capaz de decidir?

Podría llamar a Leon.

¿Y qué le vas a decir? Eh, Leon, mi perra, sí, esa misma que no se deja tocar por ti y que igual muerde si la agobian, ¿tiene que ir al veterinario?

Paula tiene razón. Pero coger y transportar a Luna es un reto. Luna pesa unos veinte kilos—más de un tercio de mi propio peso. La idea de bajarla por las escaleras y meterla en el coche me parece casi imposible.

Respiro hondo e intento apartar la desesperación. La tarea es físicamente dura, pero se puede hacer.

Despacio y con todo el cuidado del mundo pongo a Luna en pie. Se tambalea y tiene los ojos turbios, pero consigo incorporarla con suavidad sobre las patas. Va dando tumbos, pero avanza a mi lado hacia la puerta. Sin embargo, una mirada a la escalera me muestra unos peldaños que parecen una montaña insalvable.

—Vale, Luna, podemos con esto —murmuro mientras me agacho a su altura y le paso los brazos por el vientre. Con toda la energía que puedo reunir, bajo a Luna despacio por las escaleras. A los pocos escalones ya siento el esfuerzo en brazos y piernas. Luna pesa, y tengo que concentrarme en cada movimiento para asegurarme de que no se me caiga ni se haga daño.

Por suerte mi coche sigue en el garaje, aun así el camino hasta allí se me hace interminable. En un último esfuerzo consigo depositar a Luna con cuidado en el maletero.

Arranco y conduzco hasta la clínica veterinaria donde también atienden a los animales del refugio. Por suerte es lo bastante grande como para tener servicio de urgencias. Luna va inmóvil durante todo el trayecto. Cada una de sus respiraciones es pesada y la idea de que quizá esté en peligro de muerte casi me supera. Miro al retrovisor una y otra vez, aunque no puedo verla por encima del respaldo trasero.

El aparcamiento de la clínica es pequeño, pero hay algunas plazas libres. Con las manos temblando aparco, me desabrocho el cinturón y abro el maletero.

El frío Viento me golpea como una bofetada mientras saco a Luna. En el cristal de la puerta de entrada brilla un cartel con el texto " Servicio de urgencias 24 h". El suelo bajo mis pies parece vibrar cuando empujo la puerta y entro con Luna en brazos en la recepción.

—¡Por favor, necesito ayuda ahora mismo!

La recepcionista, una mujer de mediana edad con gesto preocupado, no duda y viene rápida hacia nosotras. —¿Qué ha pasado? —pregunta, guiándome hacia una de las salas de exploración.

—Ha comido algo malo. Se ha cogido las galletas de la mesa. Está completamente aturdida —explico, como si no pudiera verlo por sí misma.

Aun así, asiente. —Ahora mismo aviso a la veterinaria. Ella se hará cargo.

Dejo a Luna en la camilla y toca esperar. Los segundos parecen estirarse hasta el infinito hasta que la veterinaria, una mujer amable pero siempre muy profesional, ya rozando los cincuenta, entra en la sala. Me saluda brevemente y se concentra en Luna. Con manos expertas la explora mientras le habla en tono calmado para tranquilizarla.

—¿Ha comido galletas?

La culpa me oprime la garganta, así que solo asiento en silencio.

—¿Eran con xilitol?

—No lo sé. Fueron un regalo. Pero normalmente Hannah siempre hornea con azúcar de verdad.

—¿Puede averiguarlo?

Vuelvo a asentir, ya con el móvil en la mano. Entonces caigo en que no tengo el número de Hannah.

¡Mia! Tendrá los datos de contacto de todas del grupo.

La busco a toda prisa en mis contactos y la llamo.

Cógelo, Mia. Cógelo. Cógelo, cógelo. ¡Va! ¡Venga! ¡Cógelocógelocógelo!

Nada, salvo el tono que taladra el oído.

—No consigo localizar a nadie.

—Manténgase calmada. Vamos a hacerle a Luna una exploración completa y a ver qué ha podido ingerir. Si se trata de una intoxicación, tendremos que actuar de inmediato.

Como atontada, asiento y observo con nerviosismo cómo la doctora examina a Luna y finalmente le administra una pastilla.

Tras lo que parece una eternidad, termina. Su expresión es seria pero serena cuando me mira. —Le he dado a Luna un medicamento para que vomite. Con un poco de suerte será suficiente —empieza—. Aun así, vigilaré su nivel de glucosa y controlaré los valores hepáticos para asegurarme de que no sufra daños a largo plazo. Me inclino a pensar en una intoxicación por xilitol. Es un edulcorante muy peligroso para los perros. Pero usted ha reaccionado a tiempo. Quiero dejarla esta noche aquí por seguridad, pero creo que saldrá adelante.

Se me forma un nudo en la garganta y respiro hondo mientras la alivio me recorre por dentro. —Gracias —digo en voz baja—. Gracias por ayudarla.

La veterinaria asiente con comprensión. —Haremos todo lo posible para asegurarnos de que se recupere por completo. Llame mañana y sabremos más.

Acaricio a Luna con suavidad por el sedoso pelaje e intento contener las lágrimas que me vuelven a asomar a los ojos una y otra vez. Sé lo poco que le gusta a Luna quedarse en un entorno desconocido. —Eres tan valiente, Luna —le susurro—, lo siento por tener que hacerte esto. Mañana vendré tan pronto como pueda, ¿vale?

Dirigiéndome a la veterinaria, digo: —Tiene miedo a los hombres, por si …

—Lo tendremos en cuenta. Gracias.

Con un último y suave beso en su cabeza, dejo a Luna en manos de la veterinaria y salgo fuera.

En el pasillo respiro hondo mientras la realidad me golpea de lleno. Tengo tantas preguntas y tanta incertidumbre dentro, pero en este momento solo importa Luna.

Cuando por fin me siento en el coche, mi mirada se posa en algo que ha quedado atrapado bajo el limpiaparabrisas. Una estrecha tira de papel que, con cada ráfaga de viento, flamea levemente, como si quisiera susurrarme un secreto.

Un gemido se me escapa de los labios. Otra vez no.

¿Ha estado ahí todo el tiempo y, por la preocupación por Luna, me he dado cuenta solo ahora? ¿O alguien me ha seguido hasta la consulta? O quizá sea solo publicidad o un panfleto.

Intento apartar los pensamientos sobre posibles amenazas y, aun así, el parpadeo se convierte en un martilleo constante que me late en las sienes cuando, con los dedos entumecidos, abro la puerta un resquicio. Con cuidado, cuelo la mano por la rendija sin bajarme, por miedo a que haya alguien fuera.

Al desplegar la nota, un frío pegajoso se me mete en los huesos. Definitivamente no es un folleto. Las palabras están escritas con un rotulador negro y dan la impresión de haber sido garabateadas a toda prisa.

En lo hondo de la noche, cuando los pasos despiertan,
el silencio se quiebra, a los débiles los cercan.
¿Oyes el susurro que por las calles va?
Crece la pesadilla, y la paz ya no está.

En el silencio en casa, las ratas, bailan sin pausa,
el pánico se agranda, te rompe y te arrasa.
El tiempo se hace enemigo y la verdad un desvío,
aunque la respuesta se esconda en lo sombrío.

La incertidumbre sobre quién me ha enviado este mensaje y qué se supone que significa me eriza el vello de la nuca, y un escalofrío helado me recorre la espalda. El corazón me late tan deprisa que parece que quiera salírseme del pecho.

¿Quién ha escrito esto? ¿Qué quiere esa persona de mí?

Tienes que llamar a la policía.

¿Y luego qué, Paula? ¿Que me digan que llame solo cuando haya visto algo?

Cierro la mano en torno al papel.

Tienes algo que se puede ver.

Asiento sin poder evitarlo. Arranco el coche y me pongo en marcha. Hacia el centro, junto al gran centro comercial está la comisaría central. Quizá me crean si me planto delante de ellos. Tienen que creerme. ¡Tienen que creerme, sin más!

Un claxon me devuelve a mi propio carril y me recuerda que la muerte no acecha solo en el poema del asiento, sino también en la carretera. Los tres kilómetros hasta la comisaría se me hacen eternos.

Allí me reciben unos escalones de mármol, un frente de cristal, una puerta cerrada, un portero tras un interfono y otras tres personas esperando.

Quiero ponerme a la cola, pero la mujer en segundo lugar me hace un gesto para que pase delante. —Diga por qué está aquí. Llevamos esperando para que nos dejen pasar.

Como en trance, asiento, paso a su lado y me pregunto qué decirle al micrófono tras el panel metálico, con desconocidos a distancia de oírme.

Aprieto el botón rojo, encima del que pone "Por favor, llame".

—¿Sí?

La voz suena antipática. Como la de un funcionario con unos cuantos años y unos cuantos histéricos de más a sus espaldas.

—Josephine West. Yo … he encontrado una carta de amenaza en mi coche. No es el primer incidente de este tipo. Quiero poner una denuncia.

—Venga mañana a las ocho, por favor, y podremos tomarle la denuncia; ahora mismo …

—¡Eso no puede ser! —grito, desesperada, y le planto el sobre delante de las narices—. No puedo irme a casa ahora, por favor, tiene que mirar esto.

Mi tono ha debido de sonar lo bastante histérico como para que se replantee su postura. —Un momento, por favor.

Un chasquido me indica que ha colgado. Tengo las mejillas ardiendo mientras espero una reacción. La puerta se abre y una joven comisaria se planta ante nosotros. —Señora West, por favor, pase dentro.

Casi no me lo creo, pero echo a andar a trompicones. Tras la pesada puerta, donde huele a limpiamoquetas, arcilla expandida y uniformes recién lavados, me siento por primera vez en días verdaderamente a salvo. La mujer morena, con una coleta alta, me indica, con un gesto, que tome asiento en una sala con la puerta abierta. Dentro hay un escritorio, un ordenador y tres sillas. Nada más.

—Comisaria Carla Pullmann. Siéntese, por favor.

Me dejo caer en la silla, con la carta aferrada como si me fuera la vida en ello.

Como las sombras de esas lamparitas infantiles que tenías antes en tu cuarto, la conversación pasa zumbando a mi alrededor. Examina la amenaza, pregunta si ha habido más cartas, palabras más concretas. Me explica mis derechos, pregunta qué ha ocurrido, si ya existe un número de expediente; me lo sé de memoria. Mete la carta en una bolsa. Anota cuándo y dónde se ha encontrado. Pregunta por otros incidentes. Le cuento todo. Estoy infinitamente agradecida de que no ponga en duda ni una palabra de mi relato. De

que se mantenga paciente y comprensiva hasta la última frase. Mi entusiasmo se mantiene intacto hasta que me despide con un apretón de manos reconfortante y dice: —Investigaremos el asunto y nos pondremos en contacto.

Me pone un folleto en la mano.

—Se pondrán en contacto —digo. La frase resuena en mis oídos. Abro el folleto—. Guía de actuación en caso de amenazas por parte de la ex pareja. Solo me saltan a la vista unos cuantos puntos. Mantener la calma. En caso de peligro, llamar inmediatamente al 110.

¡Anda ya!

Autoprotección, evitar estar sola, en su caso quedarse con amigos o familia, cambiar las cerraduras. El número de la asociación de protección a la mujer. Una imagen de un espray de pimienta.

—Pero …

—Sé que todo esto resulta muy amenazante, señora West. Puede llamar en cualquier momento.

Dentro de mí estallan la rabia y la decepción. Ya sabía que no me iban a meter en un programa de protección de testigos, pero esto …

—Gracias.

La palabra suena ensayada, acartonada, sosa. Final.

Arrastro los pies de vuelta a la puerta y salgo al mundo que acecha. Siento durante mucho rato la mirada pensativa de la comisaria clavada en mi espalda. No es ningún consuelo.

Una cosa está clara: mientras siga viva, mi caso no parece lo bastante drástico para las autoridades. Ya veremos cuánto tiempo sigue así.

Capítulo 20

SOLO cuando llego a casa una hora más tarde me doy cuenta de que me estoy ahogando. Estoy como sorda, lo oigo todo entre un zumbido, lo veo todo a través del velo de agua fría y no siento nada. Es como si el lago viniera a por mí. Como si, después de tantos años, reclamara su derecho sobre mí. Apenas me queda fuerza para resistirme. ¿Qué podría hacer alguien como yo contra semejante masa de agua?

Al entrar en el recibidor, me quedo mirando la luz parpadeante de la cámara. Cierto. Las cámaras. Vaya idea de bombero.

Me acerco al zapatero. Un zumbido suave suena a mi espalda. Alzo la vista y me topo con la luz parpadeante de la cámara. Camino hacia el pasillo, detrás de mí el murmullo del pequeño motor que hace girar la cámara. Me vuelvo y miro la luz parpadeante de la cámara. Parece que el consejo de Leon de comprar un móvil nuevo y más seguro no ha servido de mucho.

Miro fijamente la lente sin moverme.

Qué, pienso, ¿te gusta lo que ves? ¿Ya estás satisfecho?

Se me llenan los ojos de lágrimas porque no parpadeo. Me corren calientes por las mejillas, pero no lloro. ¿Para qué? No sirve de nada. Por fin me aparto, me arrastro hasta la cocina y voy al fregadero. El agua golpea a traqueteos la cubeta de acero inoxidable. Durante un rato me quedo mirando el chorro. Tengo sed, una sed atroz. Despacio y con dolor, sin saber de dónde me vienen o si me los estoy imaginando, me agacho bajo el grifo y bebo a tragos profundos.

Me duelen las uñas de lo fuerte que he cerrado las manos en el borde del fregadero. El agua fría me entra en la boca y en la nariz. La sensación me es familiar. Doy un respingo. Cierro el grifo y me doy la vuelta de golpe. La escoba cuelga de un gancho de hierro

fundido junto a la puerta. El palo encaja firme en mi mano. Estoy lista. Lista para nadar, para luchar, para hacer lo que haga falta para escapar del lago y de la locura. La cámara me mira fijamente cuando irrumpo en el recibidor. Me sigue mirando cuando el primer golpe la alcanza. Me llueven piezas de plástico. El diodo parpadea y se apaga.

Marcho hacia el dormitorio. La cámara de allí se ríe de mí con sus destellos. Gira un poco a la derecha, luego a la izquierda, como si, con una desesperada negativa de cabeza, quisiera hacerme desistir de mi propósito.

Tres golpes después también yace desguazada a mis pies, en el suelo.

Resoplando, pero con una sorda sensación de triunfo en el pecho, me dejo caer sobre la cama.

Una se basta a sí misma, pienso, y constato aliviada que la presión sobre mí ha cedido un poco. Que respirar me resulta un ápice más fácil.

Aunque solo hasta que recuerdo que no son las cámaras el origen de todos los males. Sin prisa, me levanto. La calma interior, que aún me tiene bien agarrada, me preocupa, pero por ahora hay cosas más importantes que mis nervios. Vuelvo a la cómoda del recibidor. Abajo del todo, en el cajón más al fondo, encuentro mis stilettos, los que llevé en la boda. Quise quemarlos, cortarlos con un cuchillo, pero nunca me atreví. Hoy me servirán para otra cosa. En la cocina cojo la tabla de cortar, coloco el móvil encima con solemnidad, agarro el zapato y aporreo pantalla y carcasa con el tacón hasta que el aparato queda como si hubiese pasado por una prensa de chatarra.

Me quedo un buen rato sentada delante, mirando los restos. En el fondo tiene su punto, esto de vivir al borde de la locura. Reprimo una risa histérica, me arrastro al salón, enciendo la tele y me quedo mirando la pantalla. No sé qué ponen, no sé cuánto tiempo he estado así. Solo cuando las sombras de la noche se cuelan por las ventanas, me muevo.

Temo a la oscuridad. Así que intento llamar al tío Eric. No lo coge. Probablemente sigue ofendido por lo de Luna. Pues nada, otra vez la tele. Debería ser noche de crímenes. La verdad es que no me apetece nada un thriller. Mientras me cepillo los dientes sin ganas, suena el timbre.

Seguro que son los vecinos para decirme que, por favor, les riegue las plantas porque se han vuelto a ir de vacaciones de esquí, me digo a mí misma.

Un golpe sordo me saca del error. Me quedo en el arco hacia el recibidor, paralizada.

—¡Josie, sé que estás ahí!—

¡Michael!

Los pies dejan de obedecerme. ¿Cómo ha entrado en el portal?

¿Están de verdad los vecinos de vacaciones de esquí? Oh, por favor, no.

La anciana de arriba está totalmente sorda, no oiría ni aunque explotase aquí una tubería de gas.

—¡Abre la puta puerta! Quiero hablar contigo.—

No me sale ni un sonido. Quiero decirle que se largue, que voy a llamar a la policía, pero no me sale ni una sola palabra de la boca.

—¡Josie! ¿Eres consciente de que me van a encerrar si sigues contando esas mierdas? ¡Ata en corto a tu abogada y cállate de una puta vez!—Vuelve a aporrear la puerta—. ¡Abre, zorra envidiosa!—

Las palabras me golpean como el eco de sus puños. Desvío la mirada hacia el teléfono. Cuelga en la pared del recibidor. Prácticamente justo a su lado. Si llamo a la policía desde ahí, oirá cada palabra.

—¡Te juro que tiro la puerta abajo si no abres!—

Por fin reacciona mi cuerpo. —¡Vete! —grito, desesperada—. Voy a llamar a la policía.—

El teléfono. Está tan cerca. ¡El móvil! Ya voy hacia el dormitorio cuando caigo en que he convertido mi última posibilidad de ayuda en chatarra electrónica.

—Josie. Por favor. Entra en razón.—

—¿Yo? ¡Lárgate! ¡Solo lo estás empeorando!—

Me muerdo los labios para contener el sollozo. Me atrevo a dar un paso cauteloso hacia el teléfono. Cruje una tabla de madera bajo mi pie.

Golpea tan fuerte la puerta que la madera tiembla.

—Por favor, Michael, vete—, me tiembla la voz. La odio por ello. No quiero que él lo note.—

—Josie—, su voz se vuelve más suave. Ha bebido; diría que puedo olerlo, pero es más bien la experiencia la que me da esa certeza—. Josie, abre. Solo un momento, luego…—

—¡No!—

Un golpe ensordecedor. Me refugio con un grito junto a la pared al lado del teléfono. Debe de haber embestido la puerta con el hombro. Ha resistido. Pero Michael es fuerte. Y el piso antiguo aún conserva las viejas puertas de madera. Preciosas, pero no diseñadas para exmaridos coléricos.

—¡Para! ¡Para! ¡Para!—, chillo. Por fin consigo descolgar y pegarme el auricular a la oreja.

—¡Puta traidora! ¡Deja de echarme a la poli encima y mírame a la cara, joder!—

Un traqueteo en el picaporte. —Josie, te lo juro por Dios: si no abres, entro y te enseño modales.—

—¡Eh!—

Michael enmudece. Dejo caer el auricular. ¿Han vuelto los vecinos de las vacaciones de esquí?

—¿Modales, sí?— La voz es baja, pero incluso a través de la puerta oigo la amenaza en ella.

—Tú y yo podemos hablar de modales cuando quieras, si no desapareces ahora mismo.—

¡Leon! ¿De dónde ha salido? Quiero decir algo, pero Michael se me adelanta.

—¿Eres su nuevo follador o qué? ¡Lárgate!—

—¿O qué?—

Leon suena aún tranquilo, pero hay algo en su voz que me eriza la piel de los brazos.

—¡O te pongo a correr!—

Oigo algo sordo, seguido de un gemido. Se me encoge el corazón. ¡Leon! Tengo que ayudarle, tengo que…

—Será mejor que no lo intentes otra vez—, suena entonces la voz de Leon. En ella hay una agudeza inconfundible—. Pero sigamos jugando un poco si quieres. Así por fin te pillan con las manos en la masa.—

—¡Bah, perro cobarde! ¡Esto no se queda así!—

Oigo pasos bajando la escalera. Pasos pesados.

—No veo la hora—, murmura más bajo al otro lado de la puerta—. ¿Josie?—

Por fin me atrevo a acercarme a la puerta, incluso apoyo la cabeza contra ella. Pero no puedo abrir. Simplemente no puedo.

—Espera un momento, ¿sí?— Su voz, que hace un segundo sonaba tan amenazante, se vuelve de repente tan aterciopelada que se me escapan lágrimas de alivio. Pero no puedo decirlo. Decir lo agradecida que estoy de que esté aquí.

También oigo sus pasos en la escalera. Oh, Dios, no irá a… ¡no!

—¡Leon!—

Nada. Silencio en el rellano. Pero solo un momento.

—Josie. Se ha ido. ¿Estás bien?—

El miedo a que también él se marche y me deje sola me hace abrir la puerta. Por un instante me asalta el pensamiento de que estaría más segura sola, de que debería mandarle lejos. Pero ese conato de instinto de conservación se desvanece en cuanto le veo delante de mí.

Me quedo mirándole. Registro lo pálido que está, lo preocupado. Recorro su cara en busca de heridas.

—¿Michael te ha…?—

Hace un gesto restándole importancia, pero veo que le tiemblan las manos. —Estoy bien. ¿Y tú?—

—No ha entrado—, le digo lo que ya sabe—. Gracias por…—

¿Qué hace aquí?

Me callo. Le miro fijamente. Retrocedo un paso.

Alza enseguida las manos en son de paz. —¿Podemos hablar dentro?—

—No. ¿Por qué estás aquí?—

—Quería ver cómo estabas porque…—

—¡Las cámaras! Has sido tú. ¡Tú manejas esos cacharros!— Antes de que pueda responder, le cierro la puerta. Mis pensamientos se desbocan. Me mareo. Es demasiado. Simplemente demasiado.

—Josie, escúchame. Sé que tienes miedo, pero puedo explicarlo.—

Me acurruco tras la puerta, me aprieto las manos contra las orejas. No quiero oírlo, no quiero estar aquí, solo quiero…

—Las cámaras tienen una función antisabotaje. He recibido un correo avisando de que podría haber un intento de sabotaje. Pasa con golpes fuertes o cuando alguien, en las versiones con cable, corta los cables. El correo me llegó a mí porque fui yo quien las

compró. Tenía miedo de que hubiese alguien contigo, o de que tú… por favor, abre.—

Suena coherente. Pero las manipulaciones de Michael al principio también me parecían verdaderas y coherentes.

—¿Has tenido acceso a las cámaras todo este tiempo?—, pregunto sin fuerzas.

—No. Solo están registradas con mi dirección de correo en el fabricante. Nada más. Déjame entrar, Josie. Por favor.—

—Las cámaras, se han movido cuando he llegado a casa—, le digo sin moverme del sitio.

—¿Así que las has desenchufado?—

Suelto una carcajada. —También se puede decir así.—

—Entiendo. Supongo que lo que quieres es estar tranquila. ¿Me voy? ¿O necesitas algo? ¿Llamo a alguien?—

—¡No!— La idea de que Michael pueda volver, de estar sola en general, me asusta tanto que hago de tripas corazón y abro la puerta.

Enseguida doy un paso atrás.

Leon está en mitad del pasillo. Tiene las mejillas enrojecidas, pero en su mirada hay una calma profunda, quizá también resaca. Le tiemblan un poco las manos. En los nudillos derechos luce un arañazo feo. Mi mirada se le queda pegada como una garrapata a carne fresca.

Gira un poco la mano y así oculta la herida. —Debí de engancharme con su cremallera—, murmura. Pese a su estatura, parece un colegial al que han pillado peleándose a escondidas.

—En cualquier caso, me alegro de que hayas venido—, digo en voz baja.

Por eso le has dejado plantado en la puerta y te encantaría conectarle a un detector de mentiras, se burla mi voz interior.

Dios, ¿se puede ser más contradictoria?

—Yo también.— Señala la puerta, luego a mí—. ¿Puedo?—

Asiento y me aparto aún más para que pueda entrar. Bajo sus zapatillas crujen los restos de la carcasa de plástico.

Con escepticismo, examina los restos del soporte de la cámara en el techo. —Vaya, te has empleado a fondo.—

Me encojo de hombros. —Este día ha hecho estragos—, digo en voz baja. —Supongo que quería devolvérselo de algún modo. Quizá también estoy algo hipersensible cuando una cámara sigue por su cuenta cada uno de mis movimientos. Estoy bastante segura de que no lo hacen solas.—

—No lo hacen. Me temo que tu ex es más persistente de lo que pensábamos. ¿Tienes aquí tu móvil?—

Suena cansado.

—Claro.— Asiento. —Los restos están en la tabla de cortar de la cocina.— Me acuerdo de algo. —La tarjeta SIM podría seguir funcionando. He olvidado cortarla.— Una risa me cosquillea en la garganta. Segunda parte de mi ataque histérico.

—De momento esa no es el problema. Tu ex, por lo visto, ya sabe dónde vives. Con la SIM solo puede localizarte.—

—Ah.—

Nos quedamos ahí, en medio de los restos de la cámara, mirándonos bastante desamparados.

—Quizá deberíamos llamar a la policía—, dice al fin Leon. —Puedo testificar que ha estado en tu casa, eso debería bastar para mantenerlo definitivamente lejos de ti, ¿no?—

—Hoy ya he estado en la policía. Un nuevo regalo bajo mi limpiaparabrisas. No pueden hacer nada.— Vuelvo a encogerme de hombros, cruzo los brazos alrededor del cuerpo, como si quisiera abrazarme a mí misma. Para sentir que sigo aquí. —Perdona que te hayan arrastrado a todo esto.—

—Eh.— Se acerca a mí. Vacilante, como si se acercara a un animal asustado. —Ya está, ya está.— Con cuidado, como si temiera que pudiera romperme en cualquier momento, me rodea con los brazos. Bajo sus zapatos crujen de nuevo fragmentos de plástico. —Todo va a ir bien, Josie.—

Acepto su abrazo. Más que eso: me dejo caer en él. A pesar de todos los miedos, a pesar de las dudas, ahora mismo necesito a alguien que me sujete. —¿De verdad? Eso ya lo he dicho una vez.— Suelto una risa que suena a sollozo. —Y ahora ya no sé qué creer.—

Su abrazo se hace cada vez más fuerte. —Confía en mí. Lo sacaremos adelante. Una cosa detrás de otra. Y antes de que vuelvas a pensar que podrías deshacerte de mí: me quedo contigo. Hasta que todo esto termine. Y después también.—

Quiero creerle. Con todas mis fuerzas. Aun así, me oigo preguntar: —¿Y si no hay un después? ¿Y si esto no acaba nunca?—

—Habrá un después. Créeme. Nadie lo sabe mejor que yo.—

—¿Qué quieres decir?—

—Simplemente mejora. Solo tienes que creer en ello de veras.— Se mueve un poco, y oigo cómo se cierra la puerta del piso. Debe de haberla empujado con el pie. —Vamos. Vamos a algún sitio donde puedas sentarte.—

—Ya había mejorado—, admito mientras me dejo guiar por él al salón, sin que me suelte. —Estaba bien, de verdad bien. Y ahora…— Me quedo en silencio: Michael, la mujer en la ventana, el acoso. En algún lugar dentro de mí se agita una idea que no consigo atrapar. —Quizá debería simplemente mudarme—, acierto a decir. —A algún sitio donde no me encuentre.—

Algo que hasta ahora no había querido. Porque irme de esta ciudad, dejar mi voluntariado en la protectora, Nici… Siempre había sido, para mí, como si Michael al final hubiese ganado. Bien, por lo visto lo ha hecho de verdad.

—Podrías al menos cambiar de piso. Quizá a un piso compartido. Solo mientras se calme la situación. Desde luego no deberías estar tanto sola.—

Algo en mí se rebela. —No quiero tener que ceder.—

Pero tampoco quiero seguir viviendo con miedo. ¿Compartir piso? —¿Quizá con Nici?— Pero es tan caótica. ¿Y si eso destroza nuestra amistad? ¿Es quizá eso lo que Michael pretende? ¿Quiere aislarme con todo esto?

—Puedes testificar que Michael ha violado la orden de alejamiento —, retomo su propuesta de antes. —Quizá lo detengan de verdad y me deje en paz.—

¿Por cuánto tiempo? ¿Cuánto va a estar encerrado? Suponiendo que no se libre con una multa. ¿Y si es así? ¿Cuándo te matará, Josie? Pero quizá tengas suerte; quizá le baste con que seas tú la que esté encerrada. En alguna agradable celda acolchada.

—¡Josie!— El grito de Leon me pilla por sorpresa. Sus manos me sujetan las mejillas, obligándome a mirarlo. —Respira hondo. Y, sobre todo, quédate con esto: la cabezonería aquí no te sirve de nada. Está muy bien que no quieras ceder, pero no se trata de una plaza de aparcamiento ni de un puesto en el ayuntamiento. Se trata de tu vida.— Me mira casi desesperado. —Por favor, créeme. Eso de ahí…— Señala con un gesto amplio mi piso, mi vida, a mí. —… es obra de un loco, y en consecuencia deberías actuar. Nici es tu mejor amiga. Michael lo sabe. Te buscará primero ahí.—

—¿Tengo que irme a vivir con desconocidos?— Incluso mientras lo pregunto, niego con la cabeza. La certeza de que Leon tiene razón amenaza con quitarme el suelo bajo los pies. Me mareo. —Tengo que dejar esta ciudad—, musito sin voz.

Asiente. Me ayuda a sentarme en el sofá y luego me coge de la mano.

—¿Te acuerdas de nuestra primera cita? Cuando preguntaste qué había hecho antes de estar aquí?—

Asiento, absorta.

—Me escapé, Josie.— Me toma la barbilla. Esta vez, cuando sonríe, el corazón se me salta un latido. —Y un nuevo comienzo puede ser mucho más bonito de lo que piensas.—

—¿Te escapaste?— Me alegra poder centrar mis pensamientos en otra cosa. —¿De qué iba a escapar alguien como tú?—

Deja caer la mano y aparta la mirada. —Es una lista larga.—

Le agarro la muñeca, sin intención de dejarle salir por la tangente esta vez. Si me viene con esta historia, quiero oírla entera.

La vibración de su móvil interrumpe mi propósito.

Lo saca del bolsillo, lee. De pronto, su presencia adquiere algo amenazador.

Se le marcan los tendones en los antebrazos cuando me planta la pantalla delante de la cara. Su voz vibra de rabia. —¿Es su número? —

El número me resulta desconocido. Las palabras en la pantalla, no.

—Ven. A. La. Ventana.—

Las palabras se me emborronan ante los ojos cuando Leon se pone en pie de un salto y sale de la habitación.

—Espera, ¿adónde vas?—

Pregunta tonta. Lo alcanzo en el pasillo, frente al cristal recién reparado. La silicona de los bordes es algo más clara que la de los demás.

Mira fijamente hacia el piso de enfrente. Una luz mortecina ilumina lo justo la estancia para que pueda leer el rótulo. Con letras rojas y húmedas pone en el cristal: —Atrévete, Leon—.

Doy un respingo cuando el puño de Leon cae sobre el alféizar. —A ese cabrón lo pillo.—

Se impulsa alejándose del alféizar. Como en trance, le agarro del brazo, pero me sacude con facilidad.

Sus pasos pesados se pierden por el pasillo. Oigo el chirrido de mi cuchillo de cocina al salir del taco de madera. Luego el portazo del piso y un silencio interminable.

Sigo en el pasillo, incapaz de moverme. Luego obligo a mis piernas a reaccionar y me lanzo hacia la puerta.

La oscuridad de la escalera amplifica cada ruido; oigo sus pasos apresurados precipitarse escaleras abajo. Las imágenes del rótulo, del rostro petrificado de Leon y del cuchillo que lleva encima se superponen en mi cabeza.

Dudo, lucho conmigo misma, pero el miedo por él acaba empujándome hacia delante.

Respiro entrecortado cuando por fin agarro el picaporte de la puerta del portal y la abro. El frío de la noche me envuelve al instante, me muerde la piel, pero es el vacío frente a la casa lo que me hace detenerme. Leon ha desaparecido.

—¡Leon!—, grito, pero mi voz suena débil, perdida.

Me quedo inmóvil, siento el viento que me lanza mechones a la cara. Mis ojos recorren la calle sin descanso, escanean las sombras que bailan bajo las farolas. Entonces mi mirada cae en la puerta de la casa de enfrente: está entornada, como si me estuviera esperando.

El escalofrío que me recorre la espalda no tiene que ver con el viento. Trepa despacio hasta la nuca. Me muerdo el labio y pongo un pie en la acera.

El hormigón se siente implacable bajo mis zapatos mientras me acerco a la puerta.

Ya solo me queda medio metro. La oscuridad al otro lado engulle todo lo que pueda haber más allá.

Se me encoge el estómago al cruzar el umbral. En el aire flota olor a humo frío y a algo metálico. Algo que me resulta familiar, pero que no sé identificar con exactitud.

Respiro a golpes mientras atravieso el portal. Tengo el nombre de Leon en la punta de la lengua, pero no me atrevo a llamarlo. El silencio es demasiado denso, demasiado amenazador.

La puerta del piso está entornada.

Vacilo. Hay algo en la oscuridad tras la puerta que me atrae y me repele a la vez. La rendija es estrecha; detrás no se oye nada.

Las palabras de Leon y la expresión airada de sus ojos se me han grabado en la memoria. Está aquí. En algún lugar tras esa puerta. ¡No puedo dejarlo tirado!

Cruzo la puerta y me quedo inmóvil. Mi corazón late tan fuerte que temo que pueda delatarme.

Doy otro paso y el suelo bajo mis pies cruje levemente. Un sonido tan tenue que en otro momento habría pasado desapercibido, pero ahora doy un brinco. Se me corta la respiración y me quedo clavada en el sitio.

Mi mirada recorre el pasillo, sigue las sombras que se agazapan en las esquinas. De pronto, otro ruido: un rascar suave, como si algo se arrastrara por el suelo. Se acerca; ahora está casi frente a mí. Respiro rápido y poco, mientras el rascar se aproxima.

Entonces, de la nada, parpadea una luz débil al fondo del pasillo. La pantalla de un móvil, que se enciende un instante y vuelve a apagarse. ¿Leon?

Una parte de mí quiere dar media vuelta, salir del piso, dejar a Leon a su suerte. Pero la inquietud que me devora por dentro me obliga a seguir.

Avanzo despacio, poniendo un pie delante del otro; con cada paso el pasillo parece alargarse aún más.

En la habitación descubro a Leon, de espaldas a mí, como si fuese parte de las sombras. Algo en su postura me hace detenerme. Parece tallado en piedra.

—¿Leon?—, susurro, y mi voz se pierde en el silencio.

No reacciona. Su cuerpo está fijo en algo frente a él que yo no alcanzo a ver. La luz ominosa proyecta sombras largas en las paredes y deforma su figura.

Me atrevo a dar un paso más. Un escalofrío frío me recorre la espalda mientras me acerco a lo que tiene tan absorto a Leon.

—Leon, ¿qué te pasa?—

—Vuelve atrás, Josie—, dice, con la voz poco más que un susurro ronco.

Siento cómo las paredes a nuestro alrededor se cierran, el aire se vuelve más denso, más pesado, como si pudiera asfixiarme en cualquier momento. Pero no doy un paso atrás. No puedo dejarlo solo, no aquí, no así.

Sin querer, mi mirada pasa por encima de él y noto cómo la temperatura de la habitación desciende cuando mis ojos se acostumbran a la luz mortecina de la linterna de su móvil.

Las palabras de Leon se desvanecen, pero su eco permanece en mi cabeza, un retumbar sordo de advertencia. Vacilante, dejo que mi mirada recorra la estancia mientras un cosquilleo incómodo me trepa por la piel.

Entonces las veo.

Fotos. Incontables fotos mías, en distintas situaciones, en distintos momentos. A cientos, clavadas en la pared con chinchetas. En algunas me río, en otras estoy absorta. Pero todos esos momentos, que debieron de ser inocuos, ahora han sido retorcidos con una precisión enfermiza. En algunas fotos, mi rostro ha sido desfigurado. Con trazos negros gruesos que cruzan mi piel como cicatrices, como si alguien hubiera intentado borrar la vida de mis ojos. En otras imágenes, mi cara está tachada, a trazos, o marcada con círculos rojos, como una diana.

El corazón se me desboca mientras sigo mirando alrededor y comprendo el alcance de esta colección perturbadora. Cada imagen me muestra desde un ángulo diferente, en un momento distinto.

—Leon…—, susurro, las palabras casi se me atascan en la garganta. El SMS, la orden, la puerta del portal abierta. Esto clama por una emboscada. Y he entrado en ella con los ojos abiertos. —¿Qué… qué es esto?—

Se gira hacia mí lentamente, con una expresión en los ojos que no sé descifrar, pero que me hace estremecer.

—Ha sido un error venir.—

Algo cruje a mi espalda. Luego, un golpe me alcanza en la nuca.

Capítulo 21

Un sabor metálico me anega la lengua. Me muero por un vaso de agua antes incluso de abrir los ojos. Los párpados me pesan más de lo normal. Tanto, como si… No.

Intento moverme, los dedos, la cabeza. En vano.

Noto el laminado bajo la mejilla, la presión desagradable del peso de mi propio cuerpo sobre los pechos, el frío del suelo.

Ante mí se perfila una imagen borrosa. Tela. Vaquero. Un vaquero oscuro.

Parpadeo. Lo que a veces ayuda contra la parálisis del sueño apenas puedo hacerlo. Es como si algo bloqueara mis pensamientos en el camino hacia la musculatura.

Cuando consigo parpadear dos veces, la imagen frente a mí se vuelve un poco más nítida. El vaquero se mueve. De ahí sale un rastro de sangre arrastrada que conduce directamente hacia mí.

A la izquierda descubro unas zapatillas. ¡Leon!

Puedo oírle respirar. Quiero decir algo, gritarle, preguntarle qué ha hecho. Por qué me ha traicionado. Pero ni mis labios ni ninguna otra parte de mi cuerpo obedecen mis órdenes.

Solo se me escapa un gemido imperceptible cuando noto que se me quedan frías las piernas. No llevo pantalones y el braguero fino de algodón apenas puede protegerme del suelo helado. Cada vez tengo más frío. Veo la piel de gallina que se me extiende por el antebrazo. Está delante de mí como un cuerpo extraño.

Algo cálido me roza la nuca.

—Hola, Josie.

Quiero gritar, no puedo. Es la voz de una mujer. Una voz suave. —¿Te acuerdas de mí? Siempre íbamos juntas al lago.

¡No! No, no puede ser.

Un tirón me sacude cuando algo me da un empujón. Por el rabillo del ojo veo a alguien pasar por encima de mí. Solo veo zapatillas y perneras oscuras. ¿Es una mujer? ¿Me he imaginado a Paula?

¡Está muerta! He visto cómo la enterraban.

—Te has buscado a un hombre bien guapo, Josie —susurra la voz —. Por desgracia, al equivocado.

Concentro toda la fuerza de voluntad en la nuca con la esperanza de poder ver qué pasa. Pero solo se me hace más pesado el aliento y la angustia más densa.

—Déjalo ya, Joselina. No puedes escapar. La inyección todavía hará efecto un rato.

De nuevo suena un leve gemido.

—Os deseo a los dos mucha diversión —susurra la mujer—. ¿Os lo vais a pasar bien, verdad?

La pregunta no parece dirigida a mí, pero no obtiene respuesta alguna.

Un chasquido seco. Conozco ese sonido. El eco de una bofetada.

—¡Responde, perro!

—Nos lo vamos a pasar bien —ronca alguien.

¿Leon?

—Buen chico. Un chico muy, muy bueno. ¿Ves qué fácil era?

Un sonido ahogado, gorgoteante, llena la estancia. Luego un chasquido de beso húmedo.

—No te preocupes. Aún te quedan unas horas. Nos vemos luego, cariño.

Unos pasos se alejan. Mis pensamientos corren tras ellos, pero no alcanzan a comprender nada.

—¿Josie? ¿Puedes oírme? —La voz de Leon me llega débil a través del pitido en los oídos. Quiero contestar, pero otra vez no puedo.

Los segundos se estiran hasta hacerse eternos, pero la mujer no vuelve. Leon calla y el frío se me mete cada vez más hasta los huesos.

El silencio me anima a un nuevo asalto contra las barricadas de mi propia mente y por fin me tiembla el meñique. Luego la mano y, al final, también me dan sacudidas en las piernas.

—Lo siento tanto, Josie.

Mis piernas rascan un par de veces el suelo sin fuerzas, me estalla el sudor frío. Una náusea me asalta tan de repente que, temblando, medio tumbada, medio a cuatro patas, vomito sobre mis propias manos.

—Josie…

Alzo la cabeza temblando, asqueada y, a la vez, extrañamente reconfortada por el calor en los dedos y los brazos. Entonces mi mirada cae en Leon.

Está sentado, apoyado en la pared, a solo dos metros de mí. Del bajo vientre le sobresale el cuchillo de cocina. Solo ha entrado hasta la mitad. Pero es largo y afilado, para que yo pueda cortar los tomates…

Un arcada me sacude.

—¡Dios mío! —Mi voz, deformada por lágrimas no derramadas y un horror puro, apenas me suena a mía.

Me arrastro hasta él. Le agarro el jersey fino con las manos—. ¡Dios, qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? Lo siento tanto.

La mirada se le enturbia por el dolor, y en los labios se le dibuja la caricatura de una sonrisa. —Lo he hecho por ti.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿Quién eres? —Lloro sin poder parar. La vista se me va hacia la puerta. Me mareo, pero no hay nadie. Estamos solos con los cuadros y la sangre.

—Dijo que… que quería meterte un cuchillo en… si yo no…

Tomo conciencia de que no llevo pantalones y, de pronto, del escozor en el muslo. Miro hacia abajo. Un corte finísimo recorre desde la articulación de la rodilla hasta el borde de mi braguero. Sangra un poco. Como si alguien hubiera pasado la hoja afilada como una navaja, sin presionar, desde la pantorrilla hasta mi sexo. Un grito bajo, lastimero, me sacude y mi mente se desconecta. Hecha un ovillo tembloroso, me aferro a él.

Leon gime quedo, pero de algún modo me rodea con el brazo y me aprieta contra sí.

Se me nubla la vista. Creo oír su voz, pero no estoy segura. Parte de su calor corporal se me pega. El tiempo se deshace en la insignificancia.

Abro los párpados. Todo vuelve. La habitación. Leon. La sangre.

Me incorporo a trompicones, presa del pánico. Leon está pálido como un muerto. El cuchillo está clavado justo por encima del hueso de la cadera. Ya no sale demasiada sangre. Seguro que está en shock.

Me arrastro hasta mis pantalones junto a la puerta, me limpio las manos en la pernera izquierda y recorro la sala con la mirada, acelerada. En las cuatro esquinas me sonríen unas cámaras burlonas.

—Hola, Josie.

Con un grito me deslizo de espaldas hasta la pared. Abrazo con fuerza los pantalones. La vocecita cantarina sale de un altavoz sobre la puerta.

—¿No quieres ayudarle?

La mirada se me va a Leon. Parece inconsciente.

—No te preocupes, volverá en sí. Quiero que aún podáis divertiros. ¿No queríais divertiros?

—¿Quién eres? —le grito a la voz—. ¿Quién eres tú?

Leon se mueve ligeramente.

—Chssss, no le despiertes. Le dolería mucho, seguro.

—¿Quién eres? —Mi propia voz me da un valor que en realidad no tengo, una fuerza que debería haber perdido.

Me pongo en pie de un salto.

—Me conoces, Josie. Íbamos a nadar.

—¡No es verdad! ¡Tú no eres Paula!

—¿Estás segura? Ven. A. La. Ventana.

Lanzo una mirada torva a las cámaras.

—Venga ya, hermanita. Atrévete. No querrás que le pase algo a Leon, ¿verdad?

Con las piernas temblorosas, tropiezo hasta el ventanal. En mi piso hay luz. Solo en el baño. En el pasillo de delante no. El foco del baño perfila la silueta de una mujer rubia.

—Las hermanas lo comparten todo, ¿verdad, Joselina?

Me inclino jadeando, pero no distingo nada. En la calle está oscuro, la oscuridad le cubre el rostro. Da un paso atrás. Oigo el clic de un interruptor por el altavoz sobre mí. Luego todo se queda a oscuras y su contorno desaparece.

Me quedo mirándola unos segundos, pero ya no hay movimiento alguno.

La vista se me cae a la calle. No se ve a nadie. Pero tampoco tienen por qué vernos. Estrello la mano contra el cristal, a prueba. Una vez, dos, y luego cada vez más. Mis gritos de auxilio acompañan el estruendo hasta que todo se funde en una sola cacofonía. Entonces se me apaga la voz y me tiemblan los brazos.

—Así me gusta, Josie, muy bien —me felicita el altavoz—. Está genial que lo hayas probado ahora mismo. ¿Sabes qué es lo bueno de comprarse un piso? Que puedes hacer con él lo que te dé la

gana. Y en mi piso hay tantísimos materiales aislantes del sonido como en pocos sitios de esta ciudad. ¿Me sigues, Josie?

Me vuelvo hacia las cámaras. Parecen devolverme la mirada casi con benevolencia.

—Mira, ahora has despertado a Leon y seguro que le duele horrores. ¿Por qué no haces lo que hace una buena mujer y le ayudas?

De hecho, Leon intenta incorporarse un poco, con un dolor visible en la cara.

—No —le susurro—. No deberías moverte.

—Tenemos que salir de aquí —gime—.

—Lo sé. Ya lo sé. Yo… encontraré una salida.

La mejilla se le siente caliente bajo mis dedos helados.

Alza la vista hacia mí. Duda, miedo y dolor se le agolpan en la mirada.

—Ve a la cómoda, Josie —dice el altavoz con cariño—. Atrévete. Solo quiero ayudar.

Leon niega con la cabeza. —No hagas lo que diga. Está loca.

—Si quieres ayudarle, Josie, ahora vas a la cómoda.

Con una mirada de disculpa a Leon, me pongo en pie.

Intenta agarrarme del tobillo para retenerme, pero no lo consigue.

El cajón de arriba se desliza hacia mí sin hacer ruido. Es grande, profundo y, en el centro, hay un único bolígrafo blanco, rojo y violeta junto a un bote con pulverizador. «Inyector de sulfato de morfina», pone en el bolígrafo. En el pulverizador no pone nada.

—Dale el analgésico, Josie. Es muy fácil. Solo tienes que quitarle el capuchón y ponérselo en el músculo del muslo. Para eso aprietas el botón violeta. Es tan fácil que ni una tontita, tontita como tú podría hacerlo mal.

Cojo ambas cosas y corro hacia Leon. Él se aparta.

—¡Ni siquiera sabes qué es eso!

Del altavoz surge un jadeo indignado. —Leon, ¿es que no confías en ella? ¿Eres de esos? Ella te quiere, ¿sabes?

—Cállate, maldita zorra —escupe entre dientes. Calla con los dientes apretados, se deja caer, jadeando, los ojos fuertemente cerrados.

Aprovecho su momento de descuido, arranco el capuchón del inyector de morfina y le clavo la aguja en el muslo.

Abre los ojos de par en par.

—Perdóname —le susurro, las dos manos en su cara deformada por la incredulidad y el dolor—. Lo siento muchísimo, pero a saber lo que hace si no jugamos a su juego.

—Bien hecho, Josie. Muy bien. Ahora desinfecta la herida. No queremos que se infecte.

Miro la botella de plástico. Leon me agarra la mano.

—Confía en mí —le susurro mientras rezo para que esta pesadilla no sea más que una pesadilla.

La afrontaré como a todas las anteriores. Funcionar, adaptarme, aguantar. Como sea.

Aparto con cuidado la camisa desgarrada, quito el tapón de la botella y pulverizo dos veces sobre los bordes de la herida.

Leon grita en cuanto las diminutas gotas tocan su piel.

Torpe, se aparta de mí; me mira, desencajado por la rabia, receloso y temblando.

El altavoz se ríe. —Solo quedaban desinfectantes con alcohol, Leon. Ya te dije que ella no te conviene.

Sollozando y a cuatro patas, me acerco arrastrándome hacia Leon, pero su silbido amenazante me detiene en seco.

—Bien, muy bien. Ahora esperaremos a que haga efecto la morfina. Tranquila, va rápido. Y luego vais a divertiros un poquito. Como siempre habéis querido. Tú querías divertirte con él, ¿verdad, Josie?

Niego con la cabeza mientras miro las lágrimas que gotean ante mí sobre el suelo.

—No seas así, Josie, todos estamos corrompidos. Todos queremos divertirnos. Y os vais a divertir. Antes de que salga el sol. ¿Verdad, Josie? Si no, me llevo a tu chucho y lo destripo, ¿me oyes?

—Por favor, déjanos ir —me oigo decir.

—Yo solo quiero que os divirtáis.

Un jadeo de Leon me hace alzar la vista. Se lleva la mano al pecho, resbala por la pared hasta el suelo y queda temblando en el rincón.

Por el altavoz estalla un chillido. —¿Qué has hecho, pedazo de zorra?

Me quedo mirando a Leon, cuyas piernas aún tiemblan de forma incontrolada. El pecho se le alza con respiraciones irregulares.

—¡Has dicho que le ayudaba! —le grito al altavoz.

Lo he matado. Dios mío, he matado a Leon.

—¡Ayúdale! —chilla encima de mí—. ¡Ayúdale, inútil zorra! ¡Ahora mismo!

No puedo moverme.

Alergia a la morfina, oigo decir a Nici, *una vez tuvimos un paciente que casi se muere porque era alérgico a la morfina, ¿te lo puedes creer?*

Se me deforma el campo de visión.

Se muere.

Todo se queda en silencio.

Está muerto.

A mi alrededor todo se oscurece.

Capítulo 22

Josie ...

Como un susurro, mi nombre se desliza por mi mente.

Creo que es el tío Eric. Él también suena un poco ronco por las mañanas. ¿Es de día?

¿Dónde estoy?

Mis pies helados rozan un rodapié. Parpadeo y me incorporo de golpe.

¡Leon!

Yace inmóvil. Uno de sus brazos le cruza la cara en un ángulo extraño.

—No. No-no-no-no-no.—

A cuatro patas me arrastro hasta él y le agarro el cuello desesperada. Está caliente; me doy cuenta antes de sentir su pulso, débil pero regular.

—No dejes que se te note nada—, sisea de pronto.

Suelto el aire de un respingo. Una oleada de alivio me recorre. Solo entonces caigo en la cuenta y oculto a toda prisa cualquier emoción.

Me agazapo a su lado, como si estuviera velándolo, y entierro la cara contra su cuerpo para que mis labios queden ocultos a las cámaras y mis palabras amortiguadas. Huele acre a sudor.

—¿Por qué sigues vivo?— le susurro a él, muy cerca.

—No estaba de humor para bromas—, responde ronco, con voz apagada desde debajo del brazo.

Preocupada, le miro el costado. El cuchillo sigue dentro, pero los bordes se han secado salvo en algunos puntos sueltos.

—¿Cómo te encuentras?—

—Nunca me he sentido mejor.—

—Déjalo.—

Masculla en voz baja. —Déjame mi humor negro.— Tras un breve silencio, añade: —¿Qué hora es?—

—No lo sé. Las persianas están bajadas.—

—Entonces debería ser ya de día. ¿Pruebas algo por mí?—

—¿El qué?—

—Mira si las puertas de las otras habitaciones siguen abiertas. Si lo están y también hay cámaras, busca un ángulo donde te vean mal o no te vean y observa si la cámara te sigue.—

Mi cerebro, pesado por el agotamiento, empieza a ponerse en marcha. —¿Por qué?—

—Quiero saber si la fulana sigue ahí.—

—¿Dónde iba a estar si no?—

—Trabajando.—

Tiene sentido, pero a la vez no del todo.

—Tengo miedo.—

—Lo sé, pero oficialmente estoy muerto, así que...—

A regañadientes me aparto de él y, otra vez, me pongo en pie a duras penas. Por fin consigo llegar, sobre dos piernas, hasta mis pantalones. Me los pongo, aunque la herida en la cara interna del muslo protesta con una quemazón insoportable.

El camino hasta la puerta se me antoja largo, aunque no haya más de siete pasos. Aun así, antes de la manilla me giro de nuevo hacia Leon. Sigue exactamente igual, quieto.

Mi mano tantea el pomo. El acero inoxidable cepillado me envía un escalofrío por el brazo.

La estancia al otro lado está a oscuras. Palpo con cuidado hasta encontrar el interruptor. Se enciende una lámpara sobre una mesa de comedor. Una única cámara cuelga en diagonal, por encima y a mi izquierda.

Por miedo a que la mujer rubia esté aquí, me apresuro a salir del campo de visión de la cámara y me pego todo lo posible a la izquierda. Aunque el aparato es claramente orientable, sigue apuntando al centro de la estancia.

Un poco envalentonada por ese hecho, cruzo la sala hacia la puerta que da al pasillo. La puerta del piso estará cerrada con llave, pero quizá alguien me oiga llamar allí.

Abro de golpe la puerta del pasillo, me lanzo fuera y me detengo al instante, tropezando.

Un olor dulzón me golpea. Viene del muerto que, como un espantapájaros, está plantado en la puerta. Camisa de cuadros, vaqueros manchados. La camisa está rajada. En su pecho pone, con letras negras y gordas: —Toc, toc—.

La cara está tan hinchada que tengo que arcadas. La contracción de los músculos del cuello interrumpe el grito que llena el pasillo.

—¡Josie! ¡¿Estás bien?!—

Retrocedo tambaleándome de vuelta a la cocina. El zumbido de las moscardas, posadas a enjambres en las comisuras de la boca, la nariz y las orejas, me persigue hasta el fregadero. Solo consigo echar bilis y ácido gástrico.

Me aferro al grifo. Durante varios instantes desearía poder escapar por el desagüe al exterior.

—¡Josie!—

Doy tumbos hacia atrás. Ha sido Frank. Estoy segura de que ha sido Frank. Esas camisas solo las lleva él. Pero ¿por qué? ¿Cómo...?

Leon se ha incorporado de nuevo; por lo visto, mi grito ha sido lo bastante aterrador como para que abandonara su disfraz. Me

tambaleo hasta la pared y apoyo las manos. Mis ojos recorren las incontables fotos mías. En la protectora de animales, en el parque, en el café, limpiando ventanas.

—No eres Paula—, murmuro. —No eres Paula. Eres el diablo, el final, ¡no eres Paula!—

—Se llama Diana Keller.—

Giro la cabeza hacia Leon como la de una lechuza.

Me mira con amargura.

—¿Cómo lo sabes?— le soplo, apenas audible, en su dirección.

—Trabaja en la misma empresa que yo.—

—Pero... ¿eso significa...?—

Leon baja la mirada. —No lo sabía.—

Me vuelvo hacia él. —¿Qué no sabías? ¡¿Qué?!—

—Que es culpa mía—, dice en voz baja.

A retazos, mis últimas conversaciones con Leon desfilan por mi mente. —¿Qué pasó hace dos años, Leon? Dijiste que huiste. ¿De quién?—

—¡No de ella!—, grita, luego hace una mueca y se encoge un poco sobre sí mismo.

—¿Entonces de quién?— He dado varios pasos hacia él, la mano extendida hacia el pasillo, acusadora. —¡Hay un muerto colgado en la puerta! ¿Quién es esa mujer, Leon?—

—¡No lo sé! Yo...—

—¡Deja de mentirme! ¡No me mientas más! Vamos a morir aquí los dos, ¡así que deja de mentirme de una maldita vez!—

—No miento—, replica en voz baja. Cuando extiende la mano hacia mí en un gesto conciliador, me doy cuenta de cuánto le tiembla. —Por favor, ven conmigo.—

—¡No! Solo cuando...—

—Ya estoy hablando, pero por favor acércate, así no tengo que hablar tan alto.—

Me acerco a él con dudas. Aunque es mi único consuelo en este infierno, cada vez confío menos en que pueda fiarme de él.

A un metro de distancia me dejo caer a su lado e intento, a pesar del muerto dos habitaciones más allá, entender lo que me dice.

—Solo la conozco del trabajo. Una vez me llevó a casa cuando mi coche no arrancó. Yo era nuevo aún, no pensé nada raro. Me preguntó si queríamos salir algún día. Le dije educadamente que no. —

—¿Por qué?—

—No sé. No me caía bien. Tenía una...—

—¿Una manera psicótica?—

—Algo así. Tenía la sensación de que siempre tenía que decir la última palabra, que no tenía paz dentro, que... tenía que ganar siempre.—

—¿Y luego?—

—No hubo «luego». Lo intentó una y otra vez; ya te digo, creo que no le gusta perder. Pero estamos en distintos departamentos. Solo la veo de vez en cuando. Y...— Se interrumpe. Tiene la frente perlada de sudor. Mira una y otra vez al techo, como para evitar que su mirada se acerque a la herida del vientre.

—¿Por qué has gritado?— pregunta al poco rato.

—Porque no estamos solos—, digo apagada. —En el pasillo cuelga... Keller. ¿Has dicho Keller, no?—

—¿Cuelga un Keller en el pasillo?—

—¡Diana Keller! ¡Dios mío, es la mujer de Frank!—

—¿De qué hablas?— Leon suena molesto. Una gota de sudor le cae de la sien.

—Diana Keller es la mujer de Frank Keller; él está en nuestro grupo de terapia. ¡Ella le maltrata! ¡Nunca se ha atrevido a separarse de ella!—

—¿Y por eso has gritado?—

—Está muerto.—

—¿Aquí?—

—Está colgado de la puerta.—

—¿Aquí?—, pregunta de nuevo, como si yo fuera un mal ordenador de voz programado a medias.

—¡Eso he dicho!—

—¡Enséñamelo!—

Se me escapa un bufido. Es la desesperación la que alimenta mi rabia. Ojalá me consumiera con ella para poder huir de todo esto. —¿Para qué? ¿Te pone? ¿Quieres un vídeo de mirón? Vamos, suelta el móvil y me vuelvo a ir ahora mismo.—

Me mira atónito. Entiendo por qué solo cuando mete la mano en el bolsillo con movimientos débiles pero rápidos.

—Tienes un móvil—, susurro.

—Claro que tengo uno—, responde con el mismo tono reverencial.

Nos quedamos unos segundos mirando la pantalla, en la que se refleja la luz del techo. En toda mi vida, la visión de un aparato electrónico no me ha alegrado tanto. Se me escapa un jadeo incrédulo. Noto que estoy sonriendo; no sé de dónde ha sacado mi mente maltrecha esta emoción, y me da igual.

Me muerdo las yemas de los dedos mientras él marca el número de emergencias.

El resto me lo sé. Tres tonos de llamada, una locución. —Emergencias de la policía, por favor, permanezca en línea.—

Me acerco más; quiero oír cada palabra, quiero oír que dicen que están de camino. Con helicóptero, ambulancia, con todo lo que la

policía pueda desplegar.

—Emergencias de la policía, inspectora Anita Relek.—

La cabeza de Leon cae hacia atrás, aliviado, y cierra los ojos. —Sí, hola—, dice, con una mano en el costado, cerca de donde está clavado el cuchillo. —Me llamo Leon Polman. Nos tienen retenidos en un piso. Estamos heridos y...—

—¿Quiénes sois "nosotros"?—

—Mi... novia, Josie West, y yo.—

—¿Y ya os habéis divertido?—

—¿Cómo?— A Leon se le desencaja el gesto.

La voz, antes profesional, adquiere el asqueroso regusto dulzón del triunfo. —¿De verdad pensabais que iba a ser tan fácil?—

Leon arroja el móvil. Se desliza varios metros por el suelo y acaba frenado por el rodapié.

Crepita el altavoz. —No habrás creído que iba a dejarte así como así tu móvil, ¿verdad?—

Se le marca un músculo en la mandíbula. Tiene los ojos cerrados.

Espero a ver si se echa a llorar. Es más fácil esperar a que lo haga que pelear con mi propia desesperación.

Con un golpe sordo, apoya la cabeza contra la pared a su espalda y luego alza la vista hacia las cámaras. —¿Por qué no te atreves a venir, zorra cobarde, eh?—

—Tú no me quisiste, ¿recuerdas? Ahora ya es tarde. Pero ahora está Josie, ¿verdad? Y os lo vais a pasar en grande.—

Leon intenta incorporarse de un brinco, pero la hoja clavada en su costado lo detiene. Con un quejido vuelve a dejarse caer contra la pared.

—Chssss—, suena por el altavoz. —Pórtate bien, Leon, y le diré a Josilein dónde he escondido la segunda dosis de morfina. Ya no tienes alergia, ¿verdad?—

Leon parece querer decir algo otra vez, pero coloco mi mano sobre sus labios. Bajo el ceño fruncido, me lanza una mirada airada.

—Para—, le suplico. —Vas a matarte.—

Un chillido entusiasta, como el de una adolescente, brota del altavoz. —Qué dulces sois juntitos. Ve a por ello, Josie, para que el pobrecito no tenga más dolor. Vamos, tráeselo.—

Me pongo en pie sin hacer caso del mudo gesto de negación de Leon.

—Así me gusta. ¿Quieres saber dónde está?—

Asiento, rendida; no consigo alzar la vista hacia las cámaras.

—Has estado muy cerca. Pero, por desgracia, aún no lo suficiente. —

Mi propio pulso me retumba en los oídos. Mi mirada vuelve a perderse en Leon.

—Josie, déjalo ya. Mírame. No es para tanto. Si la herida fuera mortal, ya estaría muerto.—

Suena valiente, pero su cara, bajo las manchas rojas de la rabia, está lívida, y el cuello del jersey oscuro por el sudor.

Me doy la vuelta. Solo ahora me doy cuenta de que me faltan los zapatos. Camino hacia el pasillo buscándolos en vano para distraerme del objetivo de mi breve viaje. El zumbido de las moscas me alcanza. Ahora que sé de dónde viene el hedor, se me revuelve el estómago solo de pensar en ver a Frank.

Cuando doblo lentamente la esquina y vuelvo a ver su cuerpo maltrecho, me sacude un sollozo. Nuestra conversación en la cafetería irrumpe en mi conciencia. Intentó advertirme. Oh Dios, nunca estuvo celoso. Era su prisionero. Intentó advertirnos a los dos.

Doy un respingo cuando la voz de su esposa suena desde arriba, a la izquierda.

—¿Te gusta?—

No puedo mirar. Ni quiero. No se distingue de qué ha muerto y no tengo el menor interés en mirar ni un segundo más de lo necesario. Mi vista se desvía a la cómoda. Es la misma que la del salón, donde estaba el primer inyector. Me acerco a ella.

Una risa por el altavoz.

—Por desgracia no es tan fácil, Josie. Piensa con calma. A Frank te caía bien, ¿verdad? También querías divertirte con él, ¿no?—

Niego con la cabeza, temblando.—Apenas le conocía—, se me escapa.—Por favor, vámonos. No quiero divertirme. ¡Con nadie!—

—Ay, no seas así. La diversión es importante en la vida. Solo que no hay que buscarla con hombres sobre los que no tienes ningún derecho, ¿sabes? Pero ahora ya estoy yo aquí para vigilar. Por eso ahora está bien. Anda, venga, acércate.—

No puedo moverme ni un milímetro. El hedor en el estrecho pasillo es bestial.

—Verás, Leon es de esos tipos tan especiales que quieren hacerte creer que todo va bien, aunque no sea así. El cuchillo no está muy profundo, pero está en un lugar magnífico, por donde pasan un montón de tendones y nervios. Ahora mismo tiene unos dolores horribles. El efecto del primer inyector ha remitido ya desde hace más de una hora. Sé buena con él, Josie. Ya que te lo cedo.—

Como un robot, consigo dar un paso tambaleante hacia Frank.

—Buena chica. Ahora asegúrate de que él también se divierta un poco. Al fin y al cabo intentó advertirte. No podía pasar por alto esa traición, ¿verdad? Así que hazlo muy despacio.—

Con esperanza, mi mirada se desliza hacia el bolsillo de su camisa, oculto entre los pliegues de la prenda abierta.

—Frío, muy frío.—

Con el antebrazo sobre la boca tanteo el bolsillo del pantalón de Frank. Me pongo mala. Peor aún de lo que ya estoy.

—Cielos, Josie, no seas tan mojigata. ¡Ahí tampoco está!—

Retiro la mano. Niego con la cabeza.—Por favor, vámonos—, sollozo.—Vámonos sin más. No volveré a hablar con Leon, te lo juro. —

—Para eso ya es tarde. Deberías darte prisa. Tu héroe ya está intentando incorporarse y arrastrarse hacia ti. Podría ser peligroso para él.—

A lo lejos oigo, en efecto, un ruido de arrastre y un jadeo de dolor.

—¡Leon, quédate quieto, ¿me oyes?!—, grito desesperada.

No responde.

Con un paso decidido vuelvo a acercarme a Frank y agarro la cremallera de su pantalón.

—Hazlo despacio. Finge que os lo estáis pasando bien. Es lo que él quería, ¿sabes?—La voz suena ahumada, extraña. Unas cuantas moscas echan a volar.—Y pensar que lo metí en ese grupo para que averiguara más sobre ti. Quería saber quién era la zorra que le hacía ojitos a Leon en ese albergue para pulgas.—

¿*Qué* ha dicho? Frank estaba en el grupo por ella? ¿Porque le obligó a espiarme? ¿Entonces los malos tratos eran mentira? Involuntariamente niego con la cabeza. Tengo delante la prueba de lo contrario. Cuelga de la puerta.—Yo nunca he…—

—Me quitaste a Leon. ¡Le comiste la cabeza!—chilla por el altavoz. —¡Se lo vi en la sonrisa cuando te mencionaba! Josie, oh, Josie, deberías haber mantenido las manos alejadas de mis hombres. Porque con Frank también lo intentaste. Se volvió respondón, ¿sabes? Tu historia sobre la ruptura feliz le metió ideas en la cabeza. Ideas malas. Tenía que pagarlo. Y ahora ve con él de una vez y arregla lo que has hecho. ¿O mando a Leon a la siguiente puerta?—

Tengo que controlarme. Asqueada, deslizo la mano en la abertura del pantalón de Frank. Apenas puedo forzarme a palpar el inyector de morfina, que supongo en algún lugar del calzoncillo.

No lleva.

Mis manos rozan algo… Me sube la bilis a la boca.

Ahora no, Josie. Ahora no.

Diana se ríe.—Oh, pobrecita. Puedes parar. La inyección, por supuesto, está en el cajón.—

Tropiezo hacia atrás. Miro furiosa hacia la cámara.—¿Qué te pasa?—, chillo.—¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres de nosotros?—

—Quiero diversión, Josie—, dice con sequedad y por primera vez con un terrible tono de seriedad en la voz.—Yo solo quiero divertirme.—

***

Cuando vuelvo junto a Leon, un temblor difuso se ha apoderado de mí. Ni idea de dónde viene, porque ya no tengo frío. Pero está ahí. Como un ruido molesto en la lejanía cuya fuente se te oculta.

—¿Qué ha pasado?—, pregunta Leon débilmente. Parece haber renunciado a intentar hacerme entrar en razón.

—La puerta está cerrada con llave—, digo apagada.

Después de gritarle a nuestra verduga durante minutos a través de las cámaras, he intentado abrir la puerta pese al cadáver de Frank. Su cuerpo se ha desprendido de la pared. Como un saco se ha desplomado de la puerta, contra mí, sobre mí. Puedo olerlo en mí.

Luego he ido a la cocina y he intentado romper una de las ventanas de allí. En mi delirio primero con la mano y luego con otra cosa. Pero todos los muebles estaban atornillados; ni siquiera los cajones de la cómoda han servido de ayuda. Demasiado voluminosos, demasiado ligeros. Muebles baratos. La tipa se ha limitado a reír cuando el diminuto cajón del armarito junto a la puerta se ha hecho añicos. Después me ha dicho que me mantuviera alejada de las ventanas. Si no, vendría a rematar lo que ha empezado.

No he preguntado si se refería a mí o a Leon.

Por lo demás aquí no hay nada. Salvo un inyector de morfina y un cuchillo de cocina.

Por un momento pienso en ponerme a aporrear la puerta de entrada. Gritar, golpear las paredes, el suelo.

Puede que la administradora de la finca me oiga y venga a mirar y entonces… ¿Llamaría la policía la anciana? ¿Llegarían a tiempo? ¿O Diana sería más rápida y habría otro cadáver en este piso?

—¿Qué llevas en la mano?—

La pregunta de Leon me saca de mis cavilaciones y me doy cuenta de que sigo aferrando la libreta. Estaba junto al inyector de morfina. Le tiendo a Leon ambas cosas y sigo mirando con la vista vacía la pared de la que pende mi vida.

Oigo el leve pop de la tapa, luego un siseo de él y, a continuación, un suspiro.

Debe de ser el efecto placebo, porque en realidad la morfina tarda entre cinco y veinte minutos en hacer efecto.

Lo sé por Nici. Cuando está cansada, no para de hablar de su trabajo y yo, con mi memoria de elefante, me quedo con cada detalle inútil. Incluso que en su planta tuvieron una vez un ratón al que llamaron Batman, porque nadie salvo las enfermeras lo veía nunca y porque la dirección del hospital habría montado un buen número si se hubiera sabido que estaba allí.

No sé por qué me viene ahora a la cabeza precisamente esa historia. Quizá porque estoy clavada mirando una foto en la que salgo con Nici comiendo helado en la ciudad. Ella toma sorbete de limón; yo, una bola de stracciatella y otra de tiramisú.

¿Me buscará? Si no, yo a más tardar veinticuatro horas después de una bronca la llamo. Porque no soporto las cosas sin aclarar. Y el rencor, menos aún.

A mi lado suena el crujir del papel.

Lo aparto. Molesta cuando intento pensarme en otro mundo. En una heladería, por ejemplo.

—No vamos a salir de aquí—, murmuro.

—Vamos a salir de aquí, Josie.—

—No, no vamos a salir. ¡Aquí no hay nada! Ha dicho que era vidrio de seguridad.—

—Incluso el vidrio de seguridad cede con las herramientas adecuadas.—

Tengo que reír. Herramientas. Sí, las herramientas son estupendas. Si las tienes.

El crujido vuelve a empezar.

—Levantarse 7:00, ducharse, recoger el piso, desayuno a las 9, visita a terapia de grupo a las 12. ¿Qué es esto?—

—Mi vida—, me oigo decir.—Lo ha apuntado todo. Todo.—

Él sigue pasando páginas sin más. No dice nada, como si le hubiera dicho que eso es una guía telefónica.

—¿Te gusta?—, pregunto al cabo, mordaz, cuando el silencio se me hace demasiado largo.

—¿Quién es Paula?—, pregunta.

Le arrebato la libreta de la mano.—No es asunto tuyo.—

—Ella lo sabe de todos modos. Y probablemente yo ya no se lo pueda contar a nadie.—

Por fin giro la cabeza hacia él. Es como si lo hubiera decidido sin pasar por mi cerebro, porque ya no aguanto mirarle más tiempo de frente.

Parece haber envejecido años. Tiene las mejillas hundidas, bajo los ojos profundas ojeras.

—No digas eso.—

Vuelve a apoyar la cabeza en la pared y cierra los ojos.—¿Por qué no me lo cuentas sin más?—

—Porque quiero salir de aquí.—

—Yo también, pero primero cuando haga efecto la morfina. Entonces, ¿quién es Paula?—

—Era mi hermana.—

Abre un ojo.—¿Era?—

—Sí, en pasado: ¡era!—

—Lo siento.—

—No tienes por qué. No fue culpa tuya.—

Alza la cabeza y me mira inquisitivo.—¿Pero sí tuya?—

—¿Por qué no hablamos de tu pasado, mejor?—, le suelto con acritud.

Duda, traga saliva con fuerza antes de seguir:—Mi padre… era un hombre violento.—Su mirada se va a la cámara, y lo entiendo. Me coloco frente a él, de modo que su cara quede oculta para la loca al otro lado de la lente.

—No fue fácil crecer en una casa en la que nunca podía sentirme seguro—, susurra casi inaudible.—Mi madre siempre intentó protegerme, pero nunca pudo hacer mucho más que atraer su ira hacia sí.—

La rabia y el dolor, que yo misma conozco tan bien, están en sus palabras. Levanta la mano, temblorosa, y señala la cicatriz de su mejilla.—Un soldador al rojo con el que trabajaba. No le obedecí lo bastante rápido cuando debía alcanzarle la barra de estaño.—Su mirada se me cruza por un instante y enseguida vuelve a alejarse, inquieta.—Después me largué de casa. Viví en la calle e hice de todo para sobrevivir. Así que sé lo que es vivir con miedo. Cada día. Cada noche. La inseguridad constante.—

Mi rabia se disuelve en sus ojos oscuros.—Paula se ahogó—, susurro de pronto.—Teníamos diez años.—

El lago me alcanza. No, en realidad ha estado aquí todo el tiempo. Cerniéndose sobre mí, como un aguacero que espera el momento oportuno.

—Simplemente se ahogó—, vuelve a estallárseme.—Estábamos nadando. En mitad de la noche. Ella siempre me incitaba a esas locuras. El agua estaba helada, pero ella quería a toda costa que entráramos. Estuvimos nadando. Casi hasta la mitad y entonces se hundió, sin más. ¡Intenté ayudarla! De verdad que lo intenté, pero… —El temblor arrecia. Cuando esta vez me abraza, no me consuela. Solo vuelve a sentirse como si estuviera atrapada entre los brazos del lago.

—Mi madre me culpó. Llevo años sin hablar con ella. Mi tío se mudó con nosotras para que no tuviera que ocuparse de mí. Todo eso está en esta libreta. ¿Cómo sabe todo eso? ¿Qué más le da? ¿Qué quiere de nosotros?—

—Respira, Josie. ¡Tienes que respirar!—

¡Estoy respirando! Maldita sea, estoy respirando, pero el lago está en todas partes. Nada en mi vida ha funcionado desde que Paula no está. Es como si el lago me hubiera maldecido.

Cuando por fin me llegan las palabras de consuelo de Leon, mi respiración se calma.

El mundo se oscurece y, durante unos instantes cuya duración no sabría nombrar, encuentro algo parecido al sueño.

Capítulo 23

—Despierta, Josie.

Siento una mano en mi barbilla y abro los párpados. Con un grito, me echo hacia atrás. Diana está sentada frente a mí. Sus labios rojo sangre se han torcido en una sonrisa horrible.

—Hola, sol.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Leon?

—Pues, se ha ido.

Tengo las manos atadas. A la espalda. El cañón de una pistola me presiona el vientre.

—Necesito tu ayuda, Josie. Quiero hacerte un favor, porque hasta ahora has sido muy valiente.

—¿Dónde está Leon?

—Venga, venga, le volverás a ver. Está ahí. Señala la segunda puerta a la derecha, que da al dormitorio y hasta ahora estaba cerrada.

—Podrás ver enseguida a tu amorcito. Pero antes vas a llamar a alguien por mí.

La miro sin comprender, fija en sus ojos de hielo. Son preciosos. Tan hermosos como el resto de ella.

Como si pudiera leerme la mente, su sonrisa se vuelve aún más seductora.

—No me dio puerta, Josielina. No al instante. Nos lo pasamos en grande antes de que tú aparecieras. Me dejó tirada. Por tu culpa. ¿Te lo puedes creer?

La miro como un ratón a la cobra. Ella sigue sonriendo.

La presión del arma aumenta. No puedo apartarme. Me corre el sudor frío por la frente.

Con un gesto de cabeza, mi verdugo señala un plato y una botella de agua en medio de la habitación. —Incluso te he traído algo de comer, si me ayudas a ayudarte.

Como no contesto, saca un móvil del bolsillo.

—Qué bien que tu tarjeta SIM haya sobrevivido a tu ataque con el zapato. Me he tomado la libertad de conseguir un móvil nuevo para tu tarjeta. Sonríe ampliamente. —Dirás que quieres hablar con él. En seguida. Si haces algo estúpido, te pego un tiro, ¿entiendes?

Veo cómo marca el número de Michael.

Niego con fuerza hasta que me hunde el arma en el vientre.

Al otro lado descuelgan. —¿Qué quieres? —pregunta Michael, brusco—. ¿Tu amante piensa denunciar por lesiones o qué?

Diana me hace un gesto para que hable.

—Yo… yo quiero hablar contigo —acierto a decir.

—Pues habla.

Diana alza una ceja.

—No por teléfono. ¿Podemos vernos… en mi casa?

—¿Para que ese pringado me suelte otra hostia, o qué?

—No… no, estoy sola.

—¿Estás llorando?

—No.

—¿Te ha hecho algo?

Si la situación fuera un poco distinta, me habría reído. —Solo ven. Ahora.

—¿Cómo te lo imaginas? Hay gente que tiene que ganarse la vida. Ah, claro, tú saliste bien parada del divorcio. A las 19 h. ¡Como no abras la maldita puerta otra vez!

Cuelga.

Diana guarda mi teléfono resoplando. —Vaya capullo —murmura, antes de volverse hacia mí de nuevo.

—Y ahora, Josielina, vamos a ponerte algo mono —dice con una sonrisa helada que no alcanza a sus ojos—. Así, sudada y hecha un harapo, no puedo dejarte salir de casa. Preferiría que te arreglaras un poquito.

Señala un pequeño montón de ropa en el suelo.

—Cámbiate —ordena, me quita las esposas y refuerza su exigencia con un gesto del arma—. Rápido.

Da un paso a un lado para que pueda coger las prendas. Una blusa sencilla pero elegante y una falda muy corta.

La idea de cambiarme aquí, en medio de la habitación, mientras Diana me observa, me resulta de una desnudez que ayer ni siquiera habría podido imaginar. Pero no tengo elección.

Dejo caer al suelo la ropa sucia y desgarrada mientras me enfundo las prendas nuevas. Están limpias y huelen a fresco; un contraste punzante con mi propio olor.

Cuando por fin termino, Diana me mira con una sonrisa satisfecha. —Bien hecho —dice, da un paso hacia mí y alarga la mano.

Me aparto, y ella chasquea la lengua con desaprobación. —Estate quieta, ¿quieres? —sisea—. Si no cooperas, Leon lo va a pagar caro.

Noto cómo se me cierra la garganta mientras me aparta del rostro los mechones pegajosos de sudor.

Entonces se lleva las manos a la cabeza y se arranca la melena de golpe.

Suelto un chillido. Me avergüenzo en cuanto me doy cuenta de que solo se ha quitado una peluca.

En realidad no es rubia, sino morena.

Me sorprende que me fije en eso. Y, sin embargo, me parece el único pensamiento seguro. Algo tangible que no puede hacerme daño.

Puedo ver que es una peluca de calidad. Incluso con la luz mortecina se aprecia el brillo del cabello. No puedo evitar notar el contraste entre la peluca lujosa y mi aspecto desaliñado.

—Te va a quedar de maravilla. Diana sonríe, fría, y alza la pieza de cabello. —Póntela —ordena con brusquedad.

Con las manos temblorosas, agarro la peluca y me la coloco con cuidado. Es suave y se siente irreal.

Mientras intento asentarla por igual, Diana suelta una carcajada. —A la antigua dueña de este pelo le chocaría verlo en una zorra como tú. —Inclina la cabeza—. Aunque quizá no. Ella también lo era.

Me quedo rígida.

Su risa se hace más fuerte, como si me leyera los pensamientos. Seguramente no son difíciles de adivinar. —No, tranquila, este precioso ejemplar lo he comprado de forma totalmente legal. Es de tu mismo color de pelo, ¿te has fijado?

No puedo responder, soy incapaz de hacer otra cosa que mirarla fijamente. Solo cuando algo vuelve a clavarse en mi vientre, asiento con la cabeza.

Diana me examina con mirada escrutadora. —Perfecto —dice al fin —. Estás impresionante.

Su voz rebosa entusiasmo fingido y un control calculado. El brillo de sus ojos delata el placer que le produce la situación. Diana sigue sonriendo mientras saca una barra de labios del bolso.

—Ábrela.

Me tiemblan tanto los dedos que tardo una eternidad en obedecer. Al final consigo subirla un poco.

Es rojo chillón. El color impacta por su intensidad, casi como si imitara la sangre de la camisa de Leon.

—Mejor lo hago yo —dice Diana con un deje de desenfado en la voz—. Tú solo lo estropearías.

En silencio, dejo que me la quite de la mano.

El primer toque en mis labios es frío, y percibo el aroma denso y dulzón del color. Su mano es sorprendentemente suave, y noto de forma casi hipersensible la textura cremosa en mis labios mientras extiende la pintura de manera uniforme.

—Bonito —murmura, tras darme una última mirada evaluadora—. Así estás perfecta para nuestra pequeña reunión.

Se inclina un poco más, su aliento me cosquillea el oído. —A Michael le va a encantar —susurra—. Vamos, entonces. Diana guarda la barra en el bolso y me pone la mano en la espalda. —No querrás que Michael llegue antes que nosotras.

Con cada paso que damos hacia el pasillo, siento cómo la oscuridad sube dentro de mí como una marea negra.

De camino a la salida me arrastra pasando junto a la puerta del supuesto dormitorio. Sus uñas, limpias y perfectamente cuidadas, se cierran sobre mi barbilla como una garra y me obligan a mirar. Leon está sentado, inconsciente, apoyado en la pared. Las muñecas, esposadas. Frente a él, un portátil abierto. Seguramente en sustitución de las cámaras de seguridad, con la webcam activada. La mancha en torno al cuchillo de cocina brilla húmeda.

—Si colaboras, lo llevaré al hospital. Si no… —chasquea la lengua —. Entonces cogeré el cuchillo y me cortaré unas manzanas para cenar. ¿Lo pillas? ¿Entiendes lo que pasa si cojo ese cuchillo?

Asiento, aunque no tengo ni idea. Desangrarse, explotar, hacerse polvo; mi mente no da abasto.

Me deja atrás a trompicones. Como la estela del sol en la retina, sigo viendo a Leon cuando ya nos hemos ido. ¿Cuánto aguantará? ¿Cuánto aguantaré yo?

Me dejo conducir sin resistencia hacia la puerta, pero mis pensamientos se atropellan. Si salimos de este piso, podría pedir

ayuda. Podría intentar empujarla por las escaleras. Quizá avisar a Michael. Podría ayudarme y… Leon podría morir.

—Ya estás lista —dice Diana cuando llegamos a la puerta de la calle. Pasa por encima del cuerpo de Frank como si no fuera más que un estorbo sin importancia que le bloquea el paso—. Y recuerda: si no te comportas como yo quiero, no dudaré en atenerme a las consecuencias.

Su mirada es gélida, y sé que su amenaza va en serio.

En la escalera no se oye nada. Son las 18:40 h. Lo veo en el reloj inteligente de su muñeca.

Fuera ya es de noche. Parece que todo el mundo está cenando. Del piso de la señora D'Alessi me llega el tintinear de la vajilla.

Quiero gritar, sé que no puedo, y mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas.

Salimos a la calle. El viento me corta a través de las finas mallas. Su voz me atraviesa igual de fría al oído. —Déjate llevar, Josie. Déjate llevar sin más.

Noto que comparte su chaqueta conmigo. No para abrigarme, sino para ocultar del mundo la pistola que me clava en el costado.

Mis ojos rozan la libertad. Está a mi izquierda y a mi derecha. Solo tendría que echar a correr, pero ¿hasta dónde llegaría, con una bala en la espalda y estos tacones?

—Ya casi estamos —me consuela la mujer que tiene mi destino entre las manos.

Camino hacia mi perdición y el mundo aparta la mirada.

Dos adolescentes se cruzan con nosotras en la acera frente a mi casa. Uno se fija en los regueros oscuros de rímel en mi mejilla.

Clavo la mirada en la suya.

¡Sálvame!

Tropiezo, Diana me sostiene. —Cuidado, ya casi estamos.

Aparta la vista y se aleja a toda prisa.

¿Es que no lo ve? Mi dolor. ¿Se va porque lo ha visto?

Diana me empuja hacia el portal. La sal para el deshielo y el barro se han mezclado en un charco en el vestíbulo.

—Vamos, vamos, no tardará en llegar.

Las escaleras son un suplicio. Nunca he sabido andar bien con tacones. Estos me quedan pequeños.

Diana abre la puerta del piso.

Los cristales han desaparecido. En su lugar, vuelve a colgar una cámara justo encima de la puerta. Es negra, no blanca, pequeña, no grande, pero parpadea en verde.

—Sonríe para las cámaras —susurra Diana y cierra la puerta. El chasquido de sus palmas me hace estremecer—. Muy bien, ha salido a pedir de boca.

De nuevo me pasa un brazo por los hombros, en gesto casi fraternal. Juntas vamos hacia el pasillo. Allí cuelga otra cámara más.

Señala el baño. —¿Necesitas ir? Los hombres odian que tengas que hacerlo entre los preliminares y el polvo.

—¿Qué?

Su risa parece querer arrancarme la piel a tiras. —Ay, tontita, ¿es que pensabas que íbamos a invitar a Michael a tomar el té?

Me agarra por la nuca, me golpea la cabeza contra la pared. Sus labios se acercan tanto a mi oído que me encaja el arma con brusquedad entre los muslos. —Quiero que te lo meta hasta el fondo y te deje claro de quién eres, para que se te quiten las ganas de meter mano a mis hombres. ¿Lo pillas ya?

Me empuja por la puerta del dormitorio abierta, donde me detengo tambaleándome y temblando.

La lámpara regulable de mi mesilla deja una luz difusa. Una luz que apenas alcanza las esquinas de la habitación, donde mi

percepción sobreexcitada descubre dos cámaras pequeñas más.

Michael, que seguro vendrá borracho, apenas se fijará en ellas. ¿Le molestaría? ¿Sabe quizá lo que se está tramando aquí?

De repente caigo en la cuenta de que las cámaras no están para que Diana nos vea. El portátil. ¡Leon tiene que verlo!

—Ahora te explico las normas: vas a esperar aquí. Justo aquí. Puedes ir al baño. Pero si pasas por delante de la cámara de la puerta, saco el cuchillo de Leon. Cuando llegue Michael, serás amable. Muy amable. Si no eres amable…

Me mira, esperando mi respuesta.

—Sacas el cuchillo. —Mi voz me suena extraña en los oídos. Sorda, como la de una muerta. Pero las muertas no hablan, ¿no?

Vuelve ese chillido agudo. —Ay, qué lista puedes llegar a ser cuando hace falta. Cuando acabéis, nos llevamos a Leon al hospital. Lo prometo.

Me besa en la mejilla. Se sobresalta y borra las marcas de la barra. Me restriega con brusquedad los churretes de rímel y da unos toquecitos en la zona, que me hormiguea como si hubiera untado veneno.

Sé que es un engaño, pero la sensación no desaparece.

Así me quedo, escuchando el eco de sus pasos que se apagan en el pasillo. Oigo cómo la puerta del piso se abre y se cierra.

—Espera —mi voz es un susurro—. ¿Cómo se supone que le abra a Micheal si no puedo ir al pasillo?

No obtengo respuesta. Por un momento creo oír pasos que regresan hacia mí, pero no es más que otro engaño de mi mente.

Entonces me atraviesa la certeza. De repente, la niebla se disipa como si nunca hubiera estado. Como si mi mente hasta ahora solo hubiera aprovechado una fracción de su capacidad, las piezas del puzle encajan una tras otra en su sitio.

¡Ha dejado la puerta abierta! La de la vivienda.

Michael puede llegar directamente hasta mí.

Diana, con toda probabilidad, habrá vuelto con Leon para poder usarlo como rehén.

Si huyo antes de que llegue a él, a corto plazo no sabrá dónde estoy. Mientras no sepa dónde estoy, no podrá matar a Leon. Eso espero…

Aparo el pensamiento. No hay tiempo para escrúpulos. Paula parece estar de acuerdo conmigo.

Nada, Josie. Nada por tu vida.

Me arranco los stilettos de los pies, dispuesta en cualquier momento a oír una voz saliendo de un altavoz, o a que alguna torreta futurista de disparo automático me atraviese la frente con una bala, pero no pasa nada.

Echo a correr. El suelo está frío. Todas las puertas están abiertas. Al pasar por el pasillo miro hacia aquella ventana fatídica con la que empezó todo. Al otro lado todo está a oscuras.

Aún hay tiempo.

Vuelvo la vista a la puerta del recibidor.

Un impacto brutal.

Me habría caído si no fuera por un par de manos fuertes que se cierran sobre mis brazos como un tornillo.

Demasiado tarde.

—¡Dios bendito, Josie! ¿Qué demonios te ha dado?—

Michael.

Su aftershave denso casi me tumba.

Demasiado tarde. Es demasiado tarde.

—He llamado al timbre, ¿por qué narices no abres? ¿Y por qué está abierta tu puerta?—

—Yo…—

Has perdido, has perdido, Josie, entra en el juego. Entra en el juego y quizá vivas. No es tan difícil.

Me rindo a la voz de mi hermana; no me quedan fuerzas para pensar por mí misma.

Me obligo a sonreír, sin saber si lo consigo. Tengo los labios entumecidos.

—Perdona, pensé que me había dejado el fuego encendido—

—¿El fuego?—. La ceja alzada de Michael me hiela la sangre. Siempre ha sido un presagio de cosas feas.

Le queda bien el traje, con el pelo peinado hacia atrás y los rasgos severos. No hace que nada sea más fácil.

Le odio, le tengo miedo.

—A ver, ¿qué llevas puesto?—

—Pensé que quizá te gustaría—

Lo rápido que vuelvo a mi papel me deja helada. La mirada baja, el oído atento a su reacción. Tengo la sensación de poder adivinar por su forma de respirar lo que va a pasar después.

—¿Es alguna de tus brujerías para volver a echarme a tu abogada encima?—

Me suelta. Su mirada se clava en la mía, que por desgracia he vuelto a levantar.

Para mi propia sorpresa, me doy cuenta de que está sobrio. Más sobrio de lo habitual, me corrige la nariz.

—¡No! No. Justo de eso quiero hablar contigo. Ahora sé que…—

—¿Que…?—

Las palabras son astillas en mi garganta. —Que he cometido un error—

—¿Ah, sí?—

Le cojo del brazo. Hago a un lado todo lo que me han enseñado las interminables charlas del grupo de apoyo y le miro a los ojos. No es de extrañar que una vez le quisiera. La postura, la expresión carismática de su rostro, que de pronto se suaviza cuando me acurruco contra él.

—Te quiero, Michael. Y he cometido errores, ahora lo sé.

Las lágrimas me vienen de perlas, aunque no quisiera que él las viera. Aunque no sea él quien las provoque.

—¡Espera!— Me agarra la mano, que yo había extendido hacia él con esperanza.

Le miro asustada. Lucha visiblemente consigo mismo, intenta decir algo varias veces, luego suelta una maldición ahogada y mira al techo. —Eso no es así—, dice al fin.

Se me aflojan las rodillas cuando comprendo que miento mucho peor de lo que necesitaría ahora mismo.

—Los errores los he cometido yo—, acierta a decir.

El mundo se detiene. —¿Qué?—

Un destello del viejo enfado cruza por su cara, pero se desvanece tan rápido como ha venido. —Los errores los he cometido yo—, repite. —No me obligues a decirlo otra vez—

Es un juego, me sisea Paula en advertencia. *Está jugando. Es de Diana.*

—Pero tú…—

—Soy un borracho, Jo—. El asco empapa su voz. —Nunca tuviste el valor de decírmelo. Anthony no tuvo esos escrúpulos. Mírame—

Alza la mano libre. Tiembla por debajo. Ahora que lo veo, lo noto también en su agarre. —No veo el momento de llegar a casa—, carraspea. —Me bebería limpiacristales si no pudiera conseguir otra cosa. Si tú…—

Ante sus manos grandes en mi mejilla, noto un pinchazo nervioso en el estómago. Hay un eco del viejo delirio en su mirada.

—Si de verdad quieres darme otra oportunidad…— Su rostro está tan cerca del mío como no lo ha estado en años. —Ahora sería un momento realmente bueno—

Esa es mi señal. Si lo consigo, es ahora. Es la intuición de una mujer que lucha por sobrevivir la que me quita todos los escrúpulos.

Le agarro de la nuca y lo atraigo del todo hacia mí. —Hablemos luego—

Sueno sin aliento. Y lo estoy. Noto un poso de alcohol en sus labios. Más débil que otras veces, pero inconfundible.

No puedo creer que se aparte un instante de mí para mirarme con desconfianza. —¿Vas en serio conmigo, Jo?—

Más lágrimas; quizá alguna sí sea por él.

—Sí—, logro decir con los labios temblorosos, y antes de poder implorar a Dios clemencia por esta mentira, Michael me empuja hacia atrás, hacia el dormitorio.

Está impetuoso, descoordinado, brusco en los momentos equivocados.

Sé que es el alcohol el que le ha quitado el tacto. Antes no era así.

El miedo me paraliza cuando llegamos a la cama. Todo vuelve. La mañana en que, una vez más, no fui capaz de despertar. La mañana en que volvió al dormitorio para consolarme. Primero con palabras, luego con más. La incapacidad de decirle que no quería, sabiendo que veía mi miedo y aun así penetró en mí.

Se me revuelve el estómago, me tiemblan las manos.

Todo se mezcla en puro horror.

Leon, la bruja rubia, no, morena, la agresión, el hombre al que una vez quise.

Noto cómo me congelo en sus brazos. Ni un solo músculo se atreve a obedecer mis órdenes. ¿Para qué? Cada decisión estúpida que he tomado me ha traído exactamente aquí.

Se detiene. Michael Hartmann, que está sobre mí, con la mano bajo mi sujetador en mi pecho, cuya dureza se presiona implacable contra mí, se detiene y me mira.

Con la mano libre me aparta la peluca de la cabeza cuando me intenta retirar los mechones de la cara para mirarme.

—¿Qué te pasa, Jo?—

Las lágrimas se convierten en ríos; me arden al desbordarse por los párpados. Apenas puedo verle a través del velo.

—Ayúdame—, susurro, aún rígida como una roca.

Me sostiene la nuca, me mira con gesto interrogante. —¿Ayudarte en qué? ¿Y a qué viene la peluca?—

—Sigue. Por favor, tienes que seguir—. Mis palabras son apenas un soplo en el aire cada vez más denso.

—¿Qué?—

Se inclina sobre mí, acerca su oído a mis labios.

—Tenemos que hacerlo ahora, Michael. Por favor, no puedes parar o moriremos—

Se incorpora con facilidad. Un leve velo de sudor cubre sus brazos. Me mira como si me hubiera vuelto loca.

Por fin mis miembros vuelven a considerar sensatas mis órdenes. Me incorporo, presiono mis labios contra los suyos.

Entre besos torpes, desesperados, digo: —Hay una mujer. Nos está vigilando. Por las cámaras. Si no me acuesto contigo, matará a alguien—

Cuando esta vez me agarra la cara, no hay nada de suave en ello. —¿Te has metido algo?—

Niego desesperada con la cabeza. Mi mirada se pierde en el techo con la esperanza de que alguien me escuche. —Es la verdad. Tienes que creerme—

Vacila; durante unos segundos me sujeta. Veo sus ojos vagar y detenerse fugazmente en las esquinas de la habitación.

Las ha visto. Las cámaras.

Me sacude levemente hasta que vuelvo a mirarle. —¿Dónde está? —

Creo estar soñando; parpadeo para apartar las lágrimas.

Un estampido ensordecedor desgarra el frágil entramado a nuestro alrededor. La fuerza del disparo lo arroja a un lado, fuera de la cama.

—¡No!— Salto tras él. La sangre le brota del vientre.

—¡Jo!—

Me mira incrédulo. Como si hubiera disparado yo. Como si fuera culpa mía que…

Me vuelvo en seco.

Diana está en la puerta. Debe de haber estado todo el tiempo en el baño. Así que no me había imaginado los pasos de vuelta hace un momento.

Parece molesta. —¡Eso no ha estado bien, Josie!—

Mis nervios hechos jirones estallan con un chasquido audible. Es mi propia boca la que lo forma, son mis manos las que de pronto se cierran en puños. Se siente extrañamente familiar.

—¡Compórtate, Josie! No querrás que…—

Me lanzo. El dolor ha quedado atrás. El miedo, también. Cojo un stiletto del suelo. Se siente correcto, cómo el tacón forrado de cuero encaja en mi mano. Todo pasa a la vez lento e increíblemente rápido.

La fiera me mira sorprendida, parece olvidar levantar el arma.

Caigo sobre ella con un golpe sordo. El zapato en la mano. El brazo en alto.

Grita cuando el tacón de aguja la golpea primero en el hombro, luego en la cabeza. Con los brazos alzados para protegerse, retrocede.

No paro. Mi mente se rebela, pero mi cuerpo ya solo conoce este camino y lo recorre solo.

Más allá de cualquier impulso consciente, le golpeo y golpeo. Mis dedos ridículamente delicados, mis uñas blandas se han vuelto zarpas y garras.

Diana grita. Rabiosa de dolor.

No puede estar ni de lejos tan rabiosa como yo. Nadie puede estarlo.

Un segundo disparo me saca fugazmente de mi centro. La pierna izquierda me falla.

Es el muslo, me cruza por la cabeza. *Me ha dado en el muslo.*

Un golpe con el arma en la cabeza me obliga a hincar la rodilla.

Diana me mira hecha una furia. La sangre le corre por la frente. Un trozo de cuero cabelludo con varios mechones castaños cuelga fuera de lugar. El cañón de una pistola me sonríe con humo en la cara. —Buen intento, zorra—, sisea Diana.

Tengo que reír. Como se me han agotado todas las demás emociones, no hay otro sonido que pueda salir de mi cuerpo.

Me gusta. Me hace un poco más fuerte de lo que soy, un poco menos indefensa. Un poco más valiente ante mi muerte.

—Nos vemos en el lago, Diana. Nos vemos en el lago—

Vacila. Solo un instante, y su alarido desgarra la habitación. Se desploma de rodillas delante de mí y se gira, bufando. Tiene un cuchillo clavado en la pantorrilla.

Un cuchillo que me resulta muy familiar. Me encanta usarlo para cortar tomates.

Confusa, observo cómo el puño de Diana impacta en Leon, que está en el suelo detrás de ella.

Leon… ¿De dónde ha salido?

Solo cuando su puño cae sobre él por tercera vez, regresa mi instinto de supervivencia. Agarro el cuchillo de su pierna convulsa y apuñalo. Apuñalo y apuñalo.

Ella cae sobre Leon.

Apuñalo.

Salpicaduras rojas bailan como fuentes ante mis ojos.

Apuñalo.

Ya no se mueve. Está sobre Leon como una vaca a medio descuartizar.

El cuchillo se me escapa de los dedos. Echo a correr, cojeando. El dolor queda muy lejos.

Me estrello contra la puerta de la vivienda intentando abrirla. Tropiezo hacia la escalera y grito pidiendo ayuda como no he gritado en mi vida.

Nadie responde.

Sigo corriendo. Llego al charco de sal y barro. Descalza, medio desnuda, deslizándome, lo cruzo y salgo a la calle.

Una luz azul me golpea y me ciega. Se oyen gritos.

Tropezando por la acera, me desplomo dolorida sobre el asfalto helado.

Entre los tres patrulleros y los seis policías creo distinguir la cara del adolescente que, por lo visto, sí oyó mi llamada muda de auxilio.

Capítulo 24

UNA mano cálida aprieta suavemente la mía y una voz familiar roza mi oído. No es solo la voz lo que me resulta familiar. Todo. El chirrido de suelas de goma sobre linóleo. Un pitido rítmico a lo lejos.

Exactamente así fue entonces. Entonces, cuando desperté, el tío Eric estaba sentado junto a mi cama, me dio un beso en la frente al abrir yo los ojos y me dijo que estaba a salvo.

A salvo, pero sola. Fue él quien me dijo que saldría con una ligera neumonía; fue él quien me dijo que Paula no había sobrevivido al lago.

Cuando los recuerdos fragmentarios regresan, mi mano se contrae. ¿Qué he perdido esta vez?

La voz que me habla se interrumpe un instante.

—¿Josephine? ¿Josie? ¿Estás despierta?

Niego con la cabeza. Me duele el cuello. No, el muslo. Me duele más el muslo. En realidad duele solo de pensar en todo lo que podría estar doliéndome.

Una risa cálida. El tío Eric. Es él de verdad.

—Abre los ojos, cariño.

Vuelvo a negar con la cabeza.

—Todo está bien. Estás a salvo.

Lo sé desde que he oído tu voz, quiero decir.

—A salvo no me basta—consigo articular a trompicones en su lugar.

Un peso se hunde en mi colchón y, cuando por fin abro los ojos, veo que apoya ambos codos sobre él y me envuelve la mano con las suyas.

En sus ojos descubro algo que nunca antes le había visto. Lágrimas.

No derramó ni una entonces, cuando el lago destrozó a nuestra familia. Al menos no delante de mí. A veces, sobre todo en la adolescencia, se lo eché en cara. Hoy sé que simplemente no es de esos. Por eso entiendo aún menos el brillo en las comisuras de sus ojos.

—Pase lo que pase ahora, Josephine, yo estoy aquí para ti, lo sabes, ¿verdad?

Me obligo a esbozar una sonrisa dolida.—Lo sé, tiíto.

Durante minutos me abraza. No dice ni una palabra. Y aunque todo lo ocurrido en los últimos días diga lo contrario, empiezo a creerle.

Le creo tanto que, al cabo de una pequeña eternidad, me atrevo a formular la pregunta decisiva: —¿Qué ha pasado?

Por un momento sus manos abandonan las mías, saca un pañuelo del bolsillo del pantalón y elimina las huellas de su emoción.

Luego vuelve a ser el de siempre. Sereno y dueño de sí.—Eso iba a preguntártelo yo, niña. Pero solo si te apetece hablar de ello.

No me apetece, pero tengo que hacerlo. Necesito a alguien que me crea. Y ahora que estoy aquí, que siento el agujero de la bala en la pierna y mis antebrazos lucen las huellas de una pelea encarnizada, tendrán que creerme por fin.

A trompicones, cuento lo que ha pasado estos días. De algunas cosas el tío Eric ya estaba al tanto, pero escucha con paciencia. Solo el juego de sus cejas pobladas delata de vez en cuando su enfado.

Desde el momento en que Diana me llevó a mi piso, me salto mucho. Se da cuenta, pero no me reprende. Termino con mi desplome en plena calle.

—¿Tengo una neumonía, tío Eric?—pregunto cuando lleva un rato sin decir nada.

Suelta una carcajada bronca. Creo que lo necesita para no estallar por dentro.

—No. Esta vez no.

—¿Qué pasó después? ¿Qué ha sido de…?

Su risa se apaga y mi valor se desvanece.

—La mujer no lo ha contado. La policía insinuó que tú la…

Mis labios apretados deben de bastarle como respuesta, porque se apresura a seguir hablando.

—Los investigadores no quisieron revelar demasiado. Pero Michael no lo ha conseguido, Josie. Por lo visto, la bala le alcanzó la aorta abdominal.

Me invade una extraña mezcla de tristeza y alivio. Me desconcierta la tristeza. Y me muero de vergüenza por el alivio.

—He hablado por teléfono con su hermano.

—Ajá.

—Michael se había inscrito en una clínica de desintoxicación.

—¿Cómo?

Parpadeando, miro a mi tío, que tiene los labios en una mueca rara.—Cada vez había más quejas en su trabajo. Anthony trató varias veces de hacerle entrar en razón y al final lo consiguió. Hubo una bronca enorme, llegaron a las manos y entonces Michael se vino abajo y le confesó todo. La adicción, que no había sabido ayudarse de otra forma. Que le costaba muchísimo controlarse… Ese tipo de cosas.

Todo alivio se esfuma y la tristeza se prepara para un amargo solo.

—Intentó ayudarme—digo ahogada.—Le pedí ayuda contra esa mujer. Yo no sabía que estaba tan cerca. No sabía…

—Shhh. Ya está. Ya está, Josie.

Es difícil abrazar a alguien cuando estás en una cama de hospital. Pero se puede. En situaciones así todo es posible, y mientras me acaricia el pelo para calmarme, me preparo para la siguiente pregunta. Pienso sin querer en la vieja comparación de la tirita: mejor de una vez, rápido, todo del tirón, que ir arrancándola poco a poco y a trozos, luchando con los dramas del pasado.

—¿Leon? ¿Qué pasa con Leon?

La mano en mi nuca se queda inmóvil.

El tío Eric inclina la cabeza.—¿Quieres ir a verle?

Alzo la vista. Al fin y al cabo no me llevará a la morgue, ¿no?

—¡Sí! ¿Dónde está?

—Espera aquí. Te consigo una silla de ruedas.

Cuando abro la boca, alza la mano con severidad.—Ni una protesta, señorita.

***

Leon parpadea perezoso cuando una enfermera nos abre la puerta de su habitación en la UCI.

—Veinte minutos—advierte.

Yo vendería mi alma por veinte segundos con él, así que asiento.

Está tumbado de espaldas, la sábana le llega por encima del vientre, de modo que no puedo ver la herida. Por suerte el cuchillo ya no está clavado. En cambio, su pierna izquierda está enfundada en una escayola gruesa y la mitad derecha de su cara luce un tono verdoso.

—Espero fuera—dice Eric; luego su barba me hace cosquillas en la oreja y susurra—: Ya me cae mejor que Michael, y eso que acabo de conocerle.

Antes de que pueda responder, se escabulle al pasillo. Sus palabras, sin embargo, obran lo casi imposible: una sonrisa fina se

me escapa a los labios.

—Hola—raspea Leon, devolviendo el gesto con algo más de convicción.

—Hola.

Quiero acercarme a él, pero no consigo moverme.—¿Cómo estás?

Alza el antebrazo con una sonrisa y señala su bolsa de suero.—Aquí tienen buen material. Ah, y dicen que nunca habían tenido a nadie que sirviera tan bien de bloque de cuchillos como yo.

Quiero reír, pero a la vez me invaden los remordimientos.

—Lo siento muchísimo.

Frunce el ceño.—¿El qué?

—Todo esto. Yo no quería arrastrarte a esto conmigo.

Del supuesto *buen material* ya no hay rastro. Su expresión se vuelve seria cuando me clava la mirada, severo y con los ojos muy, muy claros.

—Ese monstruo era mi ex, no tuya. Ni se te ocurra convencerte de lo contrario.

—¿Ex?—repito, confusa.

Aparta la vista, tantea con torpeza un vaso de agua en la mesilla, pero no bebe.

—No solo me llevó a casa. Me lié con ella. Una sola vez. Nada más llegar a la ciudad.

Hace una pausa; veo que hablar tanto le cuesta, pero tengo que saberlo. Así que espero con paciencia.—Era nuevo en la ciudad. Tenía buena pinta, mostraba interés. Yo qué sé… Creí que podía salir algo. Pronto se vio que no. Desde el primer día era horriblemente mandona, casi neurótica. Por entonces teníamos mucho lío por una vulnerabilidad en la seguridad de una empresa grande. Por eso no le di demasiada importancia, pero aun así tenía claro que aquello no iba a ninguna parte, y se lo dije. Se enfadó, pero acabó aceptándolo.

Yo… nunca habría imaginado que iría tan lejos. Me preguntaba una y otra vez si tenía a alguien nuevo, si podíamos quedar. A veces pensaba que confiaba en que yo cambiara de opinión algún día. No tenía ni idea, Josie, de verdad que no; si la hubiera tenido, te lo habría dicho en cuanto te vi.

Solo puedo mirarle fijamente. Me cuesta aceptar que la mujer que nos ha hecho esto fuera su ex. La mujer a la que yo…

Se deja caer en la almohada. Unas gotas del vaso saltan por el borde y empapan la sábana.

Vuelve el silencio. No sé qué decir, pero el vaso en sus manos me pone nerviosa. Las gotas sobre la sábana.

Con torpeza, ruedo más cerca y se lo quito de la mano. Bebo varios tragos largos.

Me observa, pensativo.—Voy a decepcionarte. El buen material del que te hablaba está ahí dentro—dice señalando al gotero sobre su cama.

—Lo sé, yo tengo el mío—digo, señalando la bolsa de suero que cuelga del soporte de la silla de ruedas.

Sonríe, agotado. En su gesto adivino un atisbo de miedo.—Apuesto a que el mío es mejor.

—¿Leon?

—¿Mmm?

—¿Cómo saliste del piso?

Su sonrisa ya de por sí torcida se descompone del todo.

—Había un portátil. Vi cómo ese cabrón te empujaba literalmente hacia el dormitorio y vi rojo. Me planté delante de las cámaras en la habitación de al lado. Quería hacer algo para obligar a Diana a volver conmigo y cortar lo que pasaba contigo allí. Amenacé con sacar el cuchillo y matarme. Como no pasaba nada, comprendí que en ese momento no me estaba vigilando. Registré el piso, en el…—

toma aire hondo. En la frente le perlaba el sudor.—. En el baño había un radiador pequeño, lo pude arrancar de la pared.

—¿Arrancaste un radiador de la pared?

Asiente.—Era pequeño y yo estaba muy motivado.

—¿Y luego?

—Luego reventé el cristal y bajé trepando.

—¿Con las manos atadas?

—Con las manos atadas. Una idea estúpida que me ha costado esto—dice señalando su pierna rota.—Fractura del platillo tibial por traumatismo de alta energía. Suena mejor que resbalar y, en el último segundo, saltar desde un segundo piso, ¿o no?

—¡No suena mejor en absoluto!—exclamo.

Se le borra el humor negro.—Tenía miedo constante de desmayarme de camino arriba. Cada vez que quería pedir ayuda, se me nublaba la vista. Seguí arrastrándome. Con el cuchillo ya en la mano. No me cabía en la cabeza que no me hubiera oído llegar hasta vosotros. Ataqué. Luego solo recuerdo sus gritos.

Me quedo mirándole, sin palabras. Sea o no su ex, no alcanzo a entender cómo podré pagarle alguna vez lo que ha hecho por mí.

—Yo estaría muerta si no lo hubieras hecho—susurro.

—Eso hace que toda esta mierda, la verdad, sea bastante llevadera.

No puedo sino seguir mirándole.—¿Siempre respondes al marrón con humor raro?

—Cuanto peores los chistes, más nervioso estoy.

—¿Por qué nervioso?

—Porque me da miedo que este… incidente entre de verdad en el top ten de las peores citas del mundo esta vez.

—Si a lo que nos ha pasado todavía puedes llamarlo cita, no quiero saber qué entiendes por relación.

Suelta un resoplido leve.—Mejor así, quizá.

Un golpecito en la puerta de cristal me distrae. La enfermera está fuera y se señala la muñeca.

Asiento, pero me vuelvo hacia Leon.—No iba con segundas.

—No te lo tengo en cuenta. Supongo que lo mejor es que, después de esto, nos recolocamos un poco primero, ¿no?

Asiento, pensativa. Y le recorro con la mirada de arriba abajo. La escayola, el lugar donde se clavó el cuchillo, los moratones en su cara.

—Cuando nos recolocamos, ¿vienes conmigo al cine?

Gime al inclinarse un poco hacia un lado y me roza fugaz la mejilla con el dedo índice.—Cuando recolocamos todo esto, Josephine West, me voy contigo hasta el fin del mundo.

Una risa sin aire le sacude.—¿He mencionado los analgésicos fuertes que me enturbian la mente?

—Solo de pasada. Espero que lo repitas cuando vuelvas a estar sobrio.

—Cuenta con ello.

Otro golpecito en la puerta.—Me tengo que ir.

—¿Vendrás a verme otra vez?

—Siempre que pueda.

Enderezo el armatoste de silla de ruedas y salgo al pasillo.

El tío Eric se encarga del resto. Tras la puerta que conduce a la zona normal del hospital nos esperan dos hombres con vaqueros y americana.

Tienen una pinta sospechosamente policial.

—Señora West, los comisarios Wilder y Schwartz. ¿Tiene un poco de tiempo para nosotros?

—Arreglen eso con su médico—brama el tío Eric por encima de mi hombro.

—Ya lo hemos hecho.

—Está bien, tío—pongo a ambos caballeros en el punto de mira.—¿Están seguros de que quieren hablar conmigo de verdad?

Se quedan con cara de póquer. No tanto como la de sus camisas, pero lo suficiente para darme un poquito de satisfacción.

—Bastante seguros, ¿por qué lo dice?

—Bueno, al menos por una vez sí que estoy bajo los efectos de la medicación, y además estoy bastante segura de que tengo una que otra prueba contundente que respalda lo que digo.

Me señalo la frente, donde me golpeó la culata del arma.

Los hombres me miran, incómodos. Deben de haber hablado ya con la policía de guardia y están al tanto, al menos, de parte de los antecedentes.

—Señora West, nos tomamos su caso muy en serio y somos conscientes de que en el pasado…

Hago un gesto para cortarles y no me creo del todo que eso baste para dejar callado al hombre que al principio parecía tan seguro de sí mismo.

—Basta con que me escuchen bien cuando hable. Con eso me vale.

Epílogo

Cuatro meses después

—¡Josie! —¡Eh, Josie!

Nici avanza con paso ligero por el camino de grava del parque. A mi lado, Luna alza la cabeza y olisquea, interesada.

Me quedo sentada, porque el sol de principios de verano se cuela justo entre las copas de las dos hayas rojas y me calienta la cara.

Solo cuando Nici recorre los últimos metros me pongo en pie y la estrecho entre los brazos.

—¿Qué tal, vosotras dos, guapas?

Saca una chuche del bolso, que Luna acepta encantada. Desde que la perra se vino a vivir conmigo y salgo con ella al parque a menudo, su desconfianza hacia los extraños ha desaparecido casi por completo. Solo con los hombres que se nos pegan demasiado y demasiado rápido se nos eriza el vello de la nuca a las dos.

—¿Lista para dar una vuelta? —le pregunto a Nici.

Abre los brazos—. ¡Nací preparada!

Salimos al camino de grava. Los jardineros del recinto plantan las primeras flores de verano en los parterres, y por todas partes todo trina y zumba.

El silencio entre nosotras no dura mucho. Un suave codazo de Nici lo rompe.

—Venga, cuenta, ¿cómo ha ido?

—Bien. Ha ido bien.

—Oh, ah, guau, me siento como si hubiera estado allí —suelta con sorna.

Mi mirada de reproche le arranca un encogimiento de hombros—. ¿Qué? Es lo que hay.

—Me han absuelto. Estaba todo grabado en las cámaras. Solo me defendí, bueno, por así decir. El fiscal intentó darle la vuelta, pero mi estado psicológico extremo, que desencadenó el ataque a Diana, era innegable.

—¿Y Leon?

—Lo mismo.

—Ey, podríais escribir juntos una biografía: *How defender a un asesino 2.0*.

Esta vez se da cuenta, por una vez, de que se ha pasado tres pueblos con el humor negro—. En una escala del uno al diez, ¿cuánto me he pasado?

—Un nueve sólido.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta, más seria y suave esta vez.

—No muy bien. Pero la terapia ayuda.

La terapia y Luna. La saqué del refugio en cuanto me dieron el alta del hospital. Por suerte, la intoxicación por xilitol remitió rápido, y la médica que me atendía, que me conocía del refugio, contactó con Ella cuando no pudo localizarme a mí.

Hannah se ha disculpado ya mil veces conmigo y con Luna. Una amiga le había regalado el xilitol como *buena alternativa* y lo probó en las galletas. Cuando le pregunté si, por casualidad, la amiga en cuestión era morena, alta y neurótica, me miró muy perpleja, pero lo negó.

—Leon me ha preguntado si quiero irme a vivir con él.

Nici parece encantada de poder cambiar de tema—. Oye, eso es genial. ¿Y?

—No lo sé. A veces es tan desordenado, se entusiasma de forma exagerada cuando cocino y…

La carcajada de Nici interrumpe mi lista de minucias—. Y tú estás tan terriblemente enamorada que te estás inventando excusas malísimas.

—¿Se me nota?

—Sí.

—Tienes razón. Al fin y al cabo, no puedo vivir eternamente en el minúsculo piso que el tío Eric me consiguió a toda prisa. Me saca de quicio, de todas formas.

Nici me pasa un brazo por encima, entusiasmada, y casi me tira—. Ja, ya te lo decía yo.

No puedo evitar reírme—. La verdad, no veo el momento de pasar el día entero con él en casa.

—Pero antes de que sientes la cabeza con ese tío, hay algo que tenemos que hacer juntas.

—¿Y eso?

—¡Volamos a Madeira! Como queríamos hacer después de graduarnos…

—Pero… —Me detengo. Nici me mira a la vez preocupada y expectante.

—Lo hacemos —salta de mis labios. Es este momento, este instante al sol, con Luna, con Nici, con nuestro plan que llevamos décadas acariciando solo en teoría, el que me demuestra que por fin ha llegado la hora de un nuevo comienzo de verdad.

Espero a ver si Paula dice algo, pero mi voz interior, normalmente tan hipercauta, guarda silencio. En su lugar, veo fugazmente a mi hermana delante de mí.

Sonríe.

La imagen se desvanece cuando suena mi móvil nuevo. Lo rebusco en el bolso y me quedo mirando dos palabras que me resultan demasiado familiares.

Número oculto.

—¿Josephine West? —susurro al auricular.

La respuesta no llega.

Fin

Una pequeña petición para terminar…

¡Gracias por leer!
Este libro fue traducido del alemán. Si durante la lectura notas algo que podría mejorar, no dudes en escribirme a feedback@rosehard.de.

Si te gustó el libro, me encantaría que dejaras una reseña positiva – eso me ayuda a llegar a nuevos lectores y a seguir publicando historias que emocionan.

Tus comentarios también me ayudan a ver mis historias a través de los ojos de los lectores – a entender qué los conmueve, los toca o los sorprende. Es una forma maravillosa de apoyar mi trabajo y de mostrar aprecio por las muchas horas dedicadas a la creación de este libro.

Muchas gracias por tomarte el tiempo de compartir tus impresiones – por ejemplo dejando una breve reseña en Amazon.